

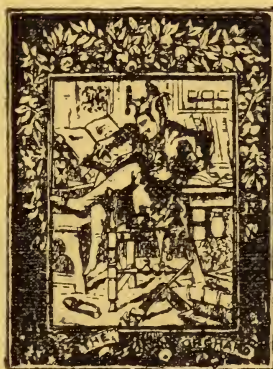
BIBLIOTECA DE FILÓSOFOS ESPAÑOLES

DIRIGIDA POR EDUARDO OVEJERO Y MAURY

Raimundo Lulio

Blanquerna

(Novela)



1929

Imprenta LA RAFA---Abtao, 4---Teléfono 70551

MADRID

PQ6412
L88B6
v.1

2 V-2
B.1
13/



PQ6412

.L88B6

v. 1



BLANQUERNA

MAESTRO

DE LA PERFECCION CRISTIANA

EN LOS ESTADOS

**de matrimonio, religión, prelacia, apostólico señorío y vida
eremítica**

COMPUESTO EN LENGUA LEMOSINA

por el iluminado Doctor, Mártir invictísimo de Jesucristo y maestro universal en todas artes y ciencias,

B. RAIMUNDO LULIO

Raimón Lull
IMPRESO EN VALENCIA, AÑO 1552

traducido fielmente en lengua castellana

TOMO PRIMERO

M A D R I D

Imprenta LA RAFA, Abtao, 4, Tel. 70551

1929

PROLOGO



Digitized by the Internet Archive
in 2014



PROLOGO

En el primer volúmen de esta BIBLIOTECA, y sirviendo de introducción a la obra *El Ascenso y Descenso del Entendimiento*, aparece un extenso estudio sobre el gran polígrafo mallorquín Ramón Lull, o Raimundo Lulio, en el cual podrá encontrar el lector relación circunstanciada de la vida y obras de este escritor, según la lista que de ellas hacen sus biógrafos y críticos Littrée y Haureau en el magnífico artículo de la *Histoire Littéraire de la France*, y un juicio crítico acerca de su filosofía.

Entre las obras allí mencionadas, filosóficas en su mayor parte, pero también literarias y poéticas, aparece ésta que hoy damos a la estampa, que por su forma pertenece al género novelesco, si bien por el fondo o la sustancia rebasa el marco de la literatura de mero entretenimiento y de ficción, y constituye una obra de tendencia pedagógico-social según la expresión de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Y por cierto que este mismo maestro la compara a la *República*, de Platón, a la *Ciudad del Sol*, de Campanella, o la *Oceana*, de Harrington, y a la *Icaria*, de Cabet; pero distinguiéndola de todas éstas en que “no se trata de una obra fantástica y fuera de las condiciones de este mundo, sino que en ella aparece su autor como hombre mucho más práctico y de más recto sentido que todos los moralistas y políticos que se han dado a edificar ciudades imaginarias, no habiendo ni una sola de las reformas sociales, pedagógicas o eclesiásticas propuestas por Raimundo Lulio, cuyo fondo no esté dado en alguna de las instituciones de la Edad Media”.

No creemos necesario justificar la inclusión del BLANQUERNA

en nuestra *Biblioteca de Filósofos Españoles*. Pero si ello fuera preciso, diríamos que entre los muchos títulos que el BLANQUERNA (de que no poseemos hoy ejemplares en el mercado de libros, por estar agotada después de mucho tiempo la edición que don Marcelino hizo del mismo en 1881) tiene a la reimpresión, no escogeremos el de ser uno de los principales monumentos de la literatura catalana, ni el de constituir preciosa fuente de información histórica en lo que se refiere a las costumbres y a la jerarquía eclesiástica de su tiempo, ni siquiera el de reflejar uno de los más característicos aspectos del filósofo, el de reformador práctico, siendo, a la vez, un trasunto de sus momentos de ascetismo, de sus raptos contemplativos en el monte Randa, y de sus delirios místicos en las soledades de Miramar.

Para nosotros el BLANQUERNA tiene una significación más general y profunda dentro del pensamiento y del carácter del pueblo español, significación y alcance que no creemos se haya precisado todavía, y que vamos a tratar de exponer aquí de la mejor manera que podamos.

No es, en efecto, el caso de Lulio algo esporádico ni desusado en la tradición patria. Es, por el contrario, una de las figuras en que de un modo más alto se sintetizan y encarnan, tanto el sentido de su tiempo como de su raza. En ella palpita exacerbado y rayano en la locura, el ideal de un pueblo. Para la expresión de este mismo ideal escogió también Cervantes a un loco, cuando trató de describir la crisis que transformó el sentir y pensar del pueblo español.

Lo que constituye el sentimiento nacional de cada pueblo, lo que le hace considerarse como individuo propio en la gran multitud de las agrupaciones humanas, lo que le distingue de una mera expresión geográfica, es ese sentimiento de una misión providencial especialmente a él confiada, ligada muchas veces a circunstancias exteriores de lugar y tiempo, pero expresión siempre de una esencia interior, de una cualidad psicológica viva, de un rasgo fundamental de su carácter.

La fe religiosa, es decir, la forma concreta en que un hombre o un pueblo entiende sus relaciones con la Divinidad, es la manera de manifestarse este sentimiento colectivo. La palabra *revelación* cifra toda la trascendencia de este momento. Envuelto el hombre frente al mundo en la oscuridad de su ignorancia, en la *revelación* encuentra el fin de su actividad y la razón de sus actos. Y esta fe religiosa halla su expresión más ingenua y a la vez más robusta en las páginas del BLANQUERNA. "Que no abra este libro, dice el citado crítico, quien no tenga el ánimo

educado para sentir lo primitivo, lo rústico y lo candoroso. Nunca se vió mayor simplicidad de palabra cubriendo más altos y trascendentales sentidos". En la complejidad del alma moderna, contemplamos cautivados este primitivismo infantil y pintoresco que refresca nuestro espíritu y que despierta en nosotros una dulce nostalgia de tiempos pasados. Una de las obras más admiradas del arte moderno, el *Parsifal*, de Ricardo Wágner, nos hace sentir toda la fuerza transcendental y poética del sentimiento místico en su ingenuidad medieval, que no es solamente un delirio extático y contemplativo, sino el poderoso impulso que lanza a los individuos y a las multitudes a las guerras santas de redención y de conquista. Es, a la vez, un fenómeno interior en que el hombre se encuentra a sí mismo, e introduce la disciplina en el desorden caótico de las pasiones, y un hecho exterior de fusión con el mundo, de comprensión del mundo, en un raptó de caridad universal.

He aquí la raíz de lo lírico y de lo épico, de lo subjetivo y lo objetivo, de la vida interior y de la vida común, de lo que nos separa y de lo que nos une. Sin esta conciencia individual y colectiva a la vez las sociedades serían un confuso hacinamiento de cuerpos, una lucha diaria del hombre contra el hombre. Esto es lo que engendra la uniformidad de nuestros actos, el simbolismo de nuestras costumbres como ordenadas todas a un fin moral y subordinadas a una idea suprema; es lo que da una fisonomía a los pueblos y un sentido a la historia.

El cristianismo es la fuente de donde brotan los dos grandes sentimientos que animan a Europa durante la larga epopeya de los siglos medios: el misticismo y el sentimiento caballeresco. El sentimiento caballeresco es el desarrollo natural de un germen que la nueva religión traía en su seno: el individualismo. La concepción cristiana de la vida, como *revelación* de las relaciones entre el hombre y el mundo ponía el centro del equilibrio en la conciencia del hombre. Hemos dicho que era la reconciliación entre el hombre, dotado de conciencia, y la naturaleza, a sus ojos inconsciente, cuando no enemiga y hostil. El gran misterio parecía descifrarse concibiendo al hombre como creado por el amor divino. El Dios cristiano del amor y de la gracia debía ostentar ante todo un carácter personal, y, por lo tanto, moral, muy distinto del carácter *oligárquico* de las divinidades paganas. Y, además, un carácter libre. El cristianismo es la libertad. La gracia es una fuerza que coopera al desarrollo moral del hombre. Por lo tanto todo el interés de la vida y de la historia se reconcentra ahora en la conciencia del hombre. "El hombre,

dice Eucken, ya no es una partícula del universo; con el reino del alma pasa a ser el centro dominante del todo y decide con sus acciones la suerte de este mismo todo... Con el valor del género humano crece el valor de cada individuo. Crece también el valor de la vida y de la obra humana en cuanto sólo por una conversión se hace posible el contenido histórico, tanto para el todo como para los individuos, pues, ¿cómo podría surgir tal contenido si la vida fuera un mero proceso natural o estuviese condenada a un eterno retorno?... Así se explica que en el dominio del cristianismo encontremos muchas más autobiografías que en otros campos, por que la historia del alma adquiere una excepcional importancia."

Siendo el individuo el núcleo de toda realidad, no hace falta salir de él ni anularle para ordenar el mundo, porque las relaciones de la vida se producen dentro de la espiritualidad, en el seno de la interioridad.

El caballero, nacido como su nombre indica, por motivos de jerarquía militar, llega a encarnar este individualismo espiritualista, que se desentiende de toda ordenación jurídica exterior, de todo sistema político o de gobierno, y sólo con su conciencia y con su idea, sale como delegado del poder divino en la tierra a *desfacer entuertos*, es decir, a realizar la justicia y el bien, para lo cual se basta él sólo, sin más tribunal que su fuero interno, sin más ejecutor que su brazo. Jamás en el mundo antiguo, en el que el individuo se inmolaba ciegamente al todo (a un todo concebido únicamente, no como un orden ético objetivo, sino como Estado, como Ciudad), pudo concebirse una institución que así realizase el prestigio del hombre y de su conciencia como centro de inspiraciones morales.

Y del mismo modo que el caballero, el asceta y el eremita encuentran en sí mismos todos los elementos de renovación moral, y rompiendo con el mundo circundante, entablan su diálogo con la Divinidad en el apartamiento del yermo o de la celda. También ellos son individualistas, presintiendo que todo el problema está dentro de ellos mismos, y que no necesitan del comercio con el mundo para su transformación interior.

Así pues, misticismo, orden de caballería, ascetas y eremitas, son otras tantas manifestaciones del espíritu romántico de aquellas sociedades. Pero esta corriente general de Europa tuvo en España un matiz singular, en el que entraban, por mucho, los rasgos típicos de nuestra raza. El autor de la *Introducción a la historia de la literatura mística de España*, D. Pedro Sáinz Rodríguez, hablando de la influencia del neoplatonismo con sus

bellas y exquisitas teorías del amor y de la galantería, reconoce que ésta "iba entremezclada con una especie de refinamiento renacentista de la *caballería medieval*. Todos cuantos han estudiado la génesis de la gran sátira cervantina han probado la difusión y auge que en España tuvo también esta literatura, cómo penetró su espíritu aquí y cómo tomó caracteres nacionales hasta influir de nuevo en Europa. El ambiente de exaltación religiosa, mezclado con estas corrientes de la galantería neoplatónica y del espíritu caballeresco, produjo en España un tipo *sui generis* de *caballero católico, galante y guerrero*, que en sus notas fundamentales recoge estas influencias extrañas y las características permanentes del activismo y energía de nuestra tradición patria. Las vidas de algunos españoles de entonces nos proporcionan ejemplos de este hecho. *Santa Teresa, lectora de vidas de santos y de libros de caballería*, que, según parece, abundaban en la biblioteca de su padre, manifiesta su primer raptó de amor divino en aquella infantil aventura que emprende con su hermano Rodrigo, para ir los dos en busca del martirio. Don Juan de Austria, figura representativa de un momento en que la cristiandad se une contra el poder islámico, tiene un arranque semejante en su adolescencia, cuando se fuga del Palacio de Madrid para ir a incorporarse a las galeras que llevaban un socorro al heroico La Valette y sus caballeros, sitiados en Malta por los turcos. La vida de San Ignacio de Loyola es un buen ejemplo de cuán fácilmente pasaban estos hombres de la disipación galante y caballeresca a la *mortificación de la vida ascética y religiosa*, y de cómo en el fondo no eran tan diversos los gémenes que podían dar lugar a una u otra vida".

¿Quién no vé en este tipo *sui generis* de *caballero católico, galante y guerrero* al mismo Raimundo Lulio, y como proyección suya a este Blanquerna, ermitaño, Obispo y Papa, que anda por el mundo predicando la caridad, y tan henchido del amor de Dios, que tiene que suspender sus llantos y oraciones para desahogar su corazón con las dulces endechas del *Libro del Amigo y del Amado*, verdadero joyel de nuestra poesía mística, y digno predecesor de los encendidos cantos de San Juan de la Cruz, si hemos de creer las palabras del gran Menéndez y Pelayo?

En Ramón Lull se dan por primera vez, y en gigantescas proporciones, los rasgos característicos de este tipo nacional. El espíritu caballeresco, la mística, encuentran en él su más antiguo representante en España, y todos los que después de él llegan le son tributarios en algún modo.

Pero al ser un tipo nacional no por eso queda localizado den-

tió de los límites de España. No, Ramón Lull es un tipo europeo, y sus obras pertenecen al tesoro de la literatura universal; ya sabemos la atención que despertó en el mundo en su tiempo, cómo fué enseñado el lulismo en París en 1515, por Bernardo de Levinheta; cómo D'Etaples estaba persuadido de que la derrota de Averroes se debió a Lulio, y cómo Giordano Bruno le consideraba un innovador. Sabemos también que Leibniz tenía predilección por él, que el historiador Brucker le pone a la cabeza de la filosofía del Renacimiento, que el veneciano Valerio Valeri le llama "padre de todas las ciencias", que el rey de Francia le tenía por el "órgano del Espíritu Santo", que el de Inglaterra le llama "el gran filósofo catalán", los franceses, "el hombre nuevo, el aprobado en su doctrina, el sol del mundo", etc., y que hoy sigue manteniendo despierta la atención en el extranjero a pesar de la inmensa distancia de gustos y tendencias.

Si todo lo dicho no fuera bastante para demostrar que el autor del BLANQUERNA lleva en su tuétano la sustancia de nuestra tradición caballeresca e idealista, un hecho extraordinario en los anales de nuestra literatura saldría a confirmarlo. Este hecho es el *Quijote* de Cervantes.

Quizá sobre ningún otro libro se haya derrochado tanta tinta como sobre el *Quijote* de Cervantes. Y sin embargo, yo siento la impresión ante estos mares de tinta como si todavía no se hubiera empezado su estudio y crítica. Los españoles quizá estamos demasiado familiarizados con él para verle a una conveniente distancia; entre los extranjeros quizá haya una tendencia exagerada a considerarle como un libro español.

Por lo que ahora nos interesa, el libro de Cervantes está íntimamente relacionado con el de Raimundo Lulio. Su autor lanza al mundo un hombre enamorado de los libros de caballería. Este hombre está loco. Habiendo vivido en un mundo imaginario, el mundo al que ahora se lanza, el de su tiempo y sus contemporáneos es otro mundo completamente distinto. Es un mundo en el que ya no hay caballeros andantes. Todos comprenden que está loco; unos le compadecen, otros se burlan de él y le maltratan. El autor mismo parece complacerse en colocar a su héroe en las situaciones más ridículas y en azotarle con las más crueles burlas. Es un verdadero ensañamiento. Y sin embargo, cuando Don Quijote habla, el lector se queda suspendido y maravillado. Los discursos de este pobre iluso son un prodigio de elocuencia; en el fondo de su lenguaje palpita tal sentimiento de justicia, tan casto amor, tal espíritu de abnegación, y tal sed de ideal, que le colocan muy por encima de todos aquellos que,

representando el sentido común, se burlan de él y le escarnecen.

Se ha dicho que el propósito de Cervantes al escribir el *Quijote* fué acabar con los libros de caballería. Si así fué, jamás un propósito tan mezquino se condensó en obra tan gigantesca. Pero esta crítica es baladí, y además de baladí, falsa. Porque Cervantes es Don Quijote. Y maldito lo que a nosotros nos importa Alonso Quijano el Bueno.

Y Don Quijote es un mundo. Es ese mundo que torpemente ha querido evocar mi pluma en las páginas que anteceden. Con este mundo se encara Cervantes, y no es posible asegurar con certeza, si se ríe de él o siente la profunda nostalgia de su desaparición. Por que al fin y a la postre el alma de los antepasados está larvada, heredada y oculta en el fondo más íntimo de nuestro ser: no hay más que rascar un poco en la corteza para encontrar viva alguna de sus fibras. Que estas fibras vibraban en el alma de Cervantes, no hay más que escuchar algunos retazos de la *fabla* del "Caballero de la Triste Figura", para cerciorarse de ello. El ideal caballeresco sigue obsesionando al español Cervantes, vive en su mente, palpita en su corazón y se rebela indómito contra las trabas y ligaduras que el humorismo le impone, y de una lanzada pone en fuga o hace rodar por el suelo a todos los pícaros, yangüeses, venteros, arrieros y galeotes que como incubos o trasgos pretenden oscurecer y apagar su brillo inmarcesible. El realismo de Don Quijote es sólo un cañamazo. Por entre sus mallas se desarrolla una acción superrealista. Cuando el de la "Triste Figura", maltrecho por las aspas del molino, no quería rendirse a la "realidad" de Sancho Panza, y aseguraba que un sabio encantador había convertido los gigantes en molinos, daba a la realidad el mismo valor de apariencia y de ilusión que la sabiduría india atribuye al Velo de Maya.

Y en los detalles, en los episodios, y aún en el estilo, encontramos en el Quijote muchas cosas que recuerdan al Blanquerna. No parece que los separa más de trescientos años. En cierto modo, Blanquerna es una novela de aventuras. También Blanquerna, interrumpiendo sus horas de oración, sale al campo y al camino, pues no ignora que hay muchos que están esperando su palabra de amor, y no nos asombra verle arrodillado ante el caballo del señor feudal, que rapta, codicioso de sus encantos, a un doncella, y enternecerle y dominar su concupiscencia a fuerza de súplicas y reflexiones. Es el espíritu aventurero, democrático que le lleva a terciar en las contiendas, a pacificar a las gentes, a decidir sus disputas, y sobre todo, a recordar a los

hombres la *final intención* por la cual fueron ordenados en el principio todos los oficios, lo que hace que el mundo esté lleno de error y de trabajo.

* * *

Queda, pues, evidenciado el íntimo y secreto parentesco de obras al parecer tan dispares como el BLANQUERNA y el *Quijote*, escritas en tiempos tan distintos y surgidas en sociedades tan heterogéneas. Podrá ser el *Quijote* un libro de decadencia, el testamento de una edad, pero parece que la caballería andante estaría incompleta y descabalada sin la figura del hidalgo manchego, y que Cervantes al proponerse acabar con los libros de caballería, creó un tipo inmortal de caballero perfecto, que había de mantenerse vivo por toda una eternidad en la imaginación de las gentes.

En cuanto a Blanquerna, no hay duda posible, es la ingenuidad misma. Es el romanticismo cristiano en toda su pureza, que como el Cid, quiere con su acción personal realizar la justicia en el mundo. Al igual que Parsifal, el "loco casto" y que el "loco manchego", este "fatuo por amor" cree que la salvación del mundo ha de ser obra de un poder personal, de un corazón henchido de amor, que atravesando por entre las discordias y ambiciones de los hombres como por un horno encendido, domine su soberbia con los suaves acentos de una dulce caridad. La humilde caridad será la virtud vencedora, la que dominará la fiera nativa del hombre, y hará posible la convivencia del género humano. El filósofo poeta sabe condensar en imágenes de una terrible sencillez las razones eternas de esta humildad. "Cuando veamos, dice, el cementerio, entonces es tiempo oportuno de pensar en la muerte, y con los ojos del alma ver los gusanos que nos han de roer los ojos con que ahora vemos, y las crejas con que oímos, y la lengua con que hablamos. Cuando estemos en las letrinas y veamos las inmundicias que salen de nuestro cuerpo, entonces es ocasión de pensar en la vileza de nuestra naturaleza, para que con esta consideración en nosotros se exalte, y crezca la humildad, y se mortifique y minore la soberbia. Si entramos en la huerta, y vemos la pobre bestia que está rodando la noria, y ponemos la vista en los árboles y en las yerbas, entonces es tiempo de dar gracias a Dios, que nos hizo de más noble naturaleza que a las bestias y árboles; siendo así que pudo crearnos de naturaleza semejante a ellos, si hubiese querido."

Eduardo Ovejero y Maury.

BLANQUERNA

SEÑOR DIOS GLORIOSO

uno en esencia, y trino en personas; a honra y gloria vuestra, con vuestra bendición, virtud y gracia damos principio al libro de Evast, Aloma y Blanquerna, su hijo, el cual fué hecho a fin de que los hombres traten de amaros, conoceros, recordaros y servirnos como a su verdadero Dios, Señor y Criador de todas las cosas.

PROLOGO Y DIVISION DE LA OBRA

En significación de las cinco llagas que en el árbol de la Cruz recibió Nuestro Señor Jesucristo para redimir a su pueblo de la servidumbre del demonio, y del cautiverio en que estaba, queremos dividir este libro en cinco, en los cuales daremos doctrina y regla de vivir a cinco estados de personas, a quienes este libro será muy útil. El primero será del estado del matrimonio. El segundo, del estado de Religión. El tercero, del estado de prelacia. El cuarto, del estado de la Apostólica Señoría, que reside en el señor Papa y en los Emmos. Cardenales. El quinto, del estado de la vida eremítica.

Epístola proemial del Rdo. Mosén Juan Bonlabij Catalán, natural de Rocafort de Queralt, presbítero y maestro en artes, sobre la presente obra, en que resume con brevedad la vida de su autor, el iluminado doctor y mártir M. Raimundo Lulio. Va dirigida al magnífico y Rdo. Sr. Mosén Gregorio Genovar, canónigo en la catedral de Mallorca, doctor en Sagrada Teología y predicador singularísimo.

R.^{DO} S.^R Y MAESTRO

El doctor máximo de la Iglesia, San Jerónimo, en el prólogo que escribe sobre los libros de Salomón, advierte, que este sapientísimo rey (como de las Sagradas Letras se demuestra, y mejor que no yo sabe V. R.) tuvo tres nombres, que fueron *Pacífico*, *Amado del Señor* y *Predicador*. Llamóse Pacífico y Amado del Señor, porque siendo rey, poseyó con paz, con larga afluencia de bienes y con aplauso, su corona. Llamóse Predicador, porque con la sabiduría que Dios le había infundido, enseñaba, no a un pueblo solo, sino a muchos, proponiendo a todos materias de grande erudición y doctrina, de manera que, pasmados de su profundo saber, venían muchos de tierras muy distantes a oír su portentosa sabiduría, y a ver la magnífica grandeza que ostentaba. Finalmente, escribe el Santo, que a correspondencia de estos tres nombres compuso el sabio rey tres libros, que fueron el de los *Proverbios*, el del *Ecclesiastes* y el de los *Cánticos*. En los *Proverbios*, instruyendo al mozo de tierna edad, intenta hacerle experto y solícito en las cosas de Dios; y así le habla como a hijo, para moverle y estimularle más con el cariño de padre. En el *Ecclesiastes*, enseñando al hombre ya de edad proveya, propónele el modo cómo debe pensar, que en el mundo no hay cosa consistente, sino que cuanto vemos es vano, caduco y transitorio. En los *Cánticos* declara cómo el varón perfecto, que ya ha pisado y menospreciado al mundo, debe estrecharse y unirse con los vínculos de amor con su Esposa, que es la Iglesia triunfante.

En semejante modo, Rdo. Sr., discurre mi cortedad, que al iluminado doctor y mártir Raimundo Lulio, por su rígida penitencia y cilicio, podemos llamarle *Pacífico* y *Amado del Señor*, desde su conversión hasta el fin de sus días, como lo he leído, y

es cierto; y más, por los muchos dones del Espíritu Santo y gracias, que con grande abundancia y mano liberal le comunicó Dios. No tiene duda que fué singularísimo *Predicador* y celador de la honra y gloria de Dios, tanto por palabra, como por escrito en varias lenguas, como también por obra, en diferentes partes del mundo: entre cristianos y sarracenos; y, en fin, para honrar a Jesucristo murió de éstos apedreado, obteniendo la corona del martirio, a que tanto anhelaba.

Digo, pues, que entre muchos libros y artes particulares que ha compuesto bajo la universal y general a todas, la que, según él mismo afirma, el mismo Dios le reveló, compuso especialmente tres libros, en que con particularidad sigue el tino de Salomón, proponiendo y prosiguiendo con toda claridad en ellos el mismo asunto del sapientísimo Rey. Estos son el libro de la *Doctrina pueril mayor*, que trabajó para su hijo; éste, que intituló BLANQUERNA, obra, en sus cinco libros común a todos los estados, el cual ahora a expensas de V. R. se ha traducido, corregido y dado a la prensa en lengua valenciana, según que, conociéndome apasionado a la ciencia luliana, me rogó tomara yo de esto el encargo, aunque ni sea docto, ni muy limado en dicho idioma, por serme peregrino y extranjero, y el libro *Del Amigo y del Amado*, que es parte esencial del quinto, que completa esta obra.

En el libro de la *Doctrina pueril*, que dispone a manera de diálogo con su hijo, siguiendo el rumbo de Salomón en los *Proverbios*, enseña con distinción y orden todo lo perteneciente a nuestra santa fe católica; esto es, los catorce Artículos de la Fe, los diez Mandamientos del Decálogo, los siete Dones del Espíritu Santo, las ocho Bienaventuranzas, las siete Virtudes y los siete pecados capitales. Trata también en él de la gloria del Paraíso, de las penas del infierno y de otras muchas materias; y en todas de tal manera, que da al párvulo pasto nutritivo y de fácil digestión, con que debidamente se críe; y al varón franquea un precioso maná enviado del cielo, en que se hallan todos los gustos, para caminar fácilmente a Dios.

En el presente libro de BLANQUERNA, prosiguiendo el intento de Salomón en el *Eclesiastes*, enseña al hombre ya adulto y de edad proveya, de manera que no deja cosa alguna que darle a conocer en cualquier estado, para que se conserve en su propio grado o dignidad, sin declinar del fin principal para que Dios le ha criado. ¿Quién podrá decir la hermosa práctica y orden perfecto que enseña a los casados la pudicia y el porte de sí mismos, la crianza y buena educación que han de dar a sus hijos, el orden y economía que han de tener en su casa y familia, sirviendo en

todo a Dios? De esto, pues, trata en el libro I. ¿Quién, como él, enseñará el estado perfecto de la santa religión en las mujeres y en los eclesiásticos, así seculares como regulares? Trátalo todo, y lo demuestra, hablando con todos, y respondiendo por todos, en las dos partes del libro II. ¿Ni quién con más viveza enseñará el extirpar y destruir los vicios; el arraigarse en las virtudes; el arreglar y dirigir las potencias racionales; el sujetar el cuerpo a las leyes del espíritu; el estarse todo el hombre pronto y obediente a Dios en todo tiempo, amarle, conocerle y alabarle con verdad? Véase la singular pericia con que con gustosos ejemplos en dicho libro lo declara. ¿Quién, asimismo, dirá la solitud y vigilancia que en sus diócesis deben tener los obispos y demás prelados, que desean ser verdaderos pastores de sus ovejas, para defender a éstas de las garras del rugiente león, que de continuo busca ardides en devorarlas? ¿Qué oficiales deben tomar para tener, juntamente con ellos, singular cuidado de aquéllas? Todo lo da en práctica en el libro III, el cual propiamente es una carta pastoral, en donde enseña y declara todo lo sobredicho. Quien deseara saber el estado de la dignidad y señoría apostólica que tienen el Santísimo Padre y los Emmos. Cardenales en el gobierno universal de la Iglesia santa, para dirigir y conservar con unión y paz a todos los fieles, y para que sirvan a Dios con conocimiento y alabanza, como están obligados, como y también para traer a los infieles al verdadero conocimiento de su Divina Majestad, a la unión y gremio de la Santa Madre Iglesia, y cómo puedan ellos lograr este fin a que están obligados, lea el libro IV, en donde verá las bellas ordenaciones que prescribe, conforme las rúbricas del *Gloria in excelsis Deo*, las que distribuyó y repartió Blanquerna siendo Papa, en peculiares títulos y oficios, entre él y sus Cardenales. En el libro *Del Amigo y del Amado*, el cual, como dejamos dicho, es parte esencial del V, y en donde con particularidad imita a Salomón en los *Cantares*, trata las Dialogaciones y Cánticos de amor, que pasan entre los dos, y el consuelo y júbilo grande que alcanza el hombre cuando, habiendo dado de mano a todo lo terreno y transitorio, se entrega todo a la contemplación de Dios, alejándose del mundo por su amor. Y para enseñar más cumplidamente el estado perfecto de la vida eremítica contemplativa, escribe en dicho V libro el arte de Contemplación, en que declara el singular modo y los diferentes medios de que puede valerse el hombre para elevar su espíritu al Creador, conocerle y amarle por sus divinas dignidades, y cómo debe alabarle y bendecirle en todas las criaturas.

Pues, señor, si por las materias que en estos cinco libros trata este Doctor, parecerá tal vez a algunos, juzgándolo como deben, sin pasión ni envidia, que hay motivo para la admiración, ya atendiendo a los asuntos que trata, ya al modo con que a ellos se introduce, y mucho más mirando la perfección de su vida y el celo intrínseco de la gloria de Dios, en que se abrazó viviendo, como en dichos libros se trasluce, ¿cuánto más se admiraran si juntamente vieran impresos el primero y segundo *Félix* con sus partes? ¿Y cómo se pasmaran si vieran el libro *De placita visione* sobre la Sagrada Escritura, que es todo una historia dispuesta a mil maravillas? ¿Y cómo quedarán asombrados si vieran el *Contemplador mayor*, libro muy recomendado por el mismo autor, y otros muchos, en donde se encuentra toda la filosofía y teología, según el orden de los cuatro libros del Maestro de las Sentencias, comprendida en cinco libros grandes, para hermosísima práctica del arte de contemplación, en cualquiera materia que sea? Y cómo lo refundieran a prodigio si vieran quinientos otros volúmenes (que sabemos ha compuesto el mismo autor, y de ellos hemos tenido mucha parte) trabajados en diferentes materias, y los más de ellos escritos en tres lenguas (de donde fácilmente se arguye cuánto deseaba la utilidad pública y el bien de todas las almas); esto es, en lengua materna, en lengua latina y en la arábiga, en la cual tuvo no poca pericia. Paso en silencio las peculiares artes que en cada facultad ha compuesto, rayando en él la divina Bondad, fuente de toda sabiduría. No digo cómo en ellas ha reducido a cada una de las ciencias a cierto número de principios verdaderos, a reglas infalibles, según necesidad y verdadero ser de la naturaleza. Omito el hablar del arte *inventiva veritatis*, que compuso para que el entendimiento supiera buscar y encontrar la verdad de sus objetos; y el arte *amativa*, que hizo para que la voluntad dirigiera a Dios perfectamente sus actos; y el arte *memorativa*, que trabajó para la memoria; pues sin duda excede en estas artes a todo entendimiento humano y aun a sí mismo. No hablo de los gloriosos Padres Agustino, Ambrosio, Gregorio y Jerónimo, ni de los otros sagrados Doctores que, como él, divinamente escribieron.

De esto con razón se admiraba y gloriaba aquel sapientísimo Rey D. Alfonso de Aragón y de Nápoles, digna corona de todos los demás Reyes en todo género de letras (dígoles sin perjuicio de nadie), el cual, confirmando y ampliando los privilegios por los Reyes sus predecesores otorgados a favor del arte y ciencia de dicho Doctor, a los estudios y a los devotos de su doctrina, dice estas palabras: *Gloriémonos que en nuestros reinos se haya en-*

contrado un tan grande doctor, autor y maestro de maravillosas artes y ciencias. Esto mismo últimamente repite el invencible y muy católico Rey D. Fernando V, de gloriosa memoria, estableciendo estudio general en esta insigne vuestra ciudad y noble reino, en donde se leen el arte y las ciencias del iluminado Maestro por sapientísimos doctores, cuyas cátedras están dotadas con competentes salarios. Ni asimismo fueron estas cosas ignoradas del cristianísimo Rey Filipo de Francia, a quien el Doctor hizo y dedicó muchos de sus libros, el cual, en las epístolas latinas que le escribía (según leemos hoy en un epitafio auténtico escrito en letras de oro en campo azul, que se conserva en la sala de este antiguo Senado de Mallorca, en donde se hallan juntamente otros muchos apellidos que en diferentes partes del mundo le daban en su tiempo), dábale de ordinario este título: *Al Organo del Espíritu Santo y Doctor divinamente ilustrado M. Raimundo Lulio.* De aquí es que los doctores y maestros parisienses, después de haberle oído por espacio de un año muchos de ellos; después de haberle conferido el grado de Doctor, aprobado su arte por verdadera, católica y necesaria, como consta por instrumento público, y por muy acomodada para la inteligencia de la Sagrada Escritura, admirados de su sabiduría, públicamente le llamaban con razón: *Hombre nuevo; de ciencia nueva; Doctor barbado aprobado en sus artes y ciencias.* Otros le llamaban *nuevo Apóstol*; otros, *Procurador de la pública utilidad y de la salud de las almas*; porque le miraban en el servicio de Dios muy solícito, y en lo útil de sus doctrinas, grande celador de su honra. Dejando, pero, aparte el asombro que en su tiempo causaba a los Reyes y a otros gravísimos sujetos, y los muchos títulos que en París y otras partes le daban, que sin duda para apoyo de su grandeza y de su elevada sabiduría es cosa de grandísima autoridad y estimación, es sin comparación mayor la autoridad de la Iglesia santa y del Papa, el cual, no sólo le alabó y aprobó su arte y ciencia, como los demás, sí que también en todo reservó para sí solo el examen y particulares juicios que sobre su doctrina pueden hacerse.

Si, pues, M. Rdo. Señor, los Católicos Reyes de Aragón en su tiempo se asombraban y gloriaban mucho, y con ellos asimismo otros muchos, de la profunda sabiduría de aquel Doctor iluminado, en la virtud y perfección grande que conocían de su vida, en lo mucho que hacía y obraba por Dios, procurando en todo su servicio y el bien de las almas cristianas y paganas, gloríese ahora también V. R., que de todo puede ser verídico y leal testigo, en cuanto por doctrina y obras sirviendo a Dios exactamente le

mita, como particularmente BLANQUERNA en sus partes se lo puede con seguridad afianzar; y gloriése España por tener un Doctor español, singular en todas las ciencias que tuvo de Dios reveladas; y gloriése Barcelona, de donde procede su antiguo y noble linaje, y especialmente gloriése este reino de Mallorca, en donde nació y fué criado como otro Blanquerna, cuya vida escribe en el presente libro, y en donde siendo mozo fué condecorado con el oficio de Senescal real, como persona insigne de primera distinción por su linaje; en donde fué ilustrado de la gracia y sabiduría divina al séptimo lustro de su vida; y, en fin, en donde, venerado por su martirio y estupendos milagros que cotidianamente obra, descansa hoy su cuerpo, y está, como en su propia casa, venerado.

Nadie en este piense haber sido mi intento elogiar al Doctor Mártir M. Raimundo Lulio en sus temporales o espirituales bienes, pues ni soy tan simple, ni de tan poco seso, que presuma contar las estrellas sin entender de aritmética, ni cerrar en tan corta mano y chica nube los dilatados rayos del sol. Lo que solamente he pretendido, es comprometerme compañero de los que aman y siguen la virtud, señalar con el dedo su camino a los que le ignoran, y recetar a los malévolos la medicina con que puedan preservarse y curar de la propia insania y sobrada malicia, que no pocos de ellos, sin fundamento alguno, persiguen a los que la aman; y no presuman vender a los demás su ignorancia por sabiduría, y su soberbia por humildad, y su vil hipocresía por santimonia, siendo este vicio en todo tiempo en ellos peculiar y propio. Exhórtoles a que callen, si no quieren oír más por menudo sus defectos. Teman la justa sentencia del tribunal sin sospecha; alaben y bendigan a Dios por el cumplido premio que da a los que al medio día del tiempo de su vida cultivan con solicitud su viña, como él mismo manda. Ni menos admiren haya querido Dios dar este divino arte de este Doctor, como a palabra abreviada, en todo verdadero y regular saber que hay en el mundo, a vista de la carga intolerable de tanta multitud de libros y variedad de opiniones de que abundan las ciencias en cada materia, que se han hecho para demostrar su bondad y lo que puede hacer por su viña. Y omito el responder a cuestiones de modorros, que sé que uno solo podría proponer tantas, que no respondieran a ellas muchos sabios, ni aun el mismo Salomón si resucitara. Una sola cosa digo, y téngola por muy cierta, y es que en la ciencia infusa no puede haber mezcla de algún error, siendo bueno cuanto da Dios, quien no puede en ella quedar frustrado de su efecto.

Ya, pues, Rdo. Señor, queda BLANQUERNA impreso y correcto,

según lo mandado por V. R., aunque no con tan rico estilo de palabras como pide la majestad de la materia que trata singularmente en el libro V. Aunque es verdad, que para conservarla con alguna antigua gravedad y con la dulce memoria de aquellos tiempos, de intento hemos trasladado alguno de los vocablos, que parecen menos mal de la primitiva lengua lemosina; y para mayor descanso y utilidad de los lectores, le hemos hecho algunas notas marginales. Resta ahora, que lo primero que haga este libro sea visitar a V. R. para rendirle las gracias del nombre y blasón que le ha dado, con que se ha ataviado y adornado para salir a la pública luz a gozar de la alegre vida y dulce coloquio de todos; como y también para que, con el favor y valimiento de su alta protección, las débiles y flacas tareas de mi corto caudal en traducirle en lengua valenciana, aunque bastarda, no teman las lenguas de los maldicientes, que fácilmente sindicán lo que con dificultad y tardanza tal vez obrarán. Va, en fin, este libro, a ponerse al conspecto de V. R., porque con sus amonestaciones y consejos vaya más seguramente conducido, como Blanquerna fué acompañado de los dos Cardenales al lugar determinado y apto para su eremitorio, en donde alcanzó la alta contemplación que acostumbraba tener primero en las cosas divinas, dejadas las temporales. Este lugar, para este libro BLANQUERNA, es el magnífico Sr. Mosen Bernardo Zepilla, catalán, y la magnífica señora Isabel Ferrer, su esposa, pues que, atendiendo a las singulares virtudes, que tengo de ellos bien conocidas y experimentadas, tengo por cierto que habitará en su compañía, no sólo como Blanquerna entre los ermitaños de las montañas de Roma, pero aun, como en aquel lugar a donde se encaminó después de haber renunciado la Tiara, en donde estará seguro y libre, como en casa y compañía del mismo Evast y Aloma, sus padres. Y si V. R. le remite al magnífico Sr. Federico de Gualbes, caballero y doctor en ambos derechos, Regente de la Cancillería de Aragón y del Consejo de la Cesárea Majestad de nuestro Rey y Emperador, y a la magnífica señora Estefanía Zepilla de Gualbes, su esposa, creará sin duda encontrar en entrambos las perfecciones y virtudes que consiguió después de la adolescencia, y las que en todos los estados obró, según se dice en el discurso de su vida; y aún pensará hallarse en el más proporcionado paraje para comunicar a muchos la grande utilidad y bien que puede causar en el mundo, como cuando obtuvo en Roma la suprema dignidad de Papa, y eligió para sí el oficio de tratar paz, y de que dieran gloria a Dios por este medio todas las gentes.

LIBRO PRIMERO

DEL ESTADO MATRIMONIAL

CAPITULO PRIMERO

De cómo Evast deliberó de casarse, y encargó a sus parientes y amigos de mayor confianza le buscasen consorte de calidades convenientes; y, por divina disposición, efectuó su boda con Aloma.

PREVIENENSE LAS SANTAS CAUTELAS QUE DEBEN OBSERVAR LOS QUE
BUSQUEN MUJER PARA CASARSE

I. En una ciudad aconteció, que cierto bizarro joven, hijo de un hidalgo, por muerte de su padre, quedó muy rico en bienes de fortuna, y, por la buena educación, no con menos fondo de buenas costumbres. Llamábase éste Evast, mozo de lindo talle, bello y de noble corazón; muy bien adeudado, y tan capaz en letras y ciencias, que entendía bastantemente la Sagrada Escritura. Prendas tan relevantes fueron motivo eficaz para que muchos religiosos desearan atraerle a su religión, como también algunos seglares ganarle a sí y emparentar con él por vía de casamiento. Tomando cuerpo estas pretensiones cada día, y vacilando en la elección, una noche sintió impulsos de tomar el estado de religión, para huir los deleites vanos del mundo. Pero acordándose de los muchos bienes que su padre le había mandado, y viendo por

otra parte que de solo él pendía la conservación de su casa y familia, y la continuación de las crecidas limosnas que hacía antes su padre, por todos estos motivos, y porque era cabeza de su linaje, inclinóse al matrimonio, con resolución de que mientras estuviera casado había de dar buen ejemplo y enseñanza a los demás casados. Deseó también tener hijos, que fuesen buenos y siervos de Dios, a quienes dejase su hacienda mientras perseveraba con ánimo de entrar a servir a Dios en alguna religión.

2. Habiendo ya deliberado y resuelto todo esto, encargó a los deudos de mayor confianza le buscasen en la ciudad para esposa una doncella noble, pues que en la nobleza de la sangre queda el corazón contra toda vileza ennoblecido. Quísola de cuerpo sano, y en todas sus facciones bien formada, para que pudiese la naturaleza comunicar esta gallarda disposición a la prole. Mas sobre todo, les encargó le buscasen mujer humilde y bien morigerada, quien y cuyos parientes se tuviesen de su parentesco por muy contentos y honrados.

3. Vivía entonces en aquella ciudad una señora principal, de loables costumbres, y muy honrada, viuda de muchos años, la cual tenía una hija llamada Aloma, quien, según la fama pública, era doncella muy recatada, y tan capaz, que regía y llevaba todo el manejo y economía de su casa. Dábale la buena madre autoridad para ello, a fin que a su tiempo, siendo casada, supiese regir y gobernar su casa. Teníala ocupada, para que la ociosidad no fuese ocasión de que la viniesen algunos locos y malos pensamientos, que pudiesen inducirla a cometer alguna liviandad o desenvoltura.

4. Las calidades que buscaba Evast en la que había de elegir para esposa, adornaban todas a Aloma, por lo que, los deudos y amigos estuvieron bien seguros de haberlas encontrado en ella cabalmente; y por divina disposición, fué celebrado entre los dos el casamiento.

CAPITULO II

Del buen ejemplo que Evast y Aloma dieron al mundo en el día de sus bodas, sirviendo a los pobres y tratando con santas y devotas personas. Del modo con que ordenaron su casa, su familia y a sí mismos, y cómo fueron de todos por esto muy aplaudidos.

LECCIONES DEL RECATO Y MODERACION CRISTIANA EN DIA DE BODAS Y DE UN NOBLE GOBIERNO ENTRE CASADOS

1. Corrió por toda la ciudad la voz del casamiento de Evast y Aloma, y fueron muchos los que desearon cumplimentarlos en el día de la boda. Pero Evast rehusó el cortejo para dar muestras de humildad al mundo, quien suele despreciarla en semejantes funciones, apreciando solamente la ostentación y soberbia. Vestidos, pues, entrambos con humildes ropas, se encaminaron a la iglesia con poca comitiva, para significar su humildad, y no turbar con el bullicio lo sagrado y respetable del santo sacrificio de la Misa. Llevaron en su compañía algunas personas santas y devotas, para que fuesen de Dios más aceptas sus oraciones, y la oblación que ambos a dos le hacían de sus bienes y de sí mismo, fuese a su divina Majestad más agradable.

2. Celebró la Misa nupcial un santo sacerdote, a fin de que por su santidad se dignase Dios derramar su gracia y bendición sobre los recién casados. El mismo sacerdote les predicó y catequizó en el fin por el cual había ordenado el Señor el santo Sacramento del Matrimonio. Entre otros documentos, les dijo la forma de vida que debían guardar, la mutua obligación que en virtud de este Sacramento contraían, y la promesa que uno al otro había hecho, para que con el exacto cumplimiento de sus obligaciones fuera Dios servido, y su gracia resplandeciera en ellos en presencia de todos.

3. Todo aquel día de bodas fué día de oración y devoción para ellos, y de gran fiesta para los pobres de Jesucristo, los cuales alaban y bendicen a Dios cuando se les hace limosna, repre-

sentándose en ellos Jesucristo en aquellas bodas, en que son llamados, y extrañados los ricos, que olvidados de la Pasión del Salvador, malbaratan sus bienes temporales obsequiando a los hombres llenos de vanidad, como ellos mismos, sin atender la falta que hacen sus prodigalidades a los pobres.

4. En aquel día los dos novios sirvieron a los pobres; y en memoria de la humildad de nuestro Redentor, lavaron y besaron los pies a trece de ellos, que vistieron también con nuevas vestiduras. Mandaron asimismo pregonar por toda la ciudad, que todo mendigo que quisiese limosna por amor de Dios, acudiese a comer en aquellas bodas.

5. Los parientes y amigos de Evast y Aloma sirvieron también en aquel día a los pobres de Jesucristo. Después cada uno se fué a comer a su casa para no usurpar a los pobres la comida; y los dos novios comieron juntos en la mesa de los trece mendigos. Después de haber comido, Evast se fué a un monasterio de religiosos, en donde perseveró en oración todo lo restante de aquel día, y lo propio hizo Aloma en un monasterio de religiosas. A estos dos monasterios, y a todos los demás de la ciudad, hizo Evast abultada pitanza para solemnizar su boda.

6. Con mucha honra y decencia trataba Evast a su consorte, a fin de que se arraigase más en ella el amor y el temor, que son las prendas más apreciables en el corazón de la mujer. Dióle asimismo el mando y la economía de la casa, escogiendo para sí ejercitarse en la mercancia, sujetándose a este empleo para la manutención de su casa, sin menoscabo de su hacienda, y para no vivir ocioso; respecto que por este vicio viene el hombre a ser pobre, soberbio y perezoso; y por la misma confianza que ponen algunos ciudadanos en sus riquezas e hidalguía, van declinando en pobreza, y dan en muchos vicios.

7. No vivía en casa de Evast criado alguno de traviesas costumbres, porque no sirviesen sus liviandades a Aloma de escándalo. Iban entrambos a Misa cada día, y en restituyéndose a casa, lo primero era repartir alguna limosna de los bienes que Dios les había encomendado, y después cuidaban de la economía de su casa. Entre semana, y en las fiestas, iban gustosos a los ser-

mones, y a algunas personas religiosas a oír la divina palabra, y a tomar doctrina con que vivieran en santidad de vida.

8. Reformábase sobre manera toda la ciudad por los ejemplares procederes de estos dos casados, porque no sólo los del estado conyugal, sí también los del estado religioso, quedaban edificados de su modo de vivir. Teníanles amor y respeto todos los ciudadanos, y el crédito de sus virtudes era tan grande, que todos, así hombres como mujeres, encontraban en ellos consejo y favor, y en sus necesidades consuelo.

CAPITULO III

Se entristece Aloma de verse sin hijos; pídelos a Dios para que le sirvan. Razonamiento que sobre esto tuvo con su marido: y resígnase en todo a la divina voluntad.

NO DEBEN AFLIGIRSE LOS CASADOS POR VERSE PRIVADOS DEL FRUTO DE BENDICIÓN

1. Largo tiempo vivieron sin recibir fruto de bendición estos casados. Aconteció un día, que considerando Aloma la brevedad de la vida humana, acordóse que el fin que había tenido entonces en tomar aquel estado, había sido tener hijos siervos del Altísimo. Vistióse luego de melancólica tristeza su corazón, y explicaron su dolor con vivas lágrimas sus ojos. Entró en un ameno vergel de su casa, y arrodillada a la sombra de un frondoso árbol, que junto a una regalada fuente había, regaba con lágrimas el suelo, rogando a Dios se dignase por su piedad librar su corazón de aquella pena, dándole un hijo que fuera siervo suyo.

2. Al mismo tiempo que con lágrimas y suspiros rogaba al Señor oyera sus clamores, entró Evast en el vergel como solía, y admirado de ver a su esposa tan llorosa, dijo: “¿Qué es esto, Aloma, de qué lloráis, de qué os afligís, y en qué puedo yo aliviar vuestra pena? Mucho extraño veros con tantas lágrimas, y que

vuestro semblante indique a mis ojos un tal quebranto, puesto que jamás hasta ahora he conocido en vos señal alguna de tristeza, enfado o disgusto. Decidme, esposa, ¿qué es esto? Pensaba yo saber todo el secreto de vuestro corazón; mas ahora me parece que aflige vuestro pensamiento algún funesto objeto que no me habéis comunicado.”

3. Consideró Aloma las palabras de su esposo, y como su amor iba siempre acompañado de las circunspecciones del respeto, se corría de haberle de descubrir su corazón. Mas deseando precaver el daño, si Evast su marido entraba en alguna dudosa sospecha con ella, resolvióse a descubrir abiertamente el motivo de su llanto. “Señor y esposo mío, le dijo, desde que las leyes del matrimonio me sujetaron a vuestro dulce dominio, jamás sentí deseos que tan fuertemente apremiasen mi corazón, como los que ahora siento de tener hijos; porque gran menoscabo fuera de nuestra hacienda, si la heredase quien no fuese nuestro hijo; y conozco bien la merced y favor particular que hace Dios a los casados, dándoles hijos para su gloria, en quienes el nombre y linaje de sus padres se conserve. De aquí es, que pensando yo en la muerte, y viéndome sin sucesión, que mantenga en esta casa el bien y limosna que de ella sale, no puedo contener mi llanto, ni quiere mi corazón en cosa alguna consolarse.”

4. “Esposa mía, respondió Evast, no ignoráis que si bien la virtud divina dió sér a todas las cosas para servicio del hombre, muchas veces para ejercitar su paciencia y rendir a su alta providencia su voluntad, le niega lo que desea. Este orden lleva Dios para dar a los mortales ocasión de grande mérito, por el cual su divina Justicia les remunere en el cielo con el colmo de mucha gloria. Siendo esto así, necias son aquellas almas que de otra suerte lo consideran; y querer alcanzar todo lo concupiscible, indicio es no leve de soberbia. De aquí se deduce, que mejor y mayor virtud es en el hombre la paciencia, cuando no puede lograr el bien que desea, que el mismo bien que se sigue de la posesión de lo amable, cuando consigue sus deseos. A más, que si fuera cosa infalible y cierta, que cuantos hombres hay y habrá en el mundo han de amar y servir a Dios, bueno fuera el

deseo de tener hijos; pero siendo tan dudoso si le serán o no obedientes, muy perplejo estoy en desearlos."

5. Otras muchas buenas razones y ejemplos dió Evast a su esposa para consolarla, y echar de su corazón la tristeza; y como tiernamente se amaban, con las palabras de su esposo quedó Alo-
ma consolada, y dijo así: "Bendigo y adoro aquel soberano Señor, que tiene en su mano todas las cosas; y bendito sea quien me da a conocer mi propia miseria. No soy yo digna de conseguir todo lo que deseo, ni tengo merecidos ni agradecidos, como debiera, los bienes temporales de que Dios nos ha prosperado. Sujetar debo todos mis deseos y toda mi voluntad a la suya. Ahora conozco que en toda mi vida no me conviene desear sino sólo lo que a Dios pluguiere. Culpables y locos fueron mis deseos; mas la infinita misericordia de Dios será en adelante el blanco de mi amor y esperanza."

CAPITULO IV

Nacimiento de Blanquerna, y oblación que de él hicieron sus padres a Dios en el día de su bautismo. De la buena educación natural y moral que le dieron, y cómo mandaron instruirle en virtudes y letras.

PROPÓNESE PRINCIPALMENTE UTILÍSIMA DOCTRINA PARA LA BUENA EDUCACIÓN DE NIÑOS

1. En caridad, paciencia y humildad continua vivían ambos consortes. En los domingos y fiestas principales iba Evast a los monasterios de religiosos a alabar a Dios, y a cantar con ellos los Oficios divinos; y lo propio hacía Alo-
ma en los monasterios de religiosas. Iban también a servir a los enfermos en los hospitales, y a visitar los pobres vergonzantes, cuyas necesidades subvenían secretamente con limosna. Cuidaban asimismo de dar a los niños huérfanos oficio, porque llegando a mayor edad no les fuese la pobreza ocasión de caer en algún pecado.

2. Mientras que se ejercitaban en estos y otros oficios de piedad, Dios, que es de todo bien y gracia el complemento, se acordó de los buenos deseos de Aloma, y de su paciencia y humildad, y dióle un hermosísimo hijo, que fué llamado Blanquerna. Muy extraordinario fué el júbilo, alegría y contento que en este nacimiento tuvieron ambos consortes. Evast se encaminó a la iglesia a dar a Dios las gracias por el hijo recién nacido, rogándole le hiciera siervo suyo en toda su vida; y en expresión de su gozo, dió a los pobres larga limosna. Recibió Blanquerna el sagrado Bautismo, acogiendo para padrinos personas de santa vida, por cuyos merecimientos enriqueciese más Dios al niño con los dones de su gracia. A petición de Evast, cantó Misa solemne el que había sido ministro del sacro Bautismo, que era un sacerdote muy ejemplar y virtuoso; pues no es razón que un tan gran Sacramento, principio y senda de la vida eterna, sea administrado de quien se hace por sus pecados indigno.

3. Tuvo Blanquerna por ama una mujer muy sana y robusta, para que se criase el niño más sano y robusto; pues por la mala leche quedan los niños enfermizos y desmedrados. Era también de vida recatada y muy honesta; y debería en gran manera precaverse en dar los niños a amas de salud quebrada, viciosas o de recia condición, de corrompida complexión o aliento.

4. Un año entero estuvo el niño sin gustar otra cosa más que leche pura; pues por falta de robustez en la digestión, no pueden los niños en aquel primer año digerir otra vianda, aunque sean papas de leche o de aceite, u otra cosa semejante, que tal vez les hacen comer por fuerza; y de aquí nace ser algunos niños sarnosos, bubosos, y padecer tumores y úlceras, acarreadoseles los humores a la parte superior, lo que les gasta el cerebro y la vista, y engendrándose de aquí otras enfermedades y achaques.

5. Criado con toda diligencia fué el niño Blanquerna. Vétiase su madre de manera, que en el invierno sintiera en algo el frío, y en el estío el calor, para que los elementos de que el cuerpo se compone concordasen bien con el tiempo, en el cual tienen sus operaciones, para influir al cuerpo templada calidad, y no se

habituasen a subir a la parte superior los malos humores. De esta manera crió Aloma a su hijo hasta que pudo andar y jugar con los demás niños. No le prohibió cosa alguna de lo que la naturaleza apetece y requiere en aquella infantil edad, así es que hasta los ocho años le permitió vivir con libertad, y según el curso natural.

6. Cumplida esta edad, le aplicó su padre al estudio de las letras; y le hizo enseñar, según los tratados del libro de *Doctrina pueril* (1), en donde se previene, que al principio debe el padre enseñar a su hijo en lengua materna, en la cual le ha de dar clara noticia de los artículos de nuestra santa Fe, de los Mandamientos del Decálogo, de los Sacramentos, de los pecados capitales, y de las virtudes a ellos opuestas, y en fin, de todo lo demás, como en dicho libro se contiene.

7. Sucedió un día que Aloma, antes de partirse el niño al aula, le dió de almorzar carne asada; y por si le venía gana en la escuela, le dió de resguardo un tamaño flacon. Sabiéndolo Evast, reprendió ásperamente a su mujer, diciéndola que a los niños por la mañana se les había de dar un mendrugo de pan, y no más; porque, o no se críen golosos, o no pierdan la gana de comer en la mesa; pues el pan a secas no sabe tanto a los muchachos, que opriman y fuercen las operaciones de la naturaleza por la demasiada comida; y aun pan solo no se les debe dar sin que le pidan.

8. A todo género de viandas acostumbraron sus padres a Blanquerna, para que no se inclinara su naturaleza a unas más que a otras, y le vedaron el vino fuerte y generoso, y el muy aguado, y las salsas picantes, que destruyen el calor natural. Diéronle un pedagogo entendido, el cual cada día, enseñándole a tener oración y oír Misa con mucha quietud y devoción, y después le acompañaba a la escuela de música, para que aprendiese a servir bien la Misa cantada.

9. Tan capaz se hizo Blanquerna de la gramática, que entendía y hablaba el latín con toda perfección. Después estudió

(1) Obra del mismo Raimundo Lulio.

lógica, retórica y filosofía natural, con que entendiase más fácilmente la medicina, para saber conservar con entera salud su cuerpo. Cursó la sagrada teología para conocer, amar y servir más a Dios, y dirigir a la eterna vida su alma.

10. Enterado que estuvo del libro *De los principios y grados de la medicina* (1), por donde alcanzó suficiente noticia para conservar la salud, aplicóle su padre al estudio de la teología expositiva, en que oía de continuo la Sagrada Escritura, y respondía algunas veces a las dificultades teológicas.

11. Mientras aprovechaba en estas artes y ciencias, criábale su padre con amor y temor, virtudes con que debe educarse la gente moza, ejercitándose en esta edad en ayunos, oraciones, confesiones y limosnas; en enseñarse humildes en el hablar y vestir, y en acompañarse con buenos. Estas y otras cosas a este tenor enseñaba Evast a su hijo, para que cuando varón fuese por hábito, y por naturaleza, agradable a Dios y a los hombres; y que no se resistiese en recibir y hacerse a las costumbres convenientes a la buena educación, que debe resplandecer principalmente en los nobles y personas de distinción.

CAPITULO V

Examina Evast a Blanquerna para ver si tenía discreción bastante para el régimen de la casa. Propónele una cuestión, a que responde con agudeza. Da el padre gracias a Dios por tal hijo, y desea entrar en Religión.

PRUDENCIA QUE DEBEN TENER LOS PADRES EN EXAMINAR A SUS HIJOS ANTES DE DARLES ESTADO

1. Los rayos de la divina luz despertaron en Evast la memoria de aquel tiempo en que deseó entrar en Religión. Para ejecutarlo, quiso hacer primero experiencias en su hijo, de si

(1) De Lulio.

sería o no capaz de gobernarse a sí mismo y a su casa, según el gusto y agrado de Dios; con que pudiesen ambos consortes entrar en Religión, dejando el mundo y todos sus bienes temporales. Mientras que Evast discurría esto, su hijo Blanquerna, que venía del aula, acababa de entrar por casa. Era éste entonces de edad de diez y ocho años, muy gentil, bien dispuesto y agraciado, y sobre todo muy obediente a sus padres; muchacho bien criado y de buenas costumbres.

2. “Amable hijo, díjole Evast, ven aquí a ver cómo sueltas esta cuestión que voy a proponerte. En un castillo sito a la entrada de un dilatado bosque, no muy lejos de acá, un cazador de arco y flecha fué a cazar ciervos, cabras monteses, y otro venado, como solía. Aconteció, pues, que disparando una saeta, la clavó en un ciervo, al que, mal herido, siguió sin poderlo alcanzar, ni hallar en todo aquel día. Mientras que se restituía a la ciudad, encontróse con un parador, que traía en su mano la saeta misma que él había disparado al ciervo. Preguntóle dónde había encontrado aquella saeta, que había sido suya. Respondióle, que la había arrancado de un ciervo que había encontrado herido y muerto, que había vendido después a un carnicero. Ventilóse aquí entre los dos la cuestión sobre de quién había de ser el precio del ciervo. Pretendíale el cazador, porque él había muerto al ciervo, y a no haberle él herido, no le habría hallado el parador. Este respondía, que a él solo le tocaba, pues la fortuna se lo había dado, y que él ya, desconfiando del hallazgo, le había abandonado, pues se volvía ya a la ciudad. Ahora quiero saber de ti, hijo mío, cómo sentenciarás el pleito; ¿por quién de los dos ha de quedar el ciervo, o si por entrambos?”

3. “Bien sabéis, padre y señor mío, respondió Blanquerna, que es de mayor fuerza y virtud la ocasión que la fortuna o casualidad; porque en la ocasión está la intención última, por la cual fué herido y muerto el ciervo, y la casualidad o fortuna de todo en todo es preter intención: y como el parador halló al ciervo de mera casualidad, y éste fué muerto por ocasión, conviniéndose la ocasión con el que mató el ciervo, y no con el que le halló muerto; por esto, según derecho y justicia, y para con-

servar la mayoría que tiene la ocasión sobre la casualidad, debe ser juzgado el ciervo a favor del cazador; pues que si fuera adjudicado al parador, se haría a la ocasión notable injuria, y se daría a la fortuna el honor que no le corresponde. Por cuya razón, de todo en todo juzgo a favor del cazador el precio del ciervo: con tal que deba el cazador probar primero ser suya la saeta; porque es muy dable que fuera de otro cazador que hubiese muerto al ciervo, y no del que pretende haberle muerto.

4. Adelantó más Evast preguntando si era justo que el parador restituyese al cazador el ciervo, o si sólo el precio que de él había sacado. A esto respondió Blanquerna, que el carnicero tenía derecho y razón sobre el ciervo, pues según costumbre de su oficio, le había comprado con intención de que era del parador, y éste asimismo se le había vendido con intención de que fuese suyo el precio. Por tanto, dijo se hacía injuria al carnicero quitándole la ganancia que sacaría del ciervo. A más de esto, no hay razón para que el parador reciba daño por aquello mismo que merece agradecimiento; lo que sucedería, si a más de restituir al cazador el ciervo, satisficiera su precio y ganancia al carnicero: por lo cual es a justicia y razón conforme, que sólo el precio del venado sea del cazador.

5. Prosiguió Evast: "Dime, hijo, ¿estará acaso el cazador obligado a dar al parador alguna parte del precio del ciervo?" "Dos maneras de derechos generales, padre y señor mío, hay en el mundo, de quienes se derivan los demás derechos especiales. El uno es según Dios, y el otro según el mundo. El primero, por ser regulado y ordenado según Dios, conviene sea más delicado, sutil y de mayor conciencia que el segundo. Luego por estas dos reglas sobredichas podéis inferir y conocer que, según derecho más noble y necesario, el cazador está obligado a darle algo por su trabajo, conforme caridad, conciencia y hermandad, y aun por urbanidad y cortesía contra la avaricia, envidia e injuria. Mas porque el cazador, por su libre albedrío, pueda ganar el mérito de las virtudes arriba mencionadas, dando al otro parte del precio del ciervo, queda establecido por divina ordenación y derecho temporal, que por ninguna ley humana esté obligado a

dar parte alguna al parador del precio del ciervo; y de lo contrario, no resultaría la libertad que se requiere y concuerda con el mérito, con la cual puede el hombre adquirir dichas virtudes. Ni menos el derecho temporal estuviera sujeto al eterno: y si esto fuera así, habría Dios injuriado al derecho más noble, para ensalzar al menos noble, lo que es grande inconveniente, y muy opuesto a la razón."

6. Aún instó Evast diciendo: "Vaya, hijo, dime: ¿comete acaso alguna culpa grave el cazador no dando al parador alguna cosa?" "Diferencia va, padre mío, respondió Blanquerna, entre culpa mortal y venial. Si el parador tuviera algún derecho en llevar parte del precio del ciervo, la ordenación de aquellas dos reglas sería sin duda contra Dios y justicia, lo que es imposible. Por cuya imposibilidad podréis entender y saber, que no peca gravemente el cazador dejando de dar algo al parador. Pero en no querer usar de cortesía ni caridad, como conviene para modificar su codicia, comete culpa venial, por la cual no merece condenación eterna, sí sólo menos gloria en el cielo."

7. Estas y otras muchas cuestiones, que fuera prolijo referir, proponía Evast a su hijo, quien a todas respondía con cabal solución y eficaces razones.

8. Viendo, pues, a su hijo ilustrado con tan alta sabiduría, y adornado de tanta pericia y buenas costumbres, tuvo de ello grande regocijo. Entróse en el oratorio de su casa, en donde con Aloma solía retirarse para orar y oír Misa todos los días, como también después de haber comido, para dar a Dios las debidas gracias. Venerábase en el altar la imagen del glorioso Apóstol San Andrés, en quien los dos consortes tenían puestas sus esperanzas para que les alcanzase del Señor su bendición y gracia.

9. Arrodillado Evast delante del altar, santiguándose primero, como solía, hizo esta breve oración: "Señor Dios glorioso, que no olvidaste a tu siervo, que tanto tiempo ha anhelado servirte en la Religión; bendito seas, y bendita sea tu humilde y piadosa misericordia, que quiso darme el cumplimiento de mis deseos en mi hijo Blanquerna, que tanto tiempo he suspirado y deseado, para que, renunciando los bienes temporales, yo y mi

esposa te pudiésemos contemplar, amar y servir en el estado perfectísimo de Religión, acordándonos de tu santa Pasión, y llorando nuestras culpas y pecados. Adoro, Señor, tu bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y todas las demás perfecciones con que eres un Dios en esencia, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Bendito seas en ti mismo, en todas tus virtudes y honores, porque me diste un hijo tan sabio y de tan buenas costumbres, a quien desde hoy puedo fiar el cuidado y mando de mi casa. A ti te lo encomiendo, Señor, pues a ello estoy obligado."

CAPITULO VI

Solicita Evast el consentimiento de Aloma para entrar entrambos en Religión; resístese ella, alegando que en el estado que tenían podían servir a Dios y hacer penitencia.

NO DEBEN LOS CASADOS MUDAR ESTADO SIN MUCHO ACUERDO Y MADUREZ

I. En gran cuidado entró Evast, buscando modo para descubrir su ánimo a su esposa, e inducirla a entrar en Religión, pues dudaba mucho de su consentimiento. Al otro día, oída la Misa, y, estando solos en el oratorio por haber ya salido los demás, habló Evast a Aloma, diciéndole así: "Querida esposa mía, por la gracia de Dios, nuestro hijo Blanquerna está dotado de gran sabiduría y de muy buenas costumbres y crianza. Ya me parece se halla en edad en que sabrá gobernarse a sí mismo, cuidar de nuestros bienes y de toda la casa. Ya es tiempo de buscarle esposa, y de que nosotros, dejando este miserable mundo, nos retiremos a vivir en alguna Religión más santamente; y así como con nuestro modo de vivir hemos dado hasta ahora luz y regla a los que viven en matrimonio, también deseo que en adelante, por santidad de vida, demos buen ejemplo a los que viven en Religión. Para esto miro conveniente, que desmembrems una porción de nuestros bienes temporales, para repartirla por amor

de Dios entre los pobres de Jesucristo, y que escojáis vos un monasterio de religiosas, el que mejor os pareciere, y yo, con vuestra licencia, entraré en otro de religiosos, lo que tanto he deseado.”

2. Muy extraña pareció a Aloma la propuesta, y luego mudó de color, recelando si en algo habría disgustado a su marido, que le diese motivo de apartarse de ella. Antes de responder, empezó a estar suspensa y pensativa, por lo que le dijo Evast: “Aloma mía, ¿por qué no respondéis? ¿En qué pensáis ahora? ¿Habéis oído lo que os he dicho?” “Esposo y señor, respondió Aloma, muy bien; y de vuestras palabras imagino que quizá os habré dado algún disgusto que os dé motivo de apartaros de mí; y si así es, castigadme como os pareciere, mas no con dejarme ahora, a la fin de mis días, cuando más que nunca necesito de vuestro amparo y consejo.”

3. “Bien segura podéis estar, esposa, respondió Evast, que no me habéis dado jamás ni el menor disgusto; antes os digo, que desde aquel día en que quiso Dios unirnos con el vínculo del santo matrimonio, he dado siempre gracias a su divina Majestad por haberme favorecido con vuestra amable compañía; pues entre los muchos favores que en este mundo está repartiendo a sus siervos el Altísimo, de que se le debieran dar siempre gracias repetidas, uno es el logro de una fiel y buena compañera. No penséis, pues, haberme en alguna manera disgustado, en cuanto os he visto obrar; antes os pido perdón por si acaso he faltado, o si algo he obrado contra vuestro parecer y dictamen. Mas estando nosotros al cabo de nuestros días, y siendo el estado religioso mucho más perfecto que el matrimonial, y debiendo los mortales acercarse siempre más a Dios por buenas obras, cuanto le fuere posible, mientras ahora tenemos tiempo y ocasión oportuna para ello, os ruego que, así como siempre me habéis obedecido, os dignéis también ahora condescender, en que dejando a nuestro hijo Blanquerna en la vida activa, entremos ambos en la contemplativa, poniendo todo nuestro conato en ver cómo podremos, con la gracia de Dios, estar juntos en la gloria eternamente y sin fin.”

4. "Dueño y señor mío, respondió Aloma, con rubor y reverencia, responde mi amor a vuestra propuesta. Sabe Dios que no cupo jamás en mi pensamiento ni dictamen, dejar de obedecer en nada a vuestros preceptos, ni que hubiese jamás entre mi voluntad y la vuestra oposición alguna. Pero por cuanto el principio de nuestra sociedad estuvo en el vínculo del matrimonio, y el principio en todo tiempo mira al fin como su correlativo, por esto soy de sentir que vivamos ambos juntos hasta la fin, y sólo la muerte nos separe. Y así habéis de entender, que no convengo en obrar contra el principio del estado primero, en que Dios me colocó, conservó y guardó de faltar en algo la fidelidad del matrimonio. En todo lo demás, mientras redunde a gloria y alabanza de Dios, podréis mandarme, que obedeceré gustosa; pero tanto como dejar el estado en que Dios me ha puesto, eso no. Ni vos, salvando vuestro honor, me debéis aconsejar otro estado a que no tengo tanta inclinación como al presente en que me hallo; pues sé que muchos hombres y mujeres, por falta de devoción menosprecian su estado y le abandonan. Por ahora quisiera me dijéseis, ¿por qué más amáis el estado de Religión que el del matrimonio que tenéis?"

5. "Mucho siento, esposa mía, vuestra respuesta, dijo Evast, aunque pienso me decís esto para enseñar, que con resignaros a mi voluntad me hacéis mayor obsequio, y queréis darme a entender, que con repugnancia dejáis este estado, y por mi respeto tomáis el de Religión, porque os quede yo más deudor y obligado; pero en vano buscáis medios con que tenerme más grato, porque estoy sobre manera contento y satisfecho de vos y de vuestro entrañable cariño; apliquemos sobre todo nuestro conato en ganar amor y mérito para con Dios, a cuyo tribunal hemos de venir todos. Según sé vuestra santa vida, y mis muchos deslices, más gustosa pasaréis vos al estado religioso que no yo."

6. Cuando Aloma entendió que su esposo creía que ella se excusaba de consentir a la propuesta sólo para probar su amor y ganarle más el agrado, se le llenaron de lágrimas los ojos, y entre sollozos y suspiros, le dijo: "Esposo mío, sólo Dios sabe los pensamientos del hombre. Habéis de entender, que en mi vida

no tuvo jamás mi corazón tanta pena como ahora, que contrasta con vuestra voluntad; porque viendo que mi fidelidad y amor, que siempre os he tenido, ahora no se rinde a vuestro querer, se oprime con tal fuerza mi corazón, que saltan las lágrimas a los ojos, quienes sólo de miraros quedan corridos; y mi conciencia, con dificultad me hace pensar sea falta aquello mismo en que no puede haberla. Os hago saber, pues, que os respondo seriamente según mi amor y estado. Mi amor me da pena, no obedeciendo a vuestros intentos, y me hace aborrecer la separación que habría entre los dos en caso de entrar en Religión. Intolerable fuera para mí vuestra ausencia, porque mi amor apetece vuestra sociedad en todo tiempo, ni puede consentir mi vista en carecer de vuestra presencia. Sin duda siento mucho no poder cumplir aquello en que vuestro deseo tendría su complacencia, y mi afecto su despecho y desconsuelo."

7. "Mucho me gusta, esposa, vuestro amoroso razonamiento, respondió Evast. Y sé muy bien que es voluntad de Dios, que ame el hombre a su buena mujer. Todos estos motivos y otros muchos serán a mi corazón estímulos de dolor, habiéndome de apartar de vos. Vuestra presencia llena de júbilo el cauce de mi pecho; vuestra honestidad y buenas costumbres abultan mucho más mi regocijo. Ni puedo disimularlo, oyendo a muchos que alaban vuestros procederes, pues entonces sin querer se asoma el júbilo en mi semblante. Pero me conviene amar más a Dios, mi Criador y Salvador, que no a vos ni a cualquiera otra criatura; y porque deseo sacrificar y recibir su sacratísimo y glorioso cuerpo, por esto la valentía de mi ardentísimo deseo borra de la memoria los trabajos que padeceré ausente de vuestra amada compañía. Siento en el alma daros ocasión de pena y tristeza, pero el amor alienta al corazón a sufrir muchos trabajos, y hace despreciar lo humano por lo divino. Ruégoos, pues, que para amar y servir a Dios nos alentemos a sufrir valerosamente los trabajos que han de resultar de mi separación y la vuestra."

8. "Verdad es, señor mío, dijo Aloma, que el celebrar y sacrificar el sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo es el más noble y más provechoso ministerio que haya en este mundo;

mas no por eso es lícito al hombre allegarse a tan alta dignidad sin ordenación y disposición, ni ha de ser con daño de tercero, a quien tal vez el enfado podría ser ocasión de algún pecado. No todos los hombres son dignos, ni alguno debe presumir serlo de tan alto y glorioso ministerio. Si tanto, pues, deseáis ser eclesiástico y celebrar, suplid la ejecución con andar cada día a la iglesia de los religiosos, y allá les ayudaréis a Misa, cantaréis con ellos los Salmos, las Lecciones, los Responsorios y las Antífonas, y asistiréis a la Misa solemne, como hasta aquí lo habéis hecho. Y sobre todo, que arda en vuestro corazón el deseo del sacerdocio, muy enhorabuena; pero no os tengáis por digno de tan alta dignidad, que en verdad no lo sois; pues Dios os puso en el estado del matrimonio, en que no le podéis recibir. Yo todos los días me iré al monasterio de las Monjas, como acostumbré, y las ayudaré a cantar y a responder a la Misa. Hagamos cuanto podamos, mas no salgamos del estado en que somos, pues Dios en éi nos ha puesto.”

9. “Cansado y enfadado estoy, Aloma, dijo Evast, de poseer y contratar los bienes temporales, porque estorban mis oraciones; y mi ánimo es renunciar las delicias de la carne y entregarme tan del todo a la oración, que nada haya en mi corazón y pensamiento sino Dios. Yo deseo hacer penitencia, y dar satisfacción de mis culpas y de los excesos que hice comiendo, bebiendo, vistiendo, calzando y usando de blanda cama y de otras muchas cosas en que he faltado. Late también en mi pecho un fervoroso deseo de predicar la palabra de Dios y la Pasión de su Hijo Nuestro Señor. Y como el estado religioso es para esto y para otras muchas cosas más a propósito que el matrimonial, quisiera por esto dejar el mundo y el estado que tengo, y vivir en el de los felices religiosos que hacen penitencia y todo lo sobredicho. Si vos me quitáis tantas dichas como puedo alcanzar en la Religión, enemiga seréis de los auge de mi gloria.”

10. “Señor, respondió Aloma, si para servir mejor a Dios queréis renunciar al mundo, y vuestros bienes a Blanquerna, y convenís en que nos quedemos juntos, soy contenta. En este oratorio podremos adorar, alabar y suplicar al Señor sin cui-

dado de bienes temporales, ni aun del sustento corporal, que nuestro hijo Blanquerna cuidará exactamente de todo. No hay necesidad de mudar estado: si buscáis vida penitente y austera, más apta es para esto vuestra misma casa, que no la Religión, porque más secreta será en el estado del matrimonio. Si queréis que para esto pasemos a un desierto o a un monte, pronta estoy, que cuanto más austera será nuestra vida para servir al Rey de la gloria, mayor será el júbilo de mi alma. Vivamos castos, sin gozar aun de lo que permite el tálamo conyugal. Predicaréis a todos los casados con vuestro buen ejemplo, y alentaréis a los religiosos en la perseverancia de su vocación. Haced de mí lo que os parezca, mientras no desdiga al Sacramento del matrimonio.”

11. “Grande virtud es, esposa, dijo Evast, vivir en obediencia y sujetar al albedrío de otro, por amor de Dios, la voluntad.” “Virtud grande, replicó Aloma, es ser uno dueño de su propia voluntad, rigiéndola como debe, y ésta mejor la conoce cada cual en sí mismo que no en otro.”

12. “Grande mérito atesora, respondió Evast, quien dejándolo todo por Dios, se entrega todo a servirle.” “Mérito grande granjea, replicó Aloma, quien vive en el mundo poseyendo sus bienes sin culpa, y entregándose a servir los pobres de Jesucristo. Grande mérito es ser rico de bienes temporales, y pobre de espíritu; y si es virtud el pedir por amor de Dios, no se sigue ser vicio el dar por su amor a los pobres. A más de que no es seguro mandar a un mozo como Blanquerna tanta riqueza, no teniendo nosotros experiencia de si es capaz de administrarla. Por esto tengo por más acertado que hagamos en casa la penitencia que queréis: y si os parece conveniente salirnos de ella, convengo, pero con tal que instruyamos primero a nuestro hijo cómo pueda y sepa gobernarse a sí mismo y a los bienes domésticos, para que se conserven para los pobres, los cuales hallan cada día en nuestra limosna su sustento.”

13. “Muchas razones fuertes y verdaderas os he propuesto, dijo Evast, por las cuales podéis y debéis obedecer a mis demandas. Y aún os ruego no os excuséis más, ni os resistáis, antes bien me deis gusto en hacer lo que tanto tiempo ha que de-

seo. Ni es razón me provoquéis a tristeza o rencor, pues sabéis cuán fielmente os amé siempre."

14. "Evast, mi señor, respondió Aloma, oídas vuestras razones, he tanteado si podría mi corazón condescender a vuestros ruegos y preceptos, mas no hallo medio; y porque sé que de una inobediencia nacen no pocas veces la ira y el despecho, os suplico no me habléis más en esta materia, que no responderé palabra, pues temo no nazca algún desabrimiento entre los dos. Volvamos a nuestras pláticas, y hablemos de Dios y de sus obras, como solíamos; y en cualquiera ocasión que os determinéis a lo que antes tengo dicho, aparejada estoy para cuanto quisiéreis."

15. Muy mal contento quedó Evast viendo no podía inducir a su esposa a su intento. Por muchos días y horas repitió las sobredichas razones, mas en vano; porque la hallaba siempre más constante, sin poder recabar cosa de ella, antes se airaba y afligía más. Compasivo Evast de su enojo, propuso no hablarla más en este punto, y dejólo todo en manos de Dios. Quiso contentarla con hacer penitencia en casa, guardando clausura, para que por la vista o por el oído no entrasen las vanidades del mundo, que están reñidas con el entender, memorar y amar a Dios y a sus honores. Al otro día, oída la Misa, llamó a Aloma, como solía, la cual, al oír su voz, empezó a llorar, pensando la quería persuadir sus pretensiones, que tanto la molestaban. A vista de su llanto, dijo Evast: "Esposa, no lloréis, pues tan intrépido y fuerte es vuestro coraje, que no pude rendirle con tantos ruegos: yo quiero inclinar mi corazón a vuestro querer, y quiero obedeceros. Tratemos del cómo hemos de hacer los dos penitencia y vida austera secretamente en casa, todo el tiempo que Dios será servido darnos vida. Demos a nuestro hijo Blanquerna absoluto poder sobre todos nuestros bienes, reservándonos sólo la porción de renta necesaria para el preciso sustento. Hagámosle espontáneamente donación de todo lo demás, y casémosle cuanto antes. Mañana, después de la Misa, le llamaremos, y le comunicaremos nuestros designios. Al entretanto dispongamos nuestras cosas, y escribamos la regla a que nos obligamos para hacer penitencia."

16. Grande gozo tuvo Aloma de esta resolución, y alabó al Señor, que le había inclinado a su dictamen. Respondióle, pues, que estaba pronta en cumplir cuanto le había prometido. Aprobó lo de hacer penitencia secretamente en casa, y el escribir la regla a que entrambos se obligasen.

CAPITULO VII

Determinan Evast y Aloma dar a su hijo Blanquerna el mando de la casa, consignándole todos sus bienes. Porfió éste en no aceptarlo, y retirarse al desierto a servir a Dios en vida eremítica.

NI DEBEN DESPRECIARSE NI IMPEDIRSE LOS DIVINOS LLAMAMIENTOS

1. Al otro día, oída la Misa, Evast y Aloma llamaron a Blanquerna en el oratorio, en cuyo altar estaba la santa Cruz; y hablóle el padre en esta forma: "Amable hijo, mucho conviene el que tengamos presente el principio de donde procedemos, y el fin para que fuimos criados, y adónde vamos a parar, y que reconozcamos el favor que hemos recibido de Dios. Llegóse ya el tiempo en que yo y tu madre debemos menospreciar este mundo, y renunciar los bienes temporales. Por nuestra ancianidad y flaqueza barruntamos estarse ya muy cercana nuestra muerte. Tiempo es de emprender una vida recoleta, y de gastar nuestros pocos días en llorar nuestras culpas, en oración y penitencia. Por esto, amado hijo, desde hoy te nombramos heredero universal de nuestros bienes temporales, y en nuestras oraciones y buenas obras, que haremos, te acogemos en parte. En adelante serás el dueño de nuestra hacienda y casa; procura gobernarla de manera que no perezca el bien que de ella sale, ni nos falte el congruo corporal sustento, y que los hijos que tengas puedan ser criados con ella de modo que sean agradables a Dios."

2. Dichas estas y semejantes palabras, tomó su sello, y Aloma las llaves de la casa para entregárselo. Mas Blanquerna, sin

quererlo aceptar, dió en llanto. Dobló los ojos hacia el altar, y viendo la santa Cruz, se acordó luego de la Pasión del Redentor, y que El y sus discípulos, renunciando los bienes de la tierra, habían sido pobres. Después de haber gastado largo rato en este pensamiento, dijo: "Señor padre, grande es la honra que vos y mi señora madre queréis hacerme, y grande la confianza que tenéis de mí, pues queréis recomendarme tantos bienes sin examen previo de mi caridad, fidelidad, justicia y demás virtudes. Dios os lo pague: mas sabed que no quiero meter jamás en mi corazón riquezas, ni deleites mundanos, ni mi afecto desea cosa fuera de sólo Dios, quien me ha criado para que fuera su tabernáculo. Grande injuria fuera echarle de donde quiere morar, y quedaría mi corazón ofendido si le apartaba de Dios."

3. Sobre manera atónitos quedaron ambos de las palabras del hijo, a quien su padre respondió: "Pues ¿cuáles son tus designios, hijo mío? ¿Qué quieres decir con eso? Pasmado estoy de lo que dices, y te ruego no disimules a tu padre tus intentos." "Señor y padre mío, respondió Blanquerna, la divina luz estimula mi alma a memorar, entender y amar la pobreza y la vida eremítica, y a renunciar la escasez y poquedad de este mundo miserable. Sin ésta podré más perfectamente amar y contemplar al Hijo de Dios vivo, que vino al mundo a vestirse de nuestra carne para redimirnos, y padeció acerbísima Pasión y muerte, como aquella Cruz me lo representa a la vista. Esta dolorosa memoria me estimula a seguir las pisadas de Elías, de San Juan Bautista y de los demás santos Padres del yermo, quienes para huir las vanidades del mundo, y vencer las asechanzas del enemigo y las rebeldías de la carne, hicieron vida austera y penitente en los páramos y montes, sin que nada les estorbara la contemplación del Señor de las alturas, único principio y fin de todos los bienes."

4. "Hijo mío, dijo Evast, contentísimo estoy de los devotos deseos de tu corazón. No pocas veces dudé en pedir hijos a Dios, temiendo no fueran malos y transgresores de sus divinos preceptos; mas ahora acabo de conocer que fueron santos los deseos de tu madre, y las muchas plegarias que hizo al cielo

para haberte. En atención, pues, que deseas servir a Dios, en ninguna manera reprendo tus designios; pero habiendo de recompensar los favores que de tus padres recibiste, debes quedarte en el mundo hasta que hayan muerto. Después podrás cumplir la devoción que tienes."

5. "Señor padre, respondió Blanquerna, bien conozco el beneficio natural que recibí de vos y de mi madre, y sé que me habéis criado con desvelo; mas a todo esto excede el beneficio que de Dios he recibido. Considero los muchos riesgos que el vivir en el mundo acarrea, particularmente en los mozos; por esto quiero escapar sus lazos, volando al desierto a servir a Dios, quien será mi padre y mi maestro. Por su amor renuncio honras, riquezas y toda la gloria mundana, pues sé que teniéndole a El, nada me ha de faltar; y a faltarme este infinito bien, ¿quién podría suplir la falta del que mi alma ha deseado, y con tantas ansias desea?"

6. "Amable hijo, dijo Evast, si tú no obedeces a mis ruegos, injuria haces a tus padres y a los pobres de Jesucristo, que sacan de esta casa tanta limosna, la cual queda acabada si te ausentas de nosotros; y serás responsable delante de Dios si tus padres, por falta de administrador, han de dejar de hacer la penitencia que desean. Y en fin, tú serás causa de los trabajos que en nuestra ancianidad nos aguardan. Y siendo la culpa y la injuria tan aborrecida de Dios, según leyes de justicia y caridad, no puedes permitir que perezcan los bienes domésticos, ni debes ser ocasión de nuestros trabajos, ni óbice del bien que resultará de nuestra penitencia."

7. "Señor, replicó Blanquerna, quiere Dios que el hombre trabaje en su servicio hasta la muerte. Según me parece de vuestra edad, vos y mi santa madre todavía podéis trabajar, cuidando de los bienes de casa y haciendo de ellos limosna. Cuantos más contrarios serán vuestros días a los trabajos que en servicio de Dios padeceréis, tanto mayor será vuestro mérito. Perseverando, pues, en el estado que tenéis, no desconfiéis de la divina protección, ni sigáis el rumbo de muchos que renuncian los bienes del mundo, sólo a fin del descanso, lo que es peligroso para sí y para

otros que toman su ejemplo. En vuestra decrepita ancianidad, estando vuestras fuerzas caídas, encomendaréis, sí, vuestros bienes a persona fiel, que haga de ellos el bien que acostumbráis, repartiéndolos a los pobres, a quienes se deben. Y así, señor, os ruego no seáis vos la rémora de mi felicidad y deseo; y no me expongáis a riesgo por cosas corruptibles y transitorias, ni reprendáis lo que debírais alabar, ni se entristezca vuestro corazón de lo que debiera alegrarse."

8. "Prueba primero, dijo Evast, el hacer penitencia y vida austera entre nosotros, antes de partirte al yermo a hacerla. Tantea si tienes valor para permanecer en la austeridad de vida a que tu devoción te inclina, pues empresa grande es la que intentas, y no debes abalanzarte a ella sin tener en ti mismo alguna experiencia. Sabe que no pocas veces acontece, que el hombre con facilidad emprende la austeridad y el rigor antes de experimentar su molestia; pero después, sintiendo su peso con fastidio, le aborrece, y echando la carga, vuelve a las comodidades del cuerpo y a sus primeras delicias. Entonces es ultrajada y movida su inconstancia; por lo que, amable hijo, no seas fácil en tus fervores, refrena tus deseos y entiende lo que te digo."

9. "Señor padre, respondió Blanquerna, ensayarse uno en sufrir trabajos y en hacer austera vida, no es más que meterse en una duda nacida de poca devoción y amor; porque la devoción alivia el peso, y el amor suaviza las amarguras. Cuanto más recios son los trabajos y rigores de la vida, tanto más noble y más grande es la devoción y el amor. Y lo son asimismo la paciencia y las demás virtudes; y así discurro, que sólo será trabajo para mi alma el no ser mayor el trabajo y la austeridad de vida."

10. Otras muchas razones le propuso Evast para echar de su corazón sus propósitos; pero cuanto más le rogaba y argüía, con tanto mayor tesón y réplicas le veía. Acabó, en fin, temiendo no ofendiera a Dios, y que no estuviese Blanquerna inflamado del divino amor para seguir su vocación. Después del padre, entró la madre, quien con sentimiento y lágrimas, dijo al hijo estas palabras:

11. "Amable hijo, hallándoos en el eremitorio, ¿qué come-

réis? Y roto este vestido, ¿qué vestiréis? Y si enfermáis, ¿quién cuidará de vos? Oh, hijo mío, dulce, y muy amado, ten lástima de tu cuerpo, que yo crié con tanta delicadeza; ten compasión de Evast, tu pobre padre, y de mí, porque en tu ausencia, y en los recelos de tu muerte y trabajos, tendremos multiplicadas penas, cuando esperábamos de ti el consuelo y la asistencia a la fin de nuestros días. Ahora que habías de ser nuestra alegría, y queríamos darte esposa hermosa, buena, noble y rica, ¿ahora quieres dejarnos, y entregar tu cuerpo a padecer una muerte sin culpa, pues no has cometido aún tan graves pecados que debas hacer tan rígida penitencia, afligiendo a tu cuerpo y a nosotros, que jamás te hicimos injuria ni agravio?" Otras muchas razones le dijo, y todas con tantas lágrimas, que las movió a Evast y Blanquerna. Largo rato lloraron los tres, antes de responder el hijo a los reparos de la madre.

12. Después que hubo pagado la naturaleza a la parte sensitiva el tributo de las lágrimas, no quedaron en Blanquera amortiguados los impulsos de su vocación, ni tardó la fortaleza en alentar su corazón contra los desmayos del sentimiento. Esforzado, pues, con el auxilio de la gracia, respondió: "Madre mía, el amor predominante en mi voluntad, me hace inobediente a la vuestra, que siempre en verdad amé, y finamente amo. Hijo vuestro soy; de vos y de mi padre Evast recibí el sér que tengo; criado me habéis con todo el desvelo posible; dueño queréis hacerme de cuanto poseéis, y queréis sujetaros a mi dominio; mas ni puedo servirlos en el mundo, ni alegraros con mi presencia; entristeceros conviene con mi ausencia. Ya sé que no puedo satisfacer lo mucho que por mí habéis hecho, ni el cariño que me tenéis; mas yo no soy mío, sino de otro que me ha tomado y prendido. Si yo fuera mío, a vosotros me diera para acataros siempre y servirlos; pero si Dios me ha prendido, y me arranca de vosotros, y me aparta de las delicias del mundo; si me obliga a vivir solo en selvas y dilatados bosques, entre fieras y bestias, y en parajes en donde faltan viandas, vestidos y sociedad humana, y otras cosas muchas, necesarias a la vida del hombre, Dios, que ha de comer, beber y vestir a las bestias y aves de aquellos páramos,

y los conserva con salud, proveerá mi cuerpo de todo lo necesario para sustento de la vida; de donde podrá mi alma contemplar sus perfecciones y su gloria. Y si acaso mi cuerpo, vencido de la necesidad, falleciere, habrá el Señor dispuesto de lo suyo, y mi alma habrá usado de esperanza, caridad y fortaleza, en vez de su Criador, y de los trabajos del cuerpo; y la utilidad del alma será tanta, que los trabajos corporales en tal caso deben reputarse en nada, ni deben llamarse penosos. Toda mi vida rogaré a Dios por vosotros, y si acaso Dios, por algún mérito quisiera premiarme con algún favor, le rogaré le haga a vosotros. Perdonad, que no puedo obedeceros, y siendo ocasión de vuestra pena, en gracia os pido me olvidéis, para que no os dé más trabajo. Dadme vuestra bendición, que quiero partirme adonde puso Dios mis deseos."

Dichas estas y otras palabras, hincóse Blanquerna de rodillas, y pidió a sus padres la bendición para partirse. "¿Cómo, hijo, ya te despides?" dijo Aloma, "Dilectísima madre mía, respondió Blanquerna, resuelto estoy de partirme desde luego, con vuestra licencia, a los páramos a donde Dios y la fortuna me condujesen: dadme para ello vuestra bendición, y no retardéis mi viaje; porque cuanto más tardare, tanto más se aumentará nuestra pena, y la dilación de mis deseos atormentará más mi corazón." "Hijo mío querido, dijo Aloma, quédate por lo menos este día y esta noche, que no hay razón para tan arrebatada marcha. Gastemos este poco tiempo en llantos, amor, y sentimiento de tu despedida, y mañana, oída Misa, tu padre y yo te daremos nuestra bendición y licencia por toda nuestra vida. Quiera Dios que en el cielo nos juntemos y nos conozcamos; y si ahora es tu ausencia para nosotros tan sentida, séanos tu amada presencia alegre por eternidades en la gloria."

CAPITULO VIII

Procura Aloma enredar los designios de Blanquerna; trata de casarle con Cana; más Blanquerna la induce a servir a Dios en religión.

NI ARTE NI FUERZAS COMO LAS DE UNA VALIENTE RESOLUCION

Concluído que hubo Aloma su razonamiento, salió del oratorio, y fuése a casa de una señora viuda muy íntima amiga suya, llamada Anastasia. Tenía ésta una hija hermosísima y muy linda, cuyo nombre era Cana. Retiradas las tres a un aposento de la casa, empezó Aloma a lamentarse diciendo: “¡Ay de mí triste, y cómo me quedo por siempre deconsolada; en quien pensaba había de ser toda mi alegría. Perdido he a mi hijo Blanquerna, a quien, después de Dios, amaba sobre todo lo del mundo; y si en vosotras, amigas, no hallo medio de recobrarle, dolorida y triste quedará mi alma toda la vida.”

Atónitas se quedaron con esto Anastasia y Cana, y compadecida Anastasia, la dijo: “Hermana y amiga, no lloréis; que si en algo os podemos valer, os serviremos de gusto y con empeño, mientras de ello no resulte infamia o murmuración.” Contóle Aloma lo que había pasado entre ella, Evast y Blanquerna; cómo éste no había querido obedecer sus ruegos, y estaba en ánimo de partirse al desierto al otro día para hacer allá penitencia hasta la muerte. “El favor que os pido, Señora, prosiguió, es que Cana hable a Blanquerna, y que mañosamente le haga olvidar esta quimera, y que le incline al matrimonio y a que sea su marido. Nosotros les haremos donación de cuanto tenemos, y desde luego serán suyos nuestros bienes.”

Acordaron ambas que Aloma, el mismo día después de comer, llevase consigo a Blanquerna, a quien dejarían solo con Cana, para que tratasen de amores, de manera que entendiera él que Cana le quería para esposo, y que este deseo tenía en su corazón hondas raíces. Por este medio pensaron torcer a Blanquerna la inclinación,

Concertada la trampa, fuése Aloma algo consolada a casa, en donde halló a Evast y a Blanquerna llorando en el oratorio la vecina despedida. Tiempo es de comer, dijo Aloma; salid y comamos, que os sobrará tiempo para lágrimas.

4. Muchos platos les sirvieron en la mesa; pero poco comieron. Acabada la comida, tomó Aloma su manto, y dijo a Blanquerna la acompañase a casa de una amiga suya, con quien había de tratar cierto negocio. Acompañóla a casa de Anastasia, a quien encontraron sola con su hija, ricamente vestida, a más de ser extremada su natural hermosura. Díjola Aloma que hiciese compañía a su hijo, al tiempo que ella hablaría con su madre. Quedaron ambos en la pieza a solas, y Aloma y Anastasia entraron a hablar en otro cuarto más retirado.

5. Mientras estaban sentados lado por lado, y Blanquerna pensaba en ejecutar su viaje, empezó la doncella a explicarse así: "Tiempo ha, señor Blanquerna, que deseo descubrir os mi corazón, y por la inclinación particular que os tengo, gustara sobre manera de ser esposa vuestra. La violencia del amor con que os amo me obliga a deciros estas palabras. Vuestro nacimiento y riquezas os hacen sin duda merecedor de más noble y rica esposa; más el cordial afecto que os tengo, y la buena intención que llevo de que seáis mi esposo, han de valirme con vos, pues no hay ningún siniestro o desordenado fin en esta mi pretensión; y ójala se cumplieran mis deseos, para lograr el tener hijos que sean buenos siervos de Dios, y que se os asemejen en la santa vida que haceis por la gracia del Señor y por la buena educación y ejemplo de vuestros padres, quienes son los más santos y virtuosos que hay en esta ciudad."

6. Bella y hermosa era Cana, y con mucha discreción y muestras de grande amor dijo estas y otras palabras a Blanquerna, quien no por eso olvidó ni apartó de su corazón su santo propósito, ni el fuego del divino espíritu que había inflamado su corazón tardó en socorrerle. Habiendo, pues, considerado un rato las palabras de Cana, dijo: "Aquel Rey de los reyes, consuelo y esperanza de todos los pecadores, que no olvida las necesidades de sus siervos, adoro y bendigo; porque su divina virtud me favore-

ce contra las tentaciones que desde hoy empiezan a embestirme. Vístese de júbilo mi corazón en el principio de esta guerra, y la fuerza que siento en resistirme ahora, me hace esperar que la tendré en adelante." Mucho en esta forma alabó y bendijo Blanquerna a Dios, antes de responder a la propuesta de Cana.

7. Viendo ésta que Blanquerna, sin responderle, alegre bendecía a Dios, no sin algún sobresalto, le dijo: "¿Cómo, señor, no respondéis a mis palabras? ¿Qué es lo que decís, que excita a tanto gozo vuestro espíritu?"

8. "Con las luces de su gracia, respondió Blanquerna, ha iluminado mi corazón el Espíritu Santo, para desear la vida eremítica, en que tenga en mi corazón a Dios sólo. Sabed, señora, que al explicar vuestros afectos el deleite sensual empezó a batir mi alma, tanto por la fragilidad natural, como por astucia de enemigo. Más ésta luego se puso en presencia de su amante, y la divina luz la ilustró con su amor; de donde conozco que no olvida Dios a su siervo, antes me esfuerza tanto para despreciar vuestra propuesta, que me admiro que en una señora como vos haya cabido pensamiento tan extraño, como es el que deje yo el amor del soberano Dios por el vuestro. Tal cual vez dudé si tendría valor para resistir a las tentaciones que en el desierto me esperan; mas ahora bien entiendo que Dios me ayudará, y no temo, como antes solía: vengan tentaciones, pues el vencimiento que logro ahora en el principio me anima a despreciarlas todas."

9. Admirada la doncella de la santidad y ánimo constante del joven, le dijo: "¿Cómo no respondéis, amigo, a mis preguntas? Si queréis hablarme de Dios, respondió Blanquerna, o darme doctrina como le pueda más amar, honrar y servir, muy agradables me serán vuestras palabras: mas no me entretengáis con estas vanidades, y dejadme discurrir mi viaje, mientras que tarda mi madre en despedirse de la vuestra."

10. "¿Cómo podréis, dijo Cana, soportar hasta la muerte vida tan austera en las selvas; y cómo se os hace tan fácil aguantar lo que tal vez no podréis sufrir?"

11. ¿Quién dió valor, respondió Blanquerna, para sufrir trabajos y tormentos a Santa Catalina, a Santa Eulalia, a Santa

Margarita, y otras vírgenes y mártires, que por mor de mi amado Señor Jesucristo fueron atormentadas, colgadas, quemadas y muertas? ¿Y si aquellas doncellas mozas, tiernas, y mujeres frágiles, con la gracia de Dios, padecieron tanto, y aún deseaban padecer más, yo, que soy hombre, no sabré tolerar en el eremitorio, hambre, sed, frío, calor y miedo por amor de Dios? ¿Y no será en mí virtud, sin comparación mayor, confiar en la providencia divina en el desierto, que si en esta ciudad pusiese mis esperanzas en la asistencia a mis padres, y en las riquezas de este mundo?"

12. "Muchas veces acontece, dijo Cana, que hallándose el hombre entre sus parientes y amigos, se resuelve animoso a emprender alguna grande obra o hazaña, por donde pueda ganar aplauso y premio; pero cuando después siente el trabajo, desmaya y retrocede de la empresa que pensaba llevar a cabo. Así, cuando vos en el desierto experimentaréis el rigor de vida, y lo extraño y ruin de las viandas, os arrepentiréis de haber dejado a vuestros padres, parientes y amigos, y, hallándoos solo entre fieras, mudaréis de parecer, y temeréis lo que ahora no teméis."

13. "Señora, respondió Blanquerna, yo voy a los bosques a contemplar a mi Señor Jesucristo y a su gloriosa Madre la Virgen María. Llevo por compañeras la fe, la esperanza, la caridad, la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza. Necesito la fe, para creer los artículos de nuestra santa fe católica, apostólica, romana, para vencer las tentaciones que causa la ignorancia. Llevo la esperanza, para esperar y confiar en la fuerza y ayuda de Aquel que sólo puede ayudarme. La caridad lleva mi corazón a las selvas, y ella me hace parecer que esta ciudad y demás poblaciones sean unos despoblados. Con ella lo puede todo el hombre, y todo lo vence. La justicia me obliga a volver a Dios el cuerpo y el alma, porque es Criador y Bienhechor mío y de cuanto tiene sér. La prudencia me da a conocer y menospreciar al mundo caduco lleno de engaños y errores, y me hace desear la eterna bienaventuranza. La fortaleza, con la fuerza del Altísimo, alienta mi corazón, para sufrir por su amor cualquier trabajo. Llevo conmigo la templanza, como señora de mi boca, de mi apetito y de mi vientre. En caso, pero, que yo en el desierto no pudiese

usar de estas virtudes, sería preciso restituirme a casa; y si allá no pudiese sufrir hambre, sed, frío, calor, desnudez, temor, pobreza y tentaciones, ¿cómo me socorrerían las virtudes y sus obras? sin las cuales ni pudiera, ni quisiera vivir en aquellos ni en otros parajes. Vos, señora, prosiguió, queréis espantarme con lo mismo que deseo padecer por amor de quien padeció por mi amor mayores trabajos que los que vos me ponderáis. Sabed que el deseo de padecer estos, y muchos más, me saca de mi patria y me lleva a donde los padezca, y no es mi gusto vivir ni habitar donde me falte ocasión de padecer.”

14. “Mucho me gustan vuestras palabras, dijo Cana, por lo que quisiera siempre estar con vos: llevadme en vuestra compañía, y hagamos juntos penitencia en donde os pareciere.” “No conviene, respondió Blanquerna, que ni vos ni otra persona me acompañe; ni quiero más compañía que de Dios, de los árboles, de las yerbas, de las aves, de las fieras, de las fuentes y aguas, de los prados, de las riberas, del sol, de la luna y de los astros; pues nada de todo esto impide a mi alma el contemplar y entender a Dios.”

15. “Señor, dijo Cana, siendo yo vuestra compañera, si por acaso alguna vez sentís estímulos de la carne, tendréis con la resistencia mayor mérito, y seréis más contrario a la lujuria, vicio tan abominable a Dios. Si vencéis vuestra carne, será mayor vuestra fortaleza. Si tenéis confianza de sujetarla, será mayor vuestra esperanza. En aquello en que podáis haber mayor mérito, será mayor vuestra sabiduría, y venciendoos a vos mismo, mayor será en Dios vuestra caridad. Por estos y otros motivos debéis admitirme por compañera.”

16. “Prohibido está por la ley, respondió Blanquerna, el tentar a Dios; ni debe el hombre tentarse a sí mismo en la forma que decís, pues tiene esto resabios de soberbia y vanagloria, y peligra mucho por la flaqueza con que quedó por la culpa. Cuando el hombre se halla casualmente en la ocasión, que use de las virtudes como decís, esto sí; pero yo, por cuanto hay en el mundo, no os llevaría conmigo; lo que os aconsejo es que dejéis el mundo y entréis en algún monasterio de religiosas, para memorar, en-

tender y amar la santa virtud de Dios, para meditar la vileza de este mundo, y la gloria eterna del otro."

17. "Entonces, dijo Cana, en el principio de nuestra plática, el amor me inclinaba a amaros, por el donaire y gentileza de vuestro cuerpo; mas ahora, con vuestras palabras, subió mi alma a amar vuestras virtudes. Mudado he mi parecer; ilustrado habéis mi alma con la virtud divina, y mi cuerpo habéis entregado a Dios. A Jesucristo me habéis dado por esposo, lo que no imaginaba cuando deseaba ser vuestra esposa." Mientras que la doncella así hablaba, las madres estaban escuchando. Mucho le pesó a Anasasia lo que su hija acababa de decir, por lo que dijo a Aloma: "Señora, no sufriré yo que hable más Blanquerna con mi hija". Y luego entraron en la pieza donde estaban los dos, y cesó el razonamiento.

18. Despidióse Blanquerna de Cana, y el amor sencillo, sin rebozo, la obligó a decirle llorando en presencia de las dos estas palabras: "No me olvidéis en vuestras oraciones, Blanquerna, pues vuestra persuasión me hace semejante a vos en el deseo de servir a Dios. Esta casa ha de ser para mí el eremitorio que vos vais a buscar." Instruyóla Blanquerna en el modo de guardar con cuidado las siete virtudes, y el estado virginal toda su vida. Restituyóse a su casa con su madre, y esta refirió a Evast el motivo que había tenido de llevar a su hijo a casa de Anasasia, y lo que entre él y Cana había pasado. Mandó Evast que no se impidiese su viaje, porque era obra de Dios, y es de temer mucho el querer impedir a los que están resueltos a servirle.

19. Toda la noche estuvieron los tres en el oratorio. Los llantos y los coloquios que entre sí tuvieron, ¿quién los podrá explicar? Las devotas palabras que dijo Blanquerna de Dios y de su gloria en aquella noche, ¿quién las sabrá referir? Las bendiciones que sus padres le dieron, ¿quién las podrá escribir? ¿Y quién podría oír sin lágrimas los devotos coloquios de los tres?

CAPITULO IX

Cómo Evast congregó a sus deudos y amigos para honrar y acompañar al desierto a su hijo. Razonamiento que tuvieron todos con él, pesarosos de su ausencia, por verle ya tan adornado de perfecciones y virtudes

EFICACISIMO ES, PARTICULARMENTE EN LOS NOBLES, EL BUEN
EJEMPLO

1. Al otro día, oída Misa, llamó Evast a sus parientes y amigos, para que viniesen a honrarle acompañando a su hijo. Cuando estuvieron todos juntos en su casa les refirió cómo la divina bondad había enamorado a Blanquerna para hacerse ermitaño y contemplar la virtud de Dios en las selvas y lugares inaccesibles. Pasmados se quedaron todos al oír esto, y rogaron a Blanquerna no se ausentase, por no desconsolar a sus padres con su ausencia, diciéndole que todos le mirarían como a su jefe y caudillo después de la muerte de su padre, como hasta aquí lo habían hecho. Pero Evast les dijo no le hablaran más en aquella materia, porque tan arraigada tenía la divina inspiración, que por un mundo entero no dejaría su viaje. “Padre y señor mío, dijo Blanquerna, para sacudir de mí la vanagloria, o para que la gente no atribuya a pompa la honra que vos y estos señores quieren hacerme, y aun más, porque soy indigno de ellas, si os parece, en casa me despediré de todos, y, con vuestra bendición y la de Dios me partiré secretamente.” “Hijo, respondió Evast, por el decir vano de la gente, no hemos de dejar de dar un buen ejemplo, como tú le das a todos nosotros, pues que con ir a servir a Dios, despreciando el mundo, da el hombre un buen ejemplo de sí mismo. Más monta el buen ejemplo que tomará la gente buena que no lo que dirán los fatuos, y con esto quedarás más esforzado y opuesto a vanagloria, y resistirás con más valor las tentaciones de salir de tu eremitorio.”

2. Acompañáronlo sus padres y otras muchas personas, y

corriendo por la ciudad la voz de su partida, le dió muchas bendiciones todo el pueblo, y a no pocos pecadores remordieron sus conciencias, cuando muchos justos se alentaron en aumentar sus buenas obras, aplicándose más al servicio de Dios. Muchos se lastimaron de Evast y Aloma, pues pensaron no habían de ver más a su hijo. Compadeciéronse de los trabajos y vida rígida que de preciso tendría en la soledad, en donde le había de faltar lo necesario para el sustento de la vida corporal.

3. Era entonces Blanquerna mozo galán, blanco, rubio y colorado, y muy agradable a la vista, porque la naturaleza le había dotado de todas aquellas facciones que sirven de halago a los ojos. Su alma estaba colmada de virtudes, y en su corazón moraba día y noche la memoria de la grandeza de Dios. El santo propósito que deseaba cumplir su voluntad encendía en amor de Dios a cuantos le miraban, de modo que por la piedad y devoción que en ellos excitaba, enternecido el corazón, se explicaba en lágrimas sentidas.

CAPITULO X

Pártese Blanquerna al desierto; motivos que para esto principalmente tuvo, y para no prometer a su madre, antes de su muerte, una visita.

PELIGROS DEL MUNDO, Y SEGURIDADES DE UN RETIRO PERPETUO

1. Cuando Blanquerna, con toda la comitiva, estuvo fuera de la ciudad, rogó a sus padres y a los demás se sirviesen dejarlo solo. Pero su madre dijo no lo haría, hasta entrar al bosque adonde iba. Del mismo parecer fué su padre con los demás. Por el camino le preguntó Evast el motivo principal que había tenido en dejar el mundo y hacerse ermitaño. "Señor, respondió Blanquerna, quiso Dios que me aplicaseis a la teología y a otras ciencias que me dieron conocimiento de Dios, quien por lo que obra su virtud en las criaturas se representa; y como este mundo es

grande estorbo para contemplarle y considerar su encumbrada virtud, por esto le dejo y me retiro a los montes y desiertos. Conmigo llevo todo lo que aprendí; solitario quiero vivir, para que nada me impida el memorar, conocer, amar, alabar y bendecir a Dios con lo que sé. Esta es, señor, la razón principal, y la que más ilumina mi entendimiento, y me convence para dejar el mundo, a vos, a mis parientes y amigos. Otras tengo sin ésta, y la una es que apenas veo en el mundo quien haga lo que debe, o lo que puede, en conocer, amar, honrar y servir a Dios su Señor y Criador, ni quien le agradezca los beneficios recibidos, y los que recibe cada día; antes ya casi el mundo todo va revuelto en engaños, trampas, errores y vanidades: por esto, señor, estimo más vivir entre las fieras, árboles y aves, que no tienen culpa, que entre hombres ingratos a los beneficios que han recibido y reciben de Dios nuestro Señor.”

2. Dichas estas y otras razones que sería largo de contar, rogóle Aloma un favor. “¿Qué favor, madre?, respondió Blanquerna. En caso que yo pueda, sin estorbo de mi viaje, gustoso lo haré; cuando no, perdonad, señora.” “No pido tal, dijo la madre, lo que te pido puedes hacerlo sin dificultad ni embarazo.” “Pues, señora, como madre, bien sabéis que no reservé cosa en mí que no esté sujeta a vuestra voluntad, mientras no contraviene a la voluntad del que me enamoró, en pensar y considerar sus honores. Si lo que me pedís se conviene con su voluntad, otorgado y concedido está.” “Hijo, dijo la madre, lo que te pido es que antes de morir vuelvas a habitar un poco en mi compañía, después pasarás otra vez a tu eremitorio; o si no, me envíes por lo menos algún mensajero, quien me dé noticias de tu morada, y yo iré a verte y a estar contigo el tiempo que te fuese de gusto mi compañía.” “Bien entendéis, señora, respondió Blanquerna, que no tengo certeza, ni del tiempo de mi vida, ni de mi muerte, ni menos de la vuestra. Si, pues, os prometiese de venir a visitarnos en tal tiempo, y muriese antes, podríais culparme de mentiroso y desleal; y si yo algún tiempo volvía, sería esto renovaros la pena que tenéis ahora de mi partida. Enviaros mensajero no es posible, porque toda mi vida, según intento, ha de ser

solitaria; y así, señora, me pedís un imposible, según la divina voluntad me mandó obedecer a sus preceptos, a que no quiero contradecir."

3. "Amado hijo, dijo Aloma, ¿en dónde, dime, harás tu morada, o en qué parte andarás?" "Madre, respondió Blanquerna, no puedo decir lo que no sé: iré por los bosques y montañas a buscar paraje en donde haya agua y algunas yerbas con que pueda alimentar mi cuerpo. Cuál sea este lugar, ni cuál esta habitación, amena o áspera, ni por dónde se va a ella, todo lo dejo en la mano y voluntad de Dios; porque El es toda mi esperanza y conformidad, todo mi deseo y amor. En El espero, en El me alegro, y con humildad le ruego me enderece al encuentro de este sitio oportuno, en donde le pueda contemplar, amar y servir y honrar toda mi vida, y rogarle por vos y por mi padre."

CAPITULO XI

Toma Blanquerna licencia y bendición de su padre. Ruega éste a Dios por su hijo, poniendo por intercesores a muchos santos.

DEBE ORAR EL PADRE, QUE SUS HIJOS SEPAN SERVIR A DIOS EN EL ESTADO QUE TOMAN

1. Llegaron, en fin, al lugar en donde había de emboscarse Blanquerna. Pararon todos, y éste, hincado de rodillas, pidió a su padre le diese la bendición en lugar de la herencia. Arrodillado también Evast, y orando, dijo: "¡Oh divina Sabiduría, que eres infinita en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección! ¡Tú eres tu virtud en todas estas virtudes y dignidades sin diferencia! Adórote en ti misma, y en todas tus virtudes y dignidades. A servirte y contemplarte en tus honores se encamina mi hijo; en qué lugar, yo no lo sé: mas sé, Señor, que adonde quiera que vaya eres tú allá por esencia, presencia y potencia, con todas tus virtudes y poderes, y con todo complemento, un Dios eterno, que lo criaste y conservas todo, y eres el

fin y complemento de todo. Divina esencia que lo comprendes todo, a ti te encomiendo a mi hijo; guárdale, pues en tí puso todo su amor y esperanza. Enamórale en su servicio, y dale inteligencia de tu virtud, para que te ame más. Señor Eterno, recibe a mi hijo, y hazle perseverar toda su vida en pensar y contemplar tu gloria. No quieras, Señor, castigar mis culpas en mi hijo; y si él ha pecado, sea de vuestro gusto el que haga yo por él la penitencia. No olvidéis el gusto que tengo de que vaya a servir, ni la pena que siento de su ausencia. Esencia simple, Acto puro sin fin y sin principio, tú me diste a Blanquerna, criéle con mis flacas fuerzas, instruíle en tu servicio; virgen en cuerpo y alma te le vuelvo y encomiendo; y en gracia de tu santa Trinidad, y con la bendición de la santa Humanidad, que termina en el Hijo del divino Padre, que es en Ti, encomiendo a mi hijo. La Reina del cielo y tierra, María Madre de Dios, con todas las vírgenes; San Miguel con todos los ángeles; Abraham, Isaac, Jacob y San Joaquín, con todos los santos Patriarcas; San Pedro y San Pablo, con todos los Apóstoles; San Lorenzo y San Vicente, con todos los mártires; San Benito, San Francisco y Santo Domingo, con todos los confesores, guarden y ayuden a mi hijo. En manos de Elías y de San Juan Bautista, que fueron ermitaños, le encomiendo, para que tú, Señor, por sus méritos, le guardes y defiendas en su eremitorio."

2. Acabada esta oración, rogóle su hijo se levantase para hacerle la debida honra. Hízolo el padre, y arrodillado Blanquerna, besóle pies y manos, y Evast le besó en el rostro; y haciéndole la señal de la cruz, con lágrimas de sentimiento, le dió su bendición y gracia.

CAPITULO XII

Despídese Blanquerna de su madre: ruega ésta a María Santísima le guarde en el servicio de su Hijo Jesucristo.

DEBEN ORAR LAS MADRES, PARA QUE SUS HIJOS ACIERTEN A SERVIR
A DIOS EN EL ESTADO QUE TOMAN

1. Obtenida la bendición paternal, postróse Blanquerna a los pies de su madre, a quien amaba tiernamente. Atendía asimismo la madre la hermosa vista, el gentil semblante y piadoso gesto de su hijo. Constriñóles la fuerza de amor, y sin poder hablar mirábanse los dos hito a hito, derramando muchas lágrimas. Largo rato estuvieron ambos en esta postura; pero Blanquerna, que deseaba partirse, alentando su corazón, dijo: “Tiempo es que me vaya y me separe de vos; ruégoos, madre mía, me déis vuestra santa bendición.”

2. Recobrada Aloma por la virtud del muy alto Señor, dijo: “Amable hijo, razón es me acuerde de la Reina del cielo, Madre del Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo, para que te sea patrona favorable en todas tus necesidades.” Postróse Aloma, y, besando la tierra, levantando ojos y manos al cielo, dijo: “Reina y Virgen Santísima, que por tu glorioso Hijo eres en todas partes venerada e invocada, mi hijo se va solo, y no sé adónde: sé que va a servir a tu amado Hijo, a memorarle, amarle y contemplarle: quieras tú, Reina, guardarle y defenderle. Tú reinas con tu Hijo en la gloria, y tu Hijo hace partir y alejar de mí al mío, y me hace quedar sola, sin hijo. Virgen y Madre bendita, amaré a tu Hijo, para que tú al mío ames, y tú amarás al mío, porque el tuyo es amado de mí. Triste está mi alma por su partida; mas tú, Reina, estás alegre en presencia de tu Hijo. No tengo más que un hijo, y me lo quita el tuyo. Oblígale a exponerse a riesgo de dar en mala gente, y fieras, y a vivir solo toda su vida. Le obligará a comer yerbas crudas, y llegarán a ser sus ropas los pelos, los cabellos, el aire, el sol y los astros. Inclina, señora, tus

ojos, y atiende cuán bello es mi hijo en cuerpo y corazón. Atiende, Señora, cómo el sol, y el viento, y la desnudez denegrirán y afearán la belleza de sus facciones. Virgen gloriosa, cuando mi hijo tendrá frío, ¿quién le calentará? Cuando estará enfermo, ¿quién le asistirá? Cuando tendrá hambre, ¿quién le dará de comer? Y si teme, ¿quién le alentará? Si tú, Señora, no le asistieses, aunque yo no te lo rogase, ¿en dónde sería tu piedad y tu misericordia? El dolor que tuviste de tu Hijo viéndole crucificado y muerto, hágate memoria de la pena que tengo viendo que el mío va a morir solo, en aflicciones y penitencias, en los bosques, y no sé en cuál parte. Si tu Hijo, Señora, murió por amor sin culpa, el mío lleva sólo el amor a la muerte. De lo que comprendo de tu Hijo y del mío, y de la esperanza que en ti tengo, algo útil saldrá mi hijo.”

3. Otras muchas cosas decía Aloma con devoción a la Reina del cielo, en las cuales por el exceso de amor y devoción no guardaba orden ni modo. En este intermedio levantó Blanquerna los ojos y vió que se caía ya el sol, por lo que dijo a sus padres y a la demás comitiva que era ya tiempo de que se volviesen a la ciudad, y que él hiciese su viaje. Levantóse Aloma, y su hijo le besó manos y pies, y ella le besó en los ojos, en las manos y en el rostro; hízole sobre su cabeza la señal de la cruz, y dióle su bendición y gracia. Besóle otra vez, y con lágrimas le dijo: “Dulce hijo mío, encomiéndote a la protección y defensa de la gloriosa Virgen María y de sus virtudes, por quienes son favorecidos los pecadores todos. Su madre Santa Ana, y el santo varón José Abarimatía, quien pidió el Santísimo cuerpo del Señor, sean en tu custodia. Santa María Magdalena, Santa Catalina, Santa Eulalia, Santa Engracia y las demás Santas sean en tu favor y ayuda, pues a todas te encomiendo, para que seas por sus manos defendido. Y por el dolor y lástima que tengo y tendré de tu partida, pido a todo viviente que pueda valerte, se apiade de ti, te ayude y defienda contra el espíritu maligno. Y tú, hijo mío, puesto que eres tan noble de corazón, persevera en tu santa vida de manera que, por la gracia y poder de Dios, tu padre y yo poda-

mos hallarte en la eterna gloria. Amen.” Dicho esto le abrazó y besó con muchas lágrimas, y a breve rato cayó por tierra desmayada.

CAPITULO XIII

Obtenida la bendición de sus padres, hace Blanquerna una piadosa y devota peroración sobre los catorce artículos de nuestra santa fe. Santiguase, y marcha solo al desierto.

PARA EMPRESAS ARDUAS, ALIENTA MUCHO LA EXPLICITA PROTESTACIÓN DE LA FE

1. Recibida la bendición de sus padres, y recobrada Aloma, postróse Blanquerna, y levantando al cielo sus ojos llorosos y sus manos, adoró a Dios en cada uno de los catorce artículos de nuestra santa fe católica, diciendo:

2. “Señor Dios glorioso, que eres uno en Trinidad y trino en Unidad, en ti adoro unidad de esencia y trinidad de personas, sin alguna composición o minoridad. Adoro, Señor, alabo y bendigo en tu divina esencia al Padre infinito y eterno, el cual de toda su infinita bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección engendró al Hijo, infinito en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección. A este Hijo divino y singular adoro, bendigo y alabo en sí mismo y en el Padre, y al Padre adoro en sí mismo y en el Hijo. Adoro, Señor, alabo y bendigo al Espíritu Santo, cuyo sér es, saliendo y procediendo del Padre y del Hijo, infinitamente en bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección. A este divino Espíritu adoro en sí mismo, y en el Padre y en el Hijo; y al Padre y al Hijo adoro en el divino Espíritu; y las tres personas y virtudes esenciales dichas, adoro en la esencia y en la unidad; y la esencia y unidad adoro en las virtudes personales. Señor Dios glorioso, prosiguió Blanquerna, adórote como a Criador, que criaste de la nada al mundo y todo lo contenido en él,

para que fueras conocido y amado en tus obras, y nosotros fuésemos en tu gloria partícipes de tu bienaventuranza. Adórote, Señor Dios todopoderoso y misericordioso, como a recriador y bienhechor, que sólo puedes perdonar pecados y restituir la gracia espiritual a los ángeles y a los hombres. Adórote, Señor Dios verdadero y glorificador de los Santos en tu interminable gloria, adonde por tu infinita bondad, grandeza, eternidad, poder, virtud y misericordia nos quieras elevar y acoger a la fin de nuestros días; pues que a causa de nuestras culpas no tenemos méritos propios condignos de ello. Adórote, Señor Dios, como a Criador y Salvador que eres, en tu santa concepción, por obra del Espíritu Santo, en las virginales entrañas de la humilde Virgen María, por la cual quedaron unidas las dos naturalezas, divina y humana, en una persona llamada Jesucristo. Adórote y bendígote, Señor, en tu santo y glorioso Nacimiento, en que saliste Dios y Hombre, y en la virginidad de tu Santísima Madre María, Señora nuestra, siempre Virgen, antes del parto, en el parto y después de él, sin algún género de corrupción. Adórote, Señor, en tu pasión y muerte, que padeciste en la Cruz para redimir al linaje humano. Adórote, Señor, en tu santísima alma, que bajó a los infiernos para sacar las almas de los santos Padres, esto es, de Adán, Noé, Abraham, Moisés, David, y los demás santos Patriarcas y Profetas, que tanto tiempo habían deseado tu santo advenimiento. Adórote, Señor, en tu gloriosa Resurrección, porque quisiste resucitar, y, glorificado, aparecer primero que a ningún otro a tu santísima Madre para que le sirviera de consuelo, y a nosotros de señal de nuestra resurrección. Adórote, Señor, en tu admirable Ascensión, cuando por tu virtud propia subiste al cielo a sentarte a la diestra de Dios Padre. Adórote, Señor, y te temo, porque en el día del Juicio universal has de venir a juzgarnos a todos, buenos y malos; a los buenos para darles gloria sin fin, y a los malos para condenarles a eternos tormentos."

3. Habiendo Blanquerna adorado a Dios en los sobredichos catorce artículos, adoró y bendijo a la Virgen María, a los Angeles, a los Apóstoles y a todos los Santos del cielo, y púsose bajo

la protección y amparo de Dios y de toda la Corte celestial. Hizo gracias a Dios y a todos los Santos, y rogó mucho por sus padres. Tan devota era su oración, que todos los de su comitiva lloraban, y pedían con clamores a Dios le dirigiese y guardase siempre.

4. Concluída que hubo Blanquerna su oración, después de haber pedido a sus padres perdón de la pena y trabajo que por causa suya padecían, tomó el humilde y grosero vestido de un criado de la casa de su padre, y dióle el suyo rico y delicado. Tomó siete panes en memoria de las siete virtudes que deseaba tener toda su vida; santiguóse, y, dirigiendo hacia el bosque sus pasos, empezó su camino diciendo: "En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un Dios en esencia, quien sea principio, medio y fin de todo mi viaje."

5. Evast, Aloma y los demás se detuvieron a mirarle hasta que, emboscado, le perdieron de vista. Entonces la madre dijo: "¡Ay, triste de mí, perdido he de vista a mi hijo, a quién no veré jamás en toda mi vida!" Con grande sentimiento, suspiros y llanto, se volvieron todos a la ciudad hablando de Blanquerna y de la mucha devoción que Dios le había dado sobre cuantos hombres habían visto.

CAPITULO XIV

Del modo con que Evast y Aloma arreglaron su vida después de la despedida de Blaquerna.

EJEMPLAR VIDA DE CASADOS, Y PRECAUCIONES PARA LA BUENA ELECCION DE CURADORES.

I. Al otro día, oída Misa, quedaron Evast y Aloma solos en su oratorio, tratando largamente del estado de su vida. La regla que habían de observar toda su vida, la ordenaron en la forma siguiente. Primeramente determinaron de encomendar todos sus bienes a algún religioso lego fiel, quien, sacando sólo lo preciso para el consumo de la casa, repartiese lo demás entre los pobres

de Jesucristo. Resolvieron vestirse de humildes y honestas vestiduras; de comer carne sólo tres días de la semana; de no vestir lino, ni dormir en lienzo; de no conocerse carnalmente; de levantarse a la madrugada a rezar; de oír Misa cada día, después de la cual continuasen la oración o hablasen de Dios; de lavar, antes de comer, las manos y los pies a trece pobres, convidándoles a comer en su propia mesa con ellos, y de no salir de casa. En la noche, antes de acostarse, dispusieron examinar muy por menudo sus conciencias, por ver si en aquel día habían faltado contra Dios, o su regla, y que en tal caso, el uno diese al otro disciplina, diciendo su culpa. Esta es la regla que Evast y Aloma tomaron para guardarla por toda su vida.

2. No poco cuidado dió a entrambos el encontrar religioso a quien encomendasen todos sus bienes y rentas, pues en la ciudad no le hallaban a propósito. Aloma dijo a Evast que en tal caso nombrasen por mayordomo a alguno de sus parientes: respondióle Evast que no convenía, porque los parientes se complacen de tales mandas, y piensan, y aún desean que los hagan sus herederos. Acordóse entonces de que en una abadía, no muy lejos de la ciudad, vivía un monje extranjero, sacerdote anciano muy ejemplar. Fué luego a visitarle, y habiendo hablado con él de su estado, rogó al abad diese licencia al monje para ser ecónomo y director suyo y de sus bienes, con que él y su mujer pudiesen guardar la sobredicha regla, y tener quien les dijese Misa y confesase. Otorgóle el abad la licencia que pedía para el monje, a quien nombró administrador de todo lo suyo, y así los tres tomaron la forma de vida según la regla sobredicha, lo que fué para toda la ciudad de grande edificación y ejemplo.

CAPITULO XV

Enferma gravemente Evast, y ordena su testamento en que manda se funde un hospital a los pobres. Oración que hizo, habiendo de recibir el Sagrado Viático. Convalece, y cumple desde luego sus mandas

FORMA DE ORDENAR Y CUMPLIR TESTAMENTOS

1. Por divina disposición cayó Evast en una grave enfermedad, de que creyó había de morir, por lo que llamó a Aloma, su mujer, y la dijo: "Señora, yo quiero con vuestro consejo hacer mi testamento, y quiero tomar vuestro parecer para acertar en ordenar y disponer de mis bienes de manera que Dios quede de ello bien servido. Y así os ruego me declaréis vuestra voluntad sobre lo que voy a disponer para después de mi muerte." Vivamente se dolía Aloma de la enfermedad de su esposo, y mucho lloró antes que pudiese responderle. "Señor Evast, le dijo, por cuanto hay en el mundo, no ha de oponerse mi voluntad a la vuestra. Ordenad de vuestros bienes y de los míos como os pareciere, y disponed de mí cuanto fuese de vuestro gusto, porque en un todo tenéis rendida mi voluntad a la vuestra." "Entre las cosas que por amor de Dios se hacen en el mundo, dijo Evast, muy loable es la limosna perpetua que se da a los pobres de Jesucristo; por esto, mi voluntad es que de mis bienes se funde un hospital en donde sean acogidos y asistidos todos los pobres desvalidos y enfermos, y que vos estéis allá para ayudar a su administración, y para servir a los pobres que acudieren a él, para que por vuestros méritos Dios tenga piedad de mí pecador, conserve en su bendición y gracia a vos y a Blanquerna, y que el religioso y procurador de aquel hospital sea este santo varón que ahora nos manda, y muerto éste, se buscará otro hábil para su régimen, y se guardará este orden según las dichas condiciones." Muy del agrado de Aloma fué esta disposición, y respondióle que estaba pronta para obedecer a todos sus mandatos. Dispuso Evast el

testamento como queda dicho, dejando el hospital bajo la protección del Príncipe, y del Obispo, y de los regidores de la ciudad, según la sobredicha forma. Y mandó que después de muerto fuese su cadáver llevado a la iglesia humildemente, sin pompa ni vanidad, y que no se le cubriera con púrpura ni telas de oro, ni acompañara con llanto su parentela, ni se diera señal alguna de tristeza más de lo que exige el curso natural y la voluntad de Dios.

2. Confesóse para morir, y recibió el sagrado Cuerpo de Jesucristo, en cuya presencia dijo estas palabras: "Adórote, verdadera carne y Cuerpo de Jesucristo, que te haces presente a mis corporales ojos bajo la especie de pan, en que mirándote con los ojos de la fe, te reverencio. Adórote, Hijo de Dios vivo, que en la santa Cruz padeciste en este mismo Cuerpo que glorioso espiritualmente miro, a quien te juntaste y uniste. Este glorioso cuerpo representa a mi alma tu infinito poder, quien, bajo la especie de pan, hace existir la verdadera carne y verdadero ser humano, y tu grande humildad y benignidad le presenta a los ojos de este ingrato y horrible pecador, para comunicarle gracia y bendición. En su glorioso y glorificado Cuerpo confío y espero; pídotte perdón, y quiero recibirtte según todo tu poder, para que tú, Señor Dios mío Jesucristo, me recibas en tu soberano reino, para conocer y contemplar tus virtudes, y en tu virtud, y por tu virtud, quede libre de las manos de mis mortales enemigos. Amén."

3. Habiendo Evast recibido el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, y hecho cuanto toca a un devoto y fiel cristiano, se durmió, y por virtud de Dios, y por los méritos de Aloma y Blanquerna, que oraban cada día por Evast, restituyóle Dios la salud, y convaleció enteramente.

4. Hallándose, pues, perfectamente sano, y vuelto a su prístino modo de vida, sucedió un día que buscando una carta en su arca, encontró con el testamento que había hecho, y le leyó. Largo rato pensó en el bien que de su muerte había de seguirse por lo que mandaba en él, y llamando a su esposa, la dijo: "Señora, si yo hubiera muerto, escrito veo el bien que a los pobres de Jesucristo hubiera venido de mi muerte; no es razón que por

haberme Dios alargado la vida, reciban daño o perjuicio aquellos a quienes se da limosna por su amor, y así me parece razón que cumplamos el testamento en vida, que quizá, faltando nosotros, no serán los albaceas tan diligentes como nosotros, y podría ser tal vez Dios abreviara nuestros días, para que no esté entretenido tanto bien como se espera de la fundación del hospital y de lo demás ordenado en el testamento." Muy bien pareció a Aloma la propuesta de su marido, y respondióle que estaba resignada su voluntad en aquello y en todo cuanto dispusiese.

CAPITULO XVI

Fundan Evast y Aloma el hospital, en donde sirven a Dios en los pobres. A vista de su ejemplo mejoran muchos de vida.

UTILISIMO Y EFICAZ ES PARA MUCHOS EL BUEN EJEMPLO

1. Luego vendió Evast su casa, de que le pagaron crecida cantidad de dinero, y en un paraje de la ciudad, muy a propósito, levantó un famoso hospital, que alhajó muy bien, y dotó de sus rentas. Largo tiempo le habitaron ambos consortes, sirviendo a los pobres de Jesucristo; esto es, Evast a los varones, y Aloma a las mujeres. Cumpliendo con los enfermos, siendo ya hora de comer, ambos a dos iban a pedir por amor de Dios lo preciso para el sustento de aquel día, o tal vez comían con alguno que por caridad los convidaba. No disfrutaban cosa del hospital, pues gozando ellos de salud, querían sirviese todo para los enfermos y para los demás que no podían buscar limosnas, y así pedían los dos cuanto era necesario para su sustento.

2. Era su vida muy ejemplar, y por sus méritos hizo Dios muchas gracias y favores en aquella ciudad a muchas personas, y por las oraciones de entrambos curaba Dios a muchos de aquel hospital. De aquí se reducían muchos a hacer penitencia de sus pecados, y por su ejemplo entraban otros en religión; y en fin, cuanto hacían los dos, servía de regla y ejemplo, exhortación y

remordimiento a cuantos atendían su santa vida, que ponía freno a los pecadores para refrenar y mortificar los siete pecados mortales, según veremos en los siguientes capítulos.

CAPITULO XVII

Del pecado de la gula, y de los daños que acarrea. Trátase de su remedio, con el singular ejemplo de un Obispo.

COMASE LO QUE BASTA NO LO QUE SOBRA

1. Después de haber servido a los enfermos del hospital, salieron en cierta ocasión Evast y Aloma a buscar de limosna su comida. Al pasar por una calle vecina al palacio episcopal, encontraron al Obispo que, acompañado de muchos clérigos y canónigos, venía de pasearse a caballo por el campo, para vivir más sano y comer de más buen gusto. Este ejercicio solía hacer el Obispo cada día muy de mañana, y en volviendo hacía cantar la Misa, y después se iba a comer. Cuando éste vió a los dos consortes, los convidó a comer, y así comieron con el Obispo aquel día.

2. Acabada la comida, estando ya para dar gracias a Dios, un rico hidalgo, el mismo que había comprado la casa de Evast, regaló un pavo lardado al Obispo, que todavía se estaba sobre mesa. Volvió éste a comer, y le dió a gustar a los dos convidados, quienes humildemente, como pobres, estaban sentados en el suelo delante del Obispo. Todos comieron del pavo, a excepción de Evast y Alma que no lo quisieron gustar, y preguntándoles el Obispo por qué no comían del pavo, "Señor, respondió Evast, ordenación y voluntad de Dios es que el hombre coma para satisfacer su cuerpo, según lo necesita, y no es ordenación ni voluntad de Dios que el hombre coma lo que el cuerpo no necesita, porque puede serle ocasión de enfermedad o muerte, que concuerda con la gula que se opone a la templanza; y como nosotros ya hemos satisfecho al cuerpo lo que basta, por eso no queremos comer pavo ni otra vianda alguna que se oponga a la voluntad de Dios

y a la templanza, ni exponernos a peligros de enfermedad o muerte.

3. Mucho discurrió el Obispo en todo aquel día sobre la respuesta de Evast, acordándose de su nobleza y estado honorífico que tenía antes, cómo los dos consortes habían dejado el mundo y vendido su casa, que era una de las mejores, más ricas y más antiguas de cuantas había en aquella ciudad, y cómo la había comprado el mismo que le había regalado el pavo. Mientras el Obispo consideraba todo esto, y el gran bien que los dos consortes hacían, sintióse algo indispuesto el estómago por haber comido demasiado, por cuya demasía había enfermado ya muchas veces. Haciéndose, pues, cargo el Obispo del modo de vivir de Evast y de Aloma, se reprendió a sí mismo, y túvose por culpable, y de allí en adelante cantaba Misa antes de ir a paseo, y de esta manera venció el vicio de la gula que le tenía antes sujeto; y con tal constancia se ejercitó en la virtud de la templanza, que con ésta adquirió después las demás virtudes, y vivió muchos años con salud, e hizo mucho bien en el obispado.

CAPITULO XVIII

Del pecado de la torpeza, de que se enmendaron muchos a vista de los trabajos, buen ejemplo y santa vida de Evast y Aloma.

LAS MORTIFICACIONES DE LOS BUENOS FISCALIZAN LAS DESENVOLTURAS DE LOS MALOS

1. En la misma ciudad en donde Evast y Aloma hacían vida penitente, aconteció que un viejo lujurioso se casó con una mujer moza, y otra ya casi vieja, que vivamente deseaba tener marido, se casó con un joven muy bizarro, quien convino, porque ella era muy rica. La mujer moza y el marido mozo eran vecinos, y se veían y trataban con chanzas muy a menudo. El demonio, que se esfuerza cuanto puede en inducir a los hombres a pecar, hizo de manera que los dos cayeron en pecado de lujuria. Mientras

vivían con esta mala correspondencia, sucedió que el viejo, el mozo, y sus mujeres fueron a la iglesia un día de fiesta a oír Misa, y al tiempo que la oían se levantó una muy recia tempestad de lluvia. Estaban puntualmente en aquella misma hora Evast y Aloma a las puertas de sus casas pidiendo limosna por amor de Dios, como solían. De cada uno de las dos casas salió una criada con capotes, chancletas y sombreros que llevaban a la iglesia para sus amos y señoras. Dijo la una a la otra: "Demos, hermana, limosna a estos pobres, para que nos lleven esta ropa a la iglesia sin que nosotras nos mojemos." Convino la otra, y así lo ejecutaron.

2. Evast llevó el recado para los hombres y Aloma para las mujeres a la iglesia, que estaba toda llena de gente, y a vista de todo el mundo cumplieron con el mandato. Mucho se maravilló el auditorio, y en particular estos a quienes se dirigía este tan solemne acto de humildad; y como su santa vida y antigua nobleza era en la ciudad bien notoria, el hombre joven y la mujer moza propusieron dejar su mala correspondencia, y la vieja se arrepintió de la intención con que había tomado marido mozo, y lo mismo hizo el viejo, amando cada uno la caridad, por el buen ejemplo de Evast y de Aloma.

CAPITULO XIX

Sale del pecado de la avaricia un miserable cambiador, a vista de la caridad de un zapatero, y de la santa vida de Evast y Aloma.

LA LIBERALIDAD DEL POBRE CONFUNDE LA AVARICIA DEL RICO

1. Pasaban un día por la plaza los dos consortes buscando quien les diese de comer, y no encontraron. Vivía a la sazón en este puesto un cambiador de moneda, hombre muy rico, y codicioso sin medida, quien tenía delante gran cantidad de dinero. Rogáronle ambos consortes que por amor de Dios les diese de comer o algún dinerillo para mercarlo. El cambiador, que era muy avariento, les respondió se fuesen muy en hora buena, que ni lo uno

ni lo otro les daría; y levantándose de la tabla, se fué en casa de un zapatero a calzarse unos zapatos.

2. Prosiguiendo Evast y Aloma en buscar la limosna, acertaron a pasar por casa del zapatero adonde el cambiador avaro se calzaba; llamóles el zapatero, y díjoles: "Hermanos, hora es de comer; yo no soy rico, pobre soy, tengo hijos y mujer, que vivimos de mi trabajo: un pedazo de carne hay en mi olla, y un dinerito de vino puedo comprar; el pan que tengo no basta para todos: por amor de Dios os ruego que uno de vosotros se quede a comer conmigo, y lleve su parte de lo que Dios me ha dado a ganar.

3. Evast dijo entonces a Aloma se quedase a comer, que él iría a buscar a otro que se lo diese; pero Aloma, que amaba y honraba mucho a su marido, respondió que más razón era que él se quedase allí, que ella buscaría en dónde comer. Caridad y amor ardían en los corazones de entrambos, y vivamente se compadecía el uno del otro, porque hacía recio viento y lluvia, y con mucho trabajo iban por las calles buscando limosna por amor de Dios. Mientras estaban en esta amorosa contienda, Evast mandó seriamente a su esposa se quedase allí: y, como ésta siempre había sido obediente a su esposo, se quedó, y Evast se fué a buscar donde por amor de Dios le diesen de comer.

4. Al tiempo que todo esto sucedía, el cambiador consideró su gran riqueza, y pensó en la muerte y en la divina justicia, y dijo allá en su corazón estas palabras: "¡Oh, mezquino y desdichado, cómo hasta hoy viviste ciego en tí mismo! ¡Cómo eres siervo y esclavo de la avaricia! ¿Qué vale tu dinero y tu riqueza sin caridad? ¿Adónde está el agradecimiento que debes a Dios por los bienes que te ha dado? Cuanto tienes no vale tanto como la buena voluntad que este pobre zapatero enseña con los amigos de Dios, ni con todo tu dinero puedes comprar la recíproca caridad de Evast y de Aloma." Una y muchas veces pensó el cambiador en el amor y santa vida de estos casados, y por el buen ejemplo que ellos daban de sí mismos, y por la buena voluntad del zapatero, salió aquél de la servidumbre del pecado de la avari-

cia, en adelante fué manirroto y liberal con los pobres de Jesucristo, y por la virtud de la liberalidad adquirió para sí muchas otras virtudes.

CAPITULO XX

Por el ejemplo de humildad de Evast y Aloma, sale del pecado de soberbia un mercader de paños muy orgulloso.

NADIE DESEE MAS DE LO QUE PIDE SU CONDICION Y ESTADO

1. En ocasión que Aloma comía en casa del zapatero, Evast buscaba en dónde comer, y acertó a pasar por casa de un hombre rico, soberbio y presumido. Era éste un mercader de paños, que hacía a sus parientes y amigos un espléndido convite, y deseaba casar una hija suya con un caballero muy principal de aquella ciudad. Vió Evast a la puerta muchos pobres, que esperaban limosna de las sobras de la mesa; mezclóse con ellos, y los alentó y consoló en su pobreza, haciéndoles memoria de la pobreza y humildad de Nuestro Señor Jesucristo y de sus Apóstoles, que tanto amaron la mendiguez. Después de haber comido señores y criados, sacó uno de éstos las sobras de mesa y cocina, para repartir entre los pobres que estaban a la puerta. Tenía cada cual su escudilla o plato, y su vaso, en que recibía el vino, y lo demás que por el amor de Dios le daban, menos Evast, que no tenía en qué recibir las coles que le daban, ni vaso en qué tomar el vino; por esto rogó a otro pobre le hiciese la caridad de recibir en su escudilla y vaso la ración. Hicieron, pues, los dos compañía y hermandad, y comieron y bebieron juntos a la puerta de la casa del mercader.

2. Al tiempo que comían, salió el dueño de la casa con todos los convidados, los cuales, viendo a Evast sentado en el suelo entre los demás pobres, se quedaron atónitos de su humildad, porque le conocían muy bien; y de aquí el mercader abrió los ojos, y conoció su soberbia en pretender casar a su hija con gente

de mayor distinción; ilustróle Dios por el buen ejemplo de Evast, y salió de la servidumbre de la soberbia, y en adelante amó la humildad, y dió su hija por esposa a otro mercader, su igual.

CAPITULO XXI

Por el buen ejemplo de Evast y Aloma, enmiéndase un perezoso que todo lo maldecía, y pasa a ser muy solícito.

EL AFAN DE LOS SOLICITOS SUELE SER DESPERTADOR A LOS NEGLIGENTES

1. En aquella ciudad donde Evast y Aloma continuaban su modo de vida mortificada y penitente, vivía un hombre muy rico, esclavo en extremo de la pereza; éste no era casado, ni quería casarse, y toda la riqueza que tenía no le aprovechaba a él, ni a otro alguno. Todos los días se estaba en la plaza burlándose de cuantos pasaban por allí; y era tal su genio, que tenía ira y disgusto viendo a alguno hacer alguna obra buena, y se alegraba y complacía cuando oía decir mal de otros, así de hombres como mujeres. Aconteció, pues, un día, que yendo este hombre a comer, encontró por la calle donde iba a Evast y a Aloma, y reparó allí que dos mujeres, a quienes éstos habían casado por el amor de Dios, estaban batallando sobre cuál había de dar de comer en aquel día a sus bienhechores, pues las dos lo pretendían.

2. Prosiguiendo su camino, llegó al hospital que Evast y Aloma habían fundado, el cual era muy capaz y bien construído, en que vivían muchos pobres y criados, que con todo desvelo les servían. Cada pobre estaba en su cama, y delante de sí tenía su ración. El perezoso comenzó a discurrir consigo el gran bien que Evast y Aloma hacían por amor de Dios cada día, y quiso examinar en su conciencia si él había hecho algún bien por amor de Dios con tantos bienes que Dios le había dado. Después de largo examen, no pudo encontrar que jamás hubiese hecho tanta li-

mosna como era una ración sola de las que tenían delante de sí aquellos pobres enfermos.

3. “¡Oh, ingrato y desconocido pecador, dijo consigo entonces, y qué grande injuria has hecho a los pobres de Jesucristo en todo este tiempo! ¿Adónde son tus buenas obras, y los méritos que de ellas se te esperan después de tu muerte, para que presenten tu alma al Señor de cielo y tierra, que la crió para su servicio, y la defiendan del mortal enemigo, que después de tu muerte la aguarda para llevarla al fuego eterno del infierno? ¡Ay de mí, mezquino, enfermo estoy! ¿Y qué enfermo hay en este hospital como yo?” Mientras que entre sí decía esto, reparó que en el fondo de la sala había dos camas de sarmientos, dispuestas con un pobre jergón, y en cada una, una manta grande. Fuése este hombre a una de las dos, y quitándose la ropa se echó en ella, diciendo a los sirvientes del hospital que le diesen de comer, pues estaba enfermo, y había venido allí a curarse.

4. De todo cuanto quiso comer y beber le dieron a este enfermo perezoso, quien se estuvo en la cama hasta que Evast y Aloma se retiraron a dormir. Encontróle allí Evast, y le dijo: ‘Hermano amigo, ¿quién sois, que os habéis echado en mi cama? Dejad esa, y tomad una de las otras, que son mejores.’ “Señor, respondió el enfermo, no pienso levantarme de esta cama hasta que esté sano.” “Pues, y ¿qué enfermedad es la vuestra?”, le preguntaron ambos. Dijo el enfermo: “Señores, el pecado de accidia tiene mi alma encarcelada, de manera que no me da licencia de hacer algún bien de los bienes que Dios me ha recomendado, y creo y confío que por vuestras oraciones me sacará Dios de esta servitud en que estoy, y quedará libre de su poder tiránico.” Respondió Evast: “Que ni la accidia ni otro ningún pecado tiene tanto poder, como es quitar el libre albedrío que Dios ha criado en el hombre, con tal fuerza y virtud, que por ningún pecado puede ser superado ni vencido. Pero puesto que tenéis fe en nuestras oraciones, aunque no somos dignos de ser oídos, rogaremos a Dios, que por su bondad os avive la memoria de su virtud y honor en la sagrada Pasión de Jesucristo, y en la viveza

y brevedad de la vida humana, para que en adelante le sirváis con bienes y persona todo el tiempo de vuestra vida.”

5. Muy devotamente, y con gran contrición, se arrepintió este enfermo, y oró a Dios junto con Evast y Aloma, y concluída la oración se halló libre de la enfermedad de accidia, y rogó a entrambos le llevasen al altar, que estaba dedicado a San Andrés, en cuya presencia se arrodilló, y se ofreció a Dios con todos sus bienes, diciendo quería servir en el hospital por toda su vida.

CAPITULO XXII

De cómo un envidioso se arrepintió de este vicio por el buen ejemplo de Evast y Aloma.

LA CADUCIDAD DE LO TERRENO, A LOS OJOS ENVIDIOSOS ES COLIRIO

1. Vivía en la misma ciudad un hombre muy rico, el cual en otro tiempo quiso comprar la casa de Evast. Esta, sobre ser muy bella, lograba la situación en un paraje tal, que siempre que aquel rico salía de la suya, daba motivo con su vista de codiciarla más, llegando a tal extremo, que pasó a tener odio mortal al dueño que la habitaba, ocupando lo más del día en maquinare medios con qué adquirirla.

2. Mientras estaba así arraigado el odio en el corazón de este hombre, fué Dios servido de llevarse a mejor vida al que había comprado la casa de Evast, y concurrían a la puerta muchos pobres aguardando limosna (como es costumbre hacerla por el alma del difunto, después de haber dado a su cadáver sepultura), y entre ellos estaban Evast y Aloma, esperando recibirla por amor de Jesucristo.

3. Grande ejemplo de humildad tomaron en esta ocasión todos los que habían acompañado el cadáver del difunto, viendo a Evast y Aloma estarse allí entre los pobres esperando la limosna, y encarecieron y alabaron mucho su modo de vida. Entonces el

envidioso, que oía la conversación, acordándose de su pecado, dijo consigo mismo: “¡Oh, fatuo y sin juicio! ¿Y qué le vale ahora esta casa a su dueño? ¿Quién de los dos es más aplaudido, el que ha poco murió, o Evast, que la vendió, y de su precio edificó el hospital en que se hace tanta limosna? Culpable envidioso, dime, ¿qué culpa tenía este hombre que ahora ha muerto, para que, sin motivo, tanto tiempo le miraras con mala voluntad y sobrecejo? Desgraciado, ¿cómo podrás satisfacer por este pecado, que tanto tiempo te ha tenido a las puertas del infernal fuego, que nunca deja de atormentar a los que viven en el pecado de envidia? ¿Encontrarás, por ventura, algún medio para echar de tí a la envidia?”

4. Al tiempo que así discurría, reprendiéndose del pecado en que estaba, resolvió hacer, mientras duraba esta buena disposición alguna acción tan señalada, que le mereciese con Dios el estar de manera confirmado en la caridad y en la virtud, que en adelante no le dominase la envidia; por lo cual, viendo que todos aquellos caballeros, que habían venido a honrar al difunto, estaban para despedirse, les dijo estas palabras:

5. “Señores míos, que habéis venido a honrar al que era dueño de esta casa, por amor de Dios os ruego me acompañéis hasta mi casa, y vengan también Evast y Aloma con nosotros.” Siguiéronle todos, y llegando al portal de su casa, mandó abrir las puertas, y en medio de la calle, en presencia de todos, confesó su envidia; puso a Evast y Aloma en posesión de su casa, que era muy rica, y con alta voz dijo: que hacía de ella donación y entrega al hospital, y declaróles también todas aquellas palabras que en los adentros de su corazón había dicho de sí mismo, a fin que tuviese más ocasión de ser enemigo del pecado de la envidia, y más amigo de la caridad, y para que quedase más castigada su culpa.

CAPITULO XXIII

Por las exhortaciones de Evast y Aloma sana un enfermo del pecado de ira, de que estaba poseído por ocasión de una úlcera fistulosa que de mucho tiempo podecía.

PALABRAS Y OBRAS HUMILDES SON QUEBRANTO DE LA IRA

1. Mucho tiempo había que estaba en el hospital de Evast un enfermo padeciendo una úlcera fistulosa en la pierna, que le consumía por no poder curar de ella perfectamente. Un día, que sobremanera le dolía, viendo cuán largo tiempo había que duraba la enfermedad, se encolerizó de modo, que a más de desearse la muerte, se maldijo a sí y al día en que había nacido, y a quien le había criado, y a la misma vida que gozaba; tanto le subió la cólera, que maldijo en su corazón a Dios y a todas sus obras.

2. Mientras que el enfermo estaba con esta cólera, el cirujano le estaba curando, y Evast, que de costumbre allí asistía, le ató las vendas a la pierna, y puesto de rodillas le besó los pies, como solía.

3. Por la grande caridad y humildad de Evast ilustró Dios la conciencia del enfermo, quien, conociendo su culpa y su ira, dijo consigo mismo: “¡ Oh, desdichado de mí, qué cosa tan rara! ¡ Tú, por la ira en que estás, eres enemigo de Dios y de sus obras, y Evast piensa servir a los siervos de Dios, y sirve a un esclavo del demonio!” Pasmóse Evast al oír esto, y le preguntó qué significaban estas palabras.

4. “Señor, respondió el enfermo, tanta es la ira de mi corazón por la enfermedad en que me hallo, que más estimaría morir que vivir; y tan apoderada está de mí esta ira, que me hace maldecir a Dios y a mí mismo, y a todo cuanto hay; pero vuestra piedad, humildad y caridad me hacen un vivo recuerdo y memoria de mis culpas, y me dan a conocer la mucha gracia que Dios me ha hecho, dándome a un hombre como Evast por enfermero. Y puesto que tanta es mi sinrazón y mi olvido, no es

justo que me permitáis estar más en vuestro hospital, ni sirváis a un pecador tan grande como yo.”

5. “Hermano mío y buen amigo, dijo Evast al enfermo, Dios quiere que yo tenga mérito en serviros, y vos en tener paciencia. De aquí podéis conocer la vileza y miseria en que estamos en este mundo, pues de lo que os airáis, debíerais alegraros; vos estáis en este mundo para adquirir méritos, por los cuales Dios tenga razón de llevaros a gozar de su gloria. Luego, cuanto más Dios os multiplica la enfermedad y el dolor, tanto más os da ocasión de que os ejercitéis en la paciencia, y os acordéis de la amarga Pasión que sostuvo pendiente en la Cruz por vos y por todos nosotros.” Tan devotamente hablaba Evast, y tan piadosamente aconsejaba al enfermo que tuviese paciencia, y se arrepintiese y refrenase su ira, que en fin se arrepintió y prorumpió en estas palabras:

6. “¡Oh, Dios pacientísimo y misericordiosísimo! ¡Quién había de imaginar tu gran paciencia, con la cual has vencido mi ira con tal valentía, que de aquí en adelante por todos los días de mi vida me ofrezco a tener paciencia; y cuanto más vivamente me sujetarás a padecer y sufrir, tanto más agradable me será la vida, y mucho más se me hará evidente y demostrable tu excelente señorío e inefable caridad.” Estas y otras muchas expresiones hacía el enfermo, pidiendo a Dios perdón y alegrándose en su infinita misericordia.

CAPITULO XXIV

Por las buenas obras de Evast y Aloma deja un predicador el pecado de vanagloria, y pasa a ser verdaderamente humilde.

LA HUMILDAD DE LAS OBRAS CONFUNDE LA SOBERBIA DE LAS PALABRAS

1. En una solemne fiesta predicó un religioso a un numerosísimo concurso. Acompañáronle a su monasterio muchos prohombres y otra gente, de lo que quedó el predicador muy pagado, porque así reparasen aquella honra los demás frailes. Mientras iban por la calle, hacíaes el predicador varias preguntas, para oír en la respuesta elogios en su sermón, y logró el deseado efecto, de que estaba muy ufano.

2. Al mismo tiempo encontraron a aquella mujer moza que Evast y Aloma, por su buen ejemplo, habían sacado del pecado torpe. A su vista se acordó el fraile de lo mucho que había trabajado en sacar aquella mujer, que él confesaba, de tal pecado, y que su predicación y avisos no habían podido tanto como el buen ejemplo de Evast y Aloma. Aquí conoció su vanagloria, y propuso castigarla con alguna penitencia, y no mezclarla jamás en sus predicaciones.

3. Pasado esto, el religioso lego que le acompañaba le dijo: "Padre, dígame, ¿de qué sermón se saca más fruto: del de la palabra, o del de obras buenas y ejemplares?" Respondióle: "Que así como el obrar bien importa más virtud y mayor trabajo que el hablar y enseñar cómo se deba obrar bien, así es mayor el fruto que el hombre saca con el buen ejemplo que con las palabras, y no ha mucho, añadió, que por buen ejemplo se convirtió una mujer deshonesta, en quien no habían aprovechado ni sermones ni palabras."

4. Despidióse luego de toda la comitiva, y se fué con su compañero al monasterio, sin permitir que otro alguno le acom-

pañara; y por virtud divina y el ejemplo de Evast y Aloma, se resolvió a que sus obras en adelante correspondiesen a las palabras de sus sermones.

5. En esta forma iban Evast y Aloma desterrando de las almas los siete pecados capitales. Prolijo fuera haber de referir los muchos bienes que se seguían de su santo modo de vivir. Mientras que con todas sus fuerzas servían y amaban a Dios, plugo a su Divina Majestad sacar a Evast de las miserias y peligros del mundo, y llamarle a su santa gloria.

6. Murió Evast al mundo, y vivió para el cielo. Quedó sola Aloma, rogando cada día por el alma de su marido, y para que Dios la sacase de este mundo, en caso de haber hecho cumplida penitencia. No se atrevía a afligirse, por no ser inobediente a la voluntad de Dios. Consolarse no podía, porque carecía de la vista de su esposo y de su hijo Blanquerna. Vieja era por sus años y aflicciones, y ocasionábale la ancianidad muchos trabajos y dolores. Mas Dios, que no olvida a los suyos, la llamó para la gloria, en donde encontró el alma de Evast, su marido tan amado.

7. *Fin del libro que trata del matrimonio en persona de Evast, de Aloma, y de Blanquerna su hijo, con la práctica de muy buenos y particulares documentos y ejemplos.*

LIBRO SEGUNDO

DEL ESTADO RELIGIOSO DIVIDIDO EN DOS PARTES, EN QUE SE
HALLARÁ GRANDE ERUDICION Y DOCTRINA

PARTE PRIMERA

DEL ESTADO RELIGIOSO EN LAS MUJERES

CAPITULO XXV

Acordándose Cana de los avisos de Blanquerna, solicita entrar en Religión; procura su madre impedirla, mas en vano, porque confirmada por un acaso en sus designios, huye a un monasterio.

CUANTO HAY EN EL MUNDO NO BASTA PARA CONTRASTAR UN PERFECTO DESENGAÑO

I. Después que Blanquerna se hubo despedido de Cana, estaba la doncella pensando muy despacio cada día en las palabras que éste le había dicho al despedirse, y muy a menudo meditaba en la sagrada Pasión de Jesucristo, teniendo de continuo fija su imaginación en los trabajos, penas y muerte cruel que Santa Catalina, Santa Eulalia y Santa Margarita padecieron con tal constancia por amor de Jesucristo, y para su mayor honra y gloria. Por la virtud de Dios, y porque es naturaleza del pensamiento el inclinar y convertir la voluntad a amar aquella cosa que frecuentemente piensa, tuvo la doncella gran deseo de dejar el mundo y entrar en Religión.

2. Viendo Anastasia a su hija tan pensativa y mudada de lo que antes era, pensó estaba enamorada de Blanquerna, y hablóla, diciendo: "Querida hija mía, ¿cómo estás tan profunda? ¿Qué es lo que tienes? ¿En qué piensas? Bien creo yo que son en Blanquerna todos tus pensamientos. Si le querías por esposo, bien puedes olvidarlo, que, como sabes, ya se ha hecho para siempre ermitaño. Si quieres marido, yo conozco en la ciudad un hidalgo honrado que tiene un hijo joven, muy gentil y bizarro, que puede ser tuyo, porque tu dote es pingüe, tu linaje generoso, tu hermosura mucha, y, sobre todo, eres bien criada. Con estas calidades bien puedes escoger el mejor de cuantos hay."

3. Preguntóle Cana si sabía cuál era el hombre en todo el mundo más bello, mejor y más poderoso; y si éste la quería por esposa, pues que ella se sentía tan rica y noble de corazón, que no sólo quería escoger el mejor de la ciudad, sino el mejor de todo el mundo. "Hija, respondió la madre, ¿quién sabe ni puede encontrar el mejor del mundo; ni tú eres rica, ni de tan noble linaje, que reyes, emperadores o príncipes te quisieran dar a un hijo por esposo?" "Si a mí, pues, me falta riqueza, dijo Cana, honra y virtudes para ser esposa digna de algún hijo de reyes, ¿habría acaso alguno tan humilde o tan bueno que quisiese humillarse a ser esposo mío?" Respondiéndola la madre, que si le había no lo sabía.

4. Pues, señora, dijo Cana, ¿habéis oído hablar de Jesucristo, Hijo del Rey del cielo y tierra, y Señor de todo lo criado, que es el mejor, el más bello, el más sabio y más amable de cuantos hubo ni habrá? Tan grande es su humildad, que quiso humillarse a tomar la naturaleza humana en unidad de persona; tan grande es su humildad, que la piedad y el amor le humillaron a ser pobre, a padecer y morir, para que los pecadores, que por sí nada podían, se salvaran y escapasen de las penas del infierno. Y así madre mía, prosiguió Cana, a este Señor quiero por esposo, y ruego me lo deis lo más pronto, porque le quiero muy mucho. No os haga fuerza el que sea tan grande y poderoso, que más se humilló en otras cosas."

5. Disgustóse mucho Anastasia, conociendo que su hija pedía

estado religioso, y hablóle mal de éste, y alabó el del matrimonio. De aquí se originó entre madre e hija la cuestión sobre cuál era mejor, religión o matrimonio. La madre alababa el matrimonio, diciendo: "Que Dios le había instituido en el Paraíso, y que con el matrimonio se gobierna y sustenta el mundo; porque si todos entrasen en Religión, en breve quedaría el mundo despoblado, y que la Religión era por el matrimonio, el cual puede subsistir sin la Religión." La hija respondió: "Que así como Dios hizo en el Paraíso el matrimonio corporal, así por luz de gracia y de fe en la Religión hace un matrimonio espiritual; y que si el matrimonio es orden para que los hombres sean en el mundo, la Religión es orden para que sean en el cielo. Ni porque el fruto no puede ser sin el árbol, se sigue mejor el árbol que el fruto, aunque le haya Dios criado para el fruto."

6. Mientras estaban en esta contienda, dijo Anastasia "que ella también en otro tiempo había estado casi resuelta de entrar en Religión, pero que algunos religiosos y religiosas se lo habían disuadido, aconsejándole que se casase"; de lo cual discurría que había algunas cosas difíciles de tolerar en la Religión, en el matrimonio algunos placeres muy agradables y vida descansada. "Madre y señora, respondió Cana, no todos los que viven en Religión son de un mismo parecer. El estado de sí es tan noble, que no permite que alma alguna viva en él sucia por concupiscencia vana o mala. Por esto el mayor trabajo del religioso es estar descontento de su estado y apetecer las vanidades mundanas, y su mayor placer es amar su estado, conocer que escapó las vanidades y peligros del mundo, y que tiene a Dios en su corazón, y estar siempre pensando y meditando en sus honores."

7. Anastasia dijo: "Hija, aquí hay un bizarro joven, lindo caballero, y muy virtuoso, según tengo entendido por su madre y otras personas, el que te quisiera por esposa, y está de tí muy enamorado." "Señora madre, respondió Cana, ¿y este caballero que me decís, es tan fuerte y poderoso que pueda perdonarme mis pecados, o curarme si caigo enferma, o darme la gloria celestial; y si hay hambre o carestía, podrá darme los bienes temporales en abundancia?" Vencida de estas razones, Anastasia

cerró la boca, y porque su hija no se confirmase más en sus propósitos, pensó que en otra ocasión la inclinaría al matrimonio. Fué de donde estaba, y asomóse a la ventana a entretenerse a ver pasar la gente.

8. Estando en la ventana vió pasar a una doncella, que el día después había de ser novia, la cual venía de la iglesia muy adornada, dando las galas a su natural hermosura mayor realce. Iba montada en un gallardo palafrén, y seguíanla a pie muchos hombres honrados y muchas mujeres; ni faltaban juglares, que cantaban y tañían sus instrumentos, y para hacerla favor otros bailaban. Llamó la madre a su hija, y dijola: "Mira, mira qué gusto y alegría causa esta doncella en el estado que toma; mira qué honras la hacen." Aun no había acabado de hablar, cuando pasaron por la calle un difunto que llevaban a enterrar, a quien con alaridos y llantos seguía su mujer propia. "Muy afligida está, madre mía, aquella pobre mujer, dijo Cana, por haber perdido a su marido." No respondió a esto Anastasia; antes se quitó de la ventana, porque se retirase también su hija y no atendiese más al llanto de la triste viuda.

9. Estando las dos en su cuarto, entró una criada muy llorosa, y dió noticia a Anastasia de que una su comadre había muerto de sobreparto, y que la habían abierto para sacarle de las entrañas viva la criatura. "Madre, ¿entendéis esto?, dijo Cana." No la respondió palabra, sino que saliendo luego, fué a hacer duelo en casa de la difunta, que se había de enterrar el mismo día. En este intermedio pensó Cana en las repetidas persuasiones de su madre, y como tenía las astucias del enemigo y la ligereza del corazón de la mujer, que fácilmente se muda, y aunque su madre no le urdiese alguna trampa para apagar su devoción que tenía de ser religiosa. Por esto envió secretamente un recado a la Abadesa de un ejemplar monasterio que había en la ciudad, para que la enviase dos monjas el día siguiente por la mañana, tal hora en que su madre sería a misa, porque tenía algunas cosas que comunicarle.

10. Hecha esta diligencia, asomóse otra vez a la ventana a ver la llorosa viuda, cuando volvería del entierro de su marido.

Al mismo tiempo vió a un trompeta, que pregonaba anduvieran todos a ver la justicia que se hacía de un hijo de un hidalgo, que llevaban al suplicio por haber muerto a un hombre. Por delante de la casa pasó el ajusticiado, a quien seguían sus padres y otra gente, con incomparable dolor y lágrimas. Al mismo tiempo vió venir la doncella a su madre, que habiendo encontrado este triste espectáculo, lloraba de piedad de la afligida madre del desgraciado joven. Llegando a Casa, le dijo Cana: "Madre y señora, vuestros ojos me dicen que habéis llorado, y que vuestro corazón se ha movido a piedad y devoción; ¿habéis tenido acaso contrición o escrúpulo de haberme reprendido por la santa vocación que Dios me da de entrar en Religión?" "Hija, respondió la madre, no me hables más de este punto, ni pienses en tomar otro estado que el del matrimonio: cuando no, te desheredaré y apalearé, y aún haré que tus parientes te den muchos palos y azotes." "Madre, respondió Cana, semejante me haréis en esto a las santas del cielo, que por amor de su Esposo Jesús padecieron muchas heridas, penas y trabajos en este mundo; y padeciendo así, murieron para obtener una gloria que no ha de tener fin. Y así no me amenacéis lo mismo que yo deseo, y quisiera tener ya en mi corazón."

II. Toda aquella noche discurrió Anastasia cómo podría dar a su hija esposo, que ella tuviese como a hijo, y quienes posesesen la mucha riqueza que su marido había mandado a Cana, su hija, y sentía perderla, en caso que ella se hiciese religiosa. Por el contrario, la hija discurrió toda la noche cómo entraría en Religión. Al otro día por la mañana, estando Anastasia a misa, envió la Abadesa dos monjas, que acompañasen a Cana al monasterio; y hallándose para salir de casa, porque la madre no pensase que hubiese ido a algún paraje menos decente, dijo a la criada la dijese que ella estaría en el monasterio de las monjas.

CAPITULO XXVI

Recibe el monasterio a Cana, y vístete el hábito. Intentan sacarla por la fuerza su madre y parientes; pero conocido el yerro, en virtud de las palabras de la hija, pide perdón a las monjas Anastasia, y ruega ser admitida en el monasterio.

AL QUE CON VALOR EMPRENDE EL CAMINO DE LA PERFECCION, LAS
MAS ARDUAS DIFICULTADES SE LE ALLANAN

1. Luego que Cana llegó al monasterio, fué recibida con mucha honra y cortesía por la Madre Abadesa y demás religiosas, quienes inmediatamente la introdujeron en Capítulo; y estando allí todas juntas, empezó a explicarse en esta forma: "Sabed, señoras, que la divina virtud ha vencido en mí a la falsa tentación del demonio, quien me hacía tentar a Blanquerna para hacerle inobediente a la divina inspiración, que le llamaba a la vida eremítica para que fuese su siervo y contemplativo amante. Al partirse me dejó siete matronas muy graves, las que vengo a guardar en mi corazón, y a quienes quiero servir en este monasterio, si es de vuestro gusto. Por estas siete señoras entiendo las siete virtudes, con las cuales el hombre sirve a Dios y alcanza la eterna bienaventuranza, y huye de los siete demonios, que son los siete pecados mortales, que por tantos días Evast y Aloma en esta ciudad han combatido y vencido. Pan y agua pido no más para sustento de mi vida. Huir quiero el mundo antes de enredarme en él, o que me impida de ser súbdita y esclava de las siete señoras antedichas, a quienes no pudiera yo servir tan cabalmente, estando en el siglo, como en Religión."

2. Estas palabras dijo Cana con tan grande devoción y lágrimas nacidas del interior de su corazón, que la Abadesa y todas las religiosas, por su buen ejemplo, fueron excitadas a igual devoción y lágrimas, y dijo la Abadesa a Cana: "Bendito sea y alabado el nombre de Jesucristo, y sea magnificada su santa virtud por el buen ejemplo y espejo que nos ha enviado, que nos hace

más amable nuestro Orden, y despreciable la vanidad de este mundo.”

3. “Seáis muy bien venida, hija mía, dijo la Abadesa, pues la divina luz ilustró vuestro corazón, y vos nos ilumináis para que perseveremos en obrar bien. Muy gustosa estaré yo de recibirlos en nuestra compañía; pero primero conviene, según es costumbre, que proponga a todo el convento, si gusta que yo os reciba; y así, apartaos un poquito, y dadnos lugar a que yo lo haga, y luego después os volveré la respuesta.”

4. Al entretanto entró la doncella a la iglesia a suplicar a la Reina del cielo, que por su gran liberalidad y bondad le alcanzase gracia de su Hijo Jesucristo, que la Abadesa y demás religiosas la quisiesen admitir, y vestir su santo hábito. Mientras estaba en esta fervorosa oración, la Abadesa propuso a las religiosas, que estaban en Capítulo, si les parecía bien admitirla para religiosa. Convinieron todas unánimes, y se alegraron mucho de tenerla por hermana y compañera. Dijo una monja, que como Cana era tan rica, su ingreso sería de mucha conveniencia al monasterio; mas las otras la reprendieron diciendo, que cuando se recibe alguna persona en Religión, no se debe tener intención a las riquezas temporales, porque se le hace grande injuria a aquella persona, cuando se recibe por la intención de las riquezas que posee y desprecia, y no por las virtudes con que viene a la Religión.

5. La sacristana dijo a la Abadesa que a ella le parecía necesario, antes de darle el hábito, que fuese probada y examinada por algún tiempo su vocación. A esto respondió la Abadesa, que muchos, por no dar qué decir, y como por vergüenza, permanecieron en el estado religioso tanto tiempo, hasta que sintieron en sí verdadera devoción, por la cual amaron después hallarse en Religión; y dicho esto, envió a llamar a la doncella, diciéndola que estaba ya admitida por religiosa.

6. Habiéndose presentado Cana, propúsole la Abadesa si quería vestir el hábito luego, o si primero estaría por algún tiempo en el monasterio para probar y experimentar la vida áspera que hacían las monjas para mortificar sus cuerpos, y ver si le gustarían el modo y costumbres del monasterio. A lo que res-

pondió Cana, que no había necesidad de probar su devoción, porque la que tenía al estado religioso bien se la podía conservar por su gracia y piedad el que se la había dado. Por esto quiso luego tomar el hábito, y también por si acaso su madre o sus parientes intentasen sacarla, pudiese el monasterio defenderla de ellos, en virtud de sus privilegios.

7. Mientras Cana recibía el hábito y juraba los votos de la Orden, y la Abadesa le daba su bendición, como es costumbre, Anastasia su madre llegó a su casa, y pensóse hallar en ella a su hija; pero la criada le dijo que ella se había ido al monasterio acompañada de dos monjas. Muy descontenta estuvo la madre oyendo estas palabras, y de hecho se fué muy airada al monasterio, y preguntando por su hija, dijo la quería ver. Llamóla la Abadesa, y salió la hija vestida de religiosa. Al verla su madre con aquel traje, rompió en grandes lágrimas, amenazando a la Abadesa y todas las monjas; y volvióse a su casa, y llamó luego a todos sus parientes que viniesen apresurados a su casa.

8. Acudieron todos prontamente, y refirióles Anastasia todo el suceso de su hija. Muy coléricos y airados se quedaron contra el monasterio, y resolvieron unánimes pasar todos a él con intento de que si la Abadesa no los restituía libre y voluntariamente a Cana, sacarla por fuerza, matando a las monjas, quemando y arruinando todo el convento. Anastasia, sus parientes y amigos fueron al monasterio, y pidieron les entregasen a Cana. Respondió la Abadesa que ya no era posible entregarla, porque ya había recibido el hábito. Alborotáronse todos, y con grandes gritos dijeron que si no lo hacían voluntariamente, pegarían fuego al monasterio, y las quemarían vivas. Espantáronse mucho las monjas y la Abadesa, quien les pidió por merced se reportasen, y que se apartasen un poco mientras lo consultaría con las monjas.

9. Juntáronse, pues, todas en Capítulo, y a este tiempo lloraba Cana, y orando de corazón a Dios, suplicaba a la Abadesa y a las demás religiosas que por ningún modo la sacasen de la Religión, ni la entregasen a su madre ni a sus parientes, que pretendían sujetarla a la vileza y vanidad del mundo. En gran

peligro y duda se hallaba la Abadesa y todo el convento, y mucho temían; por otra parte se compadecían más de verse obligadas a restituir a Cana. Estando todas en esta congoja, dijo una de las religiosas, que valía más y era más acertado que restituyesen a Cana, que si por retenerla habían de perecer todas y destruirse el monasterio. Entonces Cana respondió, y dijo a la Abadesa y demás religiosas estas palabras:

10. “Bien persuadida estoy que habréis oído decir cómo nuestro Esposo Jesucristo deseó morir y padecer martirio por nuestra redención; y que Dios quiso dar a los Apóstoles y a muchos otros fervor y devoción, para que en ellos se demostrase el afecto que el Hijo de Dios tiene a muchos que le sirven y aman, sin poner el menor reparo en morir por amar a su amor y honrar a su honor. Dió también Dios semejante devoción a Santa Catalina, a Santa Eulalia, a Santa Margarita, a Santa Engracia y a las demás Santas Mártires para que amasen y desearan sufrir pasión y muerte por su amor, para que sirviera de ejemplo a todas las gentes, y que amasen y desearan morir para servir a su Divina Majestad. De aquí es que si por mí morís, moriréis para honrar a Dios, y lograréis el ser mártires, dando este buen ejemplo de vosotras a todas las gentes. Y si tal vez permitís que mi madre y mis parientes me saquen por fuerza de la Religión, daréis un mal ejemplo, y motivo a los demás de introducirse esta mala costumbre; de manera que en cualquiera ocasión que recibáis alguna religiosa en este monasterio sin el consenso de sus parientes, vendrán amenazándoos, y cada vez os hallaréis en el mismo peligro y trabajo en que ahora os halláis.” Muy vivamente instaba Cana a la Abadesa y a las demás monjas que no la desamparasen, ni mostrasen tener falta de devoción, acordándoles la Pasión de su Esposo Jesucristo; y mucho les remordía la conciencia con los ejemplos del martirio de Santa Catalina, de Santa Eulalia, de Santa Engracia, de Santa Margarita y de las demás Santas vírgenes, que gustosísimas murieron para honrar y servir a su amado Esposo Jesucristo.

11. Tan devotas eran y tan piadosas las palabras que Cana decía a la Abadesa y a las demás monjas, y tenían tanta fuerza

y virtud, que con ellas cobró tal fuerza y aliento su corazón, que resolvieron antes morir que entregarla o desampararla; y confiándose mucho en sus palabras, pusieron toda su esperanza en Dios, quien defiende y ampara a sus siervos siempre que quiere. Tal era el miedo que tenía la Abadesa y todas las religiosas, que no se atrevían a participar su resolución a Anastasia, ni a los que estaban con ella armados, aguardando a la puerta del convento. Conoció Cana que estaban asustadas, y que no osaban, y dijo que ella iría a volver la respuesta a su madre y a los demás, de la resolución que la Abadesa y religiosas habían tomado por influjo del Espíritu Santo, si le daban el permiso.

12. Dióselo la Abadesa, y luego fué a esconderse en su celda; lo mismo ejecutaron las religiosas, temiendo mucho a la muerte; pero Cana, como era de noble y alentado corazón, santiguóse primero, y después dijo estas palabras: "Esperanza, fortaleza, caridad y justicia, supuesto que me habéis sujetado a servir en esta Orden, ya es tiempo me ayudéis contra el furor de vuestros enemigos, quienes por sacarme a mí intentan destruir a este monasterio con todas estas santas religiosas, que no tienen culpa alguna de los pecados que yo he cometido." Al decir esto, tomó las llaves de la puerta, y asomándose a una ventana que estaba más arriba, desde allí se dejó ver a su madre y a los demás, y hablóles en esta forma:

13. "Sea usted muy bien venida, señora madre, y saludando a todos estos señores, sobre todos hago la señal de la Cruz, por la cual os acordéis de la Pasión del Hijo de Dios, Jesucristo, quien por nosotros quiso ser hombre y entregarse a la muerte por salvarnos a todos. De parte de mi señora la Abadesa y de todo el convento os saludo, y os hago saber cómo todas están en resolución de padecer antes la muerte, que restituirme a vosotros, para mostraros que Nuestro Señor Jesucristo tiene señoras sus sirvientes que desean morir por su amor y por su honor. Sólo en Dios confían, y sólo recuerdan su justicia y su poder. Y así, no hay para qué armarse contra mujeres que no pretenden defenderse. Aquí están las llaves, haced lo que os pareciere." En esto Cana echó las llaves del monasterio a su ma-

dre Anastasia, rogándola encarecidamente que la matasen primero a ella, pues era la ocasión y el motivo de la muerte de las demás y de la destrucción del monasterio.

14. No faltaron en este lance en socorrer a Cana con su virtud la esperanza, la caridad, la justicia y la fortaleza; y Dios, que no olvida a sus siervos que le alaban y le aman, puso tanta virtud en sus palabras, que su madre y los otros que estaban allí, movidos a compasión, lloraron por las piadosas palabras que Cana les decía, y por la santa vida de la Abadesa y de las religiosas de aquel convento, que habían elegido morir por amor de su Esposo Jesucristo; se mudó el corazón de Anastasia y de todos los demás, y vino en ellos la devoción, la abstinencia, conciencia y caridad, y se arrepintieron todos y alabaron y bendijeron a Dios, que había dado tanta virtud a Cana y a todas las religiosas del monasterio. Y saludándole muy corteses, dijéronle que no temiese de ellos, mas que dijese a la Abadesa que ellos se volvían a sus casas, que rogase por ellos a Dios les perdonase la loca intención e injurioso deseo que habían concebido contra ella y contra todo el monasterio.

15. Volviéronse todos a vista de Cana, y luego ésta se fué a tocar la campana para convocar a Capítulo a la Madre Abadesa y las demás monjas; mas tanto era el miedo que tenían, que no se atrevieron a venir, lo que la obligó a buscarlas por el convento, diciéndoles la gran misericordia y piedad que Dios había usado con ellas, y cómo jamás se olvida de los que en El ponen todas sus esperanzas. Es indecible el gozo y la alegría que causó este suceso a todas, y luego la Abadesa fué a mirar por la ventana del monasterio, y vió que ya todos se habían retirado, a excepción de Anastasia, que sola se había quedado a la puerta, llorando amargamente y lamentándose con estas palabras:

16. “¡Ay de mí, triste y desventurada pecadora!, decía; ¿adónde está el agradecimiento y las gracias debidas a su Divina Majestad por haberte dado una hija tan buena, y de corazón tan noble como es la mía? ¿Ni qué culpa tenía la Abadesa ni las monjas de este convento para que tú amotinases a todos tus parientes, e intentases quitarlas la vida? ¿Puede igualarse

alguna culpa, por más grave que sea, a ésta? Y ¡oh, cuán sin medida mayor se enseñaría conmigo la piedad y misericordia de Dios, si se dignase perdonarme pecados tan enormes! ¿Podré esperar que la Abadesa y las demás religiosas quieran perdonarme, y enseñarse conmigo tan piadosas y humildes, que consientan en admitir en su compañía a esta mujer culpable?" De mucho gusto y agrado fueron los lamentos de Anastasia para la Abadesa y para las demás religiosas que la escuchaban, y señaladamente para su hija; y después de esto, reparando Anastasia en la Abadesa y en las demás que allí la estaban observando, echóle las llaves del monasterio, suplicándola por amor de Dios mandase abrirle la puerta, porque deseaba entrar en el monasterio para pedir perdón a ella y a todas las otras. Mandó luego la Abadesa abrir la puerta, y con mucho agrado la recibió en sus brazos, y con toda la comunidad se encaminaron a la Iglesia para alabar a Dios y bendecir su santo nombre, dándole repetidas gracias por haberlas librado de la muerte. Entraron inmediatamente después en Capítulo, y allí, puesta de rodillas y besando la tierra, pidió Anastasia perdón a la Abadesa, primero, y después a todas las religiosas, las que la recibieron en sus brazos, dándole muchos besos en señal de que le habían perdonado. Cuando Anastasia llegó a pedir perdón a su hija, hincósele de rodillas; y al ver ésta a su madre en tal postura, arrodillóse luego, besándole pies y manos, regando con sus lágrimas la tierra que besaba, alabando la virtud y misericordia de Dios; mas la madre, hecha toda un mar de llanto, así le decía:

17. "Amable hija, aunque como es costumbre, suele ponerse la hija de rodillas delante de su madre, y pedirle perdón, tan grave es la culpa que contra ti he cometido, que no soy digna de pedirte perdón, ni de estar arrodillada, ni en otra postura delante de ti, por haber intentado, ¡ay de mí!, ser ocasión de tu muerte y de todas estas santas religiosas. Pero, dulce hija mía, si en tu corazón sientes piadosa y compasiva inclinación a perdonarme, ¿cómo podrá tu humildad dejar de consolarme con tu amable compañía? ¿Y cómo ha de dejar Dios, si interpongo tus méritos, de oír mis oraciones y perdonarme, y acordándose de

mí llevarme a su santa gloria?" Mientras decía estas y otras palabras, que fuera prolijo referirlas todas, estaba Anastasia dando repetidos besos a su hija, la cual se hallaba tan absorta con la alegría, devoción y caridad, que no podía proferir palabra, con que sólo se explicaba con levantar las manos y ojos al cielo, mirando al santo Crucifijo que allí estaba, continuando en besar pies y manos a su madre; y no eran solas éstas las que lloraban, mas la Abadesa y todas las monjas estaban llorando, mientras oían las tiernas y devotas palabras de las dos.

18. "Hija, continuó la madre, ¿adónde está tu corazón? ¡Oye mis voces, mira y atiende a mis palabras, y olvida mis pasadas culpas!" "Madre y señora mía, respondió la hija; vuestro es mi corazón y toda soy vuestra. No parece que haya culpa en aquel corazón que favorece Dios con tanta y tal abundancia de devoción como hay en vos; ya os están perdonadas vuestras culpas, y estando vos sin culpa, no hay para qué pidáis perdón; cuanto hay en mí y pende de mí, todo es vuestro."

19. En aquel día fué muy bendito y alabado el santo nombre de Dios por todas las monjas en aquel monasterio, y en aquel mismo día pidió Anastasia a la Abadesa y a las demás religiosas, la vistiesen el hábito de su Religión; pero considerando que era muy anciana, delicada y de complexión muy débil, aconsejaronla que fabricase una casa delante del monasterio, vecina a la Iglesia, y que allí habitase, destinándole para su sustento alguna pitanza de las que no pudiera usar en el monasterio. Tomó Anastasia este consejo de la Abadesa y de las monjas, y vivió bajo su dirección, dando muy buen ejemplo a todas las señoras que observaban su modo de vida. Vistió humilde y honestamente, semejante en alguna manera al modo de vestir de las religiosas.

CAPITULO XXVII

De cómo Cana fué elegida sacristana, y de la solicitud y limpieza con que ejercía su oficio.

SÓLO A PERSONAS MUY DEVOTAS SE DEBE ENCOMENDAR
LA SACRISTÍA

1. En breve tiempo supo Cana leer, cantar y rezar el divino Oficio; y estando la mayor parte del día orando en la Iglesia, asistía con mucho gusto a la sacristana. La Abadesa, que estaba pensando cuál empleo sería más de su genio, para que le sirviese con mayor devoción, habiendo observado el gusto que tenía en frecuentar la Iglesia y en asistir a la sacristana, dióle este encargo, de consejo de todo el convento, y díjole estas palabras:

2. "Cana, yo quiero daros un encargo en este monasterio, pues ya me parece tiempo, y porque tengo visto que os gusta mucho visitar los altares, y ver la Santa Cruz, en que se nos representa Nuestro Señor Dios Jesucristo, Esposo de nuestras almas, y porque gustosa cuidáis del aseo y limpieza de la iglesia y de todo cuanto sirve para honrar a Jesucristo en el oficio de la Iglesia; por tanto, todo el convento quiere y os ruega seáis sacristana."

3. Muy agradecida se mostró Cana con la Abadesa y demás religiosas por la honra singular que le hacían; mas considerándose indigna, pidió encarecidamente se excusasen de honrarla con aquel encargo, pues no había venido al monasterio a este fin, ni parecía razonable quitar el cargo a la sacristana que actualmente lo ejercía, a más de no haber faltado en cumplir con su obligación.

4. A esto satisfizo la Abadesa con decir que era muy natural y razonable conferir los empleos a los mejores, a fin de conservar más cabalmente la regla de la Orden; y que si alguna religiosa había por mucho tiempo trabajado en ejercer su oficio,

entonces suele la Religión hacerle alguna gracia; y como la sacristana está ya muy vieja, y ha trabajado mucho en este encargo, por eso queremos que descanse, y tome con humildad y paciencia si os damos a vos este empleo, pues queremos que trabajéis en él y obedezcáis a nuestros preceptos.”

5. En fin, Cana aceptó, y cumplía muy bien con su oficio de sacristana. Estábase lo más del día en la Iglesia en oración con su madre, tratando de Dios y de su poder y honor, de la Pasión de Jesucristo, y de la gloria del Paraíso, y de las penas del Infierno. Decíale a su madre la hija un día: “¿No os parece que es más gustosa y agradable a Dios y a los Santos la conversación que ahora frecuentamos todos los días, que la que teníamos estando en el siglo, hablando de las cosas de la tierra?” “Bendito sea el nombre de Dios, respondió la madre, que me ha puesto en este estado, favoreciéndome con el consuelo de tu amada compañía todos los días.”

6. “Bien conozco, hija mía, prosiguió, que si hubieses quedado en el siglo, y tuvieses marido, no me sería posible estar contigo cada día, como ahora que estás en Religión; y bien claro veo ahora que era cieguera de mi entendimiento cuanto obraba para impediros el ingreso en ella; por lo cual, ya me parece sería tiempo de repartir la hacienda que nos queda entre los pobres de Jesucristo.” A esto respondió Cana, “que cada día estaba pensando cómo podría repartir la que su padre le había dejado, para que diese mucho fruto y aprovechase por largo tiempo; y a este fin, dijo, siempre estoy observando, según el estado en que está el monasterio, en qué modo pudiera éste mejorarse con nuestros bienes para servicio de Dios y de su Madre Santísima la Virgen María.”

CAPITULO XXVIII

De la muerte de la Abadesa, del consejo que dió a las monjas sobre la elección de su sucesora, y de las honras fúnebres que le hicieron en el monasterio y en la ciudad.

DESAPASIONADO SUELE SER EL CONSEJO EN LA HORA DE LA MUERTE, LA QUE EN EL JUSTO ES TAN HONRADA COMO SENTIDA

1. La Misericordia y la justicia de Dios quiso dar el galardón a la Abadesa, ya muy anciana, y que había trabajado mucho en la Religión para servir a su Majestad, quien quiso llamarla a su santa gloria para mostrarle cuál era aquel Señor a quien ella había servido, y para enseñarle que su poder puede premiar a sus siervos, quiso darse a sí mismo a su sierva en la gloria para que fuese su gloria, porque la Abadesa, cuando vivía en este mundo, toda se había entregado a Dios. Los nuncios que le envió para llamarla a sí fueron los trabajos que con resignación padecía en su conciencia y en su enfermedad, y esto a fin de ejercitarla en la paciencia y obediencia, para purificar su corazón de toda culpa, y que después de esta vida pasase en derecho al eterno descanso.

2. Mientras estaba enferma, acordaron las monjas les quiesse dar su consejo sobre cuál habían de elegir Abadesa después de su muerte, supuesto que ninguna estaba tan informada de todas, y de su obediencia, como ella; y así algunas religiosas, las más celosas, le rogaron secretamente les dijese cuál en particular sería mejor para Abadesa, a lo cual respondió, según su juicio y parecer, tenía por muy conveniente se eligiese a sor Cana, pues siempre la había encontrado muy obediente y muy amante del estado religioso, donde había entrado, dejando tantas riquezas y honras; “y como estoy para morir, prosiguió, bien podéis pensar en conciencia que no he de mentir, y así os aconsejo hagáis a sor Cana Abadesa.”

3. Fué la voluntad de Dios que la Abadesa pasase de esta

vida a la gloria perdurable del Paraíso; y procuraron enterrarla con mucha honra, asistiendo a su entierro los primeros de aquella ciudad, hombres, mujeres y religiosos, llorando toda la gente de aquel país, y en particular las religiosas del convento, y más que todos sor Cana. Muchas Misas se celebraron en aquel monasterio y en las demás iglesias de la ciudad por el alma de la Abadesa, que estaba en opinión de una santa; empleando todo aquel día las religiosas en oración y en llorar la ausencia de la Abadesa, que era lo que más estimaban en este mundo; y resolvieron que, acabada la función del entierro y oración fúnebre, alguna de las religiosas hiciese en Capítulo un discurso de las bellas prendas de la Abadesa para consolar a las demás.

CAPITULO XXIX

De la oración consolatoria que sobre la muerte de su Abadesa dijo sor Cana para consolarse a sí misma y a las demás monjas, según éstas se lo habían rogado.

DESCONSUELO CAUSAN LOS JUSTOS EN SU MUERTE, POR LA FALTA QUE NOS HACEN, Y CONSUELO POR LAS SEGURIDADES QUE LOGRAN

1. Todas las religiosas acordaron en que sor Cana dijese algo para consolarlas en la muerte de la Abadesa; y ella, alzándose en pie, se inclinó delante del Crucifijo, dando gracias a Dios y a todas las monjas por honra tan particular, y añadió, que en Capítulo había muchas religiosas que, como más sabias, desempeñarían mejor el asunto; mas supuesto que era su gusto, diría lo que Dios fuese servido inspirarle; y empezó su discurso en esta forma: "Vivamente deseo confortar y consolar a mí misma, y que sea tal este consuelo, que sirva a todas las demás de norma y ejemplo para consolarse cada cual a sí misma. De este nuevo método solía usar un santo religioso que predicaba muy noblemente hablando consigo mismo.

2. "Murió mi señora Abadesa, la que hasta hoy fué mi

Superiora; y de aquí es que la caridad y la justicia para compadecer su muerte están moviendo a mi alma a tristeza y dolor, dando ésta fuertes impulsos al corazón, para que suministre lágrimas a los ojos. Preciso es el llanto, pues mucho con el amor concuerda. Manda la justicia que en la muerte de sus Superiores, el hombre llore; luego si quiero consolarme, justo es que llore, pues sin el llanto no habría modo para hallar consuelo. Lloro, porque se ausentó de mis ojos la que amaba y enseñaba el camino de mi salvación. Si considero el gozo de su bienaventuranza, conviene alegrarme; y es tan crecida esta alegría, que me precisa a llorar, pues no hay alegría en este mundo cumplida sin el llanto. Todas sentimos su falta y ausencia, cuando en ésta encontró nuestra Abadesa el cumplimiento de su descanso. Y así, alegrarme conviene por lo que logra, entristecerme debo por lo que pierdo; con que igualmente por el gozo y la tristeza es justo llore; y pues tengo dos motivos para llorar, será preciso que sea doble el llanto; y si no lloro, como es razón que llore, justo es que llore la culpa que tengo de no llorar. No se olvida mi alma en hacer cuanto puede para llorar; pero si la justicia quiere desconsolarme y castigarme, no me permita el llanto; mas si gusta consolarme y premiarme, ruégola me deje llorar cuanto quisiere, y por mucho tiempo.

3. "Para complacerse en cuanto quiere y dispone su Criador, fué criada mi voluntad; luego si ésta no quiere lo que su Criador, preciso será mi desconsuelo. Si por mis conveniencias deseo lo que sería en menoscabo de mi Abadesa, ¿adónde está la caridad que me inclinaba a amarla? Es muy justo que si estoy apesurada por la muerte del cuerpo, me alegre y consuele por el bien que está logrando su alma. ¿Será acaso razonable desconsolarme por verla ya libre de peligros? Y si tú, cuerpo mío, semejante en naturaleza a las bestias, pretendes desconsolar a mi alma por la muerte del cuerpo de la Abadesa, a ti semejante en naturaleza, también mi alma quiere consolarme, por ser semejante asimismo en naturaleza a la suya. Lloro, llora, cuerpo mío, cuanto quieras, pues en tu mismo llanto pretende hallar mi alma su consuelo. A tí, cuerpo mío, pertenece el llorar,

y sólo debe estar mi alma toda ocupada en recordar la virginidad, perseverancia, santidad y buenas obras, dignidad y feliz muerte de mi Superiora mi señora la Abadesa; por lo que me consuelo, esperando alegrarme con ella en la bienaventuranza que goza y estará gozando sin fin."

4. Tan devotamente, y con expresiones tan naturales (que son las más a propósito para el consuelo), se consolaba Cana a sí misma; y tan piadosamente lloraba, que movía a las demás a piedad y llanto, consolando a todas con las palabras que decía, y con lo mucho que lloraba. Todas alabaron y bendijeron a Dios y a su divina voluntad, que quiso ejercer en ella su poder; diciendo que ya era ocasión de amar, y llorar, y tener paciencia, pues su llorar, recordar y amar servía para facilitar en todas el consuelo.

CAPITULO XXX

De las calidades que debe tener aquel que ha de ser elegido por Superior o Prelado; trátase del arte de elección, según el cual fué Cana elegida Abadesa.

LOS MÁS DIGNOS DEBEN SER SIEMPRE EN LAS ELECCIONES PREFERIDOS

1. Ya se habían juntado en Capítulo para elegir Abadesa, Cana y todas las religiosas que tenían voto en la elección, cuando ésta empezó a persuadir las, que era cosa muy necesaria e importante el tener un buen Superior, porque de la bondad de éste se sirve Dios como de conducto para comunicar virtud a los súbditos; "y como nuestra Superiora ha pasado de ésta a mejor vida, digo que es muy necesario e importante para todas nosotras, según pide la razón y la naturaleza, que busquemos cuál entre todas es mayor en santidad y en amor de Dios; pues según buena ordenación, y conforme a la voluntad de Dios, es

aquella la más digna de ser nuestra Superiora y nuestra Prelada.”

2. Todas aprobaron lo que Cana había dicho, y querían elegir Abadesa del modo que acostumbraban; pero les dijo que había oído y sabía un nuevo modo de elección, que consistía en arte y figuras, practicando las condiciones del arte de elección, según el libro *del Gentil y de los tres Sabios*, que se conforma con el *Arte de hallar la verdad*, con cuyo método siempre se halla la verdad, “y por este modo, prosiguió Cana, podemos saber cuál sea verdaderamente la más conveniente y mejor religiosa para ser nuestra Abadesa.”

3. Rogáronla todas las declarase el modo por el cual, según arte, pudiesen encontrar la que sería mejor para Abadesa, y respondió Cana, que con brevedad les diría los principios de este arte. “Divídese, dijo, en dos partes: la primera enseña el modo con que se deben elegir los vocales; la segunda, en qué manera éstos deben elegir su Prelado; voy ahora a explicaros la primera parte, y luego la segunda.”

4. “Nosotras, dijo Cana, somos veinte monjas en Capítulo, que tenemos voto en la elección; según dicho arte, es menester de las veinte elegir número impar, como cinco o siete, por ser éste más conveniente para hacer elección y encontrar la verdad, que otro número, y aun el siete es más a propósito que el cinco. En primer lugar, todas han de jurar dirán la verdad; después pregúntese en secreto a la primera monja, cuál de las diez y nueve es mejor para una de las siete vocales que deberán elegir la Abadesa, y en esta forma váyase preguntando a la segunda, después a la tercera, y así de las demás, hasta la última; y se irá escribiendo y notando todo lo que cada una dirá, y después que todas habrán dicho su parecer, véase, y con puntualidad se encontrará cuáles son las religiosas que han tenido más votos, y sean éstas las siete que deberán elegir a la Abadesa.

5. “La segunda parte de este arte de elección explica la manera con que los electores deben elegir su Prelado; por lo cual conviene en primer lugar, que éstos concuerden en elegir de cierto número y de cierta calidad de personas, según les pa-

recerá bien, cotejando la una con la otra, según estas cuatro calidades, es a saber: La primera, cuál ama y conoce más a Dios. La segunda, cuál ama y conoce más a las virtudes. La tercera, cuál más conoce y aborrece a los vicios. La cuarta, cuál es más conveniente, cuanto a lo personal.

6. "Cada uno de estos siete electores puede elegir a una persona, para que ésta entre en el número de los sujetos entre los cuales se debe elegir el Superior. Y para que más llanamente se entienda este arte, supongamos que el número cierto de personas, entre las cuales debe escogerse y elegirse Superior, sea el número nueve. Primero deberán partirse los siete en dos partes, esto es, dos en una parte y cinco en la otra; y estos cinco escudriñarán cuál de aquellos dos debe ser elegido, y se escribirá secretamente el que tuviere más votos. Hecho esto, deberá cotejarse este que tuvo más votos, con uno de los cinco, que se pondrá en lugar del otro que quedó vencido por tener menos votos, y se pondrá este que fué ya vencido en lugar del que entra en cotejo con el primero o segundo, y se hará lo mismo por orden en todos los demás; y si a este número se añade el octavo y el nono, que no son del número de los electores, según este número serán multiplicadas treinta y seis cameras, en las cuales se verán los votos que tuvo cada uno, y entonces se elija por Prelado el que tuviere más votos o más cameras".

7. Después que Cana hubo explicado el arte de elección a las religiosas, una le preguntó, "que si aconteciese tal vez hallarse en dichas cameras votos iguales, ¿qué manda el arte se haga en este caso?" A esto satisfizo diciendo, "que si fuesen dos o tres o más los que tuviesen iguales votos o cameras, en este caso debe por arte inquirirse cuál de ellos solamente tiene mayor conveniencia o concordancia con las cuatro condiciones o calidades arriba expresadas, y éste será el más digno de ser elegido por Superior o Prelado".

8. Mucho gustó a todas las religiosas este arte y manera de elección, diciendo que según este, no se podía errar en la elección, y luego establecieron de allí en adelante, siempre que se hubiese de hacer la elección, se practicasen en aquel modo y arte

que Cana les había señalado; y habiendo buscado el libro que trata de este arte, le aprendieron, y poco después hicieron la elección conforme el arte, y con este hallaron que Cana debía ser su Abadesa.

9. Eligieron, pues, a Cana Abadesa; y aunque sintió mucho la hubieran hecho esta honra, con todo bendecía a Dios, que se había dignado honrarla sobre las demás; pero dudando por si acaso habían errado en el arte, quiso ver las treinta y seis cámaras en que este se encuentran, pues en tal caso no debía ser ella Abadesa, si sólo la que convendría más según el modo de proceder del arte. Según esto, Cana y las demás religiosas que no habían sido del número de las siete que habían hecho la elección, las reconocieron, examinando el modo que habían seguido en la elección según dicho arte, y encontraron que habían observado sus reglas puntualmente. Desde entonces entró Cana en cuidado de cómo sabría bien regirse a sí misma y a las demás, por lo que estaba meditando cómo podría ordenar el monasterio a buenas costumbres.

CAPITULO XXXI

De cómo la Abadesa Cana ordenó que todas las monjas de su convento usasen bien y virtuosamente de los cinco sentidos corporales; y primeramente del oído, corrigiendo los abusos y mal uso de este sentido con mucha blandura y muy buenos ejemplos, y de cómo proveyó a las necesidades del monasterio, dotándole con las riquezas y bienes que su padre le había dejado, y de otras buenas ordenaciones que hizo.

NO DEBE OMITIRSE DILIGENCIA PARA NO DAR OIDO A PALABRAS
LIVIANAS Y FRUSLERAS

1. La Abadesa Cana mandó tocar la campana para convocar a Capítulo las monjas, y tomar su consejo y parecer sobre lo que se podría hacer para que en el monasterio todas usasen debidamente del sentido del oído, para observar y seguir mejor la

regla de su instituto. Mientras la Abadesa estaba en Capítulo, y acudían las demás, una religiosa que volvía de pedir limosna por amor de Dios en la ciudad, entró en Capítulo y contó a las otras monjas cómo había visto una novia muy hermosa, y ricamente vestida, la cual acompañaban sus deudos a la iglesia con mucha honra y alegría. Esto contaba la monja con mucho agrado, y las demás lo escuchaban con igual gusto. Muy bien observó la Abadesa las palabras y el desorden que se seguía de lo que las monjas, que salían a pedir limosna, estaban contando de las vanidades y deleites del mundo a las otras monjas.

2. Habiendo, pues, concurrido ya todas a Capítulo, empezó Cana, la Abadesa, a bendecir a Dios, y dijo estas palabras: "Mucho ha pensado y buscado mi alma en qué modo pudiera yo volver a Dios los bienes de mi madre Anastasia y los míos, que me dió, para que con ellos le sirviera; pero ahora, por la virtud de Dios iluminada mi alma, determino dar a este monasterio todas nuestras riquezas, pero con condición que ninguna religiosa salga de este convento de aquí en adelante a buscar limosna por la ciudad, por que así no nos vengan a contar lo que hubiesen visto u oído de cosas del mundo; pues por oír hablar de estos deleites temporales nos acordamos, y muchas veces deseamos las vanidades del mundo; y estos deseos nos impiden y embarazan en las oraciones y meditaciones de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo."

3. Establecieron, pues, que ninguna monja, sin urgente necesidad, saliese del monasterio, en atención que los bienes que la Abadesa y su madre daban al monasterio eran tantos, que bastaban para subvenir a las necesidades que las obligaban antes a pedir limosna. Buscaron, pues, algunos religiosos legos, hombres ancianos, de buenas y honestas costumbres, y aprobados en otra Religión, quienes cuidasen de sus bienes, y de éstos proveían el monasterio, pero sin entrar en él; y si la Abadesa o cualquiera otra religiosa necesitaban de alguna cosa secreta, que no convenía comunicar a los frailes, tenían algunas mujeres viudas beatas en la ciudad, que eran muy buenas y muy honestas, quienes las procuraban cuanto necesitaban.

4. También ordenaron y establecieron cierto número determinado de religiosas, poniéndolo por escrito, y que no recibiesen otra alguna viviendo éstas; y lo hicieron, a fin que bastasen para el monasterio los bienes que le había dado la Abadesa, y también para tener motivo de excusarse si las empeñaban para que recibiesen alguna otra religiosa; a excepción que si alguna señora seglar quisiese entrar o poner su hija en el monasterio, debiese corresponder con una pensión correspondiente, hasta tanto que muriese alguna; y en este caso cesaría la pensión, y entraría en lugar de la difunta.

5. La Abadesa todos los días iba buscando si encontraría alguna cosa a propósito para ordenar el oído, cuando un día, entrando en el huerto, vió dos monjas que hilaban en una parte, y otra sola en otra parte; entró después en el dormitorio, y de éste en las celdas, donde las religiosas acostumbraban hilar, y observó que no trabajaban todas juntas en un lugar. Al otro día por la mañana convocó a Capítulo, y estableció que todas las monjas hilasen juntas en un mismo puesto, y que entretanto estuviese una de ellas allí leyendo en lengua vulgar, para que todas lo entendieran, algún libro de la Pasión de Jesucristo, de la vida y martirio de los Santos y Santas, y de la vida de los antiguos Santos Padres; y que estuviesen en este libro los milagros de la Virgen María, y de las Vírgenes, y de los Mártires, y de otros Santos, y que se leyese en los días de fiesta, y en los demás días, según que a cada cual tocaría por orden. Buscaron este libro, y se ejecutó la ordenación en el monasterio, y en muchos otros, que tomaron doctrina y enseñanza de aquél.

6. Mucho deseó la Abadesa se observase puntualmente esta determinación, para que oyendo la lectura de aquel libro apartase el alma su imaginación de las vanidades del mundo y de los viles y desordenados pensamientos que la inclinan al pecado, y que cada cual de las religiosas se enamorase de la buena vida de aquellos santos; pues del mismo modo que el alma, viendo algunas cosas hermosas, se mueve a amar, así oyendo algunas palabras agradables se mueve a desear.

CAPITULO XXXII

Trata de la ordenación de la vista y de su buen régimen, con muchas razones y bellas exhortaciones que hizo la Abadesa a todas las religiosas.

LA VISTA DE LO SENSIBLE SIRVA PARA ABRIR LOS OJOS DEL ALMA
A LA VERDAD

1. Estando en Capítulo la Abadesa con todas las religiosas, les dijo: "que según plugo a la divina ordenación de arreglar y ordenar el hombre, tiene éste obligación de usar de su vista corporal en tal manera, que vaya siempre ordenada a la vida espiritual, por lo cual será bien, prosiguió, que se haga ordenación y establecimiento entre nosotras para usar bien de la vista corporal; y primeramente ordénense nuestros ojos a mirar las imágenes de Cristo crucificado, de María Santísima y las demás que nos representan los hechos de los santos que pasaron de esta vida. Honremos a estas figuras, humillándonos a ellas siempre que las veamos, acordándonos de lo que nos significan.

2. "Sean honestos y humildes nuestros vestidos, y en la cara no haya afeite alguno más de lo que Dios y la naturaleza han puesto en ella. Cuando las seglares vendrán a vernos y escucharnos, vayan reguladas nuestras palabras, según queda ordenado en el Capítulo del oír; y cuando veremos sus riquezas y soberbias vestiduras, y sus caras afeitadas con arte, entonces conviene alabar y bendecir a Dios, que haciéndonos sirvientes de la humildad, nos ha librado y defendido de las vanidades de este mundo miserable; y entonces, con los ojos espirituales debemos mirar a Nuestro Señor Jesucristo, su Santísima Madre la Virgen María, los Santos Apóstoles y demás santos, que vestían muy humildes vestidos. Cada una de nosotras puede ganar muchos méritos, si sabe ejecutarlo en esta forma. Antes bien, cuando veremos estas señoras seglares soberbiamente vestidas, las podremos advertir que, en viniendo a visitarnos, vengan con vesti-

dos humildes, y sin afeites en el rostro, para que no ocasionen a nuestra alma alguna tentación de algunos vanos deseos del mundo.

3. "Cuando veamos el cementerio, entonces es tiempo oportuno de pensar en la muerte, y con los ojos del alma ver los gusanos que nos han de roer los ojos con que ahora vemos, y las orejas con que oímos, y la lengua con que hablamos. Cuando estemos en las letrinas y veamos las inmundicias que salen de nuestro cuerpo, entonces es ocasión de pensar en la vileza de nuestra naturaleza, para que con esta consideración en nosotras se exalte y crezca la humildad, y se mortifique y minore la soberbia. Si entramos en la huerta, y vemos la pobre bestia que está rodando la noria, y ponemos la vista en los árboles y en las yerbas, entonces es tiempo de dar gracias a Dios, que nos hizo de más noble naturaleza que a las bestias, árboles y yerbas; siendo así, que pudo crearnos de naturaleza semejante a ellos, si hubiese querido.

4. "Miremos el cielo, y consideremos cuán grande es; miremos el sol, la luna, las estrellas, el mar y la tierra. Consideremos cuántos hombres hay y hubo en el mundo, cuántas aves, cuántos peces, cuánto ganado y cuántos árboles y yerbas, y en todas estas cosas alabemos a Dios, que es tan grande; porque si Dios ha criado tantas, tan buenas, tan grandes y tan varias criaturas, cuánto más bueno, grande y poderoso es El, que es Creador de todo cuanto hay; y habiéndolas criado todas para servicio del hombre, cuán grande debe ser el agradecimiento y las gracias que debemos hacer a Dios." Con estas y otras consideraciones exhortaba la Abadesa a las religiosas a mirar con los ojos corporales y espirituales, para que su corazón se exaltase en el amor de Dios, y que no se inclinase al pecado ni a la maldad.

CAPITULO XXXIII

De cómo la Abadesa Cana ordenó el sentido del olfato, y de su buen régimen, con muy buenas exhortaciones y doctrinas que dió a las monjas.

SOLO DEBE BUSCARSE EL OLOR DE LA VIRTUD

1. "Oler lirios, rosas y flores, continuó la Abadesa, da deleite y placer al cuerpo, mas el alma por este deleite está en peligro de inclinarse al deseo de alguna vanidad de la carne; y, según esto, bueno será que nosotras, que estamos en este monasterio para hacer penitencia y vida austera, no usemos flores, a excepción de cuando las llevemos al altar, para que esté más aseado y adornado. Cuando sintamos los buenos olores de almizcle, ámbar, algalia u otros de los con que suelen llevar perfumados sus vestidos las señoras seglares, bueno será entonces nos acordemos de la esponja, hiel y vinagre con que dieron de beber a nuestro esposo Jesucristo en el día de su Pasión santísima, y podemos acordarnos también de los escarnios que le hacían los malditos judíos, escupiéndole en la cara; y^a asimismo cómo quiso nacer en un establo, para darnos ejemplo, que no nos deleitemos en los olores, que mueven al hombre al pecado. Cuando las mujeres seglares vengan a mezclarse entre nosotras, y sintamos olor de algunos colores que se hubiesen puesto en la cara para parecer más hermosas, entonces será ocasión de recordar la vileza de su corazón, y será muy bien corregirlas, porque si no están avergonzadas entre nosotras de dar muestras de su loca intención, menos debemos nosotras tener empacho de corregirlas, pues claro está que no cabe vergüenza sino en lo malo y defectuoso.

2. "Mucho debe esquivarse el sentir malos olores, porque éstos infectan el aire, y por la corrupción se engendra en el cuerpo enfermedad y muerte; pero aun más debe esquivarse el frecuentar la mujer que pone en su cara afeite y colores, y en sus

vestidos olores y perfumes, pues todo esto da señal de que tiene malos deseos; porque si por la corrupción del aire enferma el cuerpo y se inclina a muerte corporal, más presto, por la privanza y amistad de mujer mala, se inclina el alma muchas veces a pensar y desear obras viles, por las cuales, la voluntad culpable y el recuerdo son al hombre ocasión de pena eterna." En este modo y en otros muchos ordenó la Abadesa en el monasterio los medios con que en el olfato obviasen el pecado y la ocasión de perder la celestial y perdurable bienaventuranza.

CAPITULO XXXIV

De la buena ordenación y régimen del sentido del gusto, con muy bellas y santas exhortaciones que dió la Abadesa a las monjas para su observancia en provecho de sus almas.

ABOMINABLE ES EN TODOS, Y MÁS EN LOS QUE PROFESAN MORTIFICACIÓN, EL PESADO VICIO DE LA GULA

1. La Abadesa dijo a las monjas estas palabras: "La principal razón por que estamos nosotras en Religión, es para contemplar, adorar y servir a Dios; y como entre las otras cosas que mayormente impiden la oración y contemplación una es la superfluidad en el comer y en el beber, buena ordenación será que comamos y bebamos con templanza, de manera que entre nosotras no esté la hipocresía que hay en aquellos que entran en Religión y comen y beben superflua y delicadamente, dando muestras a las gentes que hacen vida áspera, comiendo y bebiendo pocas y ruines viandas.

2. "Si le fuese prohibido al religioso el comer carne, no conviene que el pescado u otro manjar le sea semejante en el gusto y deleite, como sucede cuando se le mezclan muchas salsas, sainetes y otras cosas delicadas. Si es cosa buena el ayunar, no es lícito comer tanto en una hora del día como en dos, pues

en este caso no habría gran virtud en el ayunar. Si nuestras vestiduras y nuestras camas significan que estamos en Religión, el pan que comemos y el vino que bebemos debe también significar vida austera.

3. "El mucho comer y beber engendran apostemas y mala sangre, que es ocasión de enfermedad y muerte; y por la superfluidad de viandas, el cuerpo ocasiona al alma el desear los carnales deleites. Muchos monasterios hay que están pobres y empeñados, por gastar supérfluamente en el comer. Si algún religioso come mejor y más delicadamente en la Religión que cuando estaba en el siglo, es evidente que hacía más penitencia cuando seglar, que ahora cuando es religioso. Padecer hambre y sed con paciencia, es mortificación para la culpa y salud para el cuerpo; y así como la paciencia con las demás virtudes destruye por voluntad de Dios los vicios en el alma, así también la naturaleza, por hambre y sed, consume en el cuerpo alguna superfluidad de malos humores.

4. "Comamos y bebamos nosotras sólo a fin de conservar la vida para amar y servir a Nuestro Señor Dios, y no vivamos para comer y beber y destruir los bienes del monasterio, poniendo en mal peligro nuestras almas. Si nos profesamos siervas de Dios porque somos sus criaturas, y redimidas por su glorioso Hijo, quien se encarnó por nosotras, no sirvamos, pues, a nuestro estómago, quien no perdona ni da remedio alguno a sus sirvientes, y confiemos más en las virtudes del alma que en los regalos del cuerpo." Todas estas palabras y muchas otras decía la Abadesa a las monjas, para que cada cual procurase afligir su cuerpo con hambre, sed y viandas cuaresmales, y que por los méritos de su vida penitente, perdonase Dios a todos los que están sujetos al pecado de la gula.

CAPÍTULO XXXV

De la buena ordenación y régimen en el sentir, con muchas exhortaciones admirables y bellas persuaciones y ejemplos.

LA TOLERANCIA EN LOS TRABAJOS CORPORALES ES MUY NECESARIA
PARA LA VIDA RELIGIOSA

1. "El sentido a quien pertenece el sentir, como sentido particular, es el tacto, que se halla difundido por todo el cuerpo, de aquí es que todo el cuerpo debe sentir alicción por amor de Dios. Si estamos en invierno, entonces es tiempo de sentir frío, y si en verano, de sentir calor, por amor de Dios; y si quisiésemos excusarnos de sentir frío y calor, sería hacer injuria a la boca, si no la excusásemos igualmente el sentir hambre y sentir sed. Como el señor temporal quiere ser bien servido por su vasallo, así Dios quiere que el cuerpo del hombre, que es suyo, le sirva; y si nuestro cuerpo no sufre pasiones y trabajos, ¿en qué está el servicio que hace a Nuestro Señor Dios? Porque así como nos ha dado ojos para ver las cosas corporales, y que por estas le vea espiritualmente, del mismo modo ha dado sentimiento al cuerpo, para que mediante este, el alma, que es forma del cuerpo, tenga paciencia y alabe y bendiga a Dios.

2. "Aspera y dura cama, y hábitos groseros convienen al religioso, como al seglar vestidos delicados y blanda cama. Si algunos insectos nos están molestando sin dejarnos dormir, bien claro se nos significa que poco tiempo habemos empleado en la oración, pues más vale encomendarse a Dios y velar en la oración, que desear dormir y no poder, por causa de esta molestia, la que suele no sentir quien vela mucho. El dormir mucho y la Religión no concuerdan, pues a ser así, no hubiera diferencia entre el religioso y el seglar.

3. "En el concepto del entendimiento se corrompe la virginidad, cuando llega el alma a desear los carnales deleites, y se

hace merecedora de sentir la pena del infernal fuego el alma que desea corromperse en el tal deleite; cuando por el contrario el cuerpo, que es virgen en obras y pensamientos, es digno de obtener gloria sin fin. Sentir y consentir más a la naturaleza del cuerpo que a la virtud del alma, es demostrar que el cuerpo domina a el alma, que es cosa muy perversa y mala; y si nuestro Esposo Jesucristo sintió por nosotras graves trabajos, angustias y muerte, razón será sintamos por su amor vida áspera y mortificada; y pues estamos aquí congregadas para servir a Dios, si no queremos apartarnos de los duros y ásperos sentimientos del mundo, dejemos el monasterio, y vamos a vivir en el mundo para sentir sus deleites y vanidades; y si tenemos estos deseos, por los cuales hemos de ser juzgadas a sentir las penas del fuego, eterno, ponga una de nosotras un dedo en el fuego para probar si podrá sufrir aquel una hora sola.

4. "Cuando el alma, en las enfermedades, calenturas, dolores u otros trabajos que siente el cuerpo, tiene paciencia, entonces usa de la virtud; y si tal vez Dios quiere que tu cuerpo los padezca, y tu no tienes paciencia, piensa allá en tu alma, si tu voluntad concuerda, o si es contraria a la voluntad de Dios. Si en tu corazón sientes alguna tristeza por no estar y vivir con tus parientes, como deseas tal vez, busca entonces, si tienes a Dios en tu corazón; y cuando sientas en tu alma alguna tentación o loco pensamiento, sabe que Dios entonces quiere que tu alma se despierte a contemplar en la oración su santísima voluntad, acordándote de su sagrada Pasión, y dándole muchas bendiciones, loores y gracias".

CAPITULO XXXVI

De cómo la Abadesa Cana ordenó y estableció que las monjas tuviesen en sí y guardasen debidamente las siete virtudes, y que acbiesen en Capítulo confesar las faltas que contra ellas hubiesen cometido.

CUIDADO PARTICULAR DEBE PONER LA PERSONA RELIGIOSA EN
EJERCER LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS Y CARDINALES

1. Después que hubo la Abadesa concluido todas las ordenaciones para dar enseñanza y doctrina a las religiosas, de cómo debían usar los cinco sentidos corporales, continuó en decirles estas palabras: “Dios, por su santísima voluntad, dispuso que Blanquerna me pusiese bajo el dominio y protección de estas siete reinas: fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza, que son las siete virtudes de que más necesitamos; y pues os plugo elegirme vuestra Abadesa, os ruego y mando que las tengamos en grande estimación, obedeciéndolas en un todo; y si por desgracia alguna de vosotras cometiere algún error o engaño contra estas siete reinas, esté obligada a pedir perdón en Capítulo delante de todas, para que tenga mayor erubescencia de su falta, y tomen las demás ejemplo, para oponernos más a los enemigos de estas siete virtudes y reinas”.

2. Aprobaron todas cuanto había dicho la Abadesa, y establecieron de juntarse en Capítulo en una cierta hora todos los días, para examinar en su conciencia cada cual si había faltado en alguna cosa contra las siete reinas arriba expresadas, o si hubiese hecho cosa que tuviese algún resabio o semejanza de los siete pecados mortales.

CAPITULO XXXVIII

Trata de la tentación contra la fe, y de los remedios singulares que la Abadesa Cana dió a la monja que se le había confesado en Capítulo en presencia de las demás; y de las bellas razones con que la había corroborado en la fe, explicando los artículos en los cuales había dudado; de que sintieron particular placer y consuelo todas las religiosas.

EN PUNTOS DE FE NO DEBE EL CATOLICO DAR LUGAR A LA DUDA
NI A LA SOSPECHA

I. Aconteció un día que una religiosa por sugestión diabólica fué tentada contra la fe mientras estaba considerando en la Santísima Trinidad de nuestro Señor Dios, y en la Encarnación del divino Hijo, en la virginidad de la Virgen Santa María, y en la Hostia consagrada transubstanciada en verdadera carne de Nuestro Señor Dios Jesucristo. Mientras estaba en esta tentación, acordóse de la ordenación y establecimiento hecho, según llevamos dicho en el capítulo antecedente; y cuando la Abadesa con todas las demás estaban en Capítulo, púsose en pie pidiendo disciplina y corrección con estas palabras: "Manda Dios y ordena, que hallándose el alma en alguna tentación, acuda a Dios y a las virtudes que nos dió, para que nos ayuden en nuestras necesidades. Obró mi alma como flaca y miserable, y pecó, para que por su flaqueza fuese mayormente conocido el poder de Dios, y para que la fortaleza y la esperanza fortificasen la fe en mi alma; mas ¿por qué ésta se olvidó de Dios, y de la fortaleza y esperanza, y dudó en la Trinidad del Altísimo, escudriñando cómo era posible en Dios la Unidad de Esencia y Trinidad de Personas, que fuesen distintas, sin diversidad y composición de Esencia; y no solamente dudó en este misterio, sí que también dudó en la Encarnación del Hijo de Dios, pensando cómo podía caber tanta humildad en la Naturaleza divina, que quisiese unir

a sí la humana para ser con ésta una sola persona? Y aun más: ¡dudó mi alma contra el poder de la divina virtud, imaginando cómo podía ser que la Virgen María Santísima fuese Virgen en el parto y después del parto! De este modo cayó en duda mi alma en lo expresado, pero mayormente en la Hostia consagrada, que tiene el color y sabor de pan, estando bajo de estos accidentes la verdadera Carne de nuestro Esposo Jesucristo. Por esta sola duda, bien merezco se me dé penitencia, y confieso ante todo el Capítulo la flaqueza de mi fe, para que tomen todas ejemplo, y sepan guardarse de la tentación del enemigo en igual lance. Y, en fin, pido se me declare esta duda, para que no vuelva en mi alma otra vez.”

2. La Abadesa satisfizo con decir, “no convenía que nuestra alma entendiese tanto, como es la obra que tiene Dios en sí mismo, engendrando el Padre al Hijo, y procediendo el Espíritu Santo del Padre y del Hijo; porque si nuestra alma no entiende todo lo que Dios ha hecho y criado, siendo cosa finida y terminada, ¿cuánto menos puede entender todo lo que Dios tiene y obra en sí mismo, que es infinito y eterno? Y lo que no entendemos en Dios es aquella cosa, para cuya inteligencia no es suficiente nuestro entendimiento por la mucha imperfección en que ahora está; y por esto manda Dios que con la luz de la fe creamos lo que no podemos entender de su santa e incomprendible Trinidad y demás artículos. Aunque bastantemente ha dado Dios virtud a nuestro entendimiento para conocer por medio de las criaturas al que es Creador de todas; porque así como puede entender que el hombre es una persona compuesta de dos naturalezas diversas, es, a saber, de cuerpo y alma, aun mejor, sin comparación, puede Dios ser una Esencia en tres Personas, y que estas tres Personas sean la misma Esencia; y si Dios no tuviese tal poder, se seguiría que Dios sería más poderoso en unir la pluralidad en la criatura que en sí mismo, lo que es inconveniente, y no se puede conceder.

3. “Todo cuanto hizo Dios en este mundo fué para demostrarnos sus virtudes, y para que fuese conocido y amado por nosotros, y que por este medio tuviese razón y motivo de usar

con nosotros de su justicia y misericordia, por la cual nos da gloria sin fin. Y así el Hijo de Dios tomó nuestra humana naturaleza para usar con nosotros de humildad, dándonos ejemplo cómo debemos ser humildes; quiso también enseñarnos su poder y caridad, que mayormente nos demostró en su Encarnación que en la creación de todo un mundo de la nada; y mayor obligación tenemos de amar a Dios porque quiso encarnarse y morir por nosotros, que por cualquiera otra cosa que hubiera podido hacer por nosotros. Luego, así como nuestro entendimiento entiende que, según el curso natural, parece cosa imposible que el Hijo de Dios deba encarnarse, del mismo modo nuestro entendimiento cree espiritualmente que Dios, según su grande humildad, caridad y poder, que son infinitas, y una misma cosa en El, quiso y pudo encarnarse; porque si no quisiese o no pudiese unir a sí la naturaleza humana, sería demostrarnos que en El había falta de voluntad y de poder, sujetándonos y obligándonos a conocerla y adorarla, lo que es imposible; y así, por estas razones y, aun más, porque Dios quiere y puede unir el alma al cuerpo, y que juntos sean una persona, si bien el alma es de una naturaleza y el cuerpo de otra, puede nuestra alma mortificar y vencer las dudas que tenía en la Encarnación del divino Hijo.

4. "Dios creó a Adán y púsole en el Paraíso, y, sacándole una costilla del costado, hizo a Eva, su mujer. Esta obra fué milagrosa, y no según el curso natural; y el concebir de la Virgen Santísima, quedando preñada del Hijo de Dios, que vino en ella, y nació de ella verdadero Hombre y verdadero Dios, quedando ella siempre Virgen, fué obra milagrosa y sobrenatural, para demostrar que Dios tiene mayor poder que la naturaleza creada, en cuanto obra lo que ésta no puede obrar, demostrándose así Señor de la naturaleza. Luego si Dios no obrase sobre la naturaleza, no demostraría tener poder sobre la misma.

5. "Por ser el hombre compuesto de alma y cuerpo, no puede ser visto con los ojos corporales, puestos éstos solamente ven parte del hombre; es, a saber, el cuerpo; pero con los ojos espirituales puede ser visto y entendido, viendo con los ojos del entendimiento al alma y con los del cuerpo al cuerpo; pues así

con los ojos corporales ve el hombre la Hostia sacrosanta en figura y color de pan, y con los espirituales el precioso cuerpo de Jesucristo; porque como aquéllos ven las cosas corporales, así éstos las espirituales; y así como los ojos del cuerpo por el color y claridad ven la Hostia, así también los ojos del alma ven, por virtud de Dios, en la sagrada Hostia la verdadera carne de nuestro Esposo Jesucristo, el cual, con su voluntad, poder y sabiduría infinita, quiere que bajo aquella figura y color de pan esté verdaderamente la carne y sangre de Jesucristo; y si esto no lo quisiera o no lo pudiera hacer Dios, se seguiría que no sería infinito y perfecto en su querer, poder y saber, lo que no es así, mientras vemos con el entendimiento que hay toda perfección y toda infinitud en las virtudes de Dios; y por esto con los ojos espirituales, mediante la virtud divina, vemos lo que los ojos corporales no pueden ver.”

6. Con estas y otras razones venció la Abadesa aquellas dudas en que había caído contra la fe aquella monja, y se alegraron de corazón todas las religiosas, y en particular la que había faltado, quedando muy fortificada contra las tentaciones en la fe; de manera, que en adelante no pudo el demonio hacerla más dudar contra la fe en ninguno de sus artículos. Todas alabaron y dieron gracias a Dios por haberles dado tan buena Abadesa, dotándola de tanta sabiduría, que con su ciencia y santa vida tan valientemente las instruía en conocer y amar a su Esposo Jesucristo, y todas sus obras, y en saber servirle.

CAPITULO XXXVIII

Trata de las faltas que se cometen contra la esperanza, y del modo de remediarlas, con muchos buenos documentos que la Abadesa Cana dió a las religiosas para confortarlas, y que manifestasen tener esperanza.

JAMÁS DEBE DESCONFIAR EL PECADOR DE LA DIVINA MISERICORDIA

1. Estaba en el monasterio una religiosa, que en el siglo había sido grande pecadora, y aun estando en Religión había cometido algunos pecados mortales. Un día, acordándose de la gran

justicia de Dios y de los pecados cometidos, cargó tanto su consideración sobre sus faltas, que se olvidó de la misericordia de Dios, y túvose por culpable, de manera y en particular por los pecados cometidos siendo religiosa, que desesperó de que Dios la quisiese perdonar, pareciéndole que por mucho que obrase bien en adelante, no pudiera alcanzar la gracia y perdón de Dios.

2. Mientras pensaba así la religiosa, viniéronle deseos de volver a pecar, como solía antes; más por los méritos de la penitencia que había hecho de sus pecados, y por la santa vida de la Abadesa y demás religiosas, Dios la miró con los ojos de su misericordia, e hízola recordar lo que la Abadesa había ordenado sobre la virtud de la esperanza y demás virtudes; y estando en Capítulo en presencia de todas, confesó la tentación que había tenido contra la esperanza, pidiendo perdón y consejo a la Abadesa contra esta tentación, que la atormentaba mucho.

3. Respondió la Abadesa, y dijo estas palabras: "El error contra la esperanza suele acontecer cuando el hombre piensa que Dios sea más justo que misericordioso; y por esto muchos caen en desesperación. Mas siendo Dios misericordioso y mayor que todas las criaturas, de necesidad se sigue que el hombre, que es criatura, no pueda pecar tanto como Dios puede perdonar; por lo que es muy necesario, cuando uno está considerando sus culpas y pecados, que entonces acuda a pensar en la gran misericordia de Dios, a quien hacen mucha honra todos los que la comparan igual a su justicia; y por esta honra que le hacen, la misericordia de Dios perdona al pecador sus pecados y culpas mortales, dándole dolor y contrición de ellos.

4. "El recuerdo de la Encarnación y Pasión santísima del Hijo de Dios vivifica a la esperanza y mortifica a la desesperanza; porque si Dios quiso unir a su divina naturaleza la humana, y quiso que ésta padeciese grandes trabajos, Pasión y muerte para redimirnos del poder del demonio, bien claro se infiere que, si nos confiamos en su piedad y misericordia, quiere perdonarnos; mas por falta de caridad, que no se halla en el alma que desespera de Dios, acontece que el hombre no se acuerda de la santa humildad que mostró en encarnarse, y se olvida de su san-

tísima Pasión, y en este modo la desesperación vence y se apodera de la esperanza; pero cuando la caridad y la esperanza se concuerdan y se ayudan entre sí en oponerse a la desesperación y al pecado, entonces obligan a Dios a que perdone, haciendo que el hombre le ame y confíe en El; y por consiguiente, quien en su recordar, entender y querer sabe con la caridad usar de la esperanza, es muy fácil que a éste le sean perdonadas todas sus culpas.”

5. Mientras la Abadesa decía estas palabras, díjole la bolsera, “que a ella también le acontecía frecuentemente faltar contra la esperanza, cuando pensaba en el gasto del monasterio, pues dudaba muchas veces que pudiese bastar el dinero que tenía.” Respondiéndola la Abadesa, “que antes bien debía suceder lo contrario, pues por lo mismo tenía ocasión de acordarse de la riqueza y largueza de Dios, quien franquea a las criaturas todo lo que necesitan; y si a las bestias, a las aves, a los peces, que son irracionales, y a los hombres seglares que aman y siguen el mundo, les da Dios de qué vivir, injuria nos haría si faltase en darle a las que estamos en este monasterio para servirle y para huir de los terrenos deleites, y más cuando confiamos en El; y de aquí se infiere que el estar el pensamiento en estos temores y confiarse al mismo tiempo en Dios, es virtud; y así debe ejecutarlo luego que el hombre se sienta tentado de este vicio.

CAPITULO XXXIX

De las faltas contra la caridad, y de su remedio; y cómo podemos tener tanta caridad, cuánta y cuando queremos, si procedemos debidamente en servir a Dios, y de los buenos efectos que causa en nosotros esta virtud, con muy buenas razones y ejemplos.

ALTÍSIMOS DOCUMENTOS DE LA MÁS ACENDRADA CARIDAD

1. En presencia de la Abadesa y demás religiosas dijo una monja su culpa en que había continuado por mucho tiempo contra la caridad; porque había más amado a Dios por el interés de la

gloria, que por ser quien es, y mayormente le había temido por el temor del infierno, que por su bondad. La Abadesa respondiéndole diciendo estas palabras: “de tal manera es Dios merecedor de ser amado y temido por su excelente bondad y virtud, que más debe el hombre amarle y temerle por ser quien es, que para obtener la gloria y evitar el infierno; pues amando la gloria se ama uno a sí propio, y por este amor teme las penas del infierno; y como el hombre debe amar más a Dios que a sí, por eso no es conforme a caridad y justicia el amar y temer a Dios por aquello que es menos noble, cuando debe amarle por ser Dios lo más noble, siéndolo más y mejor que todas las criaturas juntas.”

2. Después que la Abadesa hubo dado la razón de cómo se debe amar a Dios, y amar la gloria y temer el infierno, dijo otra monja, “que confesaba su culpa contra Dios y las demás religiosas, porque la intención con que entró en la Orden no fué regulada por el amor o caridad a Dios y a las monjas, si solamente había entrado porque era pobre y no tenía con que sustentarse en el mundo.” Satisfizo la Abadesa, y dijo: “que en una misma obra puede ordenarse y desordenarse la intención, porque cuando alguno por pobreza entra en Religión, puede dirigir principalmente la caridad a Dios y a la Religión, y después a sí y a lo que necesita; más porque entrando en Religión vuestra principal intención fué en vuestra propia conveniencia, y no en amar a Dios, la regla y la compañía de las religiosas, por eso sois en la Religión culpable contra Dios y contra las religiosas, y quiero que hagáis penitencia por esta culpa.”

3. “La verdad es, dijo otra monja, que yo deseaba ser Abadesa, más por mi honra que por caridad o amor que tuviese a Dios, ni a las monjas.” Respondiéndole la Abadesa, “que desear y amar la Prelacia por el honor es soberbia y vanagloria, y es contra Jesucristo, quien viviendo en este mundo quiso ser humilde y pobre; más desearla para servir a Dios, y enderezar y ordenar por las sendas de la virtud y salvación a los que van desordenados y descaminados, esto sí es amar a Dios y a su prójimo, y es caridad muy de su gusto y agrado; y por consiguiente, para mortificar y desvanecer tan vanos y locos deseos, como son

el desear Prelacias por obtener honores, conviene acordarse de la vida de Jesucristo y de los Santos, que siempre amaron la pobreza y humildad. Puede también vencerlos, si considera los trabajos que en gobernar a sus súbditos sostiene el Prelado, siéndolo para servir a todos; y así claro está que el yerro que habéis cometido en desear locamente la Prelacia, fué contra vuestra libertad, porque ser monja conventual es estar sujeta a su menor, y ser Abadesa es estar en sujeción y servidumbre de todas; por lo que, si fuese del gusto de Dios y de las monjas, cuando vuestra voluntad fuese bien ordenada, con grandísimo gusto trocaría con vos el empleo.”

4. “Señora Abadesa, dijo otra, tiempo ha que estoy deseando haber caridad con Dios y mi prójimo, y como soy ignorante, quisiera me diese doctrina y enseñanza para lograrlo.” Respondió la Abadesa: “que quien desea tener caridad, según conviene tenerla, es menester que la sepa recordar y entender, porque si falta sabiduría en su memoria y entendimiento, no puede estar en su voluntad la caridad; por eso, pues, conviene lo primero entender y acordarse frecuentemente de Dios y de su poder, sabiduría, amor, y de sus obras y virtudes, y de la vileza y miseria de este mundo, de la gloria del Paraíso y penas del infierno; y tener presente el gran amor que Dios usó con nosotros, haciéndonos a todos de una misma naturaleza, carne y sangre, la cual quiso por nuestro amor unir a Sí el Hijo de Dios, y en ella morir crucificado por nosotros. Con este modo de recordar y entender, concibe la voluntad, caridad y amor; y por olvidarle e ignorarle huye y escapa el amor de nuestra voluntad, y se introduce en ella la ira, la iniquidad, la falsedad y la malicia.”

5. Después de esto, exhortó la Abadesa a todas las religiosas a esforzarse en obtener la caridad, pues no se resiste a ninguno que la busca, pudiendo cada cual alcanzarla a medida de sus deseos. “Con la caridad, decía, puede el hombre sostener cualquier género de trabajo, haciendo que sea fácil y suave lo que parece fuerte y dificultoso de sufrir; y en lo que es agradable al deseo y al pensamiento, la caridad llena de júbilo al

hombre siempre que lo sepa con caridad recordar y entender, que hizo bajar al mismo Dios desde el Cielo a la tierra; hizo que se encarnase, llorase y sufriese trabajos, hasta hacerle morir crucificado. La caridad hizo que crease al mundo y cuanto tiene ser, y su caridad está proveyendo hoy y cada día a nosotros y todas las criaturas, y nos las dió todas para que nos sirvan, y nos da nosotras a nosotras mismas para que con aquellas y con nosotras a Dios sólo sirvamos; y aún más, la caridad divina ha creado para nosotros el Paraíso, al cual nos llama, a donde tengamos gloria perdurable.

6. "Luego si tantos bienes, tan grandes y tan útiles y necesarios nos acarreó la caridad, comunicándose esta tal liberalmente a quien la desea, gran maldad, gran iniquidad y gran culpa tiene el corazón de aquel en quien no habita la caridad."

CAPITULO XL

Trata de las faltas que se cometen contra la virtud de la justicia, y cómo la Abadesa enseñó y confirmó a las monjas en el ejercicio de esta virtud con muchas razones, exhortaciones y buenos ejemplos.

ES LA JUSTICIA LEJÍA QUE SACA LAS MANCHAS DE NUESTRA
CONCIENCIA

1. En dicho monasterio había una monja muy gravemente enferma; y como la Abadesa acostumbraba cada día buscar todo el convento por si había algo que mejorar, o si de su presencia podía seguirse algún fruto, entró también en la enfermería, y encontró aquella enferma que estaba muy impaciente en su enfermedad; de manera que con sus palabras llenas de ira y despecho, daba indicios de que su alma no estuviese justificada, lo que le dió motivo de preguntarla qué había hecho de la justicia, caridad, fortaleza y paciencia, y en dónde las había dejado. "Es, dijo, tan vehemente y agudo el dolor de este mal

que me está aniquilando, que no es dable pueda caber en mi alma virtud alguna, y estoy tan llena de ira, y me domina esta de manera, que más presto deseara la muerte que la vida."

2. "¡Hay tal locura!, dijo la Abadesa, dime por tu vida: ¿cuál te parece sería mayor pena de estas dos: o el estarte bajo de una gran montaña de azufre y fuego, o la enfermedad que padeces, y que murieses sin justicia? Es muy seguro que si mueres así, irá tu alma a habitar entre las llamas del infernal fuego sin fin. ¿Quién piensas que es el que te da la enfermedad? Sepas que el no tener tú paciencia, es no amar a Dios ni a su justicia, quin te da este mal para castigo de tus culpas; y te opones a su justicia con no amar sus obras. No tienes fortaleza en tu corazón, porque la enfermedad, ahuyentando a la caridad y justicia, puso en él la ira, la impaciencia y la injuria. Dándote Dios esa enfermedad, te pide que tú misma te des a El con justicia, caridad y paciencia, para darte la salud de la eterna bienaventuranza". Tantas y tan buenas palabras dijo la Abadesa a la enferma, hasta que la caridad, paciencia, fortaleza y justicia recobraron aquella alma perdida, y dijo entonces la monja estas palabras:

3. "Adórote y bendigo, divina virtud de justicia, porque me castigas y me sustentas, no castigándome según la multitud de mis culpas, mereciendo ya padecer estos trabajos y muchos más. Haz de mí, Señor, lo que sea más de tu agrado, y que mi voluntad quiera solamente lo que Tú quieras. No soy digna de merecer la gloria, pues por mis culpas sólo merezco perdurables penas. Si quieres castigarme, ejercitarás en mí tu gran justicia, y tu gran misericordia si me perdonas. En lo uno y en lo otro, Señor, adoro tu infinita justicia y espero en tu dulce misericordia, a quien está rogando por nosotros la Reina del cielo." Mientras que la religiosa hacía estos coloquios, sintió tanta devoción con que la caridad, justicia, fortaleza y paciencia habían llenado su corazón, que en adelante le fué muy fácil de tolerar la enfermedad.

4. Después que la Abadesa hubo con su buena doctrina consolado a la enferma, entró en un aposento secreto que servía

de cárcel, donde estaba otra monja por haber faltado a su honestidad y a la regla del Orden; vino, pues, a verla y consolarla en la penitencia que hacía, y encontróla arrodillada llorando, y que con sollozos decía así: “¡Oh santa justicia de Dios, bajo cuyo dominio están sujetas todas las cosas! Adórote y bendigo, porque en los trabajos que sufro conozco tu equidad y mis culpas, de cuyo conocimiento nace para mi alma el consuelo. Tu justicia me obliga a amarte, y mis pecados excitan en mí el desconsuelo. Cuanto más fuertemente me castigas, tanto más te me das a conocer, y te demuestras, haciendo que más me acuerde de tu gran misericordia; por lo que estoy resuelta de permanecer siempre en esta pena que siento en el cuerpo, para que mi alma pueda de continuo conocerte, amarte y contemplarte, y pueda en Ti siempre alegrarme.” Tan devotas y santas fueron las palabras que decía esta monja, que movieron a devoción y misericordia a la Abadesa para el perdón, quien llorosa y compasiva, le dijo:

5. “No es conveniente que haya falta allí donde la justicia de Dios quiere tener su comunicación y residencia; y así estoy dispuesta a perdonaros, y aun a solicitar que todas las religiosas os perdonen, supuesto que la divina justicia perdona a todos los que bendicen y alaban en sus obras. Descarnada y macilenta os miro por la grande aflicción de vuestro cuerpo: pobres y rotos están vuestros vestidos; poca y ruin es vuestra comida; vuestra cama son duros sarmientos; y la soledad y las tinieblas son vuestra compañía; pero vuestra alma tiene por compañía el divino esplendor, que os hace conocer y amar su justicia. Pedid, y se os dará. Arrepentíos, y se os perdonará. Vuestra contricción y devoción os hacen más noble que a mí la virginidad.”

6. Terminó su devoto discurso con el llanto de la Abadesa, a quien la religiosa dió repetidas gracias, y añadió ser muy natural al Señor, que es bueno, al amar y desear el bien y la bendición de sus súbditos. “Esta mi cárcel, dijo, y modo de vida sirve de escarmiento y enseñanza a las demás para que teman de macular sus cuerpos, cometiendo alguna falta o alguna mal-

dad. Perdón pido, arrepentida de mis culpas y pecados, y que por todos los días de mi vida me dejen estar en la penitencia en que al presente estoy; pues cuanto mayores son los trabajos que siento en mi persona, tanto más mi alma queda exaltada en Dios. El sea en mi alma, y más que se me multipliquen trabajos y penitencias.”

7. Terminada esta plática, salió la Abadesa y fué a la huerta, donde vió bajo de un árbol otra monja que lloraba. Esta había vivido en el siglo con grandes riquezas y honores, y acordándose de los placeres y deleites que antes solía gozar, sentía mucho la vida áspera a que estaba precisada en el monasterio. Preguntóle la Abadesa el motivo de su llanto y desconsuelo; y luego la monja le expresó cuanto tenía en su corazón. “¡Oh alma loca e injusta!, exclamó la Abadesa, ¿has pensado y reflexionado algún tiempo que hay justicia, y que con viandas ásperas castiga a los que en el mundo comieron delicadamente, y con humildes vestidos humilla a los que vistieron soberbias y ricas vestiduras, y con ásperas y duras camas atormenta a los que las buscaron blandas y delicadas? ¡Cómo no vas, ¡oh insensata!, a llorar en la iglesia! ¡Vete allí, y levanta los ojos a la Cruz, y mira a nuestro Esposo Jesucristo, Señor de cielo y tierra, en cuál cama descansa! ¡Mira cómo están teñidas sus vestiduras de color berméjo, es a saber, de la sangre que salió de su cuerpo precioso! ¡Mira cómo está desnudo, crucificado y desamparado! ¡Sed tuvo, pero mira cómo le dieron a beber vinagre con sal y hiel mezclado! ¡Mira con qué corona de agudas y penetrantes espinas, por honor, ciñeron su cabeza! ¡Y considera también cómo su delicado y precioso cuerpo fué cruelmente azotado y llagado!” Con tal energía reprendió la Abadesa a aquella monja, y quedó ésta tan edificada para en adelante, que jamás cupo en su corazón aquel loco pensamiento, como antes solía.

CAPITULO XLI

Trata de las faltas que se cometen contra la prudencia, y del remedio singular y a propósito para fortalecerla y destruir a la ignorancia con las razones y resumen del libro de Doctrina pueril, compuesta por el mismo Doctor.

LA INDISCRECIÓN ES MADRE DE MUCHOS VICIOS

1. Una monja estaba en un pecado sin tener conocimiento cierto de si era venial o mortal, ni buscaba saberlo, porque deseaba continuar, y temía haberle de dejar sabiendo fuese mortal. Aconteció, pues, un día que mientras estaba en Capítulo con la Abadesa, tuvo conciencia de la falta que había cometido contra sabiduría, como llevamos dicho, pidió perdón de su pecado, y díjole entonces la Abadesa estas palabras:

2. “Dios ha dado al hombre razón y discreción para usar de ellas contra el pecado, amando las virtudes y aborreciendo los vicios; cuando el hombre no quiere servirse de la razón para excusarse de tener conciencia del pecado en que está, entonces la justicia de Dios tiene razón de quitarle la discreción y conciencia mientras vive en este mundo; y por eso en él estamos viendo muchos pecadores que tienen obcecados los ojos del entendimiento, para que de aquí en adelante no tengan conciencia ni contrición de sus pecados, y vemos que mueren muchos en tal estado, en que bien se puede conocer que van condenados, pues no satisfacen los agravios e injurias que han hecho a otros, ni tienen en el fin de su vida contrición de sus pecados; y como la justicia y sabiduría tienen entre sí compañía y amistad, de aquí que la justicia castiga a los que no honran a la sabiduría.”

2. Mientras que la Abadesa en Capítulo hacía este discurso, estaba allí otra monja que tenía un hijo en aquella ciudad, grande abogado, quien antes quería estudiar las divinas letras y entrar en Religión; mas la madre le hizo estudiar leyes y el de-

recho civil, para que fuese seglar y se casase. Acordóse, pues, esta religiosa de haber visto muchas veces que su hijo se servía malamente de su ciencia, por lo que hízose conciencia de las faltas que había hecho contra la sabiduría, y dijo estas palabras:

4. “Culpable me confieso contra la sabiduría y contra la Sagrada Escritura, por la cual el hombre tiene conocimiento de Dios;” y en consecuencia, pidió esta religiosa perdón de su culpa, según hemos insinuado antes. Entonces le dijo la Abadesa: “que muy gravemente había errado contra la sabiduría y contra el don del entendimiento que da el Espíritu Santo; porque la voluntad que tenía su hijo de ser religioso y de aprender la Sagrada Escritura, le había sido dada de Dios por el Espíritu Santo, quien quería darle también sabiduría y entendimiento para ser de El conocido y amado, y darle la celestial bienaventuranza; y por esto, añadió, de aquella falta y de todas las demás culpas y pecados que hará vuestro hijo, usando mal del derecho y ciencia que aprendió, tiene la culpa su madre, por la cual tendrá menos gloria, si se salva, y pena mayor, si se condena.” Mucho se movió la Abadesa contra esta religiosa, y grande fué la penitencia que le impuso.

5. En el mismo tiempo que la Abadesa hablaba de los dones que da el Espíritu Santo, una monja se acordó en sí misma de la ignorancia en que estaba, porque no sabía los diez Mandamientos de la Ley, ni los catorce artículos de la Fe, ni los siete dones que da el Espíritu Santo, ni las ocho bienaventuranzas que Nuestro Señor Jesucristo prometió en su Evangelio, ni sabía las siete virtudes, por las cuales va el hombre al Paraíso, ni los siete pecados mortales, por los cuales se va al fuego del infierno. Todas estas cosas ignoraba esta religiosa en su alma, siendo tan necesario y provechoso el saberlas. De esta ignorancia contraria a la sabiduría pidió perdón, rogando se las enseñasen todas.

6. Muy vivamente reprendió la Abadesa a esta monja con estas palabras: “Quien ignora los diez Mandamientos de la Ley, ¿cómo sabrá ser obediente a Dios? Y si es inobediente, ¿cómo lo sabrá conocer? Y quien no sabe los catorce artículos de nuestra Santa Fe, claro está que no sabe creer ni usar de fe, según convie-

ne. Y quien no sabe los siete dones del Espíritu Santo, ¿cómo ha de agradecérselo, si ignora lo que le da? Y el que ignora las ocho bienaventuranzas, no ha de saber desear la gloria perdurable. Y quien no sabe e ignora las siete virtudes, ¿cómo tendrá luz para ver las sendas por donde se camina a la salvación? Y el que no sabe conocer los siete pecados mortales, ¿cómo sabrá guardarse de ellos, arrepentirse y confesarse, y cómo ha de tener contrición de haberlos cometido? Quien, pues, desea saber todo lo sobredicho, lea el libro de *Doctrina pueril*, donde éstas y muchas otras cosas buenas se hallan escritas.”

CAPITULO XLII

Trata de las faltas contra la virtud de fortaleza, y de su remedio y de la corroboración de dicha virtud por la concordancia que tiene con todas las demás, según la bella explicación que hizo la Abadesa Sor Cana, adocrinando a sus monjas

ES LA FORTALEZA BASE FIRME DE LAS VIRTUDES

1. Así como a la prudencia llamamos sabiduría, así también a la valentía de ánimo llamamos fortaleza, para que las mujeres lo otinedan más fácilmente. Mientras, pues, una religiosa todos los días adoraba a Dios, rogando le diese las siete virtudes para servirle con éstas, y que la defendiese de los siete pecados mortales, era frecuentemente tentada de vanagloria por su buena vida y devota oración que hacía, en la cual la caridad y contrición de sus culpas la hacían llorar y acordarse de la misericordia de Dios.

2. Era tan fuertemente tentada de esta vanagloria aquella religiosa, que le parecía que Dios debía de hacer por ella milagros, y que la debía honrar en su gloria más que a todas las otras mujeres. Un día, estando la religiosa con esta vanagloria en su oración, conoció su falta, y quedó muy maravillada de que tan mal pensamiento, como es la vanagloria, pudiese entrar en su alma cuando estaba en tan devota oración; por lo cual, hallándose

en capítulo, en presencia de las demás confesó su culpa; y preguntó a la Abadesa de dónde podía venirle esta falta. A que satisfizo diciendo:

3. “Compañía y hermandad tienen las mismas virtudes entre sí, porque las unas son exaltadas por las otras, mortificando a los vicios; de donde, cuando la caridad, justicia, fe y esperanza son muy altas y sublimes en contemplar las virtudes de Dios, entonces la prudencia y la fortaleza quieren estar en su compañía; y por esto, cuando acontece que el alma viene a ser tentada de vanagloria, si tiene bastante sabiduría para conocer aquella tentación, y está fuerte la razón para resistirle, entonces se inclina su memoria a entender la vileza en que está por el pecado, y sube el entendimiento a entender la nobleza y verdad de Dios; y a las horas la sabiduría esfuerza su alto poder, y es virtud en compañía de otras virtudes. Pero cuando la vanagloria vence y el alma se olvida de sus culpas, y no entiende en las virtudes de Dios, y consiente en la vanagloria, entonces por falta de sabiduría y valentía de ánimo decaecen las otras virtudes al pecado, y se desvanecen.”

4. Después que la Abadesa hubo explicado el modo con que en la oración muchas veces se mezcla entre las virtudes la vanagloria, la cual tentación suele molestar a los que hacen buenas obras; otra monja le dijo que muchas veces estaba tentada de salirse de la Religión, de lo cual se sentía culpable delante de Dios, y arrepentida pedía corrección y doctrina. Respondióle la Abadesa, “que aquella tentación era por flaqueza y falta de valentía de ánimo, en quien hay falta de caridad para amar la Religión y despreciar al mundo; porque acordándose la memoria del mundo y sus deleites, y olvidando la honestidad y santa vida de las buenas religiosas que viven en Religión, queda la fortaleza mortificada en la voluntad, y por eso debe el hombre olvidar aquellas cosas que pueden ocasionarle la tentación, y debe recordar con gran valentía de ánimo, otras cosas buenas, contrarias a la dicha tentación.”

5. Otra monja dijo a la Abadesa, “que cada día tenía tentación de regalarle comiendo y bebiendo, y de hablar mal de la

regla del Orden.” Y la Abadesa le respondió, “que Dios quiso ordenar que las criaturas fuesen muchas y distintas, para que en muchos y distintos modos sirviesen al hombre, a quien las ha dado, para que el hombre en muchas maneras sirva a Dios; y por esto la tentación es para que la fortaleza venza con la abstinencia a la gula y a la desordenación de las palabras; y este vencimiento logra, cuando la caridad y la justicia le ayudan contra los pecados, y entonces la tentación es ocasión a las virtudes, para que pongan en uso la virtud que Dios les ha dado a fin que el alma logre por ello mayor gloria.”

6. En el mismo Capítulo asistía una religiosa muy bella, y de muy noble familia, quien había dado al convento muchas riquezas; era esta muy a menudo tentada de soberbia, y pidió a la Abadesa quisiese darle algún consejo contra este vicio. Aconsejóle la Abadesa “que todas las veces que le viniera esta tentación entrase en el huerto y que mirase al jumento que rodaba la noria, y que pensase por cuál cosa del mundo quisiera ser jumento, y aquello mismo que ella despreciaría para no serlo, le fortalecería su corazón contra la soberbia, pensando en Dios, quien habría podido hacerla tal si hubiese querido;” y más le dijo, “que después de esta consideración, anduviese al cementerio, y que imaginase los muertos que estaban allí, y pensase en la corrupción y feto de sus carnes, y se acordase de la inmundicia y suciedad que sale de su estómago, y después anduviese a la iglesia y que contemplase en la Cruz para recordarse a cuánta humildad quiso humillarse Dios.” Todas estas cosas y muchas más dijo la Abadesa a esta religiosa, por darle doctrina para fortalecer su corazón contra la soberbia, y que todas las cosas repudiase y despreciase, antes que ofender a Dios Nuestro Señor.

CAPITULO XLIII

Trata de las faltas contra la templanza y de la manifestación de esta virtud, según la concordancia que tiene con las otras virtudes y oposición a los vicios.

VIRTUD DE LA VIRTUD ES LA TEMPLANZA

1. Hallábase la Abadesa en Capítulo, cuando dijo estas palabras: "Por virtud de Dios hemos ordenado y tratado de las virtudes antes expresadas. Ahora conviene que tratemos de la virtud de templanza, y quiero saber si hay entre nosotras alguna monja que haya cometido alguna falta contra esta virtud." Al oír esto, dijo una religiosa "que no tenía conocimiento de la virtud de templanza, por lo cual ignoraba si en ella había faltado". La Abadesa dijo "que la templanza es una virtud que está en medio entre lo poco y lo mucho. Y porque se dé más clara noticia de esto, supongamos que por lo mucho se entiende la grandeza de Dios, la cual es mayor que todas las demás cosas, sin que por esto se siga alguna desordenación, y por lo poco se entiende el hombre, porque en Dios ninguna cosa hay que sea poca; y porque lo mucho y lo poco constituyen el medio en la criatura, no cabe haber en Dios templanza, por cuanto en sí no tiene cosa alguna que sea mucho ni poco; pero si en el hombre, quien tiene mucho y poco, y según distintos términos es en sí mucho y poco naturalmente.

2. "Por otro modo, prosiguió la Abadesa, Dios ha creado a la templanza entre dos términos, es a saber, entre lo poco y lo mucho, para que la templanza sea medio por el cual el hombre pueda y sepa usar la sabiduría, justicia, fortaleza, caridad y de las demás virtudes, porque en el comer y en el beber, en el dormir y en el velar, en el hablar y en el callar, en el andar y en el estar, en el vestir y en el calzar, en el gastar y en el guardar, en el imaginar y discurrir, y en otras cosas semejantes tiene necesidad el hombre de la templanza, a fin de que la sabiduría tenga conoci-

nimiento de lo que es mucho y de lo que es poco, y que la caridad ame el medio, y la justicia saque de los vicios templanza y la dé a la caridad, y que la fortaleza sea en el corazón del hombre contra lo mucho y lo poco, para que se convenga con la templanza, por la cual la fortaleza se concuerda con las demás virtudes que con la templanza concuerdan.”

3. Después de haber la Abadesa enseñado la manera con que se halla concordancia entre la templanza y las otras virtudes, la religiosa se acordó de las faltas que había hecho contra la templanza, y exclamó diciendo: “¡Ay de mí, pecadora! ¡Oh, cuán grande es mi culpa en lo que he faltado por mi ignorancia en el comer y beber, en el hablar y en otras cosas contra justicia, sabiduría, fortaleza y templanza! Pues la justicia me daba conciencia y la sabiduría me revelaba lo que era mucho y lo que era poco, para que la caridad amase a la templanza, y por haber dado Dios al alma la libertad para poder usar de estas virtudes, y no haber mi alma querido usar de ellas, antes usó de los vicios, de aquí soy culpable, y pido perdón y penitencia de mi culpa.”

4. Entonces dijo la Abadesa a las monjas “que en el alma hay tres potencias, es a saber, memoria, entendimiento y voluntad, y cuanto obra el alma es con estas tres potencias, y así para que nuestra alma sea ordenada en sus operaciones es preciso que cada cual de nosotras sea ordenada en estas tres potencias, por las cuales tenga ordenación en los cinco sentidos corporales, los que conviene sean ordenados por el alma en sus siete virtudes principales y en los actos de estas virtudes, según hemos dicho antes, la cual ordenación lograremos si nosotras somos ordenadas en las tres potencias del alma. Por lo cual, en primer lugar, es bien que tratemos de la memoria”.

CAPITULO XLIV

De la ordenación de la memoria y de sus actos, con muy buenas y singulares exhortaciones para saber bien usar de ella en el servicio de Dios Nuestro Señor

TRÁTASE DE LO QUE DEBIERAN MEMORAR TODOS LOS CRISTIANOS

1. "La memoria, dijo la Abadesa, fué dada a nuestra alma para que nos acordemos del Soberano Bien, de donde tienen principio y se derivan todos los bienes, el cual nos creó y nos hizo gracia de juntarnos en este monasterio, para acordarnos de El y olvidar las vanidades de este mundo, y recibir premio en el otro, para olvidar en nuestras almas toda culpa; y habiendo nosotras recibido de Dios tantos beneficios, y en particular habiendo Dios tomado nuestra naturaleza, entregándola a grandísimos trabajos y grave muerte para salvarnos, es sin duda grande la obligación en que estamos de acordarnos de todas estas cosas en todo el tiempo de nuestra vida y en todas las horas del día. Y por eso quiero y mando que cada una de vosotras recuerde todos los días la bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor y perfección de Dios, y que os acordéis y penséis en su santa Encarnación y Pasión, y en las otras cosas pertenecientes a Dios, porque con estas memorias desaparecen las tentaciones, y vienen a olvidarse los trabajos y queda el alma iluminada con luz de bendición.

2. "Acordarnos conviene de la gloria del Paraíso para desearla y de las penas del infierno para temerlas, no olvidándonos de la muerte, a fin de que estemos preparadas, pues tenemos certeza que hemos de morir, y no sabemos cuándo. Acordémonos que venimos de la nada, para que no haya entre nosotras soberbia ni presunción, sin olvidar la podredumbre y corrupción de nuestro cuerpo, para tener humildad y mansedumbre. Acordémonos las unas de las otras, y abracémonos con caridad y justicia, para que la paz esté siempre entre nosotras. Si sabemos memorar, sabremos olvidar, y si sabemos olvidar, sabremos memorar, y en

sabiendo memorar y olvidar, sabremos entender y amar. Consideremos nuestros pecados, para acordarnos de la justicia y misericordia de Dios, y tengamos en la memoria las virtudes, para que las amemos. No es conveniente acordarnos de lo que hacíamos en el mundo, pues con este recuerdo se mueve la voluntad a desear el mundo, y cuando nos halláremos en alguna tentación, recurramos a Dios y a la Virgen María Santísima y a todos los santos del cielo, y pidámosle socorro y ayuda. Cada cual de nosotras acuérdesse de su Angel custodio, que Dios le dió para guardarla y defenderla de pecar, haciéndole cada día alguna honra, y tenga también cada una devoción a algún santo especial, para que sea su procurador en la corte celestial, acordándose de él todos los días, y haciéndole alguna honra y oración. Acordémonos con frecuencia de la vida de los santos y santas, para que con esta memoria nos enamoremos a imitarlos. Acordémonos de los infieles, rogando por ellos a Dios para que les dé luz de inteligencia y fe para conocerle y adorarle, y para que vengan en camino de salvación. Por la noche, después de las Completas, cada uno haga memoria si en aquel día ha ofendido en algo a su Creador, y por la mañana, después de los Maitines, acordémonos, asimismo, en qué estado hemos pasado aquella noche." En este y en otros modos enseñaba la Abadesa a todas las religiosas a memorar, para que en la dulce y piadosa misericordia de Dios fuesen acordadas y encomendadas; y todas alababan y bendecían a Dios, por haber dado tanta sabiduría, caridad y castidad a su Abadesa Sor Cana.

CAPITULO XLV

De la ordenación del entendimiento y de su arreglamiento hacia los objetos con las otras potencias; y de las utilidades y placeres que perciben los que saben entender y usar de su entendimiento.

ENSEÑASE LO QUE SE DEBE ENTENDER PARA OBRAR BIEN

1. La Abadesa Sor Cana dijo a sus monjas "que el entendimiento era luz espiritual que iluminaba el alma, para entender verdad de su Creador y de sus obras, y que la voluntad antes

de moverse a querer o no querer alguna cosa, recibía luz del entendimiento para no errar en sus operaciones; porque así como los ciegos yerran el camino por donde van, por faltarles la vista corporal, del mismo modo el alma yerra en su memorar y querer, cuando no recibe luz del entendimiento.

2. "Muchas veces acontece, que por el demasiado memorar y querer, se turba el entendimiento; y por esto, quien desea recibir de él la luz espiritual, conviene que tenga templanza en su memorar, querer y entender, por lo cual, el hombre que desea entender, sepa memorar y querer; y el que desea memorar y querer, sepa entender; pues por el mucho memorar y querer, se engendra el mucho entender, y por el mucho entender, el mucho memorar y el mucho querer, cuando sabe el hombre memorar la obra de su memorar, entender y querer.

3. "Si deseamos entender a Dios, conviene, lo primero, que usemos de fe, y después de inteligencia, y que creamos lo que no podemos entender, y que entendamos lo que Dios tiene en su esencia y en sus obras, y entendamos que Dios es cosa mayor de lo que nosotros podemos entender, porque si nuestro entendimiento no es bastante para entender todo lo que somos y obramos, ¿cuánto menos, sin comparación, bastará para entender a Dios y a sus obras? Lo cual, si no fuese así, se seguiría que fuésemos en esencia y en obras mayores que Dios, lo que es imposible.

4. "Este no poder entender, claro está que no es falta del entendimiento, más sólo de aquél o de aquélla que teniendo entendimiento, no sabe o no quiere usar de él en aquello que no puede entender, siendo así, que aquel que no quiere usar de su entendimiento en lo que podría entender, no quiere usar de la mejor criatura que Dios quiso crear por Él, y desprecia el más excelente placer, como es el que logra el alma mediante la inteligencia, ni teme entristecerla con la ignorancia; pues cuanto más el entendimiento entiende las cosas dificultosas y altas, tanto es mayor y más noble y más elevado por su inteligencia, lo que no sucede siempre así en las otras potencias, pues por acordar demasiado, puede ser la memoria menor en su acto, como también

puede la voluntad ser menor en su querer, por el demasiado amar o aborrecer. Y quien no quiere entender aquello que le fuera fácil de entender, ¿qué razón hay para que quiera memorarlo, ni amar-lo? Antes debe desear que el entendimiento tenga ignorancia de lo que no le es posible entender; y cuando el entendimiento entiende la verdad, debe la voluntad amarla, y si la falsedad, aborrecerla, y si el entendimiento entiende a la voluntad, debe esta apreciarle y amarle; porque así como fué hecha la voluntad para amar al entendimiento, así también el entendimiento para entender a la voluntad, y cuando la memoria recuerda con frecuencia sin entender ni querer, entonces la imaginación se acostumbra a imaginar en tal manera, que el hombre suele volverse loco.”

5. Al tiempo que la Abadesa estaba así enseñando a las monjas cómo debían usar del entendimiento, una religiosa la preguntó “en qué manera podía la memoria memorar, sin entender y sin querer.” Respondióle la Abadesa “que cuando el hombre recuerda una cosa y después otra, haciéndolo con tanta prisa y frecuencia, que no da lugar a la voluntad de amarla o aborrecerla, ni al entendimiento de entenderla, entonces la memoria recuerda sin entender, ni querer, y obra en su memorar casualmente y a la ventura; por cuyo uso se desordena la imaginación, y por este desorden se destruye la virtud memorativa, y sucede algunas veces, que el hombre que así lo hace, pierde el seso y se vuelve loco o mentecato, como tengo dicho”.

CAPITULO XLVI

De la ordenación de la voluntad y dirección de sus actos hacia su objeto, al cual se ha y refiere más libremente que cualquiera otra potencia

ENSEÑANZA DEL USO RECTO DEL LIBRE ALBEDRIO RESPECTO DE
TODO EL BIEN

1. Prosiguió la Abadesa diciendo a las monjas “que Dios había dado al hombre la voluntad, y a los peces, y a las aves, y a los brutos, y a los demás vivientes el apetito natural que es muy

semejante a la voluntad, y según esto, dijo, que la voluntad del hombre era más noble que la de todas las demás criaturas que carecen del uso de razón, y esto, a fin de que la voluntad humana no quiera cosa alguna sin razón, y de aquí que si el hombre o la mujer ama o aborece alguna cosa sin razón, entonces tiene por voluntad que ninguna otra criatura.

2. "El amar lo bueno y desamar lo malo, conviene a la voluntad, pero cuando el hombre ama más el menor bien que el mayor, entonces dispone su voluntad para amar lo malo y desamar lo bueno." Al entretanto que así sutilmente se explicaba la Abadesa, díjole una religiosa "que no era lícito hablar con semejantes sutilezas a las mujeres, a lo cual satisfizo diciendo, que supuesto que el entendimiento podía entenderlas, era muy conveniente que quisiese la voluntad que el entendimiento las entendiese, para que más exaltase en su inteligencia y mejor pudiese la voluntad contemplar y amar a Dios y a sus obras, porque si Dios no quisiese ser contemplado por el entender y amar de las criaturas, no las hubiera dado tan gran virtud, como les dió en su memorar entender y amar, a fin que sea de ellas más entendido y por la mayor inteligencia, sea mayor el amor, que si tal vez, por querer entender alguna cosa fútil, naciere alguna duda, entonces se debe recurrir a la fe y a la fortaleza, por la cual se fortifica el corazón del hombre en creer aquello que no puede entender.

3. "El libre albedrío concuerda más con la voluntad, mientras vivimos en este mundo, que con el memorar, ni con el entender, como también la obediencia mejor se conviene con la Religión que con el estado seglar, o fuera de la Religión, y esto es, porque la libertad está más constreñida en la Religión que en el siglo; por cuanto la voluntad que libremente ama la sujeción de su libre albedrío a la obediencia, está más elevada para obtener más mérito, caridad y justicia, que la voluntad que no está sujeta a la obediencia, porque si el placer que hay en amar de grado a la cosa amada es grande, mayor es el mérito en amarla contra su voluntad, obedeciendo a sus mayores; porque la voluntad en este caso se sujeta a sí misma, en cuanto ama aquello que siente ser en sí mayor disposición para desamar, y si no te atreves a

discurrir estas cosas por demasiadamente fútiles, tú pones duda y te opones a la exaltación de tu fe, que debes amar y desear, para que en ti sea mayor la fortaleza y la esperanza. Y advierte, que en lo que acabo de decirte te doy indicios de algún secreto, que no me atrevo a explicarte del todo en la ocasión en que ahora estamos.

4. "En fin, pues cada cual de nosotras tiene voluntad y entendimiento, tenga cada una su voluntad sujeta a su entendimiento, y quiero y mando que la voluntad de cada una esté obligada y sujeta a la mía, y que mi entendimiento y voluntad estén obligados y sujetos en general al entendimiento y voluntad de vosotras, porque según este modo está establecido el cargo de Abadesa y de Abad."

CAPITULO XLVII

De la oración y de la manera en que debemos orar, y por quiénes estamos obligados a orar, teniendo en primer lugar todas las potencias de nuestra alma bien reguladas y habituadas de las virtudes de que arriba hemos tratado, según el ejemplo de la oración que hacían Evast y Aloma y su hijo Blanquerma.

DOCTRINA PARA SABER HACER ORACION

1. Estando la Abadesa con todas las monjas en Capítulo, quiso informarse del modo con que hacían oración, por ser muy necesario el orden en la oración, pues siendo ordenada es la más noble obra que hay en la Religión, y por el contrario es muy desagradable a Dios cuando es desordenada. Mientras la Abadesa decía estas palabras, una monja pidió perdón por haber errado muchas veces en la oración, diciendo algunas palabras de oración, y teniendo al mismo tiempo su corazón en otras cosas vanas, contrarias a la oración. Respondióle la Abadesa diciendo "que la oración se puede hacer en cuatro modos. El primero es, cuando el corazón contempla en Dios, sin hablar la boca palabra. El segundo,

cuando el corazón y la boca encuerdan en la oración, y el alma entiende lo que las palabras significan. El tercero, cuando el hombre lleva una vida santa, sin cometer pecado mortal, pues en este caso cuanto hace *por amor de Dios* es oración. El cuarto es, cuando el hombre con la boca dice palabras de oración, y su corazón está pensando en otras cosas. Este cuarto modo de oración es desagradable a Dios, y no se logra en ella algún buen fruto por faltarle la caridad, sabiduría y fortaleza, por cuya falta el alma olvida e ignora lo que significan las palabras de la oración, y en tal caso es muy conveniente el recurso a dichas virtudes y que con ellas el hombre procure que su alma se concuerde con las palabras de la oración, memorando, entendiendo y amando el alma aquellas palabras que está pronunciando la boca.

2. "Bien habéis entendido, por lo que hemos dicho antes, cómo Blanquerna adoraba a Dios en los catorce artículos de la Fe, y cómo Evast le adoraba en su esencia y en sus virtudes, y también cómo Aloma oraba a Dios y a la Santísima Virgen María por su hijo Blanquerna, y el gran fervor y amor que tenían en su oración, la cual se concordaba con las palabras, por esto es conveniente que en nuestras oraciones amemos a Dios y a sus obras con tal fervor, que nuestra alma y las palabras se concuerden en la oración, de manera que el agua del corazón suba a los ojos derramándose en lágrimas, y que en nuestra alma las virtudes superen y venzan a nuestros vicios y pecados, consolándose nuestra alma con los llantos, y alegrándose con devoción, dando siempre en nuestras oraciones gloria y gracias a Dios.

3. "Estando en oración debemos memorar, entender y amar a las virtudes y obras de Dios, y debemos, con fe, esperanza, caridad, justicia, sabiduría, fortaleza y templanza, ordenar nuestra alma y nuestro cuerpo, para poder exaltar la memoria y el entendimiento en contemplar a Dios y desear su mayor gloria, y después nos conviene recordar, entender y aborrecer nuestras culpas y la vileza de este mundo, y en esta forma, con el auxilio del Espíritu Santo, será iluminada nuestra alma en orar a Dios, y nuestras oraciones serán oídas por la justicia y misericordia de Dios, en quien está toda perfección, y en el cual, toda oración per-

fecta halla el cumplimiento y la virtud de saludable bienaventuranza.

4. "Rogar debemos por el Santo Padre Apostólico y por sus hermanos los Cardenales, y por todos los Prelados, por todos los Reyes y Príncipes, y por todos los cristianos, para que Dios les de tanta devoción, que toda su vida sea para conocerle y amarle, y para que vuelva en ellos aquel fervor y celo de la exaltación de la fe que había en el mundo, en tiempo que en él estaban nuestro Esposo Jesucristo y sus Apóstoles.

5. "En la oración no se olvide nuestra alma de los infieles, que son nuestra carne y sangre, siendo en especie y forma semejantes a nosotros. Ignorancia de fe y de ciencia hay en ellos por falta de maestros que los enseñen, según vemos. No conocen aquellos a Dios, ni le aman y honran, ni le dan gracias por los bienes que les da, porque no creen en El del modo que debieran creer, y aun muchos de ellos están blasfemando y mandiciendo a nuestro Esposo y Señor Jesucristo, pensando que haya sido puramente hombre, pecador y falso engañador, por lo que gran virtud será en aquellos que, en presencia de estos infieles, confesaran el Santo Nombre de Dios y sus virtudes, honor y perfección, y sería muy del agrado del Señor, aquel que procurase que le honrasen los que le deshonran, siendo así que todos los que padecerán martirio, para exaltar su Santo Nombre, comparecerán con vestiduras semejantes a las de Jesucristo en Cortes el día del Juicio.

6. "Hagamos gracias a Dios, por habernos dado el ser humano, haciendo también que nos sirvan tantas criaturas; y como no somos bastantes para darle las debidas gracias por tantos beneficios, roguemos todos los días a la Virgen Santa María y a todos los Angeles y Santos del Paraíso, haciéndoles memoria que lo hagan y se lo agradezcan por nosotros. No nos estimemos dignas del bien que recibimos ni de la gloria que esperamos, y seamos agradecidas a Dios, quien nos ha librado de la servidumbre del mundo, y nos ha juntado aquí para hacer penitencia. Y para que seamos defendidas de los vicios, llevando una vida santa, pidamos a Dios nos colme de virtudes. Adoremos a nuestro Salva-

cor en nuestros pensamientos, con llantos y devoción, perseverando siempre así, para no desviarnos de honrar, rogar y amar al que nos dió el corazón para amarle y los ojos para llorar, y la boca para alabar su virtud y sus obras. En éste y en muchos otros modos dió la Abadesa enseñanza a las monjas para que pudiesen orar, adorar y contemplar a Dios Nuestro Señor.”

CAPITULO XLVIII

Trata de cómo la Abadesa Sor Cana ordenó se pudiese dentro y fuera del monasterio espía o escolta para mayor observación de la regla.

TEMOR Y VERGÜENZA, PODEROSOS FRENOS DE LA CULPA

1. En presencia de todas las monjas habló la Abadesa en esta forma: “Acuérdome que cuando yo veía a mi Señora la Abadesa, que Dios haya perdonado, temía su presencia y disimulaba algunas cosas, porque no las reparase; para que pues en el alma de cada una de vosotros esté de continuo el temor de la justicia de la Religión, con vuestro parecer y consejo, quiero hacer un nuevo estatuto en este monasterio, es a saber: que cada semanaelijamos secretamente una monja para espía o escolta que vaya observando cuanto haremos, con tal que ninguna sepa cuál es, a fin que la una se tema de la otra, como si yo misma estuviese presente; y que después en Capítulo vaya contando todo lo que habrá observado en nosotras que fuese mal visto y contra nuestra Orden. Quiero también ordenar que pongamos otra espía en la ciudad, para que cuando algunas monjas nuestras entraren allá por alguna precisión, vayan atendiendo cómo se portan y adónde van; y si oyeren hablar de ellas o de nosotras algo menos decente, u otra cualquiera cosa, de que seamos culpables.

2. “Y no solamente quiero que se ponga espía que os observe a vosotras, pero también quiero que se me ponga amí, para que me guarde yo mejor de cometer cualquiera falta; y a este

fin quiero que todas las semanas elijamos tres monjas de las más ancianas y más honestas de nuestra Orden, y que éstas con todo secreto elijan a una monja, que vaya observando todo lo que yo hiciere, sin que yo sepa cuál es; y quiero que en Capítulo, delante de todas las monjas, me acuse, si me habrá visto algo que sea des-conveniente a mi Religión y estado, para que en presencia de todas lleve yo la penitencia, y pida perdón." Todas las monjas tuvieron por bien lo que la Abadesa había propuesto; y según lo quiso ordenar y disponer, del mismo modo consintieron gustosas que se hiciese.

3. Mucho tiempo vivió la Abadesa en aquel monasterio observando todas las susodichas ordenaciones, por cuya buena doctrina y santas costumbres hubo en aquel monasterio muy santas religiosas; y muchas buenas mujeres de aquella ciudad tomaron de ella buen ejemplo; y muchos otros monasterios tomaron la regla, doctrina y forma de vida que la Abadesa Cana había ordenado en su monasterio.

4. Hemos acabado para gloria de Dios la primera parte del libro que trata del estado de Religión en las mujeres. Ahora conviene que volvamos a tratar de Blanquerna, que va por la vía eremética buscando paraje a propósito para adorar, contemplar, conocer y amar Dios, Creador glorioso y Señor de todas las cosas.

LIBRO SEGUNDO

DEL ESTADO DE RELIGIÓN EN LOS HOMBRES, QUE TRATA DEL
ORDEN DE RELIGIÓN EN LOS MONJES, FRAILES Y ECLESIAÍSTICOS,
SEGLARES Y REGULARES, Y QUE ES PERFECCIÓN Y CUMPLIMIENTO
DE LA PRIMERA, LA CUAL ES FUNDAMENTO Y PRINCIPIO DE ESTA
SEGUNDA PARTE

PART E SEGUNDA

CAPITULO XLXIX

*De los diez Mandamientos, y de la queja que cada uno de ellos
explica por los defectos que contra ellos cometen los hombres
mundanos, y de la obligación que tienen los Prelados y los prin-
cipes de proveer de remedio oportuno.*

DÁNSE A CONOCER LOS ULTRAJES QUE HACEN A LA LEY LOS QUE LA
DESPRECIAN

I. Despedido ya Blanquerna de Evast y Aloma, sus padres, anduvo todo aquel día por el bosque, y al anocrecer llegó a un prado muy ameno, en que había una bella fuente, y sobre ella un árbol muy frondoso, en cuyo puesto descansó de su fatiga, y durmió aquella noche. Siendo muy de mañana empezó su oración, como tenía de costumbre, y por la soledad y extrañeza de aquel sitio, pudiendo con libertad mirar por todas partes el cielo y las estrellas, se hallaba su alma exaltada en la contemplación y amor de Dios; pero por el miedo de las fieras, que sentía en aquel prado, se le entibiaba de alguna manera en su alma la oración, aunque con esperanza y fortaleza alentaba su corazón y confiaba en el soberano auxilio del Señor.

2. Hasta rayar el sol continuó Blanquerna su oración, y después prosiguió su viaje todo aquel día, hasta que poniéndose ya el sol, llegó a un paraje muy delicioso cubierto de gran multitud de árboles, en el cual había un suntuoso palacio, noblemente construido, sobre cuyo portal estaban escritas en letras de oro y azul estas palabras:

1. No adorarás a dioses extraños.
2. No jurarás el nombre de Dios en vano.
3. Guardarás el santo día del domingo.
4. Honrarás a tu padre y a tu madre.
5. No matarás.
6. No fornicarás.
7. No hurtarás.
8. No levantarás falso testimonio.
9. No desearás la mujer de tu prójimo.
10. No desearás los bienes de tu prójimo.

Estos que ves son los diez Mandamientos, que están en este palacio bandidos y extrañados en este bosque, despreciados, desobedecidos y olvidados en el mundo por las gentes. En este palacio desconsolados lloran y se lamentan por el honor que en algún tiempo solían tener en el mundo, procurando que Dios fuese honrado, y los hombres consiguiesen la salvación perdurable.

3. Muy maravillado quedó Blanquerna de las palabras que había leído escritas sobre el portal del palacio; tocó a la puerta, y quiso entrar en él para ver los diez Mandamientos. Un gentil joven, que estaba a la puerta, abrió, y queriendo Blanquerna entrar, le detuvo diciendo: “que en aquel palacio nadie podía entrar que fuese desobediente a los diez Mandamientos”; respondió Blanquerna, “que él había echado de su corazón a todas las cosas del mundo, y entregado totalmente su alma al servicio de Dios, Señor y Creador de todos los bienes; y le hizo relación de toda su vida y estado, para poder entrar en aquel palacio”; pero el joven, cerrando la puerta, le dijo “que no podía dejarle entrar sin pedir primero licencia a los diez Mandamientos”. Entróse adentro, pidió licencia y dió relación del estado de Blanquerna,

ce que se alegraron algo los Mandamientos, y mandaron al joven le dejase entrar, y trajese a su presencia.

4. Entró Blanquerna, y se halló en un grande y hermoso salón, donde estaban escritos los nombres de todos aquellos que son inobedientes a los diez Mandamientos. Había en él diez sillas de oro, plata y marfil, primorosamente entalladas, y sentados en ellas con grande honorificencia los diez Mandamientos, ricamente vestidos de telas de brocado y seda, grandes barbas y luengos cabellos, cuyos semblantes indicaban ser hombres ancianos. Tenía cada uno un libro en la falda; y con llantos y gemidos cada cual se lamentaba y decía estas donosas palabras: “¡Ah, mezquino y despreciado de las gentes (dijo el primer Mandamiento), muertos son ya tus amadores, por quienes eras tu servido muy honradamente. Muchos son los hombres en este mundo que creen en ídolos, haciendo dioses extraños del sol, de la luna y las estrellas, y que amando más a sus propias personas, a sus mujeres, hijos y riquezas que a Dios, hacen dioses extraños de aquello que aman más que a Dios, que es el Soberano Bien sobre todos los bienes! ¡Oh, triste de mí! ¿En dónde están aquellos que aman a Dios sobre todas las cosas? ¿Quien es aquél que por amor de Dios quiera entregarse a la muerte y sufrir todo género de trabajos? Cuanto más recuerdo y considero la multitud de las gentes, más pocos veo ser los hombres que aman a Dios verdaderamente; y por esto crece en mi alma más fuertemente el dolor, y se multiplica mi tristeza. Recordados son los pecadores por la misericordia de Dios, quien los sustenta y provee de los bienes temporales. Pero ¿quién es aquél que se acuerda de cuán grande es la justicia de Dios? ¿Y quién el que le da las gracias que debe por los beneficios que de ella recibe?” Concluídas estas razones, púsose a leer en su libro, llorando y compadeciéndose de sí; y mientras más leía, crecía más fuertemente su tristeza y desconsuelo.

5. Sobremanera admirado quedó Blanquerna del penoso duelo y triste llanto del primer Mandamiento, y le preguntó ¿qué cosa era lo que leía en aquel libro, que le causaba tan doloroso quebranto”. “Amable hijo, respondió, en este libro va escrita

la gran gloria de la celestial bienaventuranza y la pena grande que padecerán todos aquellos que a mí son desobedientes y desleales; y están escritos aquí todos aquellos que me obedecen, y los que me son inobedientes; y siendo mayor el número de éstos que no de aquéllos, sin tener yo la menor culpa ni injusticia de que me sean así inobedientes, y aun lo son más aquellos que en este mundo reciben de Dios mayores honras; por esto toda la vez que leo en este libro, va doblándose mi desconsuelo, mi tristeza y mi dolor”.

6. Mientras así se acongojaba este Mandamiento, lamentábase también el *segundo*, y lloraba tan fuertemente, que, oyéndolo Blanquerna, se enterneció de manera con sus tiernas palabras y amargas lágrimas, que le movieron a compasión y dolor de corazón. “¡Oh, cautivo olvidado (dijo el segundo Mandamiento), jurar falsamente por Dios es gran desprecio de tu Señor, con que se hace honra a la criatura sobre el alto señorío de su Creador! Y amando más Dios una sola ánima que todas las riquezas de este mundo, el hombre perjuro ama más aquello por que jura, que a Dios y a su eterna gloria, que puede conseguir.”

7. Del mismo modo se lamentaba y lloraba el *tercer* Mandamiento, y decía: “Dios mandó a los judíos que se santificasen y guardasen el día sábado. Y el Hijo de Dios encarnado ordenó que los cristianos santificasen y guardasen el día de domingo. Y aunque los malditos judíos sean blasfemos contra Nuestro Señor Jesucristo, y estén en grandes errores, pero santifican y honran mejor que los cristianos su santo día; luego, pues, ¿quién podrá consolar a mi alma del gran defecto de los cristianos? Y aun más, ¿considerando cuánto mayores son las culpas y defectos que cometen los hombres comiendo, bebiendo, jugando y de todas maneras usando más de vanidades en los días de precepto que en lo restante de la semana? ¿Quiénes y cuántos son aquellos que me sirven y obedecen?”

8. En altas voces llorando decía también el *cuarto* Mandamiento: “Padre es Dios de todas las criaturas por gracia y creación, y Madre es de todos los hombres la justicia y misericordia de Dios. Yo soy dado Mandamiento al hombre que honre a su

padre y a su madre. Pero, ¿quién es a mí obediente en honrar a Dios como Creador y Redentor? ¿Y quién es aquél que tiene verdadera confianza en su misericordia? ¿Y quién es el que teme y ama su divina justicia?"

9. No pudo contenerse el *quinto* Mandamiento sin prorrumpir en estas vivas expresiones, diciendo: "Muerta es la caridad en aquel que mata a su prójimo. Con el pecado mata su alma el que a mí es desobediente. Y más fuertemente soy desobedecido por la muerte espiritual, que por la corporal. Más temido es por la justicia el príncipe y señor de la tierra, que el Señor del cielo. Dishonrado y ultrajado soy por todos aquellos que no me obedecen. Triste y desconsolada está mi alma, viéndoles caminar por sendas que los precipitan a tormentos perdurables del infierno".

10. Dijo también el *sexto* Mandamiento: "Yo soy Mandamiento de Dios contra la fornicación. Dado soy por Dios Nuestro Señor, para destruir y anihilar la suciedad del cuerpo y corazón humano. Teñidas son cejas y cabellos; puestos son colores en la cara y en los pechos; hechos son ricos y bordados vestidos, y puestos son olores de amizcle, algalia y otros perfumes; y todo, para que sea yo desobedecido y despreciado de las gentes. Perdido tengo yo por la lujuria el mayorazgo y señorío en aquellos a quienes soy yo enviado. Enemigo soy de la lujuria y de todos sus valedores. ¿Adónde, decidme, ha parado mi virtud? ¿Y de dónde ha venido a la lujuria tanta fuerza como tiene en aquellos a quienes soy yo enviado? Pero sepan que, si por mi enemigo, me tienen las gentes dishonrado y desconsolado, mi hermana la justicia tomará venganza de cuantos me hubiesen dishonrado y desobedecido".

11. Aquí empezó el *séptimo* Mandamiento, y llorando dijo estas palabras: "Amistad y amor hay entre mí y la caridad y justicia. El latrocinio causa cada día falsedades y engaños. Yo soy Mandamiento contra el latrocinio, para que viva entre mí y las gentes la caridad. Es verdad que la justicia castiga a los ladrones; pero no les hace obedientes a mí por la caridad, sino es por el temor de ella misma. Robados son los bienes que Dios

da a mis desobedientes, porque no lo agradecen a Dios que se los ha dado, sino que el bien que tienen se lo apropian y atribuyen a sí mismos. Y si yo por su daño sufro en este mundo pasión y dolor, también padecerán ellos en el otro perdurables penas y tormentos, por el deshonor que aquí me hacen”.

12. Con gran pena y dolor habló también el *octavo* Mandamiento, y dijo: “Falso testimonio me persigue y acomete cruelmente entre las gentes, haciendo desobedientes a todos aquellos por quienes me creía ser yo más honrado y obedecido. Falso testimonio hace de la honra de Dios aquel que ama más las honras de su orden que las de su Dios. Negar en Dios la Trinidad, y que el Hijo de Dios haya encarnado, es muy grande y falso testimonio contra el honor, bondad, grandeza, poder, sabiduría, amor y perfección de Dios. Contra mi voluntad son el multiplicar la mala fama y negar la verdad. Todos los días hago mandamiento, y todos los días soy desobedecido. Falso testimonio me ha desposeído de mi herencia, y por su causa me hallo yo en este bosque con los demás Mandamientos; porque a él sólo se dan los honores que a mí solían darme en otro tiempo. Amar a este mundo más que al otro es un falso testimonio contra la gloria, magnificencia y perfección de Dios; y por esta causa serán aquellos tales gravemente castigados por mi hermana la justicia”.

13. Multiplicóse en el mundo la envidia, y quejóse gravemente el *noveno* Mandamiento de la injuria que le hacían la envidia y la lujuria, diciendo estas palabras: “Si tú, caridad, tuvieses en este mundo tanto poder como la envidia; y si tú, justicia, castigases prontamente aquellos que envidian y codician la mujer de su prójimo, sería yo honrado y temido por aquellos que ultrajan y deshonoran mi virtud. Y teniendo la lujuria tan gran fuerza contra mí, ¿dónde está el auxilio y favor que he de tener de vosotras? ¡No os olvidéis, caridad y justicia, amigas mías, de fortificar en las gentes nobles corazones y deseos, para ser yo honrado, amado y obedecido contra la envidia y la lujuria! No me dejéis vos, obediencia amiga, ni me desamparéis por la envidia y lujuria, las cuales me hacen ser desagradables a Dios y a mí toda vez que las obedezco”.

14. Estaba ya Blanquerna en presencia del *décimo* Mandamiento, quien se compadecía tiernamente, y decía: “¡Ay, desventurado de mí! ¿Quién me ha puesto en la ira y desgracia de la esperanza y fortaleza, cuando yo por ningún tiempo he cometido contra ellas falsedad ni engaño? Por cuanto codiciar riquezas y posesiones contra su prójimo, es desesperanza y flaqueza de corazón, que no se confía ni espera en las riquezas y virtudes de Dios. Tradado se han mucho caridad, justicia y prudencia en destruir y perder a mis enemigos, y reconciliarme en aquella antigua amistad, que solía tener yo con la esperanza y fortaleza. ¡Olvidado me veo ya de mis valedores, y despreciado y deshonorado soy por mis enemigos! Estas y otras muchas razones y tier-
nas palabras decían con dolorosos llantos los diez Mandamientos, y tan vivamente lloraban, que no podía Blanquerna contener sus lágrimas.

15. Mucho tiempo lloró Blanquerna en compañía de los diez Mandamientos, y les dijo: “si habría alguna cosa en que les pudiese ayudar y valer para cumplir sus deseos y aliviar el dolor y tristeza en que se hallaban”. Respondiéronle los diez Mandamientos: *Que a su gran pena y dolor ninguna cosa podía ayudar, sino muy gran devoción y aflicción de espíritu en los grandes prelados, príncipes y religiosos, que con fervor y ánimo vigoroso castigasen a los inobedientes a nuestros mandatos.* Con esta respuesta se arrodilló Blanquerna ante los diez Mandamientos, y pidiéndoles licencia de proseguir su viaje suplicóles gracia y virtud, para que con cada uno de ellos pudiese perseverar en su santo propósito y serles obediente en su vida eremítica. Cada cual de los Mandamientos dió su bendición a Blanquerna, quien la recibió con mucho agrado y se despidió de todos para ir a buscar algún puesto proporcionado, donde pudiese vivir sus días en estado de ermitaño.

CAPITULO L

De la fe y verdad que se compadecían, y diálogo entre la fe y Blanquerna sobre la conversión de los infieles, que no conocen ni aman a Dios

DEBIERAN LOS PREDICADORES SACAR A LOS INFIELES DE SU LAMENTABLE CEGUEDAD, CONVENCIENDOLES CON RAZONES

1. De aquel gran palacio de los Mandamientos salió Blanquerna para buscar en la selva, de un lugar a otro, algún sitio acomodado y a propósito donde pudiese edificar su celda; y siendo ya hora de nona, en que había rezado ya sus horas canónicas, sentóse junto a una bella fuente, y comió allá uno de aquellos siete panes que llevó de provisión, bebió del agua de la fuente, y, habiendo hecho gracias a Dios, prosiguió su viaje. Mientras discurría por aquel bosque encontrábase tal vez con leones, ya con osos, lobos, sierpes y otras muchas fieras y terribles bestias, cuya horrible vista ocasionaba en el corazón de Blanquerna gran terror y espanto, así por considerarse solo y desamparado, como también por no tener en costumbre tan fieros y horribles objetos. Pero la esperanza y fortaleza le hicieron recuerdo del gran poder de Dios; y la caridad y justicia fortificaban su corazón, y poniéndose en devota oración daba gracias a Dios de tal compañía, por la cual se acordaba de su poder infinito, que le hacía confiar en su esperanza.

2. Yendo así Blanquerna por el bosque, oyó junto a sí una voz muy agria, extraña y dolorosa, que le causó muy grande y espantoso susto; y a pocos pasos vió atravesar de un lado del bosque a dos mujeres solas, noblemente vestidas y de bellísima y agradable presencia, una de las cuales lloraba fuertemente y se lamentaba. Salió Blanquerna al encuentro de la desconsolada, y preguntóla "qué ¿quién era, y cuál la causa de su tristeza y llanto?" Respondióle la afligida, y dijo: "Yo soy la *Fe*, que en compañía de esta señora he pasado a tierra de los moros, con el fin

de convertirles al camino de salvación. y no me han querido recibir a mí, ni aquella cuyo nombre es *Verdad*. Incrédulos son y contrarios a mí y a esta señora *Verdad*. Triste y afligida está mi alma, porque Dios no es creído, honrado, ni amado en aquellas tierras. Grande es mi dolor y piedad por la condenación de aquellas gentes ignorantes. Conviéneme llorar la gran perdición, que causa aquel error en que están, y conviéneme también lamentarme por el mérito que pierden aquellos que no van a mostrarlos a mi *hermano* y a mi *hermana*".

3. Preguntó Blanquerna a la Fe quiénes eran sus hermanos. Respondióle la Fe: "Esta señora *Verdad* es mi hermana, y el *Entendimiento* es mi hermano, a quien voy yo ahora, para que él vaya a aquellas gentes de donde yo vengo, y con razones necesarias les demuestre los catorce artículos, y aquellos primero, en los cuales son a mí descreyentes; porque llegado ha un tiempo en que no quieren ya admitir autoridades de la Sagrada Escritura y Santos Padres; y no se ven ahora milagros como se hacían en otro tiempo, por los cuales eran iluminados los ignorantes, de mi luz y de mi hermana *Verdad*. Y porque las gentes piden razones y demostraciones necesarias, voyme yo a mi hermano, el cual tiene poder suficiente por virtud de Dios de probar mis catorce Artículos".

4. Respondió Blanquerna, "que ella que es Fe, perdería en ello su mérito si el *Entendimiento* demostrase con razones los Artículos, por los cuales ella recibe iluminación en su creer contra el entender". Pero la Fe respondió: "que no era conveniente cosa que la principal razón por la cual el hombre quiere convertir los infieles, sea para que la Fe sea ocasión de mayor mérito, antes bien conviene que yo sea por la *segunda intención*, y sea la *primera* el que Dios sea amado y conocido y que el entendimiento pueda usar de su virtud, para que yo sea con él en mayor y más alto grado. Porque cuanto más alto asciende y puede ascender el entendimiento a entender los Artículos de la Fe, tanto más puedo yo subir, que soy la Fe, y subo más alto sobre el entendimiento, y creo aun aquello que no puedo entender. Y en cuanto más el hombre afirma que mi hermana la verdad no está en las razones

necesarias probadas por mi hermano el entendimiento, en tanto más es contra mí y contra mi hermana *Verdad*, que aquí está y contra mi hermano, *aunque puedan ser calumniadas por alguna fleja y aparente razón, en comparación de mí, de mi hermana y de mi hermano*".

5. A esto replicó Blanquerna, y dijo: "Mirad, Señora, que ya muchas veces han ido a los infieles hombres religiosos, y otros muchos a predicarles la santa fe romana, y no les pudieron convertir; de que se infiere no querer Dios, al parecer, su conversión por ahora; pero cuando Dios quiera, será muy fácil cosa el convertirles". Respondióle la Fe: "Si Dios aborreciera y no quisiera la conversión de las gentes, dime, ¿a qué fin habría encarnado? ¿Y por qué razón habría sufrido Pasión y muerte en la cruz y por qué honrado tan altamente a los Apóstoles y Mártires, que padecieron muerte para exaltarme a mí en este mundo? ¿Y no sabéis vos que Dios aguarda todo día verdaderos y leales amadores que vayan a El con libre y franca voluntad y de ninguna manera forzada, para que puedan merecer gloria grande, que a Dios se conviene más darla cuanto mayor? Sabed que esto es tentar a Dios, y creerse las gentes, que cuando será su voluntad se la dará a ellos de padecer martirio por su divino amor. Y si no, decidme: ¿cuál pronunciación tiene más fuerza y energía: la que con Dios manda al hombre sufrir y padecer trabajos y muerte por su amor, mientras esperan algunos simple y bestialmente que Dios lo vuelva a mandar? ¿O verdaderamente la que la cruz de Cristo ya nos representa y manifiesta a nuestros ojos, y la que ahora nos significan las palabras de Jesucristo, que dijo a San Pedro en el Evangelio, cuando repitió tres veces: *Si me amas, apacienta mis ovejas?* ¿Y cuál, dime, es mayor error contra Dios, contra mi hermano y contra mi hermana? Entended, pues, que la falta de perseverancia y continuación de las disputas contra los infieles es la razón, porque parece a las gentes que el error no puede ser vencido ni superado por nosotros con vivas razones".

6. Habiendo la Fe así reprendido fuertemente a Blanquerna, ella se tornó a su llanto, lamentándose con grandes gritos,

como solía, y encaminóse en compañía de su hermana la Verdad hacia el Entendimiento, su hermano, y siguiendo Blanquerna a los dos procuraba con todas sus fuerzas consolar a la Fe, y la decía estas palabras: "Sabio es Dios en todas cosas, y su justicia en ninguna cosa es defectuosa. Y así sabiendo Dios, señora Fe, que vos habéis hecho todo vuestro poder en convertir a los infieles a Dios, su divina justicia os tiene por escusada, y por esto os conviene consolaros en la sabiduría y justicia de Dios; y sabed que es tan grande vuestro mérito, como si en efecto hubiésedes convertido ya a los infieles, pues que tan vivamente lo deseáis". Respondió llorando la Fe, diciendo a Blanquerna: "¡Oh, triste e infelice de mí! Jamás pude yo pensar ser tan fuertemente despreciada por las gentes; y ¿quién creará que pueda yo jamás consolarme, viendo a mi Criador y a mi Luz tan ultrajado, tan ignorado, desamado y blasfemado por las gentes? Si por mis méritos y poderes me consolara, caridad y amor, ¿cómo serían en mi voluntad? Tal género de consuelo proviene por carecer de amor, devoción y piedad, que son hermanas mías, contra cuya virtud sería sin duda mi consolación". Mientras así reprendía la Fe a Blanquerna, llenóse su corazón de rubor y conciencia; y continuando así su razonamiento, llegaron los tres compañeros a aquellas cercanías, donde el entendimiento tenía su tabernáculo y real asiento.

CAPITULO LI

Del entendimiento y de las ciencias que enseña para ayudar a la Fe y a la Verdad, sus hermanas, las cuales envió por embajadoras a la devoción, para que viniese a los corazones y obras de sus discípulos, y le hiciesen honor a él, y las favoreciese a ellas contra los infieles que están en error, para que éstos salgan de él y alaben a Dios.

EN OBSEQUIO DE LA FE Y EN DEMOSTRACION DE SUS VERDADES,
DEBIERA EL HOMBRE SACRIFICAR SU VIDA

1. A la sombra de un árbol muy hermoso, cargado de flores y frutos, sobre la fresca yerba, junto a una bella y clara fuente, había una alta y magnífica silla de oro y plata, marfil y ébora, sutil y primorosamente labrada, y tachonada de ricas piedras preciosas, esmaltada en azul y otros muy elegantes colores. Ocupábala sentado un viejo y respetable anciano, con barbas canas, vestido noblemente de terciopelo carmesí, en que era significada la Pasión del Hijo de Dios. Llamábase aquel personaje *Entendimiento*, el cual dictaba a muchos escolares filosofía y teología. A este tiempo llegaron la Fe, Verdad y Blanquerna ante el Entendimiento, y saludáronle con gran respeto a él y sus discípulos, quienes los recibieron con mucho agrado y cortesía.

2. El Entendimiento quiso informarse de sus hermanas la Fe y Verdad, y preguntólas de su estado, y qué fruto habían logrado en los intentos que las habían obligado a tan largo viaje. Con gran compasión y dolor de su corazón respondió la Fe, su hermana, y refirióle cuanto les había sucedido en su misión a tierras de moros, y que allí habían encontrado a muchos hombres sabios en filosofía, los cuales no creían en sus propios dogmas de Mahoma, y no querían admitir autoridades de Santos, ni tener creencia verdadera sin inteligencia; “y por esta causa, yo y mi hermana la Verdad (dijo la Fe), venimos a vos, y os rogamos sea de vuestro agrado pasar a aquéllos y demostrarles la

verdad con razones necesarias, y les saquéis del error en que se hallan, para que Dios sea por ellos conocido y amado, y sean con esto aliviados mis tormentos”.

3. Entonces el Entendimiento se volvió a sus discípulos, y les dijo: “Llegó ya el tiempo en que se halla exaltado nuestro conocimiento, y los infieles piden razones y demostraciones necesarias, y desprecian a la creencia: hora es ya que nos pasemos a ellos y usemos de la ciencia que tenemos; porque si no usamos de ella, según debemos, para honrar aquel de quien la hemos recibido, haremos contra la conciencia y contra aquello mismo que sabemos; y así no querríamos tener el mérito y gloria que pudiéramos haber, usando de nuestro entendimiento. Muy grande es la dificultad y duda que tienen los moros sabios en su misma ley y creencia. En duda se hallan los judíos por el cautiverio en que se hallan, y desean tener seguro conocimiento de la verdad. Grande es el número de los idólatras que no tienen conocimiento alguno de Dios. Así, pues, hora es que nos vamos; y por esto deseo yo saber quiénes de vosotros quieren venir en mi compañía y de mis hermanas; y allá disputaremos con los infieles con un nuevo modo, enseñándoles el *Arte abreviado de hallar la verdad*; y cuando la hubiesen aprendido, entonces podremos fácilmente vencerles, por el mismo *Arte* y sus principios”.

4. Habiendo concluido el Entendimiento esta propuesta, los discípulos se excusaron con su maestro, diciéndole: “Temerosa cosa es, Señor, la muerte, y sostener trabajos y tormentos; y extraña cosa es padecer hambre, sed, calor y frío; dejar a su propia patria y amigos, peregrinando en tierras extrañas entre bárbaras gentes, que martirizan y quitan la vida al hombre cuando los reprende de su falsa ley y creencia”. A estas razones y respuesta, no pudo contenerse la Verdad de hablar y decir estas palabras: “Si todo esto que decís son cosas temibles, ¿cuánto más lo será el ser enemigo de Dios, de mí, de mi hermano y de mi hermana, y aun de la esperanza, caridad, justicia y fortaleza? Si mi hermano, decidme, se ha dado a vosotros, ¿dónde está el amor y honra que vosotros tenéis, y hacéis a mi hermano y a mí contra la falsedad, la cual me tiene afrentada y deshonrada

entre tantas gentes? ¿Y quién de vosotros en el día del Juicio querrá ser semejante a Jesucristo con la insignia de las vestiduras encarnadas? O si no, ¿cuál de vosotros, si muriere de muerte natural, quisiera morir para honrar a su Señor celestial?" Lloró la Verdad inconsolablemente, y tornó la Fe a lamentarse con sus graves dolores; y dijo el Entendimiento estas palabras: "¡Oh, miserable de mí! ¿Cuál es el agradecimiento que manifiestan todos aquellos a quienes yo he demostrado la verdad? Y aun más: ¡Oh, Fe y Verdad, id vosotras a la *Devoción*, vuestra hermana, y rogadla que venga a estos discípulos míos, que viven sin piedad, para que les inflame y enamore su corazón a seguirme en el viaje que vosotras tanto deseáis!". Luego se partieron la Fe, Verdad y Blanquerna en busca de la Devoción, en cuya jornada y compañía loaba Blanquerna y bendecía a Dios Nuestro Señor, dándole infinitas gracias por haberle llevado a tal lugar, donde había oído tan sabias y devotas palabras, cuales por ningún tiempo había oído decir a persona alguna.

CAPITULO LII

De la devoción y de la admiración y compadecimiento que manifestó delante de la Fe y Verdad, mensajeras del Entendimiento, quejándose de los hombres del mundo, porque no quieren haberla en su corazón y en sus obras por amor de Jesucristo, cuando ella se comunica con mucho gusto a todos los que la quieren recibir.

JAMAS FALTA DEVOCION A QUIEN LA QUIERE

I. Llegaron los tres compañeros a un cierto lugar, en donde encontraron a la Devoción, que estaba en oración bajo de un pino muy hermoso, y lloraba deseando el honor de Jesucristo y meditando su santísima muerte y cruel Pasión. Con grande respeto recibió la Devoción a la Fe y a la Verdad, y saludólas con agradable y alegre semblante; pero las dos correspondieron a la Devoción con muestras de tribulación y de tristeza; por cuyo sem-

blante la Devoción entró en recelo si su hermano habría recibido algún disgusto, y preguntólas luego de su estado. Respondiéronla las dos hermanas, refiriendo a la Devoción todo cuanto el Entendimiento, su hermano, había dicho, y que éste le rogaba muy encarecidamente que fuese, como debía ir, a sus discípulos y los enamorase y moviese a seguir en loar y honrar la Santísima Trinidad de Dios y la Encarnación de su divino Hijo, y para que Dios y sus obras tuviesen la alabanza que se merecen entre nosotros, con que seamos en el agrado de Dios Nuestro Señor, y que todos aquellos que viven ciegos en la falsedad y error, sean iluminados por la luz de la Fe, por la Verdad y por el Entendimiento.

2. “¡Cómo!, ¡qué me decís! (dijo la Devoción), los discípulos de mi hermano el Entendimiento, ¿no me tienen a mí en su corazón? ¿Cómo puede ser eso, si mi hermano les enseña la Verdad, mi hermana? Por cierto es contra naturaleza, prosiguió Devoción, que ellos tengan conocimiento de Dios y de sus obras, y no tengan caridad y devoción en Dios y en sus obras. ¡Ah, qué desventura! Esta contrariedad es originada en el hombre por su olvido de la virtud divina y de la gloria celestial y de las penas del infierno, sin acordarse de las honorables virtudes, que hoy en día son miserablemente despreciadas; y también por la demasía con que el hombre frecuentemente recuerda las vanidades del mundo, sin que la muerte les cause algún miedo ni espanto. ¡Oh, triste y miserable de mí! ¿En dónde, pues, están la esperanza, caridad, justicia, prudencia y fortaleza, para que ayuden a nosotras y a la sabiduría de mi hermano? Muy admirada quedó la Devoción, y en gran manera se afligía con la expresión de sus voces.

3. Mientras la Devoción así se maravillaba y congojaba de la ingratitud de los discípulos de su hermano el Entendimiento, que temían más en sufrir trabajos y muerte para honrar a Dios y poseer la gloria celestial, que vivir sin caridad, esperanza, fortaleza y las demás virtudes y ser condenados a las penas del infierno, la Fe y la Verdad pidieron con grandes ruegos a la Devoción se encaminase a toda prisa a aquellos discípulos del Entendimiento, pues se

tardaba demasiadamente, y era ya tiempo que los hombres devotos y científicos fuesen a predicar y enseñar a los infieles, cuyas miserables almas van corriendo a los infiernos, como las aguas del río no cesan de correr al mar. Respondió la Devoción, dijo: "Bien sabéis vosotras que el poder de las virtudes no es bastante sobre el libre albedrío de los discípulos de mi hermano; y por esto no puedo estar en ellos sin su libre voluntad, porque si pudiera, sería ya en mis operaciones contra la Verdad, Caridad y Justicia, que se convienen con el mérito de gloria o de pena por culpa. Y por esta razón conviene que vosotras os volváis a mi hermano y a sus discípulos, y deciples, que ellos pueden tenerme en su compañía y en su corazón a cualquiera hora que quieran tenerme, cuan presto quieran acordarse de mí y amarme; y decidles también que les hago presente que, para que ellos me quieran tener, está representada en la Santa Cruz la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, por quien debieran tener gran confusión y vergüenza (en vista de la injuria que se le hizo), porque no quieren resolverse en ir a honrar su honor, y tomarla por propia".

4. Habiendo la Devoción concluído estas palabras, la Fe y la Verdad se volvieron al Entendimiento llenas de desconsuelo, y Blanquerna se despidió de ellas con mucho agrado y reverencia, y se fué también a buscar su habitación por la selva, en cuya soledad y camino meditaba aquellas palabras que había dicho a Devoción, y loaba y bendecía a la caridad, sabiduría y justicia de Dios, quienes así habían encargado y obligado a los fieles cristianos por la Encarnación y Pasión del Hijo de Dios, a que no dudasen en sostener trabajos y la muerte para honrar a Dios y a sus obras.

CAPITULO LIII

De la diligencia, en que se demuestra con muchos y deliciosos ejemplos cuán grande es en los hombres para las cosas temporales y transitorias, y cuán tarda y perezosa en las espirituales y eternas.

CON NIMIEDAD SE CUIDAN LOS HOMBRES DE LO TERRENO, AL PASO
QUE SE DESCUIDAN DEL CIELO

1. Con gran solicitud y ansia buscaba Blanquerna por aquel desierto el puesto que deseaba para su habitación, y no cesaba su corazón de amar, ni su alma de recordar, ni su boca de bendecir y loar el santo nombre de Dios. A este tiempo descubrió a un hombre a caballo que venía al encuentro muy aceleradamente, y traía gran cantidad de dinero. Llegado ya el hombre a emparejar con Blanquerna, éste le saludó y preguntóle la causa por qué andaba tan apesurado. Respondióle el hombre, "que él era mayordomo de un cierto rey, quien le enviaba a una ciudad para prevenirle posada y hacer todas aquellas prevenciones y provisiones que al honor de un rey correspondían; porque allí se habían de celebrar Cortes con todos sus barones". Blanquerna quiso preguntarle otras cosas; pero el mayordomo no quiso detenerse con él por no perder tiempo, ni quiso tampoco responder a todas sus preguntas.

2. Todo aquel día anduvo Blanquerna, hasta que, siendo ya muy tarde, sacó un pan de aquellos que llevaba y comióle con algunas yerbas crudas junto a una fuente. Mientras así comía, vió Blanquerna a un escudero montado en un palafrén, que ligeramente caminaba. Venía éste de la corte romana, y pasaba a una ciudad donde habían elegido a un Obispo, que estaba ya confirmado y consagrado por el Papa; y por eso aquel escudero corría la posta a pedir las albricias al Cabildo de aquella ciudad y a los parientes del Obispo. Mientras el escudero daba de beber al palafrén en aquella fuente delante de Blanquerna, éste le pre-

guntó de dónde venía y adónde iba tan apresurado. Pero era tan grande la ansia y prisa del escudero, que apenas pudo dejarse entender de Blanquerna, ni aún dejar al palafrén que saciase su sed.

3. Habiendo comido ya Blanquerna, se hincó de rodillas y dió gracias a Dios; y estando así loando y bendiciéndole, siendo ya hora de nona, vió venir a pie a un pobre mercader derrotado, llorando y lamentándose fuertemente, y decía estas palabras: "¡Ah, cuitado, miserable y triste de tí, después que por tiempo tan dilatado ha ido trabajando en varias tierras, y sosteniendo tanta hambre, sed, calor, frío y temores para ganar lo que ahora tan desgraciadamente has perdido! Dí, cautivo y mezquino, ¿qué harás, y qué ha de ser de tu mujer y de tus hijos, habiéndote robado cuanto tenías y llevabas? Si pides justicia contra aquel que te ha robado, vivirás todo el tiempo en continuos peligros y recelos, que te quiten la vida los robadores; puesto que entre ellos y sus manos estás precisado a vivir y habitar". "Buen amigo, dijo Blanquerna, ¿adónde vais, y quién os tiene en tan gran tristeza como me representa vuestro desconsuelo?" Refirióle el mercader todo el suceso, diciéndole: "Cómo un cierto caballero, dueño de un castillo junto al lugar adonde se encaminaba, le había robado cuanto tenía, perdiendo toda su hacienda, que había adquirido con tantas miserias, fatigas y trabajos por el discurso de toda su vida; y que por esto iba a clamar a la justicia contra aquel caballero que le había robado".

4. Poco después de haberse partido de Blanquerna el desgraciado mercader, llegó otro hombre que venía también a paso muy apresurado, llevando a cuestras gran cantidad de gansos y gallinas. Preguntóle Blanquerna si le sabría decir dónde podría encontrar en aquella selva algún puesto en que pudiese habitar, y fuese en algún monte donde hubiese agua viva y alguna fruta silvestre para morar en él y vivir en vida ermitaña. Pero tan grande era la preocupación de aquel hombre por causa de un pieito que llevaba, que ya por esto y también por el ruido de la carga que traía, ni entendió, ni respondió a las palabbras de Blanquerna; y creyéndose que le preguntaba de su estado y viaje, le

respondió en esta forma: "Señor, yo voy ahí a una villa, junto a un castillo, porque llevo un pleito contra un hermano mío, pidiéndole una viña que mi padre me ha mandado en su testamento; y traigo este presente, que aquí véis, para el juez y los abogados de una y otra parte, y aun les traigo aquí unos dineros que he tomado de prestado a gran usura e interés; y por amor de Dios os pido, que si vos entendéis de pleitos, me ayudéis con vuestros consejos".

5. En gran manera se admiró Blanquerna de la eficacia y fervor con que aquel hombre deseaba ganar la viña. Y acordándose de aquellas palabras de la Fe, de la Verdad, del Entendimiento y Devoción, y de la gran diligencia que había encontrado, conocido y experimentado en todos aquellos hombres, se arrojó Blanquerna, y movido su corazón a gran devoción, llenáronse de lágrima sus ojos, y llorando, prorrumpió en estas palabras: "¡Oh voluntad extraña contra todo orden y naturaleza, en quien falta el saber y rectitud de coraje y animosidad! ¿De dónde te ha venido a ti el que hagas olvidar con tanto esfuerzo el honor y conocimiento de Dios, y no quieras dar devoción a aquellos infelices, que temen el sufrir trabajos y la muerte para honrar a Dios, y enderezar a los errantes por el camino de la salvación? ¡Ah voluntad, cuán grande es tu fatuidad, y cuán poco tu agradecimiento a tu Creador por lo mucho que por ti ha hecho! ¡Y cuán poco es el temor que tienes a los trabajos y penas infernales, en las cuales jamás podrás tú conseguir tus deseos! ¡Oh necia e ignorante voluntad! ¿En dónde es el bien merecido, por quién puede ser premiado, ni el mayordomo solícito, ni el escudero apresurado, ni el mercader afligido, ni el rústico mezquino y avariento, cuando todos juntos van siguiendo el camino de la ambición y codicia? ¡Ah miserable de ti! ¿Cómo no procuras los remedios que puedes haber en este mundo antes que te acometa la muerte? ¿Y por qué no temes el perder en esta vida lo que en la otra jamás puede ser recuperable? ¿Y por qué, dime, temes ahora en este mundo perder los deleites temporales, pudiendo después conseguir en el otro la eterna

"herencia de bienaventuranza?" Muy admirado se quedó aquel villano de las palabras de Blanquerna; pero despidióse de él, prosiguió su camino, volviendo en sus pensamientos y afanes.

CAPITULO LIV

De los agüeros y de la vanidad que en ellos hay, y cómo la razón, procediendo por sus términos, prevalece en todos tiempos. Y de la ley que Dios ha dado a los hombres de guerra.

CONTRA TODA RAZÓN NATURAL ES LA VANA OBSERVANCIA

1. Día era ya muy claro, y el sol con sus resplandores iluminaba toda aquella selva por donde Blanquerna caminaba, cuando descubrió a un caballero en una alta montaña montado en su caballo, bien guarnecido de todas armas. Era aquel caballero de profesión agorero, y había pasado a aquel puesto para levantar agüeros, que le manifestasen la verdad del suceso en un desafío que intentaba contra otro caballero, mortal enemigo suyo. Mientras aquel caballero estaba así de observación, mirando por todas partes si pasaría alguna águila, azor, halcón, o alguna otra ave, en que pudiese levantar agüero y conocer lo que desea saber, Blanquerna subió a aquel monte para preguntarle si sabría en él algún lugar a propósito y conveniente para establecer su ermita.

2. Habiendo ya arribado Blanquerna al caballero, ambos a dos se saludaron cortesanamente, y preguntándose uno al otro de su estado, recíprocamente se informaron del motivo por que habían ido a aquel paraje. Y habiendo entendido Blanquerna la causa que había obligado al caballero a subir al monte, díjole Blanquerna estas palabras: "Caballero y señor mío: noble sois y de corazón animoso, según me significa la belleza y disposición de vuestro talle, de vuestro caballo y de vuestras armas, con que manifestáis hallaros bien prevenido y armado para defenderos de cualquier otro caballero enemigo". "Decís bien, amigo mío,

respondió el caballero, que soy yo bien formado en mi persona, que estoy bien armado y que en mi corazón no sentí jamás flaqueza alguna que me inclinase a cometer por ningún tiempo maldad alguna, ni engaño; y por la gracia de Dios, mucho tiempo ha que estoy en orden de caballería, cuyas leyes he guardado inviolablemente; y por esto he creído siempre no poder ser vencido cuerpo a cuerpo por ningún otro caballero."

3. "Señor, dijo Blanquerna, todo cuanto tiene ser y existe en este mundo va encaminado por estas dos cosas, a saber: por la *ocasión* (o causa), y por la *ventura* (o casualidad). La ocasión es aquella cosa que tiene respeto y mira a las cosas por venir, según que la razón y la discreción lo conoce por la iluminación del entendimiento y de la fe. Y la ventura (o acaso) es aquella cosa que acontece sin ocasión, causa o previsión alguna. Esto supuesto, preguntóos ahora cuál de estas dos cosas es más fuerte y poderosa: ¿la *ocasión* o la *ventura*? "Buen amigo, respondió el caballero, sin duda será más fuerte la ocasión, que se conviene con la razón y con intención, que no la ventura, que se conviene con aquella cosa que sucede sin deliberación de razón, ni discreción, ni de intención." Dijo Blanquerna al caballero "que muy sabiamente había respondido, pero que sus obras eran contrarias a sus palabras, en cuanto creía y se confiaba en agüeros, porque las aves van volando por el aire por ocasión, a fin de buscar su propia comida, y su volar es por la ventura en cuanto a la rectitud tomada en su vuelo con que pasan cerca o lejos del hombre; y por esta razón aquel caballero que batalla con otro, gobernado por el valor y naturaleza de las aves, no es tan fuerte ni sabio en el arte de la guerra, como el otro que pelea por arbitrio de la razón y discreción de su entendimiento, lo cual significa el suceso de las cosas, según las circunstancias de la guerra. Y así, señor, por estas razones podéis entender, que contra vos será más fuerte vuestro enemigo, si se dirige por aquello que le enseña la razón, que lo seréis vos contra él, si os gobernáis por las operaciones que las aves hacen a ventura, sin necesidad de razón, por cuanto ésta en las aves no puede usar de su virtud, y mayormente porque esta detestable costumbre es muy desagradable a Dios

Nuestro Señor, y es contra la esperanza, caridad, fortaleza y justicia; y por esta causa os tengo y reputo por el más inútil en la guerra."

4. Mucho tiempo meditó el caballero las palabras que Blanquerna le dijo; y por los méritos de éste, y por la fuerza y naturaleza de la razón, conoció el caballero sus defectos y errores, y dijo estas palabras: "Repetidas veces me ha sucedido que la razón me demostraba cómo debía practicar algunas aventuras y ardides en las armas; pero creyendo y confiándome más en los agüeros que en mi entendimiento, dejaba aquello que me dictaba la razón, y siguiendo a los agüeros, hacía todo lo contrario al dictamen de la razón e inteligencia. Bendito y alabado sea mi Dios, que por vos me ha enviado tal conocimiento, por el cual de aquí en adelante no tendrán poder en mí hados ni agüeros."

5. "Señor, dijo Blanquerna, aún os falta saber que Dios ha establecido otra ley en la guerra distinta de la sobredicha; y consiste en que, cuando la razón dicta y enseña modo, cómo pueda el hombre devastar a su enemigo; entonces la razón debe mirar si aquello tiene concordancia con caridad, esperanza, justicia y fortaleza; porque todas estas virtudes son hermanas de la razón, y ésta no puede tener buen efecto en sus pensamientos, siempre que se contrarie a sus hermanas; y por esto conviene mucho que tengáis siempre en vuestra memoria la concordancia que hay y media entre la razón y las dichas virtudes." Estas razones de Blanquerna gustaron mucho al caballero, y éste le aseguró que él haría un examen de conciencia cual no había hecho en todo el discurso de su vida.

6. Por largo rato pensó el caballero si en la guerra había usado de caridad y de justicia y de esperanza, hasta que en su conciencia se acordó de la injuria y enemistad que tenía contra su enemigo, y de la confianza y credulidad que había puesto en agüeros; y cómo en su corazón había reinado la soberbia y vanagloria, en lugar de la virtud y la fortaleza; por donde habiendo meditado el caballero mucho tiempo todas estas y otras cosas, por las cuales había entrado en conocimiento de sus faltas, entonces bendijo y alabó a Dios Nuestro Señor, arrepintiéndose

de sus culpas; y poniéndose en servicio y obsequio de la razón y de sus hermanas, dijo a Blanquerna estas palabras: "Bendito y alabado sea mi Dios, que me ha dado fuerza con la cual he vencido a mis enemigos y a mi propio corazón. En mi vida he ganado yo batalla tan ventajosa, y para mí tan estimable como ésta. Por los enemigos que he vencido ahora en mi corazón, venceré yo también a mis enemigos en el corazón de aquel caballero, contra el cual he sido tanto tiempo mortal enemigo. ¡Ah, infeliz de mí! ¿Cuál puede ser bien ganada y bien vencida batalla, sino aquella que se vence con la caridad, justicia, paciencia, humildad y fortaleza? Pues con estas virtudes vence el hombre y triunfa de toda maldad, de toda injuria y de toda soberbia y engaño." Concluídas estas palabras, despidióse Blanquerna del noble caballero, y se encaminó a su viaje.

CAPITULO LV

De la virtud de valor (la cual es acto común, y muy compañera de las otras virtudes) y del llanto y desconsuelo en que estaba en su palacio desterrada del mundo, quejándose de los hombres en presencia de Blanquerna; y del razonamiento que éste tuvo sobre ella con el Emperador, quien propuso y prometió de ordenar su Imperio con muy buenas ordenaciones, y hacer un libro de ellas, para restituir a Valor en este mundo, y restablecerla en la posesión que había perdido.

VALOR QUE NO RESIDE EN LAS VIRTUDES, NO ES VALOR

I. Muy deseoso iba Blanquerna de hallar en aquel bosque el puesto que anhelaba para hacer penitencia, cuando a este tiempo descubrió un camino por donde venía un juglar a pie, muy pobremente vestido, cuyo gesto y semblante manifestaba su miseria y la tristeza de su corazón. Preguntóle Blanquerna cuál era la causa y motivo de su aflicción y dolor, que indicaba su semblante. "Señor, respondió el juglar, yo vengo de una Corte don-

de han hecho nuevamente caballero a un noble varón de esta comarca, en cuya Corte me creí encontrar a Valor, para que me ayudase y socorriese en mi pobre vestir, en remuneración de las reprensiones que por dilatado tiempo tengo hechas contra todos los enemigos de Valor; y por más que haya alabado a los que en este mundo mantienen valor, por ningún tiempo en aquella Corte he podido yo conseguir de él, ni de ninguno de sus amadores, premio alguno; por cuyo motivo he pensado formar un nuevo poema, para satirizar a Valor y a sus servidores."

2. "Buen amigo, respondió Blanquerna, antes de formar este poema, os conviene que sepáis primero qué cosa es valor, y quiénes sus servidores, para que vuestro dictado contenga verdad." "Señor, dijo el juglar, mucho tiempo ha que tengo yo conocimiento del valor, y le he buscado siempre por varios países, sin que jamás me haya socorrido en mi pobreza, ni por él haya podido librarme de la servidumbre y molestia de necias gentes." "Amigo, dijo Blanquerna, si valor fuese lo que vos entendéis, de ahí necesariamente convendría que él os valiese, porque si no lo hiciera no sería valor; y pudiera ser que lo que vos llamáis valor, sea desvalor, malicia y grande defecto. Y por eso, si la malicia y maldecir, ignorancia y desvalor os hacen vestir tan pobremente, se sigue muy bien, que con grande injuria y sin razón decís que Valor os ha faltado e injuriado."

3. "Señor, dijo el juglar, pues que con tanto tesón defendéis a Valor, quiero que me digáis qué cosa es valor." Respondió Blanquerna, "que valor es *valimiento de virtudes contra vicios*; y valor es *aquella cosa por la cual es la utilidad y conservación contra el engaño y defecto*. Bajo de este valor están la verdad, liberalidad, cortesía, humildad, medida, lealtad, piedad, gratitud, conocimiento y otras muchas virtudes, hijas de la fe, esperanza, caridad; justicia, prodencia, fortaleza y templanza, de las cuales es hija la de valor. Mientras le manifestaba Blanquerna qué cosa era valor; venía un caballero a pie con espada en mano y lanza al hombro, y estando ya junto a los dos, le conoció el juglar, y dijo a Blanquerna, "que aquel era el Emperador, que le reconocía muy bien, porque le había visto muchas veces." Hiciéronle

todos grande honor y reverencia, y el Emperador les saludó también con agrado.

4. El juglar preguntó al Emperador “qué casualidad le había traído allí en aquel bosque, solo y a pie”; respondió el Emperador, “que siguiendo en la caza de un jabalí, se desvió tanto, que había perdido su compañía; y que habiendo alcanzado al jabalí, éste le mató su caballo; pero en fin, él le había herido y muerto.” Habiéndoles referido el suceso, el Emperador les pidió si tendrían alguna cosa que comer, porque se hallaba muy hambriento, pues había pasado dos días sin comer ni beber cosa alguna. “Señor, dijo Blanquerna, muy cerca de aquí hay una bella fuente de gentil y cristalina agua, allí podéis beber, y comer también algunas tiernas y sabrosas yerbas que hay alrededor de la fuente.” Pero el Emperador le respondió, “que no podía beber sin comer, y que no estaba acostumbrado a yerbas, por lo cual creía sin duda morir en breve, mientras no tuviese algo que comer de aquello que tenía en costumbre.”

5. Entonces Blanquerna condujo al Emperador a la fuente, y reclinándose los tres sobre aquella fresca yerba, sacó Blanquerna tres panes que le había quedado de su provisión, y juntos comieron aquel día. A este tiempo preguntó Blanquerna al Emperador, “qué cosa le parecía entonces aprovecharle más, o el pan que comía, o todo su imperio.” A que respondió: “que en aquella ocasión, más valía y le aprovechaba aquel pan que comía, que todo su imperio.” Muy pobre de valor, pues, dijo Blanquerna, es aquel imperio, que no es tan provechoso como el pan para su señor. Y por esto tú, juglar, puedes conocer qué cosa es valor; pues *todo valor consiste en tres cosas*. La *primera*, en las cosas terrenales que valen para sustentar y mantener el cuerpo. La *segunda*, en ganar virtudes y mérito. La *tercera*, en cuanto todas las cosas son buenas, si Dios, con ellas y por ellas, es conocido, amado y servido, y quiere usar de su poder en sus criaturas.”

6. El Emperador preguntó entonces a los dos “con qué motivo habían entrado en hablar de valor.” Respondió el juglar, refiriéndole “cómo habiéndose encontrado por el camino, disputaban de valor, a tiempo que S. M. había llegado a ellos.” Entró

después Blanquerna y dijo así: "Señor, en muy nobles y heroicas acciones habéis manifestado muchas veces ser amigo de Valor; pero si vos en algún tiempo hubiéseis hecho alguna maldad y engaño contra Valor, no os podrá él ahora ayudar en este bosque, donde vuestro poder es tan pobre y limitado como el de cualquiera de nosotros. Y si en vuestro ánimo hay noble y valeroso coraje, que concuerda con el Valor y las virtudes antedichas, de las cuales es hija la virtud de Valor, ésta os podrá ayudar en este bosque, para que tengáis paciencia y humildad, y os consoléis con la esperanza en Dios, que os puede ayudar en este y cualquier otro lugar."

7. Muy grande conferencia tuvieron los tres sobre la virtud de Valor, y anduvieron juntos tanto tiempo, hasta que llegaron a un hermoso prado rodeado de vistosos árboles, en medio del cual había un palacio construido de mármol fino y cerrado de fuerte muralla, sobre cuyo portal estaban escritas las palabras siguientes: "Este es el palacio de la Señora Valor, adonde no puede ni debe entrar hombre alguno que sea enemigo y perseguidor de Valor. En este palacio está la virtud de Valor, que está bandida y desterrada del mundo y de sus amadores; porque aman a Desvalor. Aquí llora Valor y se lamenta todos los días por sus daños; y deseando recobrar su honor, espera que sus valedores le restituyan en el mundo, para que el honor y valor de Dios sean multiplicados por todas las tierras y las gentes. Desconsolada está la virtud de Valor, y multiplicado el Desvalor y la malicia. En la deshonra de Valor sienten daño los hombres todos. Si el Desvalor fuese Valor, sería mayor de lo que es en el mundo el honor de Dios. Perennemente espera Valor a quien le ame de corazón, y recuerde con frecuencia, y deseando su honor, se compadezca de sus daños."

8. Muy maravillados quedaron los tres de las palabras que habían leído sobre el portal de aquel palacio, y de lo que significaban; y queriendo entrar en él, tocaron a la puerta, y asomándose a la ventana una noble y gentil doncella, les preguntó a los tres qué querían, y cuál era su calidad y estado. Cada uno de ellos dijo su nombre y condición a la doncella, pidiéndola les de-

jase entrar en aquel palacio para ver a la Señora de Valor. Dió parte la doncella a Valor: de las condiciones y nombres de los sujetos, pidiéndola licencia para dejarlos entrar a verla; pero Valor no quiso dejar entrar al Emperador ni al juglar, porque eran sus enemigos, y eran de aquellos que la perseguían en el mundo, y la tenían desterrada en aquel bosque. Y porque Blanquerna solo era servidor suyo, le dió licencia, que entrase él solamente, y mandó que se le hiciese un honrado recibimiento y hospedaje.

9. Entró Blanquerna solo en el palacio, donde vió a la virtud de Valor, que decía estas palabras: "Creada soy yo Valor para significar y demostrar el valor de mi Creador y Señor. Dios hace valer los cielos y las estrellas, los cuatro elementos, los metales, plantas, bestias, las aves y los peces, para que el hombre tenga valor sobre todas estas cosas; y porque el hombre no quiere tenerle, vale menos que todas estas cosas, y cualquier otra criatura en cuanto ama y quiere a Desvalor, pensando que sea Valor. Muchos son los hombres en el mundo que poseen honores y riquezas mundanas, en las cuales hay desvalor. Pobres y despreciados son en el mundo los amigos de Valor. Muchos son los libros en el mundo, donde se encuentra la descripción del Valor, y muchos son los libros en que está escrita la verdad de la Encarnación del Hijo de Dios y de su muerte santísima, por la cual fué hecha la Recreación. Pero muy poco valen los libros para los infieles por la falta que tienen de directores. Muchos son los que poseen bienes de la santa Madre Iglesia, para que puedan ensalzar a Valor; pero ¿quién es el que quiere exaltar al valor y honor de la santa Madre Iglesia contra el deshonor, infidelidad y error? Muchos son los hombres que quieren y desean que Dios haya valor, para que ellos tengan honor; pero pocos son los hombres que aman a Valor, para que Dios haya honor. Si jamás he hecho a nadie injuria, ¿por qué razón se me hace a mí deshonor? Y si Desvalor jamás hizo justicia, ni premió a ninguno, ¿por qué razón se ha de llevar el honor?" Con estas tiernas y semejantes expresiones desahogaba su triste y afligido corazón, y vertía por sus ojos amargas lágrimas, y se lamentaba de sus daños.

10. Hasta el día siguiente por la mañana estuvo Blanquerna en el palacio de la Señora de Valor, en cuyo tiempo se ocupó en consolarla, y dándole buenas esperanzas, la decía: "Fuerte es Dios sobre todos los poderes, y su sabiduría no tiene defecto alguno. Todo el mundo es obra y criatura suya; por esto conviene que venga a su cumplimiento y perfección, a lo cual no pudiera llegar, sin que el Desvalor viniese en descaecimiento, y subiese Valor a su exaltación y pujanza, recuperando su honor. La misericordia de Dios no olvida a los pecadores, y la justicia de Dios no tiene amistad con los enemigos de Valor." Estas y otras muchas razones consolatorias decía Blanquerna a Valor con amorosas lágrimas, y así con llanto y devoción se despidió de Valor, a quien rindió su corazón para todo el tiempo de su vida, y Valor le aceptó en su comanda y guarda.

11. Salió Blanquerna del palacio, y volviendo a su viaje, refirió al Emperador y al juglar el llanto y desconsuelo en que había encontrado a Valor, dándoles cuenta de cuanto había dicho, y de las quejas que tenía contra sus enemigos. El Emperador y el juglar consideraron mucho las palabras que Blanquerna les dijo de Valor, y a cada uno de ellos les remordía la conciencia por las faltas que habían cometido muchas veces contra Valor. Y habiendo el Emperador considerado muy bien sus defectos, quiso saber y preguntó a Blanquerna de su vida, y éste se la refirió toda con puntualidad, y también el estado y vida de sus padres Evast y Aloma, y que él iba a hacer vida eremítica, para contemplar y tener en su corazón a Dios y su honor solamente, y huir del mundo enemigo de Valor.

12. Entonces la humildad de Dios Nuestro Señor movió su divina piedad y paciencia al perdón, para acordarse del Emperador, quien por la misericordia de Dios contribió en su alma verdadera contrición y arrepentimiento de sus pecados, diciendo estas palabras: "¡Oh necio y culpable! ¿Por qué persigues a Valor, persiguiendo las bestias fieras con gran peligro y riesgo de tu vida? ¿Y el tiempo más precioso de ella has gastado en lo que es Desvalor, creyéndote que era Valor? Y puesto que a gran culpa correspondé satisfacción grande, y a gran desorden gran-

"de ordenación; por esto, aquí en este puesto, y en presencia de Blanquerna, prometo y voto que de aquí en adelante mi persona y mi imperio nos hemos de poner en servicio de Valor, para que esta virtud recobre en mí y en los otros la posesión que de mucho tiempo había perdido; y por esto conviene, y es razón, de que yo establezca una ordenación en mí y en todo mi imperio para honrar a Valor, y que por mi ejemplo le sea restituído el honor, y vuelva a habitar en nosotros sin tristeza y con toda alegría."

13. Con esta conversación iban los tres compañeros por un camino que desviaba mucho a Blanquerna del destino que llevaba en su viaje; por cuyo motivo dijo éste al Emperador "que a él le convenía volverse a aquellos parajes, en que buscaba poner su ermita", y hallándose a la sazón bajo un hermoso árbol, pidió Blanquerna licencia al Emperador, y con mucha urbanidad y cortesía se despidió de él y del juglar, y correspondiendo el Emperador, dijo a Blanquerna estas palabras: "Bendita sea aquella hora en que os encontré en este bosque; muy sensible y dolorosa es para mí la separación de vuestra agradable presencia. Veo que me conviene ordenar mi casa y la de la Emperatriz, mi esposa, y quiero también poner en orden a todo mi imperio, valiéndome de aquellos hombres que son amantes de Valor, para que de este modo pueda cumplirle lo que le tengo prometido. A este intento quiero formar un libro de aquella ordenación, y por este juglar y otros muchos le distribuiré por todo el mundo, para que manifiesten y demuestren qué cosa es Valor en las Cortes de los grandes Príncipes y señores, donde esta virtud es blasfemada y despreciada, y que reprendan a Desvalor, y le destierren de todo lugar, donde es amado y honrado. Mandaré también que estos juglares no tomen salario ni gaje alguno de otra persona que de la mía y de mi Real Erario, para que de este modo puedan ser más fieles loadores de Valor. Y finalmente, en habiendo educado a mis hijos, quiero dejar a mi imperio, y en vuestra compañía y ermita servir a Dios y a Valor toda mi vida, para que pueda poseerles por siempre mi corazón. Ruégoo, amigo me encomendéis muy de veras a Dios que me perdone mis pecados, pues me confío mucho en vuestras oraciones."

CAPITULO LVI

De la consolación, y del nuevo modo que usó Blanquerna para consolar al pastor de la muerte de su hijo, y del loor y bendición que el pastor dió a Dios por el consuelo que recibió de Blanquerna, y modo para consolar a su mujer en el duelo que tendría.

LA PERFECTA RESIGNACIÓN EN DIOS ES EL ÚNICO CONSUELO EN
SUCECOS DESASTRADOS

1. A las cercanías de aquella comarca por donde Blanquerna caminaba a su destino, estaba un pastor que guardaba una grande grey, el cual tenía un hijo de edad de siete años, que amaba mucho, y por el grande amor que le tenía quiso un día llevarlo consigo a la montaña. Sucedió, pues, que estando los dos con el ganado, el pastor se durmió, como acostumbraba; y el muchacho se desvió del puesto donde su padre dormía, y un lobo que venía a embestir al ganado, encontró con el chico, que estaba por allí divertido, e hizo presa de él, y se lo llevó. Con los gritos y clamores que daba el chico, despertó el pastor, y viendo que el lobo se llevaba a su hijo, le echó los perros, y siguió al lobo con toda presteza; pero fué en vano, porque antes que los mastines le hubiesen alcanzado, ya el lobo había muerto al chico y comídole las tripas y las entrañas. Cuando llegó el pastor y vió muerto y despedazado a su hijo, fué extraordinario su desconsuelo, y con grandes llantos dijo estas palabras:

2. "¡ Ah, miserable y triste de mí! ¡ Perdido has lo que más amabas en este mundo! ¡ Muerto yace aquí tu hijo, siendo tú la causa y ocasión de su muerte, pues contra la voluntad de su madre lo trajiste tú a este bosque; en pena y tristezas has puesto tú a la pobre madre por todos los días de su vida! ¡ Sobre todo dolor debes lamentarte, y sobre todo llanto debes tú de llorar! ¡ Afligete, pues, y desconsuélate tanto, que en ti jamás pueda entrar gozo ni consuelo alguno! ¿ Cómo has de tener aliento, triste y culpable de ti, de ponerte delante de tu mujer? ¿ Qué cuenta le

derás tú de su hijo tan amado y gracioso?" Mientras así se lamentaba, no cesaba el afligido pastor de abrazar y besar a su hijo, y decíale también: "¡Ah, hijo mío! ¿Dónde está aquella hermosura de tu semblante, que me representaba tu gracioso gesto? Y ¿dónde está ahora el gran gozo y placer que sentía mi corazón en tu amada vista? ¡Ah, hijo! Muerto eres, y tu muerte me hace a mí desear morir. ¿Quién consolará a mi corazón en adelante, pues no tenía otra cosa que a ti solo en este mundo, ni otra cosa tenía en mi corazón que a ti solo? Vivo soy, y no quiero vivir, sino morir. Con congoja y dolor grande estoy, porque no me siento morir. Mi vida, hijo mío, es muerta en tu muerte; no espero ya consuelo alguno, ni que se me perdone la culpa y pecado que yo tengo en tu muerte."

3. Tan grandes y excesivos eran los gritos y el llanto del pastor, y los alaridos de los perros que batallaban con el lobo, que Blanquerna, admirado de la vocería, atajó su camino a aquel ruido, para ver qué cosa era; y habiendo llegado al puesto, viendo aquella tragedia, y al pastor tan afligido, llorando y lamentándose y abrazando a su hijo, quiso Blanquerna consolarle; y empezó a decirle algunas palabras de consuelo; pero era tan grande la congoja y el dolor que le tenía oprimido, que no le daba muestras de que le viese, ni oyese sus voces. Viendo a este tiempo Blanquerna al lobo que peleaba con los mastines, y que había muerto ya a uno de ellos, y tenía ya al otro por el suelo, pensó de ayudar a éste y matar al lobo para ver sin con la muerte del lobo pudiese de algún modo consolar al pastor. A este fin tomó Blanquerna una porra que el pastor llevaba, y movido de gran piedad por la muerte del niño, saltó con gran presteza contra el lobo, quien queriendo escaparse, fué detenido por el mastín, hasta que pudo llegar a él, y le mató de un porrazo; y volviéndose Blanquerna al pastor, le dijo: "Muerto tenéis ya a vuestro enemigo, por cuya razón conviene que vuestra tristeza y pena se convierta en consuelo."

4. Muy buenas y devotas palabras y razones de gran consuelo dijo Blanquerna al pastor; pero éste, por más que le dijese, no quiso responderle ni dejar su llanto y duelo que hacía con to-

das sus fuerzas, de que se admiró mucho Blanquerna, y se movió a gran compasión y piedad; y pensó que por la sobrada ira y tristeza había perdido el pobre pastor la memoria, y no tenía conocimiento de sí mismo, ni de sus palabras. Y por esto, a fin de restituirle a su propio conocimiento, con el cual pudiese inducirle a algún consuelo, empezó Blanquerna a hablarle *con un nuevo modo de consolación formado según la razón natural*, y dijo al pastor estas palabras: “¡Oh necio desventurado! Tú que has sido la ocasión y causa de la muerte de tu hijo, ¿cómo no lloras y te lamentas mucho más por el daño que has recibido? Grande es tu desconocimiento, pues tan fácilmente te has consolado de aquel que amabas tanto. Muerto es tu hijo, y el lobo ha muerto también a tu mujer y a tus perros” El pastor, que amaba mucho a su mujer, pensó que Blanquerna le decía la verdad, y que él no lloraba, ni se dolía, ni lamentaba con el modo que había emprendido, y por esto dijo a Blanquerna: “¿Es verdad que mi mujer es muerta? ¿Y lo que hago ahora es llorar o consolarme?” Respondióle Blanquerna: “Vete, y verás cómo el lobo ha muerto a tu mujer.” Fuéronse los dos al puesto donde estaba muerto y tendido el lobo, y Blanquerna dijo al pastor: “Ve aquí, ésta es tu mujer.” Se quedó el pastor absorto de las palabras de Blanquerna, con que creyó haber perdido el juicio, o que el lobo era su mujer.

5. Viendo Blanquerna que la memoria del pastor empezaba a recobrase, restituyéndose a su naturaleza y acción, y su entendimiento empezaba a entender, hizo volver al pastor al lugar mismo donde estaba el difunto muchacho, y tomándole Blanquerna en sus brazos, empezó con grandes llantos y lamentos a besarle y abrazarle, de lo cual se admiró mucho el pastor; y cuanto más se maravillaba por el llanto de Blanquerna, tanto más iba recobrando la inteligencia que había perdido. Cuando, en fin, el pastor hubo totalmente recobrado su entendimiento, y su memoria se puso en su primer estado, se volvió al puesto donde estaba tendido el lobo, y se alegró en gran manera cuando conoció que el lobo no era su mujer, por cuyo gozo refrenó y disminuyó en gran parte su dolor y tristeza; y volviéndose a Blanquerna y vién-

dole aún con su hijo en los brazos, llorando y lamentándose, le dijo el pastor: "Señor, ¿por qué lloráis vos tanto por mi hijo? Dádmelo a mí, y dejadme volver a mi llanto y dolor, como de antes." "Costumbre es de mi tierra, le respondió Blanquerna, que el hombre ayude a llorar y sentir el daño y la pérdida del otro; y por eso yo os quiero también ayudar y acompañar en vuestro llanto y pena, para que sea grande el llanto y duelo que vos tenéis por la muerte de vuestro amado hijo, teniendo vos tanta razón de mucho llorar y gemir. Y si vos quisiérais seguir la costumbre de mi país, yo os mostraré arte y modo con que lloréis mucho más la muerte de vuestro hijo, pues vos de ella sois muy culpable." "Señor, dijo el pastor, vuestras palabras son para mí de mucho agrado y consuelo, y por esto os ruego me digáis el modo y costumbre que tenéis en vuestra tierra, con el cual pueda yo llorar mucho y lamentarme por mi hijo, mientras la muerte me mantenga en vida, y más fuertemente sea yo en ello atormentado."

6. Respondió Blanquerna al pastor: "Antes que vos sepáis el arte y modo con que podáis tener grande llanto y duelo, conviene que tengáis conocimiento, qué cosa es caridad, justicia y fortaleza; y conviene también que vos me digáis la verdad de lo que yo os preguntare." "Señor, dijo el pastor, cuanto me dijerais aprenderé, y cuanto yo supiese os diré en verdad, con que vos me enseñéis el modo y arte con el cual pueda yo tener tanta tristeza y dolor, que pueda la muerte quitarme la vida en el desconsuelo que debo tener de la muerte de mi hijo." "Pues decid la verdad, le preguntó Blanquerna al pastor, ¿cuál de los dos habéis amado más en este mundo hasta ahora, a Dios o a vuestro hijo?" Respondióle el pastor, "que más había amado a su hijo que a Dios." "Gran falta de caridad, dijo Blanquerna, hay en el hombre que ama más a cualquiera otra cosa que a Dios; y pues justicia es aquella virtud que castiga a todos aquellos que no aman más a Dios que a cualquiera otra cosa, y vos habéis tenido más amor a vuestro hijo que a Dios, por esto la divina justicia os ha castigado, y ha quitado la vida a vuestro hijo; y la sabiduría de Dios quiere en vos que de aquí en adelante El sea

amado sobre todas las cosas del mundo, para que de este modo haya en vos prudencia, por la cual tengáis fortaleza contra la ira en que estáis, y mortifiquéis vuestro corazón, teniendo esperanza que veréis a vuestro hijo, que ahora está gozando de la gloria de Dios; y por eso en adelante no mortifiquéis ni dañéis más a vuestro cuerpo, sino que esperéis ver a vuestro hijo en la gloria del Paraíso."

7. El pastor comenzó a acordar y entender las palabras que Blanquerna le decía; y cuanto más pensaba y meditaba en ellas, tanto más se sentía aliviado de su tristeza y dolor; y porque creía que su dolor debía multiplicarse, por esto se maravilló mucho, y dijo a Blanquerna: "Cuanto más recuerdo vuestras palabras, menos tristeza siento en mí; antes bien, por ellas me siento más consolado; pues ¿dónde es, señor, la tristeza que vos queréis multiplicar en mí con vuestras palabras?" Respondió Blanquerna, y preguntó al pastor: "Decidme la verdad, ¿cuál de estas dos cosas amabáis más antes de la muerte de vuestro hijo, el gozo o la tristeza?" Respondió el pastor que el gozo. Entonces díjole Blanquerna: "Pues si ahora que vuestro hijo ha muerto amáis más a la tristeza que al gozo, ¿luego la muerte es dadora de gozo y de tristeza, conforme vos tanto la amáis! De donde, como la muerte haya sido para vos tan dañosa, no debéis permitirle tanto dominio y señorío que os haga desear más la tristeza que la paciencia y alegría; antes bien, conviene que ahora, que vuestro hijo ha muerto, seáis mucho más contrario a la muerte que cuando vuestro hijo vivía."

8. El pastor dijo a Blanquerna: "Pues, señor, ¿cómo podré ser yo contrario a la muerte que ha muerto a mi hijo, y no quiere matarme a mí?" "Con paciencia y consolación, respondió Blanquerna, teniendo gozo y complacencia de todo aquello que ordena la justicia de Dios, y teniendo alegría en vuestro corazón, en quien está la fortaleza y contra la tristeza, y teniendo gozo de tener prudencia y utilidad de lo mismo en que recibís daño en las cosas terrenas, por cuyo gozo el hombre se contraría con la muerte corporal y espiritual, y tiene concordancia con la vida celestial, que ha de durar eternamente." Muy largo sería de contar

todo lo que Blanquerna dijo al pastor para poderle consolar; y por el arte y método que usó, consiguió el intento, y le sacó de la gran tristeza en que se hallaba, poniéndole en estado de consolación y gozo, como lo manifestó el pastor con las siguientes razones:

9. "Alegrado se ha mi alma en esto, que de aquí en adelante quiere y desea tener conocimiento de su Creador, y poseer las virtudes que no tenía en uso ni costumbre. Salido ha mi hijo del gran peligro en que estaba en este mundo, subiendo a gozar de su Señor y Creador en su eterna gloria. Sea mi voluntad en todos tiempos rendido y resignada a la voluntad de Dios, y mi querer en obedecer a mi Dios y Señor, y a su infinito querer." Y acabando estas palabras y otras muchas, el pastor tomó a su difunto hijo, y besándole, se lo cargó a cuestras, y bendiciendo y alabando a Dios, dijo "que mucho mayor era el mérito y provecho que había logrado por la muerte de su hijo, usando de las virtudes referidas, que el daño que había recibido." Y finalmente, se despidieron ambos a dos con recíproco agrado, y el pastor se quedó muy consolado y pacífico por las palabras de Blanquerna, y prometió usar de paciencia todo el tiempo de su vida. Pero quedaba en gran cuidado cómo podría consolar a su mujer de la amuerte de su hijo, a quien amaba sobre todas las cosas.

10. Blanquerna dió modo y regla al pastor como pudiese consolar a su mujer, siguiendo el método con que le había consolado a él, y le dijo "que cuando daría cuenta a su mujer de la muerte de su hijo, que al mismo tiempo la diese noticia de la muerte de un hermano de ella, al cual también amaba mucho; y que cuando ella estuviera en su llanto y duelo, que su hermano viniese a consolarla; y viéndole vivo, ella se consolaría y alegraría de su vida, del mismo modo que se alegró el pastor cuando entendió y conoció que el lobo muerto no era su mujer.

CAPITULO LVII

De la virtud de la fortaleza y de los grandes efectos que causa junto con la caridad, prudencia y las demás virtudes contra la maldad, engaño y demás vicios, con dos bellos ejemplos.

TODO RINDE VASALLAJE A LA FORTALEZA DE ESPÍRITU

1. En aquella selva por donde iba divagando Blanquerna, había un fuerte castillo, del cual era señor y dueño un esforzado caballero, el cual era tan arrogante y soberbio, así por lo incontrastable del castillo, como por su gran pericia y destreza en las armas y valentía de su persona, que por eso hacía muchas injurias y violencias a los que vivían en su vecindad y cercanías. Aconteció un día que este caballero, bien guarnecido y montado en su caballo, por sí solo temerariamente asaltó otro castillo que poseía una señora viuda, la cual tenía una hija de extremada belleza; y teniendo la fortuna de encontrar fuera de la puerta del castillo a la doncella, que se paseaba con otras doncellas, robó aquélla, y poniéndola sobre el cuello del caballo con violencia y forzadamente con su voluntad y de las otras compañeras, se la llevó, y entróse por aquel gran bosque. Mucho fué el alboroto y grande la vocería que levantaron los del castillo, corriendo precipitados al alcance de aquel temerario caballero, para quitarle de su poder a la doncella, que con grandes gritos y llantos se lamentaba, a cuyo tiempo pudo llegar a sus alcances un escudero de la comitiva, y se puso a combatir con el caballero; pero éste le hirió tan fuertemente, que lo derribó al suelo, le mató el caballo y se escapó con la doncella hacia su castillo.

2. La casualidad llevó a Blanquerna, que iba de una parte a la otra del bosque, a encontrarse con el caballero y la doncella; viéndole ésta, con llantos y gemidos imponderables le pidió socorro y ayuda. Pero Blanquerna, considerando que la flaqueza de sus fuerzas corporales no era bastante para competir con la valentía y poder del caballero, resolvió de ayudar a la doncella

con la virtud de la fortaleza y caridad, que son las fuerzas espirituales del alma, y habló al caballero con este ejemplo.

3. Cuéntase que en cierta ocasión, un hombre muy sabio en filosofía y teología y otras ciencias, tuvo devoción de ir a predicar a los moros la verdad de la santa fe católica, para destruir su error, y que el nombre de Dios fuese adorado y alabado entre ellos, así como lo es entre nosotros. Este santo varón lo puso en ejecución y predicaba y enseñaba la verdad de nuestra santa fe, y en cuanto podía destruía la maldita secta de Mahoma. Divulgóse por toda aquella tierra todo lo que hacía y predicaba; por cuya causa el Rey moro hizo mandato a aquel santo hombre cristiano, que saliese desterrado de todo su reino, apercibiéndole que de lo contrario sería condenado a muerte. No quiso el santo hombre obedecer al mandamiento corporal del Rey moro, porque la caridad y fortaleza tenían apoderado su corazón, y le hacían despreciar la muerte corporal.

4. Sabiendo el Rey su desprecio, se indignó en gran manera contra aquél, y haciéndole venir a su presencia, le dijo estas palabras: "Necio y fatuo cristiano, que has despreciado mi mandamiento y la fuerza de mi señorío, ¿no ves que en mí hay tanto poder, que le tengo para quitarte la vida o hacerte penar con variedad de tormentos? ¿Adónde está tu poder, con el cual has despreciado mi fuerza, autoridad y mandamiento?" "Señor, respondió el santo hombre cristiano, verdad es que vuestro poder corporal puede vencer y superar el poder de mi cuerpo; pero la fortaleza de mi corazón no puede ser vencida por la fuerza que vos tenéis, ni por la de todos los hombres de vuestro reino; porque la fuerza del corazón, ama tan fuertemente la fortaleza que hay en él, que me hace despreciar la fuerza corporal de vuestro mandamiento que vos tenéis en vuestra persona y en todo vuestro reino; por lo cual, la fuerza y caridad de mi corazón están prontas a combatir contra todos los poderes de vuestra alma, y de todas las almas que son en todo vuestro reino y señorío."

5. Admiróse mucho el Rey de la respuesta del cristiano, y quiso saber qué cosa era aquella gran fortaleza de su corazón, que de tal manera desafiaba a todas las fuerzas y caridad de

las almas que había en su tierra.” “Señor, respondió el cristiano, tan grande es la Encarnación del Hijo de Dios y la Pasión que sufrió por nosotros, y tan fuerte cosa es la verdad contra la falsedad, que por esto estoy yo con tan grande caridad y con tanta fortaleza de corazón, que ni vos ni todos los hombres de vuestro reino no pudieran contrastar mi fortaleza, porque todos vosotros estáis en error, y no tenéis fe ni devoción en la Encarnación, ni en la Pasión de mi Señor Jesucristo.”

6. Muy airado se puso el Rey moro contra el cristiano, y mandó que se juntasen a su presencia todos los más sabios y doctos de su tierra, y todos aquellos que tuviesen mayor caridad, para que venciesen la gran fortaleza y caridad del corazón de aquel cristiano, y diesen a su cuerpo cruel muerte. Juntáronse todos contra el cristiano; pero éste les venció a todos y superó con la fuerza espiritual y con la caridad; y dijo también al Rey, “que él haría injuria al cuerpo si le separaba del alma, que tiene mayor virtud en fortaleza y caridad, que no tenía él, ni todas las almas de todos los moros de su reino; y que también haría injuria a su alma si no la premiaba por sus méritos”.

7. Cuando Blanquerna hubo referido al caballero este suceso y ejemplo, le hizo esta pregunta: “Señor, dijo Blanquerna, ¿cuál os parece más fuerte y noble en sí, la fuerza del corazón del cristiano, que superó y venció los corazones y fuerzas de tantos hombres, o aquella fuerza corporal que el Rey moro tenía mayor que el cristiano?” Respondió el caballero, “que sin duda la fortaleza del corazón es la mayor y más noble cosa que pueda haber en el hombre”. “Pues, señor, dijo Blanquerna, en cuanto mayor y más noble es la fuerza, en tanto debe ser más amada por la caridad; y vos bien conocéis que la fuerza corporal en mí, ni la doncella que lleváis, no es tan grande que pueda contrastar la fuerza de vuestro caballo, de vuestras armas y vuestra persona; y por esto mirad muy bien en dónde hay más fuerza, ¿en vuestro corazón, o en vuestro caballo, armas y persona? Y si en vuestro corazón hay más fuerza contra injuria, maldad y lujuria, que en vuestro caballo, armas y persona, es cierto que vos volveréis la doncella, que lleváis contra su voluntad, al mismo lugar de donde la habéis

robado, y no inclinaréis vuestro corazón a maldad ni defecto alguno; porque así como Dios ha dado fuerza a vuestro cuerpo, del mismo modo, por virtud de Dios, tendréis fortaleza y noble corazón, con el cual tendréis caridad a toda buena operación en que haya lealtad, cortesía, crianza y humildad”.

8. Consideró mucho el caballero las palabras que decía Blanquerna, y no quiso que mala crianza, descortesía ni vileza fuesen por él en tanto exaltadas, que le venciesen ni dominasen su corazón con el cual él había vencido y superado varias veces a muchos caballeros en combates y torneos, y por esto dijo a Blanquerna estas palabras: “Jamás fuí yo vencido ni superado por hombre alguno; pero si no obedeciera yo a vuestras palabras, mala crianza, vileza y villanía vencerían a mi corazón, que para mí es muy amable, pues por su valentía he sido siempre sobrado a mis enemigos, y ahora ya por vuestras palabras va venciendo en mí el poder a la maldad y villanía que solían estar en mí; y por esto, aquí tenéis a la doncella; ruegoos que vos mismo la volváis al castillo, de donde yo la he robado a su madre, porque yo no pudiera volver allá con seguridad, aunque le volviese la doncella, por haber malherido a un escudero del castillo”; y con esto Blanquerna y la doncella se partieron, despidiéndose con mucho agrado del caballero.

CAPITULO LVIII

De la tentación, y del modo como el hombre, cualquiera que sea, puede huir y escaparse de ella a imitación de Blanquerna.

MEDIOS EFICACES PARA EVADIR LAS TENTACIONES DE LA CARNE

I. Muy disgustado quedó Blanquerna por la precisión de torcer su camino para acompañar aquella doncella que el caballero le había encomendado; pero la caridad y fortaleza le obligaron a encaminarse con la doncella hacia su castillo, en cuyo tiempo se sintió Blanquerna tentado en su corazón del deleite carnal, así

por la hermosura y gentileza de la doncella, como por la soledad en que se hallaba en aquel bosque. Pero apenas sintió Blanquerna la tentación, cuando prontamente se acordó de la medicina con la cual mortifica el hombre toda tentación, a saber: el acordarse de Dios, de la Pasión de su Hijo, de la gloria celestial y de las penas infernales. Y púsose en oración, pidiendo socorro y ayuda a las siete virtudes que iban en su compañía, teniendo también en memoria la vileza y suciedad que hay en la obra de lujuria, y deseó tener aquella noble obra que tienen las virtudes, cuando unas a otras se ayudan mutuamente contra los vicios, y purifican de ellos al alma.

2. Repetidas veces tuvo Blanquerna en el camino la tentación de lujuria; pero, según queda dicho, aplicaba luego todo su entendimiento a la oración, y de este modo mortificaba la tentación del espíritu maligno. Por sugestión del demonio entró semejantemente la doncella en la misma tentación de pecar con Blanquerna; y porque ella no tenía el arte y modo que aquél contra la tentación, le dijo la doncella estas palabras: "Señor, en vuestro poder estoy, vuestras palabras me han librado de las manos de aquel caballero, por lo cual no os puedo dar otra paga, ni puedo hacer otra cosa por vos, sino que os podéis servir de mi persona a vuestro beneplácito".

3. Con estas palabras de la doncella sintió Blanquerna multiplicarse en sí la tentación, y tornó a acordarse de Dios y de las virtudes, como había acostumbrado. Mientras Blanquerna consideraba así la virtud de la fortaleza y nobleza de coraje, por luz de gracia y por inspiración de la divina Sabiduría, recordó y entendió cómo Dios desamparaba algunas veces a muchos pecadores, para que sean ocasión a los hombres justos, que no yerran, sino que puedan multiplicar sus virtudes. Y por esto entendió Blanquerna que la gracia de Dios había desamparado a la doncella, para que él tuviese mayor ocasión de ser más fuerte contra la tentación de lujuria, y por la mayor fortaleza tuviese mayor mérito. Y por esta causa Blanquerna prontamente se postró por tierra y bendijo y alabó a Dios, quien le daba tantos modos por donde pudiese exaltar sus virtudes; y estando así

adorando y bendiciendo a Dios, por la divina virtud fué inspirada la voluntad de Blanquerna, cómo instruyese y adoctrinase a la doncella contra la tentación, siempre que fuese tentada por la lujuria o cualquier otro pecado.

4. “Doncella, díjola Blanquerna, es naturaleza del entendimiento que haga amar mucho o aborrecer aquello que es muy recordado; y por esto, toda la vez que el hombre es tentado de cometer algún pecado, debe el hombre acordarse mucho de la vileza, suciedad y fealdad del pecado, y del daño que de él se sigue; porque cuanto más el hombre recuerda de este modo la vileza de la obra, en tanto el entendimiento hace que la voluntad más fuertemente aborrezca el pecado. Hay otro modo de mortificar la tentación, y es de esta manera: si el hombre se acuerda de Dios y de su bondad, grandeza, poder, sabiduría, justicia, amor y perfección, y del grande amor que tiene al hombre, y la gran gloria que le tiene preparada; y cómo es gran cosa usar de la fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza. El tercer modo es: que el hombre debe olvidar el pecado y todas sus circunstancias luego que se siente tentado; porque con olvidar el pecado y todas sus circunstancias, la voluntad queda mortificada para no amar al pecado; y por esto debe el hombre divertir su memoria a otras cosas que no tengan semejanza con aquellas de que es tentado. Y con estos tres modos referidos puede el hombre mortificar la voluntad de pecar y vencer toda tentación”.

5. Entendió la doncella que Blanquerna le decía todo esto, porque había conocido el pecado de que estaba tentada; y bendijo y alabó a Dios, que había dado a Blanquerna tanta virtud contra la tentación. Y todas las veces que se sentía tentada con Blanquerna, usaba de la doctrina que éste le había dado, por la cual mortificaba su tentación, y habituaba su alma a las virtudes.

6. Muy largo tiempo anduvieron la doncella y Blanquerna por el bosque, y caminaron tanto, que la doncella, fatigada del camino, quiso descansar bajo de un árbol, a cuya sombra se rindió al sueño; y mientras dormía se detuvo Blanquerna en oración, contemplando la divina bendición; y a este tiempo oyó

una voz lamentable y llorosa, que daba indicios de gran tristeza y desconsuelo; y con este motivo dejó la oración, y se encaminó hacia aquella voz, y encontró aquel pobre escudero que el caballero había herido, que se volvía muy desconsolado y afligido. “Buen amigo, díjole Blanquerna, ¿qué es lo que tenéis, de que tanto os quejáis y lamentáis? ¿Habría alguna cosa que pudiese compensar vuestro daño, por donde os quedáseis alegre y consolado?” “Señor, respondió el escudero, desconsolado estoy y airado, porque no puedo cumplir aquello a que soy mandado”. Refirióle entonces cómo él fué en seguimiento de aquel caballero para recuperar a la doncella, que éste le había herido y llevádose a la doncella. “Buen amigo, dijo Blanquerna, la razón quiere que vos estéis consolado, por haber hecho cuanto habéis podido, por lo que merecéis tanto agradecimiento como si hubiéseis recuperado a la doncella”. “Señor, respondió el escudero, naturaleza es de la caridad que hombre ninguno debe consolarse con hacer solamente todo lo que puede, sin dar cumplimiento a todo aquello que desea hacer; y deseando tanto yo servir a la señora que me ha criado, no habiéndose por mí cumplido mi deseo, por esto es razón que en su desconsuelo quede yo también desconsolado, por más que en ello haya yo hecho mi posible”.

7. Consideró mucho Blanquerna las razones del escudero, las cuales le significaban gran perfección de caridad y fortaleza; y en esta consideración se acordó que, por defecto de caridad, se tenían por excusados algunos que quieren ampliar la santa fe católica, en cuanto que en ello aplican su poder, sin poder llevar al fin de perfección lo que tanto deseaban; por cuya falta de perfección debieran estar desconsolados por el deshonor que Dios recibe de aquellos que no le conocen, y de los que no quieren honrarle según que le conocen. Mientras Blanquerna se hallaba en estas consideraciones, dijo al escudero: “Buen amigo, ¿véis allá la doncella que vos buscáis, reclinada bajo aquel árbol, que está durmiendo? Y sabed, *que porque vos tenéis perfecta caridad, quiere Dios que sea cumplido el deseo de vuestro corazón y que llevéis mérito de aquello en que vos habéis trabajado*”. Muy alegre se quedó el escudero de lo que Blanquerna le

dijo, y luego al punto se fué a la doncella, que dormía bajo el árbol, y despertóla; y despidiéndose los dos de Blanquerna muy agradablemente, se volvieron al castillo con mucho gozo y alegría.

8. Volvióse Blanquerna a su viaje, deseando con ansia y congoja encontrar algún puesto donde pudiese servir a Dios, como deseaba, sin que en dos días continuos pudiese encontrar en aquel bosque alguna cosa que comer, hasta que al tercer día se halló fieramente apretado del hambre, y cuanto más le apretaba, tanto más valeroso esperaba y confiaba en Dios Nuestro Señor, que le ayudaría contra el hambre y la tentación, que tenía, con la cual el demonio le quería hacer pecar contra la virtud de la esperanza y paciencia, con la desesperanza e impaciencia. Mientras Blanquerna así batallaba con la hambre y resistía con la virtud a la tentación, con todo su poder, la prudencia quiso ayudarle, e iluminó los ojos mentales de su pensamiento, considerando *que la grande aflicción y elevada oración mortifican el cuerpo por la influencia de caridad y devoción*. Y estando en esta consideración, entonces se esforzó con todos sus poderes en loar y rogar y contemplar a Dios, amándole y sirviéndole. Y por la virtud de Dios, que dirigía a Blanquerna, y por la naturaleza de su entendimiento que le entendía, y de su voluntad que le amaba, sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón de devoción y caridad; con que tan altamente fué arrobado Blanquerna en su oración, que ni sintió hambre ni sed ni pasión alguna, antes bien, se halló en muy grande bienaventuranza, y su cuerpo cobró virtud y fuerza por la oración, a la cual con todo afecto se había entregado. De este modo Blanquerna adoraba a Dios, e iba por la selva sin comer ni beber; y a toda hora que se sentía oprimido del hambre o sed, adoraba a Dios de la manera que arriba se ha dicho; y Dios le enviaba fuerza y virtud, por la cual su alma se mantenía en devoción y su cuerpo en fuerzas y sustentación.

CAPITULO LIX

De la penitencia y del modo cómo debe hacerse para que no sea vana, como la de Narpan, y de las condiciones que ha de tener para ser buena y fructuosa, según doctrina y ejemplo de Blanquerna.

CALIDADES QUE DEBE TENER UNA VERDADERA PENITENCIA

1. Caminando Blanquerna por aquel bosque, acordándose y amando a su Señor, Dios y Creador, y cantando *Gloria in excelsis Deo*, descubrió un camino por el cual anduvo, hasta que, siendo hora de nona, se encontró con un escudero que venía por otro camino muy lloroso, y que con su semblante manifestaba gran tristeza. Blanquerna preguntó al escudero por qué lloraba. Respondió éste: “Señor, estoy llorando por causa que mi amo, a quien yo servía, que se llama Narpan, me retiene la paga de mi servitud, y no me la quiere dar; y le he dejado, porque no puedo servirle a su gusto, a causa que él es un hombre tan codicioso y desordenado en sus operaciones, que hombre ninguno le puede sufrir ni tolerar”.

2. “Buen amigo, dijo Blanquerna, ¿dónde está este señor Narpan que vos me nombráis, y a quien servíais?” “Señor, respondió el escudero, vive ahí cerca una abadía de monjes, en cuyo monasterio ha fabricado una casa, y ha venido allá a hacer penitencia; pero sabed que la penitencia que hace es muy semejante a la penitencia del lobo”. Preguntóle Blanquerna: “Pues, decidme, ¿cuál es la penitencia del lobo?” “Señor, dijo el escudero, cuéntase que en cierta ocasión sucedió que un lobo entró en un corral de muchas ovejas, carneros y corderillos, y mató un gran número de ganado; al día siguiente por la mañana, cuando el dueño de las ovejas entro en el corral y vió la gran carnicería del lobo, y el daño que había hecho matando a tantas ovejas, se indignó tan fuertemente contra el pastor, porque no había guardado en aquella noche el corral, que furiosamente le mató; y

después de haberlo ejecutado, él se arrepintió y sintió la muerte del pastor y de las ovejas. Cuando el lobo supo que el dueño del ganado había muerto al pastor por el mal que él había hecho, se compadeció mucho del daño que había causado y de la pérdida del buen hombre dueño del ganado, y mucho más de la muerte del pastor, de la cual él había sido ocasión; y tuvo gran contricción de corazón, y dijo, “que convenía de todos modos que el hiciese penitencia por ello; y por eso se retiró en una viña bien cargada de uvas maduras, que era del mismo dueño de las ovejas que el había muerto, y todos los días iba comiendo, gastando y destruyendo las uvas de la viña a toda su voluntad y satisfacción; y de esta manera hacía penitencia. Y así, sabed, que del mismo modo hace penitencia aquel señor, que yo he servido mucho tiempo; y porque él es hombre que ha sido gran pecador en este mundo, y ha muerto a muchos hombres y cometido otros muchos pecados; y por esto ahora ha venido a este monasterio para hacer penitencia; donde come y bebe delicadamente, duerme en buena y mullida cama, cubierta de ricas ropas, y vive en gran deleite de su persona y gran bienaventuranza; de cuyo modo de vida toman aquellos monjes muy mal ejemplo, y muchos de ellos se lo envidian y desearían vivir como él en tantas delicias”.

3. “Decidme, amigo mío, dijo Blanquerna, ¿os parece que si yo fuese al monasterio y estuviese algún tiempo con él le pudiera convertir y poner en buen estado?” Respondió el escudero: “Si vos os estáis con él, podrá sucederos lo que al papagayo”. “¿Y cómo le sucedió al papagayo?”, dijo Blanquerna. “En una tierra aconteció, dijo el escudero, que dos monas ponían leña sobre una lucerna, creyéndose que era fuego, y soplaban para que se encendiese. Un papagayo que estaba en un árbol decía a las monas que aquello que lucía no era fuego, sino lucerna; pero las monas no escuchaban sus palabras ni paraban de soplar a la lucerna; al entre tanto sobrevino un cuervo, y le dijo al papagayo que no quisiese consarse en dar corrección a los que no la reciben, porque las monas eran bestias que no admitían doctrina; pero el papagayo no quiso contenerse por el consejo del cuervo; antes bien,

bajó del árbol y metióse entre las monas, para que le oyesen; y una de ellas se agarró del papagayo, y le mató. Así os sucederá a vos, si quisiéredes corregir y castigar aquel que no admite corrección ni castigo de nadie; antes bien, os digo, que sus malos vicios, si habitáis con él, os harán perder algunas buenas crianzas, si las habéis". Entonces dijo Blanquerna: "Yo me confío en las palabras que la zorra dijo una vez al puerco-espín". El escudero le rogó que le contase aquel ejemplo. "Una zorra, dijo Blanquerna, iba por un bosque y encontró a un puerco-espín que esperaba a un león, con quien quería combatirse. Preguntóle la zorra qué era lo que esperaba. Y el espín le descubrió todo su interior; pero la zorra le dijo que él no tenía sino dos colmillos con que combatir con el león, mas éste tenía muchos dientes y muchas uñas con que podía bien defenderse de él; por lo cual a ella le parecía que el león había de llevarle gran ventaja en la batalla; y dicho esto, llegó el león y combatió con el puerco-espín, y le mató y despedazó todo, por cuanto le llevaba ventaja en armas. Y así de semejante modo tengo yo pujanza y señorío de armas contra Narpan, porque yo combatiré con él, con el auxilio de las divinas virtudes y de las virtudes creadas, y él no podrá combatir conmigo sino con los vicios tan solamente, los cuales no tienen fuerza ni poder contra Dios ni contra las virtudes"; y habiendo oído el escudero este ejemplo, se despidió de Blanquerna y prosiguió su camino.

4. Consideraba Blanquerna el gran peligro que podía tener el monasterio por el mal ejemplo de Narpan, que falsamente hacía penitencia en él; y la caridad y esperanza le movieron a encaminarse al monasterio, en donde encontró a Narpan, de quien el escudero le había hablado. "Amigo, díjole Narpan, ¿de dónde venís? ¿Quisiéreis, por ventura, estar con un señor y servirle un año o más tiempo?" "Señor, yo salgo ahora de esa selva, respondió Blanquerna, y voy buscando mi conveniencia. Yo estaría gustoso con algún señor, como yo por él pudiese mejorar mi fortuna y que él también por mí ganase alguna mejoría. Y así, pues, vos habéis preguntado de mi estado, el que yo os he

referido, os ruego también me digáis del vuestro, y a qué fin vivís en este monasterio”.

5. Respondió Narpan: “Yo estoy en este monasterio para hacer penitencia de mis pecados, que he cometido en el mundo, del cual he huído; y un escudero que yo tenía me ha dejado y necesito de otro; y por eso, si vos queréis estar conmigo, yo os pagaré vuestro trabajo de manera, que vos estaréis satisfecho y contento”. “Señor, dijo Blanquerna, si vos hacéis penitencia y yo estuviere con vos y os sirviere, por consiguiente, yo haré tambibén penitencia; y por esto yo estaré con vos un año, con tal condición, que vos hagáis penitencia. Ajustáronse los dos en su contrato, y Blanquerna le sirvió ocho días según la voluntad de Narpan, con el fin de que éste le cobrase amor en su corazón, y que Blanquerna pudiese conocer mejor y saber sus costumbres”.

6. Al octavo día mandó Narpan a Blanquerna que matase un pato de aquellos que tenía a pasto, y le guisase para comer. Entróse Blanquerna en el corral donde estaban los patos y otras muchas gallinas y capones, y habiendo encontrado en él a la zorra, que había entrado para comer de las gallinas, la mató y la desolló toda, salvo la cabeza, el rabo y las manos; púsola en el asador, y así bien asada, cuando Narpan estuvo en mesa, se la trajo cubierta en un taller, y púsosela delante. Cuando Narpan vió a la zorra en la mesa se admiró mucho, y dijo a Blanquerna “que por qué no había guisado el pato que le había mandado, y había guisado la zorra, que era cosa tan horrible de verla y de comerla”. “Señor, respondió Blanquerna, no tienen los patos y las gallinas tan mortal enemigo como es la zorra, y porque vos amáis tanto los patos y las gallinas, conviene que vos os comáis a su enemigo”. Muy enojado se puso Narpan contra Blanquerna, y le dijo mil villanías, porque le persuadía comiese de la zorra y no le había guisado el pato. “Señor, dijo Blanquerna, así como la zorra es contra las gallinas y los patos, así los patos, gallinas, capones y buenos pucheros son contra penitencia; y por cuanto yo estoy obligado a serviros según forma de penitencia os he guisado la zorra, que se conviene con penitencia; y si vos

coméis de ella, y os dejáis de viandas delicadas, vos haréis penitencia”.

7. Todo aquel día pasó Narpan sin querer comer carne, y estuvo muy airado contra Blanquerna; y cuando a la noche quiso Narpan echarse en la cama, encontró que Blanquerna había puesto la almohada bajo los colchones y sobre éstos el jergón, y sobre el jergón las tablas de la cama, y sobre las tablas la colcha, y después la manta, y sobre la manta las sábanas. Cuando Narpan vió este trastueco dijo a Blanquerna “por qué no había hecho la cama como solía. Y cómo no le bastaba ya el haberle dado tan nial día y mal comer, que aun le quería dar mala noche”. Respondió Blanquerna “que aquélla estaba hecha conforme a penitencia, y que de otra manera él no sabía componer la cama para hombre que quería hacer penitencia”. Como Narpan era hombre perezoso, no quiso recomponerse la cama, ni ponerla según se acostumbra hacer. El se sentó esperando que Blanquerna se hincase para descalzarle, como solía; pero éste le dijo “que la humildad era amiga de todos aquellos que hacían penitencia; y por esto, que él mismo se descalzara”. Aquella noche Narpan se echó en la cama que Blanquerna había contrahecho, y no pudo pegar los ojos en toda ella, y consideró mucho en los pecados que había cometido en el mundo y en las palabras que Blanquerna le había dicho.

8. A la media noche, cuando los monjes se levantaron a cantar Maitines, Blanquerna oyó la campana y dijo a Narpan “que se levantase a los Maitines para hacer oración a Dios”; pero Narpan le respondió “que no estaba acostumbrado a levantarse a tal hora, ni avezado de ir a Maitines”. Con todo, Blanquerna quiso que se levantara absolutamente, y le quitó de encima la ropa de la cama; y entonces Narpan se levantó y se fué vistiendo, dándole Blanquerna en primer lugar un escapulario de paño muy gordo y áspero, hecho de pelo de cabra, el cual llevaba Narpan sobre el vestido talar. Y por lo que Narpan había considerado aquella noche, y porque empezó ya a tener contrición en su corazón, obedeció a Blanquerna y vistió sobre sus carnes aquel escapulario de sayal; y después le dió Blanquerna

el vestido, que era de blaquilla de Narbona, y después la camisa de Holanda fina, y púsosela sobre el vestido.

9. Cuando Narpan estuvo así levantado y vestido, Blanquerna se fué con él a la iglesia para estar en oración y contemplación, y díjole “rogase a Dios para sí y por todos sus próximos que eran pecadores en el mundo”. Pero Narpan le dijo “que el tendría gran vergüenza del Abad y de los monjes, cuando le viesen vestido de aquella forma”; y Blanquerna le respondió “que vergüenza y fortaleza se convienen con penitencia; y díjole también que Dios premiaba en la bienaventuranza del Paraíso a todos aquellos que tenían paciencia y humildad en este mundo y sufrían ser mofados y reprendidos por hacer obras de penitencia”.

10. Blanquerna y Narpan continuaron su estación en la iglesia hasta día claro, que los monjes querían entrar en Capítulo a pedir satisfacción por sus culpas para que después de la satisfacción y las disciplinas dijese misa, la cual más dignamente es celebrada precediendo la satisfacción del Capítulo. A tiempo que los monjes entraban en él, preguntó el Abad a Narpan “cómo iba vestido tan extrañamente, y por qué se había levantado tan de mañanita”. Respondióle Narpan “que porque así le había vestido su criado, y le había despertado y hecho levantar a aquella hora; y que en adelante él quería ser obediente a Blanquerna, su criado, en cuanto le aconsejase”. Después Blanquerna dijo al Abad “que él tenía que hablar algunas cosas a Narpan en presencia suya y de la comunidad”; con que los tres entraron en Capítulo, y los monjes se maravillaron mucho del traje y vestido de Narpan tan extravagante.

11. Cuando toda la comunidad estuvo en Capítulo, Blanquerna se levantó en pie y dijo estas palabras: “A la penitencia pertenecen *tres cosas*, a saber: *contrición* de corazón, *confesión* de boca y *satisfacción* por obra de los pecados que el hombre ha cometido. A la contrición se conviene el recordar y arrepentirse, llorar y aborrecer los pecados cometidos; y conviene también que el hombre confíe en la misericordia de Dios, tema y ame su divina justicia. A la confesión se conviene que el hombre con-

fiese sus pecados, sin rebozo ni repugnancia alguna, con todas las circunstancias que los agravaren, y también que tenga propósito de no querer por ningún tiempo volverlos a cometer. A la satisfacción se conviene que el hombre restituya todo aquello que injustamente retiene de otro, sean bienes o la fama, y que aflija y castigue su cuerpo con vigiliias y oraciones, con pocas y ruines viandas, con dura cama, con humildes y groseros vestidos y otras cosas semejantes. Ahora, pues, como estas tres cosas corresponda a la penitencia, y entre yo y Narpan tengamos firmada carta de contrato, que yo deba servirle según regla de penitencia, por esto en presencia de todo el Capítulo requiero a Narpan que me sea guardada la condición de nuestro contrato”.

12. Concluída la propuesta de Blanquerna respondió Narpan en presencia de todos, diciendo: “que hasta entonces, por mucho tiempo, había vivido ciego y sin conocimiento, ignorando las condiciones que pertenecían a la penitencia, y que Dios le había enviado a Blanquerna, quien había iluminado los ojos de su alma, por lo cual en adelante, todo el tiempo de su vida, quería servir a Dios y hacer penitencia en todos aquellos modos que serían del gusto y agrado de Blanquerna”. El Abad con todos los monjes loaron mucho y dieron grandes alabanzas a Dios Nuestro Señor porque manifestaba su divina virtud en las palabras de Narpan y de Blanquerna.

13. Salieron los dos del Capítulo y se fueron a su posada, y estando los dos solos en su cuarto no se olvidaba Blanquerna de su viaje; antes bien, deseaba con ansia irse a buscar su ermita, y con este motivo declaró a Narpan su resolución, y le rogó encarecidamente le soltase la promesa con que se había obligado a servirle por tiempo de un año, suplicándole le restituyese el auto de obligación, por cuanto su merced ya había entrado en el conocimiento de sus defectos. Pero fué muy grande el disgusto de Narpan cuando entendió que Blanquerna quería separarse de él, y con gran dolor de corazón, llantos y devoción, le dijo estas palabras.

14. “Iluminado estoy por la divina inspiración y movido a devoción, contrición y satisfacción. Si mis malditas costumbres,

que son mis mortales enemigos, quisiesen de nuevo apoderarse de mí, ¿quién me ayudará a defenderme de ellos? Si quedara yo ahora sin maestro, ¿quién me enseñaría a amar, servir y honrar a Dios, que es digno de tan grande honor? ¡y ante quien soy yo tan culpable! A la justicia reclamo, para que me sea guardada la conveniencia que me ha sido prometida por mi maestro Blanquerna. Si yo soy obediente a mi maestro, ¿por qué mi maestro ha de ser mi enemigo apartándose de mí? Compañero quiero ser y servidor de Blanquerna, pero no señor, como entre los dos estaba convenido y contratado. Con mi señor y maestro Blanquerna iría yo de toda mi voluntad al desierto; pero quedarme conviene en este monasterio, para dar satisfacción al señor Abad y a todo el convento, que tanto tiempo me han servido; y me conviene dar buen ejemplo, pues en mi mejorada vida debe tener algún provecho este monasterio”.

15. Tan devotas y llenas de razón eran las palabras de Narpan, y tan devotamente pronunciadas, que movieron el corazón de Blanquerna a devoción y contrición, llanto y consideración; por lo cual se resolvió a quedarse con Narpan todo aquel año, para que así le conservase en su buen estado y disposición, y que ambos a dos diesen buen ejemplo a todos los monjes de aquel convento. En aquel día confirmó y ratificó Blanquerna la promesa y obligación que había hecho a Narpan, y los dos concordaron en que vistiesen cilicio sobre sus carnes y fuesen buenos compañeros todo aquel año en el monasterio, haciendo penitencia y dando gloria y alabanzas a Dios Nuestro Señor. Alegráronse mucho el Abad, Narpan y todos los monjes de haber revocado Blanquerna su partenza y resuelto de quedarme en el convento.

CAPITULO LX

De la perseverancia, la cual es el cumplimiento y perfección de todas las demás virtudes. Cuál de estos estados es mayor y mejor: o la vida solitaria y eremítica, o de Religión por la sociedad de muchos.

NO DEBEN SER LOS HOMBRES LIGEROS ELIGIENDO AHORA UN ESTADO Y AHORA OTRO

1. Todo aquel año perseveraron juntos Narpan y Blanquerna haciendo penitencia; y éste todos los días cantaba con los monjes en la iglesia las antífonas, salmos, prosas, himnos y responsorios, y expositaba y declaraba a los monjes la Sagrada Escritura. Deseaban mucho el Abad y todos los monjes que Blanquerna lo fuese, y que les enseñase gramática y teología y las demás ciencias que sabía; pero Blanquerna siempre se excusaba, porque quería perseverar siempre constante en la vocación de vivir en vida eremítica.

2. En un día de fiesta quiso el Abad predicar el sermón, y dudó en predicar, porque no sabía hablar en latín ni declarar las Escrituras, y tenía gran vergüenza por Blanquerna, porque sabía que él conocería muy bien los yerros y defectos de sus palabras. Por lo que, cuando el Abad y toda la comunidad estuvieron ya en el Capítulo, y Narpan y Blanquerna hubieron entrado para oír el Abad, que había de predicar, antes que éste hubiese empezado el sermón, entró en Capítulo el aposentador para avisar al Abad cómo muchos caballeros y otras personas a pie habían venido al monasterio para honrar la fiesta, y habían determinado de quedarse a comer aquel día en él. Mandó luego el Abad que les previniesen una buena comida, que diesen cebada a los caballos y a todos lo que les fuese necesario, por ser así costumbre de aquel monasterio. Y volviéndose después a Blanquerna, le dijo estas palabras: "Sabed que yo tenía voluntad de predicar hoy el sermón; pero, conociendo que en mí hay falta

de saber, no hallo en mi alma que yo pueda predicar, ni que esté en disposición para decir lo que corresponde al honor del Santo que hoy veneramos. Y por eso yo deseo mucho que vos, Blanquerna, seáis monje, para predicar a todos nosotros y a aquellos que vendrían a este monasterio a honrar las fiestas; porque si nosotros tenemos la costumbre de proveer a los cuerpos de viandas corporales por medio de la limosna, haríamos injuria a las almas si no las saciáramos de viandas espirituales, con sermones y doctrina, enseñándolas la palabra de Dios".

3. Respondió Blanquerna al Abad, diciendo: "que la perseverancia es *una virtud, en la cual se demuestra la perfección de las otras virtudes*. Pues sin perfección de virtudes, no puede la perseverancia ser virtud; y por cuanto yo me he sujetado a ser para siempre servidor de las virtudes, por eso conviene que sirva también a la perseverancia, en la cual todas las virtudes muestran sus operaciones; y así, si yo dejara ahora el propósito, con el cual he salido de mi tierra, y mudara de voluntad, sin duda haría injuria a la caridad, fortaleza y demás virtudes, lo que yo no tengo en deliberación. Por todo lo cual os ruego, señor, y a toda la comunidad, me tengáis por excusado".

4. "Oíd, Blanquerna, respondió el Abad. En cierta ocasión aconteció que un ermitaño iba hacia una ciudad, cuyo Rey pocos días antes había muerto. Era costumbre de aquella ciudad, que el primer hombre extranjero que al tercer día después de la muerte del Rey entraba en ella, aquél había de ser Rey. Por ordenación de Dios sucedió que aquel ermitaño entró primero al tercer día en aquella ciudad, y le hicieron Rey; pero el ermitaño de ningún modo quería serlo; antes bien, se opuso fuertemente a la elección, porque absolutamente quería perseverar en vida ermitaña. Siguióse causa y pleito entre el ermitaño y los electores que le habían elegido y aceptado por Rey, sobre si éste pudiera perseverar, siendo Rey, en la devoción que tenía, en la cual quería aún permanecer. Y fué sentenciada la causa a favor de los electores: que el ermitaño podía muy bien ser extraño por el entendimiento y voluntad al oficio de Rey y perseverar en la devoción entre las gentes siendo Rey, como en la soledad en que

vivía como ermitaño; y que con mayor fuerza podía usar de la fortaleza, esperanza, justicia y de las demás virtudes, y con esto serviría mucho más a la perseverancia. Del mismo modo, pues, será razón que vos, Blanquerna, estéis obligado a perseverar con nosotros, que también somos ermitaños, y queremos ser vuestros compañeros”.

5. A esto respondió Blanquerna, y dijo: “Bien podéis acordaros, señor, que San Juan Bautista fué ermitaño, viviendo solo en su ermita, en donde comiendo langostas y miel silvestre traía sus vestiduras de piel de camellos; y cómo Jesucristo dió testimonio de él, dijo: que entre los nacidos de las mujeres, no había salido otro mayor que San Juan Bautista; y porque San Juan vivía solo en su desierto, donde hacía áspera vida y pasaba grandes aflicciones, por esto le honra Dios en su gloria, según su divina palabra”. Pero el Prior respondió así a Blanquerna: “Nuestro Señor Jesucristo, que es hombre mejor que San Juan Bautista, sin comparación alguna, y andaba y estaba en compañía de los Apóstoles, ha dado significación, que más noble virtud es la perseverancia entre los hombres que viven juntos en comunidad, y en quienes no se pierde la perseverancia por la compañía de otros hombres, que aquella perseverancia que se halla solamente en un hombre que está solo y sin compañía. Por cuya razón convenía que, según razón de justicia y esperanza, fuese Blanquerna obediente en aceptar aquello que el Abad y todo el monasterio quería y le rogaba”.

CAPITULO LXI

De la obediencia, y dónde es mayor virtud, ¿en Religión o fuera de ella? Y de los grandes motivos que hay de que en el Orden de Religión es bien que se busquen y conserven hombres doctos en todos tiempos.

OBEDECER A LA RAZON UTILISIMO ES Y NECESARIO

1. El monje Bolsero dijo a Blanquerna, que en todo el mundo no había virtud más meritoria que la obediencia; y como la obediencia sea mayor en el hombre que se sujeta a la voluntad de otros, que no el que vive solo en su ermita, por esto sería Blanquerna más contrario a la obediencia, si la dejase de tener y profesar allí donde es más virtuosa y a Dios más agradable". Respondió Blanquerna con este ejemplo: "En cierta ocasión sucedió que un hombre ciego tenía un hijo que le guiaba cuando iba pidiendo limosna de puerta en puerta por amor de Dios. El hijo del ciego crió un perro, y le enseñó a guiar a su padre. Por muerte de su hijo se vió precisado el pobre ciego a guiarse por el perro que llevaba atado, como su hijo le había enseñado; y saliéndose un día fuera de la ciudad, se encaminó a una aldea para pedir limosna por amor de Dios. Por el camino saltó una liebre, y el perro, queriéndola alcanzar, se salió del camino, y el ciego le seguía; pero el perro persiguiendo a la liebre, que se había bajado por un despeñadero, quiso andar tras la liebre; y el pobre ciego, que seguía al perro, se cayó por el despeñadero y se rompió una pierna, y se crujió todo". Y prosiguió Blanquerna con estas palabras.

2. "Grande es la gracia que hace Dios al hombre, cuando le da vista corporal, para que los ojos de la mente obedezcan a aquello que la vista corporal significa en las criaturas visibles de la nobleza del Creador; pero mayor gracia hace Dios al hombre cuando su voluntad obedece a los ojos de su entendimiento, que entiende aquellas cosas a que la voluntad debe ser más obe-

diente, porque la voluntad obediente a aquel que no tiene entendimiento es semejante al estado en que me hallo. Y si el entendimiento hubiese de ser obediente a la voluntad, no estaría la inteligencia en tan grande honor, mientras la voluntad no le fuese mucho más obediente”.

3. Cuando Blanquerna hubo acabado estas y muchas otras razones, el Padre sacristán quiso responderle, y dijo así: “Muy bien conocemos y entendemos el símil con que os habéis explicado, significando en esto que la voluntad está en peligro de errar cuando obedece al entendimiento, en quien hay falta de inteligencia; y por esto, en fuerza de las mismas razones vuestras, queremos que la caridad y justicia hagan juicio sobre ello”. Mientras el sacristán decía estas palabras, vino un criado a decirle que fuese a dar el Viático a un fraile lego, que estaba enfermo a la muerte. Fuése luego el sacristán, y el Abad y todos los monjes acompañaron el Santísimo Cuerpo de Jesucristo, y confortaron al enfermo. Cuando el Padre sacristán dijo al enfermo “que él debía creer que aquella hostia consagrada era el verdadero Cuerpo de Jesucristo”, respondió el enfermo “que él no creía que aquella hostia, que veía bajo la figura de pan, fuese Carne de Jesucristo”.

4. Escandalizáronse mucho el Abad y todos los monjes cuando vieron que el fraile estaba en aquel error y descreencia; y por eso llamaron a Blanquerna, y le rogaron que exhortase al enfermo y le instruyese, para librarle del error en que estaba. Obedeció Blanquerna a este ruego, y preguntó al enfermo: “Si el entendimiento humano tenía más noble virtud que los ojos corporales”. El enfermo concedió que en el entendimiento era más noble cosa la inteligencia, que la vista en los ojos corporales. Entonces Blanquerna dijo al enfermo: “Que supuesto que la inteligencia era cosa más noble que la vista corporal, convenía que el hombre fuese más obediente a la inteligencia que a la vista corporal, para que así guardase el hombre a la inteligencia su honor; la cual entiende en la hostia consagrada una obra de gran milagro hecha por el poder divino, así como entiende que el mundo es creado de la nada”.

5. Díjole también: "Que naturalmente bajo la forma del cuerpo del hombre están los cuatro elementos, que son invisibles a los ojos corporales, los cuales no ven otra cosa sino solamente la forma o figura del hombre, en la cual están compuestos; pero la forma primera de los elementos existe en aquella forma secretamente, según el entendimiento bien lo percibe; luego, pues, si la naturaleza es bastante y tiene poder suficiente para hacer tal obra, ¿cuánto más lo serán el poder, la sabiduría y la voluntad de Dios en hacer que la Carne y Cuerpo verdadero de Nuestro Redentor Jesucristo existan bajo los accidentes y figura de pan? Porque si esto no fuese así, Dios no daría muestras de que su poder sea sobre el poder natural". Estas y otras muchas razones dijo Blanquerna al enfermo, las cuales creyó; y confirmado por ellas en la fe, recibió el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, como fiel cristiano, y adoró y alabó a Dios por haberle sacado del error en que solía estar. Murió después el enfermo devotamente con fe, y Dios llevóse para sí a su alma.

6. Poco después de este suceso se volvieron el Abad y dos monjes a aquel razonamiento en que estaban con Blanquerna, y díjole el Abad lo siguiente: "Este caso que ahora acaba de acontecer con este fraile, a quien Dios haya perdonado, es para nosotros un vivo ejemplo y manifestación de que Dios Nuestro Señor quiere que vos seáis su servidor en nuestra compañía; porque si vos ahora no hubiéseis estado con nosotros, sin duda que Dios hubiera perdido a esta alma, que hoy ha pasado de esta vida y de su condenación tuviéramos nosotros grande escrúpulo y cargo de conciencia, por la ignorancia que en nosotros hay en cuanto ninguno sabíamos decir al difunto aquellas razones que vos le habéis dicho. Muchas veces sucede, que dispone Dios semejantes casualidades, para que por ellas perciba el hombre y entienda la voluntad de Dios; y vos, no solamente habéis aprovechado al alma del difunto, sino aun a todos nosotros habéis dado doctrina con que podamos contrastar a las tentaciones, siempre que las tengamos en semejante caso".

7. Respondió Blanquerna, y dijo: "Aún hay otra manera con la cual puede el hombre librar de error a aquel que tiene

tentación contra la verdad del Sagrado Cuerpo de Jesucristo, y es por medio de la fe; porque Dios quiere que el hombre sea obediente a la fe, mortificando la imaginación cuando quiere dar al entendimiento falsa semejanza contra la obra del poder divino; y vosotros podéis usar de este modo, aunque os halléis en ignorancia por falta de ciencia". Pero el Abad respondió a Blanquerna, y dijo: "que es más fuerte cosa y más segura combatir al error con fe y con inteligencia, que con la fe solamente; y por eso la justicia acusa a nuestra conciencia, la cual es contra vuestras razones excusándoos de nuestra compañía.

CAPITULO LXII

Del consejo, y del modo cómo debe el hombre buscarle y tomarle, según el ejemplo de Blanquerna, y cómo éste y Narpan fueron recibidos por monjes en aquel monasterio.

RESOLUCIONES ARDUAS NO SE DEBEN EMPRENDER SIN MUCHA MADUREZ Y CONSEJO

I. Blanquerna consideró muy bien y pensó en todo lo que le habían dicho y en el suceso de la tentación del difunto; y mientras Blanquerna estaba en esta consideración, el Abad y todos los monjes le rogaban y persuadían a que entrase por monje, y Narpan llorando dijo a Blanquerna estas palabras: "Amable amigo y maestro mío, Blanquerna, ¿en qué pensáis! ¿Por qué no obedecéis a los ruegos del Sr. D. Abad y de toda la comunidad, y mayormente a vuestro entendimiento, el cual os hace cargo de conciencia, si no diereis a estos siervos de Dios inteligencia, con la cual puedan más fácilmente tener conocimiento de Dios y de sus obras? Porque en cuanto el entendimiento es más exaltado en el conocimiento de Dios, en tanto la voluntad se halla más altamente dispuesta para ser exaltada en el amor de Dios y de sus servidores. Por donde, si vos ahora os hacéis monje, yo también entraré con vos, y quiero ser vuestro compañero y vues-

tro sirviente; y de este modo aprovecharéis a vos mismo y a todos los demás; y si os estuviéreis solo en el desierto, no aprovecharéis sino a vos tan solamente”.

2. Respondió Blanquerna, diciendo “que injuria se haría al hombre contemplativo que vive solitario por el amor de Dios, si su oración no aprovechara a otro, sino solamente a sí; pero yo he entrado en consideración por otro modo, a saber: por la conciencia, la cual me hace acordar en mi corazón de la devoción, y de que muchas y diferentes voluntades deben ser unidas y estar sujetas debajo de un iluminado y exaltado entendimiento, el cual sea su director y pastor; y la conciencia me hace acordar también del *Capítulo de Devoción*, y del daño que sienten los discípulos del entendimiento cuando no tienen devoción; luego, pues, por todas estas razones, dijo Blanquerna al señor Abad y a los demás, debe el hombre en todas cosas obrar con deliberación y consejo, antes de pasar de un propósito a otro; y así, que él se aconsejaría con las siete virtudes, las cuales le habían dado buen consejo muchas veces”. De esta respuesta quedaron el Abad y todos los monjes con gran júbilo y alegría, y rogaron a Dios que en aquel acuerdo y consejo que Blanquerna se había reservado para su determinación, se les fuese salvado su derecho y satisfecha su necesidad.

3. Todo aquel día y toda la noche estuvo el pensamiento de Blanquerna ocupado en otras muchas consideraciones, porque algunas otras cosas debe el hombre considerar en el medio antes de antrar en el consejo principal de aquello que entiende inquirir; porque por razón que el entendimiento comienza nuevamente a restablecerse en su virtud en aquello que el hombre intenta haber, de ahí el entendimiento entienda aquella cosa más clara y manifestamente, por haberse hecho en ello doblado discurso. Al otro día por la mañana, después de haber oído misa, hizo Blanquerna su oración, como había siempre acostumbrado, y finida su oración, volvió en sus pensamientos y revocó en su memoria a cada una de las siete virtudes de por sí, y continuó en esta consideración hasta hora de nona, que le llamaron a comer. Después de haber comido se fué Blanquerna al jardín a pasearse un poco y

recrear su espíritu para entrar en oración; y después de ella se fué a tomar la siesta, para que de este modo la comida fuese más prontamente digerida, y en la noche pudiese velar mejor y considerar. Pero aquella noche no quiso velar, sino que se puso a dormir para poderse levantar muy de mañanita, y entrar otra vez en sus pensamientos y consideraciones; por razón, que siempre que oraba o meditaba por las mañanitas, su imaginación tenía mayor concordancia con el entendimiento.

4. Levantóse Blanquerna a la hora de maitines, y entróse en el jardín para mirar al cielo y las estrellas, y con esto tener mayor devoción; arrodillóse en tierra y santiguóse, y alzando sus manos y ojos al cielo con afectuosa voluntad, rogó a Dios Nuestro Señor fuese servido de acordarse de su servidor y le diese luz para obrar todo aquello que fuese de su mayor agrado. Por voluntad de Dios fué inspirado Blanquerna en determinarse de ser monje, porque consideró y entendió que podía hacer mucho mayor bien y servicio a Dios estando en el monasterio que en el desierto. *Y confirmándose en este propósito, se acordó que toda la vez que había considerado sobre aquella materia había formado aquel mismo concepto, sin que ninguna de las virtudes le hubiese contrariado.* La esperanza le puso en el consuelo y confianza de que podría venir tiempo en que sería ermitaño, y en aquella vida que tanto deseaba; y la prudencia le hacía entender que la vida que él haría en aquel monasterio sería ocasión de multiplicar su santidad en vida ermitaña.

5. Habiendo Blanquerna concebido esta devoción se fué al Capítulo, donde encontró al Abad y todos los monjes, que hablaban con Narpan de la santa vida y gran ciencia de Blanquerna, y éste se arrodilló delante del Abad y toda la comunidad que allí estaba, y se entregó a la Orden y a todo el convento, sin retención ni condición alguna, para en todo y por todo obedecer sus preceptos, pidiendo le vistiesen el hábito; de lo cual tuvieron el Abad y todos los monjes grande gozo y alegría. Blanquerna y Narpan recibieron el hábito y la bendición con mucho agrado, y después hicieron los votos y promesas que se requerían en aquella Orden.

CAPITULO LXIII

De la ordenación de las escuelas y estudios, y de las cosas pertenecientes a él; de las personas que han de estudiar conforme la proporción de la edad, de la voluntad y de su natural entendimiento. Qué ciencias son las generales y más necesarias; del lugar a propósito y modo de estudiar los monjes y otros religiosos.

UTILISIMO ES EL ESTUDIO DE LA ARTE LULIANA

1. Al día siguiente el Abad y toda la comunidad entraron en el Capítulo con Blanquerna, para el fin de ordenar y establecer los estudios. Y fué ordenado por todos que se destinase un preste del monasterio que fuese más a propósito y conveniente para estudiar y leer. Después de haber destinado el puesto proporcionado para el estudio ordenaron también el tiempo, porque sin ordenación del tiempo, no puede ser provechoso ni duradero el estudio. Después de la ordenación del tiempo, ordenaron de las personas que debían destinarse para las escuelas, según proporción de la edad, de la inclinación, de natural entendimiento y de buenas costumbres; y finalmente, después de todas estas ordenaciones, quisieron determinar qué ciencias debían enseñar y estudiar.

2. Mientras se discutía sobre el establecimiento de las ciencias que se debían estudiar, un hombre trajo al Capítulo una carta de dos monjes en que pedían dineros para su gasto y compra de libros de jurisprudencia. Leyó el Abad aquella carta en presencia de todo el convento, y después refirió a Blanquerna cómo ellos mantenían dos monjes en Montpellier para estudiar de leyes, para poderse servir de ellos en el monasterio en sus negocios temporales. Al tiempo que el Abad refería estas cosas, vino otro hombre a decir que un fraile lego estaba muy malo en una granja del monasterio, y que enviase luego a llamar un médico para visitarle y recetarle lo que fuese menester. Envió el Abad luego un criado a la ciudad por un médico, y éste no quiso ir a la granja sin gran propina, y aun no quería estar con el enfermo más que un día, y el fraile se murió por falta de médico que le

visitase a menudo, y el Abad y monjes tuvieron gran disgusto y escrúpulo de conciencia por su muerte.

3. Estando aun en Capítulo el Abad y monjes, aconteció que un Obispo por casualidad pasó por aquel monasterio y entró en el Capítulo, donde fué recibido por el Abad y monjes con grande honor y reverencia. El Obispo era un gran prelado y hombre sabio en muchas ciencias, y por eso hizo muchas preguntas, y propuso algunas cuestiones sobre varias ciencias y materias; pero ninguno de aquellos monjes supo responder a ellas, sino Blanquerna solamente, el cual respondía y expositaba con razón natural todas las cuestiones del Obispo. Todo aquel día se ocupó la comunidad en cortejar al señor Obispo, manteniéndole la conversación caritativamente, y al otro día por la mañana montó a caballo y prosiguió su camino; y el Abad y monjes, después de haber celebrado misa, se volvieron a juntar en Capítulo para ordenar sobre qué ciencias había de enseñar Blanquerna.

4. Preguntó el Abad a Blanquerna qué ciencias le parecía que debía enseñar a los monjes y frailes que habían de estudiar. "Señor, respondió Blanquerna, en cierta ocasión sucedió que un hombre fué vulnerado de muerte, habiendo recibido una herida en la cara y otra mortal en el vientre. El médico aplicó primeramente sus remedios para curarle la herida de la cara, que había visto primero, y mientras se ocupó en curarle la cara, el hombre fué perdiendo tanta sangre por la herida del vientre, que acabó la vida. En otra ocasión aconteció, que una zorra preguntó a una gallina para qué tenía las alas y el pico, las plumas y las uñas. Respondióle la gallina, que por la necesidad; y que la naturaleza le había dado todas estas cosas porque le eran necesarias. Por esta parábola y por otras muchas, dijo Blanquerna al Abad, podéis entender cuáles son las ciencias más necesarias que deben aprender vuestros monjes".

5. El Abad y todos los monjes rogaron a Blanquerna les declarase las palabras que les decía por símiles; y éste después les declaró el ejemplo del hombre vulnerado por otro ejemplo, diciendo: "Una vez sucedió que un Abad envió un monje a estudiar, el cual era muy bien disciplinado cuando salió del mo-

nasterio; y el tiempo que estudió estuvo en compañía de otros estudiantes seglares y mundanos, y aprendió las malas costumbres de aquéllos, olvidando las buenas que tenía; y por eso, cuando el monje volvió al monasterio era muy vicioso, y con las obras les enseñó vicios, y con su doctrina ciencia; y con los vicios corrompió todos los monjes en malditas costumbres, y abusaron de la ciencia que les había enseñado". Cuando Blanquerna hubo declarado el primer ejemplo les declaró el segundo por otro ejemplo, diciendo: "Sucedió una vez que estando un ruiñeñor en un árbol muy frondoso y florido, le preguntó al árbol por qué tenía tantas hojas y flores. Respondió el árbol, que la naturaleza había ordenado que en él fuesen las hojas y las flores, para que fuesen en él los frutos. Luego, según estas palabras, dijo Blanquerna, está significado, que pues nosotros estamos en este lugar y hemos desamparado el mundo, conviene que tengamos distintas ciencias, para poder obtener la ciencia de la sagrada teología, la cual es el fin y complemento de todas las demás ciencias".

6. Cuando Blanquerna hubo declarado las parábolas y ejemplos sobredichos, ordenaron: que Blanquerna primeramente les enseñase gramática para mejor entender las otras ciencias, y después les enseñase la lógica, para entender y aprender la filosofía natural, y la filosofía moral para que mejor entendiesen la teología; y cuando hubiesen aprendido la teología, les enseñase la medicina, y después la ciencia del derecho. Mientras se establecía esta ordenación, uno de los monjes dijo: "que le parecía imposible que los estudiantes pudiesen aprender todas estas ciencias"; pero Blanquerna respondió: "Que de cada ciencia podrían aprender cómodamente lo que era menester, y después, a la fin, con un año o poco más tiempo, los principios y el arte de cada una de las cuatro ciencias principales y más necesarias, que son: la teología, la filosofía natural, el derecho y la medicina; y con los principios, en debida forma enseñados y aprendidos por el arte, podían usar después de las ciencias, según les fuese necesario; porque, con los principios bien ordenados y enseñados por el arte en una ciencia, puede el hombre usar de otros principios y servirse de ellos en otras ciencias".

CAPITULO LXIV

De la vanagloria, y cómo se halla algunas veces en los hombres doctos. Y de la malicia y ambición que suele reinar en los religiosos de menos letras y madurez. Y cómo pueden librarse de estos vicios por el buen ejemplo y doctrina de los mayores, cuando conocen y aman la virtud y la ciencia, y animan a la utilidad y a la honra que se adquieren por aquéllos.

IMPORTANTÍSIMAS SON EN LAS RELIGIONES LAS LETRAS

1. Conforme la ordenación arriba dicha, enseñaba Blanquerna a aquellos monjes las ciencias referidas y el arte de cada una de ellas; y un día, mientras Blanquerna les enseñaba, estando el Abad en su cuarto en compañía del Prior y del Bolsero, hablando de Blanquerna y sus discípulos, el Bolsero dijo al Abad y al Prior "que él se tenía que vendría tiempo en que ellos serían despreciados por los discípulos de Blanquerna, por razón que la ciencia es ocasión de vanagloria y soberbia, por lo cual son despreciados los que no tienen ciencia. Y por eso el Bolsero aconsejaba al Abad y Prior que quitasen los estudios, y mayor mente por el motivo del gran gasto que ocasionaban al monasterio.

2. Consideraron mucho el Abad y el Prior la propuesta del Bolsero; pero como el Abad era hombre muy santo y devoto, aunque no muy sabio, tenía buen juicio natural, acompañado con devoción, y por eso dijo al Bolsero estas palabras: "*En la ciencia natural hay un libro que trata de las virtudes morales*, y Blanquerna enseña en teología tres virtudes teologales; y así aquellas virtudes serán razón y doctrina para los estudiantes, como tengan humildad y conciencia, y nos honren y respeten a nosotros, que somos sus procuradores y proveedores en que ellos tengan ciencia; y por eso yo vivo en la esperanza que la vanagloria y soberbia no inclinarán sus corazones a cosa alguna contra nosotros que sea villanía ni maldad".

3. El Prior imaginaba, consideraba y deseaba frecuente-

mente ser Abad por muerte de éste; pero por cuanto se reconocía ser hombre de poca ciencia, consideraba que si el Abad muriese, de consecuencia sería elegido Blanquerna o alguno de sus discípulos; por cuyos celos el Prior vivía triste y melancólico, y deseaba que se perdiesen los estudios. Pero como el Abad era muy diferente y de santa vida, y estaba todos los días muy vigilante sobre las operaciones y porte de los monjes, viendo al Prior todos los días tan triste y pensativo quiso saber la causa de su continuada tristeza; *porque muy mal indicio es en el monje y cualquier religioso el estarse triste todo el día, mientras no lo esté por tener presente en su memoria los pecados que ha cometido o las culpas y defectos que hay en este mundo, por los cuales no se hace a Dios aquel honor y reverencia que le pertenece*".

4. Por eso el Abad mandó al Prior en virtud de santa obediencia, le revelase y declarase la tristeza que reinaba en su corazón. A que respondió el Prior diciendo: "que la causa de sus pensamientos y tristeza era cosa secreta, la que no convenía ser sabida, sino por vía de confesión. *Con esto entendió el Abad que la tristeza en que estaba el Prior no era virtuosa*; y acordándose del día en que el Bolsero le dijo aquellas palabras ya referidas, por esto el Abad refirió al Prior este ejemplo: "En cierta ocasión aconteció en este monasterio que un joven hijo de un ciudadano muy honrado quería entrar monje; pero su padre con otros amigos suyos vinieron aquí, y por fuerza, le sacaron del monasterio, diciendo que de ninguna de las maneras querían consentir que fuese monje de este monasterio, porque nosotros teníamos falta de ciencias y de saber, y consintieronle que se hiciera fraile de otra Religión, en que había muchos hombres de letras y ciencias".

5. Mientras el Abad hablaba con el Prior, diciéndole muy buenas palabras de consuelo, para librarle de la tristeza en que estaba, llegaron al monasterio dos religiosos extranjeros muy doctos, y vinieron con mucha reverencia a visitar al Abad, que estaba con el Prior, y aquel les recibió con mucho agrado, haciéndoles entrar en su cuarto, en donde se mantuvieron los cuatro juntos por gran rato hablando siempre de Dios. Los dos reli-

giosos proponían al Abad y al Prior algunas cuestiones de teología y de la Sagrada Escritura, pero ninguno de ellos sabía respondiese a aquellas cuestiones que los dos religiosos extranjeros un monje discípulo de Blanquerna, que estaba siempre manifestando gran contento y alegría, y le envió a llamar para que ponderles; y estando en esta conferencia, se acordó el Abad de proponían. Vino luego aquel monje y les soltó las cuestiones, y él les propuso otras, a que no supieron responder. A este tiempo el aposentador fué a llamar a comer a los dos religiosos, y habiéndose ya despedido, preguntó el Abad al monje cuál era la causa de estar siempre tan alegre y contento. “Señor, respondió el monje, tan grande es el gusto que recibo de lo que aprendo en la ciencia de filosofía, por la cual se me da ocasión de tener conocimiento de Dios, y me tengo por tan venturoso y bienaventurado de estar en la Religión y haberme huído del mundo, que de día y noche estoy en continuo gozo y alegría. Y mayormente porque mi ciencia me hace despreciar al mundo y la vanagloria, y me hace amar a Dios y a la humildad”.

6. El monje se volvió a oír la lección de Blanquerna, en la cual demostraba por razones naturales de filosofía cómo las criaturas significan a su Creador y a sus obras; y el Abad se quedó en su cuarto con el Prior, y le refirió este ejemplo: “En cierta ocasión sucedió, que entre el pino, la palma y la higuera hubo gran cuestión, ponderando cada uno la nobleza con que Dios le había dotado por naturaleza más que al otro. Alegaba el pino “que la piña y la cáscara del piñón estaban en él para conservar al piñón que era su semilla, la cual era conservadora de su especie y linaje, y por eso era él más noble que los otros”. La palma defendía su derecho y decía: “que ella era más noble, porque daba dulzura al dátíl, y en su hueso conservaba su naturaleza”. La higuera decía “que ella valía más que los dos, porque todo el fruto que ella daba era dulzura y todo bueno, dentro y fuera”. “Y así del mismo modo, dijo el Abad al Prior, puede ser consolada vuestra alma, porque nosotros somos la corteza y la cáscara, y Blanquerna y sus discípulos son el grano; nosotros somos lo que está por de fuera del dátíl, que el hombre come, y el hueso es

la conservación de las ciencias; y por esto, muertos nosotros, vendrá tiempo que todo este monasterio será semejante al fruto de la higuera; y en él habrá muy grandes y doctos eclesiásticos, muchos Abades, oficiales y estudiantes”.

7. Por las razones y símiles del Abad conoció el Prior su error, y empezó a descubrir sus faltas, confesando al Abad cómo la soberbia y vanagloria le habían inducido a la ambición de honores, con lo cual se quedó su alma aliviada del trabajo y molestia en que le había tenido la tristeza por mucho tiempo, y por eso dijo al Abad estas palabras: “En cierta ocasión sucedió, que un hombre muy rico estaba gravemente enfermo; y sentia mucho su muerte, porque había de dejar sus riquezas a su mujer y a sus hijos; y por la tristeza de su alma, y por el temor de la muerte era atormentado en dos maneras, de una parte por la enfermedad, y de otra por la tristeza de su alma.” Cuando el Prior hubo revelado sus pensamientos con este ejemplo, pidió perdón al señor Abad de sus faltas, y salió de la opresión de su tristeza, y recuperó la alegría en que antes solía estar.

8. En aquella tierra aconteció, que con motivo de celebrar el Rey sus Cortes para tratar negocios muy difíciles y de grande importancia, consultaba los grandes Barones y Prelados, y envió letras al Abad de este monasterio para que pasara a sus Cortes, con orden de llevar consigo a los más doctos y sabios monjes de su convento. El Abad y el Prior pasaron a las Cortes acompañados de Blanquerna y otros monjes; y en aquella Asamblea fué tan distinguido Blanquerna, que entre todos los dictámenes y consejos que se propusieron al Rey, sólo fué elegido y aprobado el de Blanquerna; y este predicó aquel día al Rey y a todo su pueblo, en que concurría un gran número de Prelados y religiosos, que fueron llamados a aquellas Cortes, y fué muy alabado del Rey y de todos los demás aquel sermón. Cuando el Abad y el Prior se restituían con Blanquerna al monasterio, le tocaban las especies sobre lo que había dicho en el Consejo y en el sermón; pero Blanquerna los divertía con otros asuntos, con el fin de mortificar en sí la vanagloria. El Abad regocijado ponderaba al Prior cuán grande era la gracia y virtud de Blanquerna, que así acertaba en

todos sus hechos, y el honor que por él habían recibido en aquel día todos los monjes de su monasterio, y cómo el Rey por el gusto y satisfacción que había tenido de Blanquerna había elegido sepultura en aquel monasterio.

CAPITULO LXV

De la acusación, con una digna reprehensión contra Prelados en aquello que obran mal. Y de qué, y dónde, y en qué manera debe hacerse la acusación entre religiosos, a imitación de Blanquerna y del Abad y Bolsero de aquel monasterio, como aquí se refiere.

POR NINGÚN PRETEXTO DEBE SALIR EL RELIGIOSO DE LO QUE LE PERMITE LA ESTRECHEZ DE SU ESTADO

I. Por el tiempo de la Pascua había ya Blanquerna concluido la lectura de sus libros a los estudiantes, y por el trabajo que había pasado en los estudios, el Abad y el Bolsero quisieron llevárselo a las granjas, para que su persona tomase algún recreo. Y a su partida del monasterio mandaron hacer prevención del pescado salado, salsas y otras muchas cosas para llevárselo; pero Blanquerna reprendió al Abad y Bolsero de esta providencia, diciéndoles que llevaban estas cosas para el viaje contra la virtud de la esperanza y pobreza; y porque convenía que ellos hiciesen su viaje acompañados de las virtudes, era muy justo que dejaran algunas de aquellas cosas que son contrarias a la vida austera, y semejantes a la vida activa. Muchas cosas de las que querían llevarse el Abad y Bolsero las hizo dejar Blanquerna con sus persuasiones, aunque el Bolsero contradecía con grande esfuerzo a Blanquerna, mayormente sobre las colchas, almohadas, tazas y jarros que había descargado de la mula. Mientras los tres estaban ya por camino, encontraron al Obispo que iba de paseo, y delante de él un sobrino suyo, a quien amaba mucho, con gran número de compañeros que cazaban con azores y halcones, y llevaban muchos perros de varias especies. El Obispo convidó

aquel día al Abad con sus compañeros, y juntos entraron en la ciudad y comieron con el Obispo, en cuya mesa se sacó gran variedad de viandas muy bien guisadas, se presentaron muchas fuentes doradas, y otra vajilla de plata, y gran multitud de familia, que comía todos los días en aquel palacio. Después de haber comido y rezado la oración acostumbrada, se levantaron de la mesa, y luego entraron allí algunos juglares con varios instrumentos, que bailaron y cantaron y decían muchas palabras contrarias a los versos que habían rezado al levantarse de la mesa. ' Señor, dijo Blanquerna al Obispo, aquí veo estos juglares, que se tienen por obligados a daros gusto y placer por haberles vos dado de comer; yo he comido con vos, y por esto, si fuese de vuestro agrado, quisiera también ser vuestro juglar, y deciros algunas palabras que fuesen de vuestras complecencia y provecho. Gustó mucho al Obispo y a los demás el que Blanquerna hablase y dijese lo que deseaba.

2. Entonces Blanquerna se levantó en pie, y empezó a reprender ágricamente al Obispo de la superfluidad de las viandas, que hacía guisar todos los días, de los vestidos, de la excesiva familia que mantenía, de la abundancia de vajilla de plata tan preciosa que tenía para la mesa; y sobre todo, le reprendía por el gusto que tomaba en oír aquellos juglares y bufones, que son enemigos del honor de Jesucristo, por el cual era él tan honrado, y quien había creado para él tantas criaturas con que daba placer a su persona. Y sacando Blanquerna un Santo Cristo que llevaba siempre consigo, lo enseñó al Obispo y a todos los que estaban allí, y porrumpió en estas vivas voces: *Muerto es Jesucristo y muerta es devoción. Para honrar a Jesucristo son dadas las prelaturas, dignidades, prioratos, canonicatos, pabordías, y otros muchos eclesiásticos beneficios; pero ¿quién es el que honra a Jesucristo? No vos, sino quien honra a su santa Pasión.* Lloró mucho Blanquerna en esta ocasión, y el Obispo y todos los demás quedaron muy avergonzados de aquella reprensión de Blanquerna; y el Abad y el Bolsero tomaron gran disgusto de la reprensión tan fuerte que había dado Blanquerna al Obispo.

3. El Abad y sus compañeros se despidieron del Sr. Obispo,

y fueron a hospedarse en un monasterio, en el cual había un célebre predicador que regía y gobernaba todo aquel monasterio, el cual, por respeto de aquel gran predicador, era muy respetado y frecuentado de toda la gente de aquella comarca. Aquella noche fueron muy bien hospedados y servidos en el monasterio el Abad y sus compañeros; y el Bolsero tuvo ocasión de conversar despacio con el predicador, y le aconsejó que se saliese de la en que estaba y entrase en su Orden. Cuando el Abad y Blanquerna hubieron salido de aquel monasterio, el Bolsero les dió parte cómo él había procurado y solicitado aquel religioso tan gran predicador, que viniese a tomar el hábito de su monasterio; pero Blanquerna, reprendiéndole fuertemente, le dijo estas palabras: "Envidia (que es defecto de caridad) soberbia, avaricia e injuria, todos estos vicios vienen en nuestra compañía. Aquellos buenos religiosos que esta noche nos han hospedado, han procurado agasajarnos, y carifiosamente nos han recibido y abrazado; y nosotros les hemos sensacado y hurtado un religioso, que es la honra y complemento de su comunidad. De esta maldad conviene sea hecha acusación en Capitulo y sea dignamente castigada".

4. Al anochecer fueron a hospedarse el Abad, Blanquerna y el Bolsero en otro monasterio, donde fueron muy bien recibidos; y mientras el Abad y Blanquerna hablaban con los religiosos que les enseñaban todo el monasterio, el Bolsero se estaba en contienda con uno de aquellos, diciendo que era mucho mejor y más bella la Iglesia, el claustro y Capítulo, el refitorio, dormitorio y demás partidas del monasterio de donde era monje que no la iglesia y demás cosas de aquel; y cuando hubieron altercado sobre esto, empezaron a disputar sobre la Orden de cada uno de ellos; y cada cual alababa de tal manera la suya, que decía mal de la otra, y mayormente el Bolsero. Blanquerna atendió muy bien a las palabras de éste, y guardólas muy bien en su memoria, para acusarle de ellas cuando entraría en su Capítulo.

5. Continuando su viaje el Abad, Blanquerna y el Bolsero, pasaron por un paraje muy delicioso y abundante de aguas, campos y viñas, árboles y muchos pastos, de que era dueño un rico hidalgo; y el Bolsero entonces dijo al Abad, "que toda la vez

que pasaba por aquel paraje, lo codiciaba para la Abadía, porque les sería muy provechoso y de gran cosecha." Pero el Abad preguntó al Bolsero: "si tendría el tesorero dinero bastante para comprarlo." A que respondió el Bolsero: "que todo el caudal que tenía el tesorero lo había de menester para pagar las deudas que habían contraído por la compra de un castillo; pero que en habiendo pagado aquellas deudas, irían ahorrando dinero para comprar aquel predio, y se moderarían en sus viandas, a fin que mejor y más prontamente lo pudiesen comprar, cuyo ahorro y moderación habían ya hecho en ocasión que compraron el castillo.

6. Blanquerna notó muy bien, y guardó en su corazón estas palabras, y dijo: "que aún no se habían apartado de su compañía la envidia injuria y avaricia, por lo cual así exclamó: "¡ Ah, infeliz, cuán grande es el error de este mundo! Pues no está defendido el religioso de pecado por el hábito que viste, sino por la caridad y por la justicia. ¡ Comer habas y lentejas, beber vino pasado y agrio, llevar largos hábitos, dos capillas y estribos de madera, y levantarse a maitines! ¡ Por qué no ayudáis a la justicia y caridad, para que estén en nuestra compañía?" Y dicho esto, rogó al Abad que se volviese al monasterio; porque su alma estaba muy trabajada y turbada, y deseaba recrearse en compañía de sus discípulos hablando con ellos de Dios.

7. Cuando el Abad, Blanquerna y el Bolsero se hubieron restituído a su monasterio, habiendo entrado en Capítulo, Blanquerna acusó al Abad y al Bolsero del grande equipaje que llevaban por el camino cuando se partieron del monasterio, y dijo: ' que el hombre constituido en Religión debe tener complacencia, cuando en su viaje experimenta alguna falta o necesidad de algunas cosas; porque aquella penuria le es ocasión de tener esperanza, paciencia, pobreza y humildad, y a los rústicos y demás personas que encuentra por el camino, les sirve de buen ejemplo."

8. El Abad y el Bolsero acusaron también a Blanquerna, porque reprendió tan fuertemente al Obispo, quien les había convidado; pero Blanquerna se excusó diciendo: "*La caridad, verdad, justicia y fortaleza me hacían reprender al Obispo*, el cual "no podía darme ni ocasionarme daño alguno en la vida corpo-

"ral ni espiritual. Y si yo hubiese tenido rubor y miedo en reprehenderle, ¿en dónde estarían las virtudes sobredichas? Y si yo me avergonzara y temiera de hablar lo que es razón que diga, ¡sin duda me tendría por gustoso de callar el deshonor e injuria que se hace a mi Señor, Creador y Salvador! Amar y acordarse de Jesucristo, y aborrecer por El todo mal, se conviene contra el comer y holgarse, olvidando el honor y las gracias que deben darse a Dios."

9. Blanquerna se excusó muy bien, porque tenía buen derecho, y acusó al Bolsero, porque quiso sonsacar y hurtar aquel buen predicador a los religiosos, que los habían hospedado tan cortesantemente; y con muy fuertes y verdaderas razones, probó Blanquerna cómo envidia, falsedad, injuria, villanía y codicia reinan en aquellos que sonsacan los unos religiosos de otros; siendo contra la ley de comunidad cualquier religioso que sonsaca de cualquier Orden a otro religioso; y puede aquel tal, por vicio de propiedad, ser acusado y castigado.

10. *Alabar alguna Religión contra la irregularidad de otra Religión, es cosa lícita; pero alabar una Religión sobre otra Religión, es decir mal de ésta; y es contra comunidad, caridad, justicia, hermandad y unidad de Dios.* "Codiciar villas y castillos es avaricia y propiedad. Empeñarse y pedir prestado para adquirir villas y castillos y muchas posesiones, es hacer compañía de religioso y de hombre seglar, y es hacer injuria a la pitanza y abstinencia del convento y a las limosnas de los pobres. Empeñar el monasterio por la necesidad de la comida, que falta por causa de la peste, o por falta de lluvias, o por otras causas naturales, es cosa muy lícita, y lo es igualmente usar de la abstinencia y moderación en las provisiones y en el comer, con el fin de servir a Dios. Y por eso dijo Blanquerna que acusaba al Bolsero de todos los antedichos cargos, y quería que en su presencia le fuese dada una buena disciplina."

11. Sentenciado fué el Bolsero a pasar por algunas disciplinas, a cuyo fin uno de aquellos monjes trajo un manojo de mimbres atados, y queriendo sacudir al Bolsero con todo aquel manojo, se opuso Blanquerna, y tomó las mimbres, y desatólas di-

ciendo, "que muchas mimbres significaban vanagloria en dar disciplinas, porque causaban daño a la persona en cuanto la cascaban, y no daban tanto sentimiento la pasión, como una varilla sola." Y por esto el Bolsero fué disciplinado con una sola mimbre, por lo cual sintió mayor pasión que la que habría tenido con todas juntas. Y desde entonces fué ordenado y establecido que en adelante se diesen las disciplinas sobre las carnes desnudas con una sola varilla.

12. Muy confuso y avergonzado se quedó el Bolsero en esta ocasión, y quiso excusarse de algunas cosas, diciendo estas palabras: "La razón porque yo soy acusado de envidia y codicia es contra justicia y caridad, las cuales me hacen desear que el monasterio tuviese muchas villas y castillos y posesiones, para que en este monasterio pudiese haber muchos monjes, y pudiese hacerse mucha limosna." Pero Blanquerna respondió: "que Nuestro Señor Jesucristo podía haber tenido en este mundo la compañía de muchos príncipes, si los hubiese querido; pero que para significarnos y demostrarnos humildad y pobreza, quiso elegir la compañía de pobres hombres y pocos, para destruir la soberbia y vanagloria; y por esta razón es mucho mejor querer y desear la santidad de pocos hombres, que no la multitud de muchos en quienes se halle defecto, engaño y pecado; y que mayor limosna dió Santa Sofía en la edificación de la iglesia de Constantinopla, que no el Emperador; porque más agradable era a Dios aquella malla que ella daba todos los días a aquella obra, que todo cuanto el Emperador expendía; por cuya malla se edificó y concluyó la Iglesia. Y porque vos, padre Bolsero, os habéis excusado contra justicia y contra verdadero arrepentimiento y contrición, conviene que otra vez hagáis satisfacción con disciplinas"; por lo cual el Bolsero fué otra vez castigado con disciplinas por razón que su excusa no valía nada.

CAPITULO LXVI

Cómo Blanquerna fué elegido sacristán y ordenado de Sacerdote después de haber utilizado al convento y a los monjes con las ciencias que enseñaba, y de la alta contemplación y santa vida en que vivía siendo sacristán.

PROPÓNESE PRINCIPALMENTE EL MODO CON QUE DEBEN EXAMINARSE VISIONES, Y RESISTIRSE LAS TENTACIONES

1. Por tanto tiempo continuó Blanquerna en leer y enseñar a sus discípulos, que muchos de ellos se aprovecharon maravillosamente, y salieron grandes maestros y grandes predicadores y muy devotos. Por la fama que se divulgó en todas aquellas tierras de la gran doctrina que Blanquerna enseñaba en aquel monasterio, muchos monasterios enviaban a aquél monjes para aprender la doctrina de Blanquerna, y muchos hombres de aquella comarca se aficionaron a aquel monasterio por la doctrina y predicación de Blanquerna y de sus discípulos; en tanto que en él fundaron capellanías perpetuas en sufragio de sus almas y de todos los fieles difuntos. Grande fué el bien y la utilidad que granjeó aquel monasterio por la ciencia que en él enseñaba Blanquerna.

2. Regentando aún Blanquerna su magisterio, aconteció pasar el padre sacristán de ésta a la mejor vida; y descando Blanquerna con vivos afectos estarse todos los días en contemplación, lo lo podía conseguir por las ocupaciones del estudio en que vigorosamente trabajaba. El Abad y todo el convento determinaron que Blanquerna fuese sacristán, y que otro monje, que era ya gran maestro en la ciencia que Blanquerna le había enseñado, gobernase la escuela en lugar de su maestro. Con que nuevamente fué ordenado Blanquerna de Sacerdote, habiendo recibido con gran temor y reverencia aquel sagrado oficio, reputándose por indigno de recibirlo, y humilde y secretamente cantó Misa nueva sin fausto ni vanidad alguna. Fué asimismo nombrado sacristán,

y cuidaba de tener muy limpia la iglesia y todo cuanto pertenecía a su oficio. Celebraba Misa todos los días y estaba en oración. A la noche dormía en el suelo delante del altar para honrar a la Virgen Santa María. Los lloros y oraciones que hacía Blanquerna, ¿quién las pudiera referir? El alto modo que usaba en su contemplación fervorosa, ¿quién le pudiera explicar? Y el arte que tenía en elevar su alma a Dios, ¿quién lo pudiera saber?

3. Sucedió una noche que Blanquerna después de las Completas se estaba en oración, y por la grande abundancia de devoción, derramaba copiosas lágrimas, y meditaba cómo mientras el Sacerdote estaba en el santo sacrificio de la Misa, que allí estaban presentes los ángeles haciendo reverencia y honor al santo sacrificio y sacratísimo Cuerpo de Jesucristo su Señor. Muy fuertemente concibió Blanquerna esta consideración, y mientras estaba en este pensamiento, y vencido del sueño, soñó todo cuanto había meditado, y consideró que por influjo de la grande imaginación que tenía, cuando velando pensaba y meditaba en el sagrado ministerio referido, le parecía cuando dormía que él cantaba la Misa, y que San Miguel y San Gabriel se la ayudaban. Dos o tres veces se despertó Blanquerna aquella noche, y cada vez que se dormía, tornaba en aquel sueño mismo. A media noche se levantó a tocar la campana, y cantó los Maitines con los monjes, y después púsose en oración y revocó a la memoria todo cuanto había soñado aquella noche. Mientras Blanquerna recordaba todo esto, se revistió para cantar Misa; y cuando estuvo ya delante del altar, le pareció que a cada un lado del altar veía un ángel con alas, y que en la una mano tenía cada cual una cruz y en la otra un libro. Quedóse Blanquerna muy admirado de esta visión, y fué de opinión que fuese realmente así como a él le parecía; pero Blanquerna no quiso adelantarse a decir Misa, hasta que salió de aquella duda; y por esto prontamente recurrió a las virtudes, con las cuales a toda hora se había ayudado en sus necesidades. Y primeramente la justicia le hizo acordar su indignidad de poder ver a los ángeles. La prudencia le dió inteligencia, cómo por el exceso e influjo de la consideración, y por la flaqueza del cerebro y del sentido de la vista, que se le había debilitado

por la abstinencia y v'galias, y por la gran vivacidad de su corazón, la imaginación le fantaseaba y representaba algunas vanidades con semejanza de verdad. La fortaleza fortificó su corazón contra la potencia imaginativa, la cual alguna vez imaginaba alguna desordenación, de la cual tomaba la vista algunas vanas semejanzas contra la verdad. Por todas estas virtudes fué ayudado Blanquerna hasta que fué librado de la duda en que había entrado, y después pasó a celebrar Misa muy devotamente, como siempre había acostumbrado.

4. Una noche aconteció, que estando Blanquerna solo en la iglesia, imaginó los demonios y sus horribles figuras, que toman cuando quieren espantar y atemorizar a los hombres; y mientras se hallaba preocupado de esta consideración, sintió entrar en su corazón un grande espanto, por lo cual tuvo gran miedo de estarse solo en la iglesia, y estuvo en resolución de irse a dormir aquella noche en el dormitorio con los otros monjes; pero en este intermedio se acordó y conoció que era tentado contra la fortaleza y contra la prudencia, para que estas virtudes fuesen en él más exaltadas, cuya exaltación adquirieron cuando Blanquerna se acordó del grande y perfecto poder de Dios, que podía así igualmente defenderle estando solo en la iglesia, como en el dormitorio en compañía; y con esto fortificó su corazón contra la tentación y el miedo que tenía; y poniéndose en oración se acordó cómo el gran poder de Dios, que había querido que Blanquerna fuera tentado, como se ha dicho, era tan poderoso en un lugar como en todos.

5. De muchas y varias maneras era tentado Blanquerna de día y de noche; pero luego que sentía la tentación, inmediatamente traía a su memoria las siete virtudes; y según aquella virtud que era más conducente para mortificar la tentación, adoraba a Dios en aquellas virtudes increadas que se representaban a Blanquerna por el recuerdo que tenía de las siete virtudes creadas; y cuanto más era tentado y mayor el combate con la tentación, tanto más elevados eran sus méritos; y por esto loaba y bendecía a Dios, que le daba ocasión, como fuesen grandes sus méritos, para que la divina justicia le diese gran gloria. En esta

forma vivía Blanquerna, y servía a Dios todos los días. Grande era la virtud que Dios Nuestro Señor manifestase de Sí mismo en Blanquerna, porque era éste luz y ejemplo a todos los otros monjes, y a las demás gentes de aquella tierra, como todos viviesen y perseverasen en santa vida; y por la santa conversación de Blanquerna, enviaba Dios su bendición sobre todos los moradores de aquella comarca y a todas las demás tierras circunvecinas con salud, paz y abundancia de frutos espirituales y temporales; y todos asimismo bendecían y loaban a Dios por tanta virtud como había dado a un hombre, por el cual muchos hombres adquirían muchas virtudes y abundaban de todos los bienes.

CAPITULO LXVII

Cómo Blanquerna fué elegido Abad, y del gran disgusto que le causó, y de la tristeza en que vivía, a causa de que las ocupaciones y negocios temporales de su ministerio no le daban lugar de contemplar a Dios tan altamente como cuando era sacristán.

GRAN DOCTRINA PARA LOS ELECTORES Y ELECTOS

1. La avanzada edad del señor Abad no daba ya lugar a su cansada persona en poder satisfacer y cumplir con todos los negocios y necesidades del monasterio; y habiendo entrado en Capítulo con toda la comunidad, les pidió misericordia, diciendo estas palabras: “Mucho tiempo ha que por vosotros, señores míos, se me está haciendo el honor de tenerme por vuestro Superior. Indigno me confieso de tan grande honor, que he recibido. A tiempo he llegado ya en que me veo desposeído de fuerzas en mi persona; por cuyo motivo soy yo mucho más indigno de ser vuestro pastor. He llegado ya al fin de mis días, y por esto quiesiera estarme sujeto a alguno de vosotros, para que así pudiese ser yo más obediente. Y por esto os ruego muy de veras que tengáis compasión de mí, y elijáis entre vosotros a alguno por Abad; y si yo en algo hubiese faltado, o cometido algún error contra vosotros, os pido perdón, y os suplico me lo perdonéis.”

2. De común consejo y acuerdo de Blanquerna y de toda la comunidad fué resuelto conceder al señor Abad la gracia que les había pedido, para significar y demostrar caridad y justicia, las cuales requerían que se le fuese dado el premio correspondiente al trabajo en que por mucho tiempo había perseverado y prestado en guardar y servir a sus ovejas. La caridad quiso que al Señor Abad se le fuese señalado un puesto conveniente en alguna granja del monasterio, donde se estuviese y viviese por todos sus días; y también un monje para que le sirviese; y asimismo se le diese a su cuerpo alguna pitanza con que prolongase más su vida. El Abad dió muchas gracias a todo el Capítulo por la misericordia que le habían concedido, y les entregó el sello de la Abadía, renunciándola en presencia de todo el Capítulo; y todos los monjes determinaron y ordenaron que el Señor Abad se quedase con ellos hasta tanto que hubiesen elegido nuevo Abad.

3. Fué acordado por los monjes, que conforme el *Arte de elección* en que fué elegida Sor Cana en Abadesa, fuese elegido también el Abad; y habiendo preguntado los vocales a Blanquerna cuál de los monjes le parecía más digno para Abad, respondió con estas palabras: "Común hermandad es la caridad entre nosotros: luego se sigue, que para significar que la caridad sea común virtud, y para dar buen ejemplo de nosotros mismos, sería cosa muy conveniente que eligiésemos en Pastor algún Obispo de estas vecindades, que fuese hombre de más santa vida que otros Obispos". Respondieron los Padres Vocales, diciendo: "que no era costumbre en su Orden de elegir en Abad hombre que no fuese de su Religión; y mayormente, que ellos no creían que Obispo alguno quisiese dejar su Obispado y entrar en su Orden para ser Abad, por razón de que el Obispo tiene más amplia regla que el Abad".

4. Replicó Blanquerna a los Vocales, diciendo: "que muchas veces sucedía, que de Abades elegían a muchos Obispos; y por eso era grande razón, que de los Obispos se eligiese alguno en Abad; siendo así, que el ser Abad se convenga más con la vida contemplativa, que no el ser Obispo, y esté más con la vida

activa que no el Abad; luego como la vida contemplativa sea mejor y más cercana a Dios que la vida activa, y de la vida contemplativa pasan los Abades para ser Obispos a la vida activa, con mucha mejor razón pueden y deben pasar los Obispos de la vida activa para ser Abades a la contemplativa. Y por esta razón es y será cosa muy buena que de aquí en adelante se introduzca la costumbre, que el Obispo pueda y deba ser elegido Abad, para que de este modo la vida contemplativa sea exaltada y amada sobre la vida activa. Y así, dijo Blanquerna, según mi entendimiento y mi voluntad, hallo ser bueno que elijamos en Abad a algún Obispo”.

5. El uno de los siete Vocales del Capítulo era el Bolsero, y dijo a Blanquerna, “que si eligiesen en Abad a algún Obispo u otra persona extraña de la Orden y de su monasterio, sería dar a entender que en él había falta de buenas personas dignas de ser elegidas para Abad; por lo cual no convenía fuese elegido para este ministerio Obispo alguno, mayormente cuando él creía que no era posible se encontrase Obispo que quisiese dejar su Obispado para ser Abad”. A esto respondió Blanquerna: “Las palabras del Bolsero significan soberbia, vanagloria, desesperanza y propiedad, contra la justicia, caridad y esperanza: *Porque la prudencia quiere que la mejor persona sea elegida: la caridad hace comunidad en diversidad de Ordenes: la justicia condena la propiedad en aquello que debe ser común caridad y hermandad; y la esperanza hace acordar que si Nuestro Señor Dios Jesucristo sufrió muerte y Pasión por los hombres que poseen Obispados, por consiguiente, que nosotros encontraremos algún Obispo, que para honrar a Jesucristo, quiera dejar su Obispado para la Abadía*”.

6. El Bolsero dejó esta razón que primero había propuesto contra Blanquerna, y tomó esotra, diciendo así: “El Abad debe estar acostumbrado a comer de nuestras viandas, de seguir la comunidad, y debe estar bien instruído de nuestras costumbres, a fin que sea luz y ejemplo a todos nosotros, para que estemos y perseveremos en todas buenas obras; y por eso no me parece que hombre alguno que esté fuera de nuestra Orden, sea tan con-

veniente y a propósito para ser Abad, como uno que haya perseverado por mucho tiempo ordenadamente en la regla de nuestra Orden". "Padre Bolsero, respondió Blanquerna, aún va siguiendo vuestra voluntad el camino y captividad de la desesperanza, pues que Dios que os ha dirigido y enderezado en nuestra Orden, puede dirigir y acostumar a otro religioso extraño, si entrase en nuestra Orden, en todas las costumbres de la Religión". Mientras Blanquerna y el Bolsero se contendían de este modo, aquel Obispo a quien Blanquerna había reprendido tan fuertemente cuando les convidó, como arriba se dijo, vino a aquel monasterio, y cesaron las controversias de Blanquerna y el Bolsero, y salieron todos los monjes a recibirle y hacerle honras a él y a toda su familia.

7. El Obispo quiso hacer grande honra a aquel monje, que había renunciado la Abadía, según el honor que corresponde hacerse a todo Abad. Pero aquel monje refirió al Obispo la gracia que el Capítulo le había concedido, habiendo resignado y renunciado la Abadía; y como le había asignado una granja muy deliciosa, donde pudiese vivir fuera del monasterio, y dar en aquel lugar alguna pitanza a su cansado cuerpo, algo mayor de la que en el monasterio podía haber significado a la comunidad. El Obispo tuvo gran complacencia de lo que el monje le dijo, y le rogó muy de veras le quisiese admitir en su compañía, para que ambos a dos pudiesen contemplar en Dios. Apreció mucho el monje la compañía del Obispo, y juntos se fueron a habitar en aquella granja; y aunque el Obispo llevaba toda su familia, pero no se quedó con él, sino un solo criado. Largo tiempo estuvo aquel Prelado con el monje haciendo penitencia, empleando los días su conversación en cosas de Dios y de su gloria, y de la vanidad de este mundo con desprecio de ella.

8. Después de todo eso, el Bolsero con los demás Vocales se juntaron otra vez en Capítulo para hacer elección de Abad, y discurren por el Arte cuál de todos los monjes del monasterio era más suficiente para ser Abad cual necesitaban, y fué manifestado a todos los Vocales, que Blanquerna debía ser elegido, según todas las condiciones que convienen al que ha de ser Abad,

a excepción de una sola condición, a saber, que Blanquerna era hombre mucho más amante de la vida contemplativa que de la activa; como al oficio de Abad conviene más la vida activa que la contemplativa, para que así contribuya mejor con su providencia a las urgencias del monasterio; por eso fué disputado con los Vocales la cuestión de si por aquella condición debía Blanquerna ser excluido del oficio de Abad. Más uno de los Vocales satisfizo a los otros, diciendo: "Así como nuestro maestro Blanquerna nos ha enseñado el modo cómo con las virtudes socorramos a nuestras necesidades, conviene también que en este caso recurramos a la esperanza y a la justicia, y confiemos en la santa vida contemplativa en que Blanquerna se ejercita, que satisfará en su vida activa por la justicia a todos nosotros, tanto o mucho mejor como si fuese más ejercitado en la vida activa que en la contemplativa. Por lo cual, no dudemos en elegir a Blanquerna por Abad, y que sea nuestro Pastor, pues ha sido primero nuestro maestro y doctor".

9. En vista de todas estas razones concordaron unánimes todos los capitulares, y eligieron por su Abad a Blanquerna, y publicaron a él y a todos los otros monjes la elección que habían hecho. Muy sensible fué para Blanquerna esta elección, y alegaba muchas razones para excusarse y probar que él no debía ser Abad; pero ninguna de estas razones quisieron admitir los monjes; antes bien, quisieron absolutamente que lo fuese. En fin, Blanquerna fué Abad, y siéndole preciso todos los días perseverar en su oficio, ocupado en tratar y pensar en las cosas temporales, le embarazaban éstas para meditar en las cosas espirituales y celestiales. Y por esta causa lloraba Blanquerna, por la servidumbre en que había parado, y deseaba la libertad para poder contemplar a Dios, y meditar la santa Pasión de su Redentor, por lo cual exclamó diciendo:

10. "Virtudes amigas, vosotras que solíais ayudarme y me guardásteis y librásteis de la servidumbre en que mis padres Evast y Aloma querían sujetarme, ¿adónde os habéis ido? Y ¿por qué no me habéis ayudado contra la servidumbre en que he venido a parar?" Mientras Blanquerna desahogaba su cora-

zón con esas palabras. En su consideración encontró a la fortaleza y a la prudencia, que le decían mentalmente: "Fuerte es el corazón que no cuida de soberbia por honor de Abadía, ni por ser señor de muchos hombres. Obediente es el Abad por fortaleza de corazón, cuando finge aquello mismo que su entendimiento le dicta que ha de seguir, como es el convento y entrar en la enfermería". Al tiempo que la fortaleza así le hablaba, respondió la prudencia diciendo: "Que en los méritos de todos los monjes entra en parte el Abad, cuando tiene ordenada su voluntad a ser servidor y súbdito de todos los monjes. Grande soy yo, dijo la prudencia, en gobernar a una persona; pero mucho mayor soy en gobernar a muchas personas; y por esto la justicia y el mérito se concuerdan mejor en mí, que no solían antes de ahora".

11. Por lo que la prudencia le significaba aumento de gloria, quiso alegrarse Blanquerna; pero la caridad le hizo acordar que él no podía contemplar en Dios tan bien como antes solía; *y porque amaba más a Dios que a su mérito y gloria*; por todo esto, la caridad y los cariños al tiempo pasado en que solía contemplar a Dios a su medida y gusto, le hicieron llorar dilatadamente.

12. En esta disposición se estaba Blanquerna y permaneció por largo tiempo con el oficio de Abad; y por devoción de lograr algún recreo y consuelo, se pasaba muchas veces a la granja en donde moraban el Obispo y aquel monje que fué Abad, y junto con ellos recreaba su persona algún poco y su alma con la contemplación de Dios Nuestro Señor.

COMIENZA EL LIBRO
DE
A V E M A R I A
EN ALABANZA

DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS, DIVIDIDO EN CAPITULOS SEGUN
LA ORDENACION Y NUEVA MANERA DE DEVOCION DEL ABAD
BLANQUERNA

CAPITULO LXVIII

Que trata de la manera en que el Abad Blanquerna ordenó y estableció la celda de AVE MARIA, para con dichas palabras saludar en ella, loar y contemplar a la Virgen María.

DEVOTAS MEDITACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS: AVE MARIA

1. Blanquerna, como va dicho, fué Abad de una Abadía muy honorífica, de una comunidad muy numerosa, rica y de muchas rentas; y pensaba todos los días cómo pudiese por algún nuevo modo servir más y honrar a la Virgen María. Estábase un día considerando y meditando en el honor de Nuestra Señora Santa María; y por la divina virtud fué inspirada su voluntad, que edificase en el monasterio un cuarto o celda en puesto apartado, para habitar un monje, que todos los días se ocupase en saludar en ella a la Virgen María, y que allí comiese y durmiese sin seguir a la comunidad, y que fuese jubilado y exento de todas aquellas obligaciones por donde mejor pudiese estudiar, saludar y contemplar a la Virgen Santa María. Y con efecto, el Abad Blanquerna hizo edificar aquella celda, imponiéndole el título y nombre de AVE MARIA.

2. Después de edificada esta celda entraron en Capítulo el Abad con todo el convento, y dijo estas palabras: “Toda la ma-

por honra que la criatura haya podido recibir de su Creador fué hecha en el vientre virginal de la humilde Virgen Nuestra Señora Santa María, cuando el Hijo de Dios tomó en él carne humana. Y por esta razón conviene que nuestra Orden, la cual está bajo el título e invocación de la Virgen María, honre con todos sus poderes a la Virgen Santa María. Y por eso yo deseo saber quién de vosotros quisiera saludar todos los días a la Virgen María, estándose perenne en la celda que tiene por nombre AVE MARIA". Muchos fueron los monjes que deseaban habitar aquella celda y servir un tal oficio. Pero el Abad dijo "que el monje que había de tener aquel encargo convenía que fuese un grande eclesiástico y docto en muchas y varias ciencias, para que supiese elevar mejor su entendimiento en contemplar y saludar a la Virgen María, y convenía también que aquel monje fuese muy devoto y de santa vida. Según esto, fué elegido entre todos aquel monje, en quien concurrían mejor las condiciones referidas.

3. Aquel monje elegido fué a ocupar aquella celda de AVE MARIA, y en ella tenía sus libros, su silla y una imagen de Nuestra Señora; y un fraile lego le traía todos los días la ración del convento. El monje decía Misa todos los días en la iglesia, e iba con libertad por todo el monasterio, y hablaba con cualquier que quisiese, y gozaba de otros muchos privilegios. Sucedió un día que el Abad entró en la celda de AVE MARIA, y quiso saber de qué manera saludaba el monje a la Virgen María; y luego el monje se arrodilló delante de la imagen de Nuestra Señora, como acostumbraba, y dijo estas y otras muchas palabras:

4. AVE MARIA: Salúdate este tu siervo de parte de los ángeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Mártires, Confesores y Vírgenes; y salúdote yo de parte de todos los santos de la gloria. AVE MARIA: Saludos te traigo de todos los cristianos, justos y pecadores. Los justos te saludan, porque eres Tú digna de salutación, y porque eres esperanza de su salvación. Los pecadores te saludan, pues que te piden perdón y tienen esperanza que con tus ojos misericordiosos mires a tu Hijo bendito, para que El tenga misericordia y piedad de sus culpas y pecados, ha-

ciéndole recuerdo Tú, Señora, de su gran Pasión, que sufrió por ellos y para perdonarles sus pecados.

5. AVE MARIA: Saludos te traigo de parte de los moros, judíos, griegos, mogoles, tártaros, turcos, búlgaros, húngaros de Hungría la menor, comanes, beduínos, asaninos, surianos, jacobinos, nestorianos, marotinos, russios, armenios y georgianos. Todos estos y otros muchos cismáticos e infieles te saludan por mí, que soy su procurador. En tu salutación lo pongo, para que tu Hijo piadoso quiera acordarse de ellos, y Tú, que eres madre de misericordia, consigas de El que les envíe devotos predicadores, que los dirijan y enseñen a conocerle y amarte, y a tu Hijo glorioso, de tal modo, que puedan salvarse, y en este mundo sepan de todo su poder servirte y honrarte a Tí y a tu Hijo bendito.

6. AVE MARIA: Estos infieles, por quienes te saludo, viven con ignorancia de tu salud, y del honor grande que Dios te ha dado. Hombres son semejantes en figura y naturaleza a la de tu Hijo, a quien Tú amas tanto, y por quien eres Tú tan honrada y amada. Perdidos, se van todos los días al fuego perdurable por la ignorancia que tienen de El; y la gloria perdurable de tu Hijo glorioso va perdiendo, porque ninguno les predica ni enseña la verdad de la santa fe católica. Bocas tienen con que podrán alabarte si te conocen; corazón tienen, con que podrán amarte; manos tienen, con que podrán servirte, y pies tienen, con que podrán caminar por tus carreras. Digna eres Tú, Señora, que por todas las gentes y por todas las tierras del mundo seas conocida, amada, servida y honrada. Salúdante todos mucho por mí, pidiéndote tu gracia y bendición.

7. AVE MARIA: Conviene llorar, y hacer penitencia, y sufrir áspera vida, y me conviene también, Señora, que te ame, te alabe, te sirva y te conozca por todos los días de mi vida, para que mis saluciones te sean más agradables. Lloraba el monje con exceso mientras saludaba a la Virgen Santa María, y lloraba también el Abad Blanquerna por la devoción del monje y las saluciones devotas que daba a la Virgen María. La dulzura y virtud que había en los dos mientras lloraban y saludaban a la Virgen María, ¿quién os la pudiera decir? Y la piedad y compasión

que tenían de los infieles olvidados por los fieles, ¿quién os la pudiera referir? “Amable hijo, dijo el Abad, saluda, saluda muchas veces a la Virgen María, la cual es nuestra salud y bendición, en cuya salud son salvados aquellos que sin su salud fueran ultrajados y condenados. En nuestra madre Eva fué nuestra condenación, y en la Virgen Santa María es nuestra salvación. María es luz y resplandor iluminado e iluminante contra las tinieblas y pecados, sin defecto alguno. *Ave es un ser sin malicia y sin defecto.* Saludemos, pues, y amemos a la Virgen Santa María, en la cual y por la cual conseguiremos virtudes, con que vencemos a los vicios. Acuérdate, hijo, cómo son muchos los que no saludan a Nuestra Señora Santa María, y cuán bienaventurados son aquellos que Nuestra Señora Santa María ama y recuerda, por aquel tan noble recuerdo y tan piadoso afecto que la tuvieron. Mira ; cuán grande es el cielo y cuán bellamente iluminado por el sol, por la luna y las estrellas todas ! ; Mira la tierra y el mar, los hombres, las aves, las bestias, las plantas, las yerbas y peces, y todos los demás vivientes del mundo ! Todo cuanto tiene ser, es todo en servicio de la Virgen Santa María, y todo es de su Hijo, que lo ha creado todo. Saluda, pues, hijo, a la Virgen Santa María, amándola y acordándola, pues ella no cesa de acordarse y de amar y ayudar a todos aquellos que la saludan con elevado entendimiento, y salúdala y llora con afectuosa voluntad, pues le agrada mucho a Nuestra Señora Santa María este género de salutación. Reconoce, pues, hijo, todos los poderes de tu alma, y mira si los empleas todos en saludar a la Virgen María”.

8. Mientras el Abad esforzaba y animaba al monje de AVE MARIA en saludar a Nuestra Señora cuanto podía, dijo éste al Abad estas palabras: “Vencido está mi poder, y elevado es el honor de la Virgen Santa María. No puedo ya más amar, ni puede mi discurso más altamente ascender, ni mi consideración considerar. Acá abajo, pues, me conviene quedarme en mis defectos; y si pudiera, quisiera más fuertemente llorar, amar y saludar a la Reina de los Cielos, de la tierra y del mar. Consolado y alegre me tiene la Virgen Santa María todas las veces que la

saludo, pues su salutación es toda mi compañía, mi descanso y mi consuelo”.

9. Grande admiración y gusto tuvo el Abad del monje de AVE MARIA por el admirable modo con que saludaba y sabía saludar y contemplar a la Virgen María; y por esto muchas veces en la semana venía a saludarla con el monje, para honrar a Nuestra Señora, y para que le ayudase a llorar, y cada cual por sí pudiese más vigorosamente exaltar su alma a honrar y contemplar a la Virgen Santa María. Hombre de tan santa vida fué aquel monje de AVE MARIA, que muchos de los monjes del monasterio, por su ejemplo, servían más devotamente a la Virgen Santa María.

CAPITULO LXIX

De GRATIA PLENA, y de la celda que hizo el Abad Blanquerna en el monasterio para loar en ella, por aquellas palabras a la Virgen María.

DEVOTAS MEDITACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS: GRATIA PLENA

1. En un tiempo sucedió que, por falta de lluvias, se experimentó en aquella tierra gran carestía de trigo, en cuya ocasión el Abad hacía grande limosna a todos los pobres que venían a aquel monasterio, y por razón del hambre que se padecía en aquella tierra, y por la excesiva limosna de pan y de legumbres que se daba en el monasterio a cuantos en él recurrían, creció el número de los pobres que iban allá a tomarla. Un día aconteció que el Bolsero entró a reconocer los graneros del monasterio, y halló que la grande limosna que daba el Abad no podía durar mucho; porque el convento no tenía trigo para su abasto, que pudiese bastar hasta la cosecha del nuevo; por lo cual estuvo muy disgustado el Bolsero, y dijo al Abad que suspendiese la limosna que hacía, porque era tan poco el trigo que había encontrado en los graneros y en las granjas, que en breve había de faltar para el convento.

2. Muy desconsolado quedó el Abad por lo que el Bolsero le dijo, y luego se fué a las granjas junto con el Bolsero, para ver si era tanta la falta de trigo como éste le había dicho. De camino que se restituían los dos al monasterio, el Abad se fué solo a una granja, de la cual cuidaba como granjero un fraile lego, que amaba y honraba sobre todas las cosas la Virgen María; y en toda aquella granja no se encontró más que un silo de trigo. Mal contento estuvo el Abad de haber encontrado tan poco de trigo, y tuvo gran dolor y compasión, porque había de cesar aquella gran limosna del monasterio; por cuyo dolor sintió su alma gran tristeza y sus ojos derramaron muchas lágrimas. El fraile granjero preguntó al Abad por qué lloraba. "Buen hijo, respondió el Abad, llorar me es preciso la muerte de los pobres, que sin duda habrán de morir de hambre si cesare la limosna que se acostumbra dar en este monasterio, la cual habrá de cesar por la falta que tenemos de trigo". "Señor, dijo el fraile, a honor de la Virgen Santa María haced limosna como hasta aquí lo habéis acostumbrado, que yo os proveeré de trigo bastante para todo este año; y no lo dudéis, señor, que yo os doy por fiadora la Virgen María, la cual es llena de gracia". Respondió el Abad: "Tan abonada y suficiente es la fianza, que seríamos muy culpables si la rehusáramos y cesara la limosna".

3. Con grande alegría se volvió el Abad al monasterio, y continuó todos los días en dar limosna, como lo había siempre acostumbrado; pero por la continuación del tiempo y la multitud de pobres que recibían limosna, se acabó el trigo del monasterio y de todas las granjas, a excepción del trigo que había en el silo de la granja de aquel fraile que había dado por fianza la Virgen María. El Abad envió orden al granjero que le remitiese trigo, como lo había aprometido; y éste se fué a abrir el silo, y remitió la mitad del trigo que había en él. El Abad envió otra vez por trigo al granjero, y éste, abriendo el silo, lo encontró como lo había dejado medio de trigo, y lo envió todo al Abad. Cuando el fraile hubo cerrado el silo y cargado todos los bagajes del trigo y partídose ya del monasterio, entonces dijo: AVE MARIA, GRATIA PLENA, como acostumbraba; y al decir GRATIA

PLENA, se admiró mucho de que el silo estuviese vacío y sin trigo, y cómo la Virgen Santa María no lo tenía lleno, pues la había dado por fiadora al señor Abad.

4. Mientras el granjero estaba en este pensamiento, dudó en que la Virgen María fuese llena de gracia; pues le parecía, que si la Virgen María fuese llena de gracia, el silo había de estar perenne lleno de trigo. Envioó otra vez el Abad al granjero, diciéndole que le enviase trigo, porque el que le había remitido se había ya consumido; y entonces el fraile, poniendo toda su confianza en la Virgen María, otra vez abrió el silo y le encontró lleno de trigo, por lo cual, acordándose de la Virgen María, le dió muchas alabanzas, y conoció verdaderamente que con toda plenitud era llena de gracia. En todo aquel año encontró siempre el granjero lleno de trigo aquel silo, toda la vez y a toda hora que le abriese, y bastó aquel silo solo a todo el convento, y para toda la limosna que él se daba, hasta la cosecha del nuevo. El Abad y los monjes dieron alabanzas y bendiciones a la Virgen Santa María por haberse dignado de acordarse de ellos y abastecerlos tan cumplidamente de su gracia en todas sus necesidades.

5. En una fiesta aconteció que el granjero vino al monasterio para celebrarla. El Abad le preguntó cómo había sido lo del trigo del silo, que los había bastado para todo el año. Respondió el lego “que entre las demás palabras, que son en la AVE MARIA, tenía él gran devoción en GRATIA PLENA, y que por eso confiaba en la Virgen Santa María, que había de tener el silo lleno de trigo mientras durase la carestía en aquella tierra”. Consideró mucho el Abad en las palabras que le dijo el fraile granjero de la Virgen Santa María y de la devoción que tenía a GRATIA PLENA. Y por esto, en un puesto del monasterio apartado, hizo edificar una celda, que intituló con el nombre de GRATIA PLENA, en la cual estuviese el fraile todos los días de su vida honrando y contemplando a la Virgen Santa María, llena de gracia.

6. Muy santo y devoto era el fraile GRATIA PLENA, y de todo su poder honraba todos los días a la Virgen Santa María, meditando y contemplando en la Gracia, de la cual era llena. Y por

la vejez y santa vida que tenía el fraile iban lo monjes a estar con él algunas horas del día para oír las devotas palabras que decía, las cuales les causaban mucha edificación y movían a devoción y caridad, y por ellas volvían consolados y alegres. Todo aquel monasterio era iluminado por aquel fraile y el otro monje de AVE MARIA; y muchas veces se veían y saludaban los dos, y el monje hablaba de AVE MARIA, y el fraile de GRATIA PLENA. El regocijo y la fraternal compañía, ¿quién os lo pudiera decir? Y el ejemplo y saludables consejos que daban a todos los monjes y frailes, ¿quién los pudiera referir?

7. El Abad Blanquerna tuvo deseo de llorar y contemplar a la Virgen María, a causa que por los grandes negocios temporales que debía tratar para el monasterio había demasiadamente inclinado sus pensamientos en aquellas cosas temporales; y por este motivo un día se fué solo a visitar al fraile de GRATIA PLENA, y quiso saber de él en qué manera contemplaba a la Virgen María. Mientras el Abad entraba por la celda del fraile, le encontró que estaba arrodillado delante de la imagen de la Virgen María, y llorando y contemplando en AVE, GRATIA PLENA, decía estas palabras:

8. Virgen Santa María, llena eres Tú de gracia, cuya gracia es tu Hijo bendito, quien es el complemento y plenitud de todo cuanto hay en el mundo. En Ti, llena de gracia, está llena la memoria y el entendimiento y la voluntad de mi alma; y todo el mundo no puede llenar lo que Tú tienes lleno; y ¿sabes por qué? Por cuanto Tú puedes ser y eres más llena por tu Hijo, que no es todo el mundo; como sea así, que todo el mundo no es tan bueno como Tú lo eres. Tú eres llena de gracia, por la cual recuperamos la gracia que habíamos perdido. En Ti, llena de gracia, están llenas nuestras virtudes, a saber: nuestra fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y nuestra templanza. Por ser Tú toda llena de gracia, aquel que te acuerda, entiende y ama, es lleno de gracia; y el que por Ti es acordado, entendido y amado, no tiene defecto alguno.

9. Llena de gracia. Llena fuiste Tú, Virgen María, de Dios y Hombre, después que el ángel San Gabriel te saludó. Aquel

Dios y Hombre, de quien Tú eres Madre, es lleno de bondad, grandeza, eternidad, de poder y saber infinito; luego si tu plenitud es eternal e infinita en bondad, grandeza, poder, sabiduría y voluntad, tu grande plenitud no puede ser vacía ni menguada. De donde, como Tú, llena de gracia, seas María tan llena de todo cumplimiento; llena, pues, a mi alma de caridad y de saber, con que pueda yo llenamente amarte y conocerte; y llena mis ojos de lágrimas y de lloros, para honrar tus honores y para llorar las deshonras y ultrajes que recibes de las demás gentes del mundo, y para llorar también mis culpas y pecados.

10. Al tenor de estas razones y otras muchas, adoraba y contemplaba aquel fraile a la Virgen María cuando fué a visitarle el Abad, quien se maravilló mucho de oír que de boca de un hombre lego pudiesen salir tan sutiles y devotas palabras; y pensó que por la plenitud y complemento de la Virgen María eran llenas sus palabras de ciencia infusa y devoción; por lo cual, el Abad dijo al fraile: "Dios te salve, buen hijo, ¿quién te ha llenado de la GRATIA PLENA de la Virgen María?" Respondió el fraile al Abad con las saludes, y le dijo: "Señor, si vos supiéseis algunas cosas por las cuales pudiese yo mucho amar y honrar a la Virgen Santa María, os suplico me las enseñéis; porque siendo la Virgen María toda llena de gracia y de virtud, necesito yo de cumplida inteligencia, con la cual pueda perfectamente entender; y por el perfecto conocimiento llenase yo y cumpliese mi voluntad de mucho amar y loar a la Virgen Santa María de GRATIA PLENA".

11. Cuado el Abad vió la plenitud de la devoción y grande caridad que había en el alma del fraile, y se acordó que en su alma no había tanta devoción como en la del fraile, dijo estas palabras: "¡Ah, por qué he sido yo Abad y no fui fraile ermitaño, y que tuviese gran cumplimiento de devoción, como tiene este fraile!" El Abad Blanquerna se arrodilló delante del fraile de GRATIA PLENA, y le rogó mucho que le enseñase el modo cómo pudiese reemplazar aquella devoción en que solía estar, la cual había perdido por los negocios de la Abadía. Lloró el fraile y lloró también Blanquerna, y el uno miraba al otro con sem-

blante amoroso y de piedad, sin que uno al otro pudiesen hablarse por el exceso de amor, pero cada uno señalaba al otro la imagen de la Virgen María y la Pasión de su Hijo Santísimo, y el dolor que sufriría cuando los judíos le atormentaban y mataban en la Cruz, en que estaba pendiente, para que todos le viesan y le mofasen.

12. Lloraron muy mucho los dos, antes que pudiesen hablarse, y el Abad se estuvo tanto tiempo de rodillas, hasta que el fraile le dijo estas palabras: "Llena era de gracia la Virgen María, cuando su Hijo se estaba muriendo: aquella gracia significaba la gracia de la cual están llenos los hijos de Dios en este mundo, cuando padecen trabajos y muerte para honrar al Hijo de la Virgen María, que está en la gloria, en la cual está la GRATIA PLENA de la Virgen María". Y por falta que hay en el mundo de la GRATIA PLENA, lloró el Abad Blanquerna las culpas y pecados de aquellos que no dejan estar en este mundo a GRATIA PLENA, y dijo estas palabras: "Llorar, conocer y amar, ¿tendríais por ventura tanto poder, que a la Señora llena de gracia hiciérais acordar del defecto en que estamos en esta presente vida? ¡Y que quisiera por vosotros inclinarse a rogar muy de veras a su bendito Hijo, que os llenara de tanta gracia, que os hiciera ir a predicar su honor a los infieles! ¡De manera que la Santa Iglesia romana recuperase la Tierra Santa, que poseen los moros en gran deshonor nuestro! ¡En el cual deshonor está significado el desconocimiento o ingratitud y defecto de caridad, y la poca memoria de la santa y preciosa Sangre que allí derramó por nosotros pecadores! ¿Habría alguna cosa que para conseguir todo eso nos pudiese ayudar?" "Hermano, dijo el Abad, ayudadme vos a llorar y a rogar, y lloremos juntos tan vivamente, y tanto tiempo, hasta que la Reina del Cielo, a quien vos amais tanto, quiera ayudar a todas las gentes del mundo y darles tanta gracia, que para honrar y amar a su Hijo bendito, quieran despreciar y abandonar cuanto hay de mundano en esta vida". Lloraron amargamente el Abad y el fraile, y después de sus llores se despidieron los dos muy agradablemente. El Abad Blanquerna sintió en su alma, que la devoción en que solía estar

había ya vuelto en su primitivo ser, y por eso propuso de volver a menudo a llorar y contemplar a la Virgen María en la celda de GRATIA PLENA.

CAPITULO LXX

De DOMINUS TECUM, y de la celda que el Abad Blanquerma mandó hacer para que el ermitaño Pagez en ella contemplara a Dios y a la Virgen María por aquellas palabras, habiendo ya venido de la viña

DEVOTAS MEDITACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS: DOMINUS TECUM

1. En una ocasión sucedió que, estando el Abad Blanquerma en Capítulo, vino un granjero a dar noticia al Capítulo cómo un Pagez había entrado a cavar en una viña de la granja, pretendiendo que la viña era suya, y había amenazado fuertemente al fraile, que le quería sacar de la viña. El Abad pidió consejo a los Monjes sobre el hecho que el fraile refirió; y un monje anciano dijo al señor Abad estas palabras: “Mucho tiempo ha que hay esta cuestión entre nosotros y el Pagez sobre aquella viña; y gran daño ha recibido el monasterio en ello, habiéndonos difamado mucho este hombre entre las gentes, por causa de aquella viña, y así me parece nos será conveniente que pasemos a la granja, y de hecho saquemos al Pagez de la viña, y nos pongamos en custodia y defensa de algún caballero que la guarde y defienda por nosotros del Pagez”.

2. El Abad consideró mucho sobre el dictamen del monje, y en presencia de todos dijo estas palabras: *Cosa es muy indelicada que hombres religiosos, por derechos de posesiones, se pongan en peligro de muerte, ni de matar ellos a alguno, y también es contra justicia, que hombres religiosos se dejen perder sus herencias.* “Por eso, según caridad y esperanza, conviene” que en tal caso el hombre recurra a Dios y a las virtudes, combatiendo con ellas a los vicios; porque con estas armas debe

"cualquier hombre primeramente combatir y defenderle; y con mayor razón el hombre religioso".

3. Habiendo el Abad proferido estas palabras se puso a caballo, y acompañado del Bolsero se fueron a la viña que labraba el Pagez, al cual saludó el Abad diciéndole: DOMINUS TECUM; pero el Pagez no respondió palabra al Abad, sino que prosiguió en cavar la viña, teniendo las armas junto a sí para defenderse, siempre que le quisiesen ofender. Cada vez que el Pagez daba con el azadón en la tierra repetía el Abad: DOMINUS TECUM; pero el Pagez hacía como que no sentía ni veía al Abad, sino que continuaba en cavar más y más la tierra.

4. El Abad se admiró de que el Pagez no le respondiese; y aun más, porque la virtud de las palabras de la salutación no aprovechaban; con lo que pensó el Abad que les convenía apearse, y arrodillado delante del Pagez le saludase con devoción y humildad, para que viniese la virtud sobre su salutación. En efecto; se apeó el Abad y, puesto de rodillas delante del Pagez, elevando su pensamiento y sus manos y sus ojos al cielo, dijo estas palabras: "Reina del cielo y de la tierra, Dios fué en Ti Hombre y Dios. En gloria es el Señor, y en Ti es como Hijo, Dios y Hombre. Tuya es en este mundo nuestra Orden, y bajo de tu protección; y así por aquella virtud con que el Señor fué en Ti, te ruego que Tú seas entre nosotros y este hombre, de manera que por Ti recibamos virtud, por la cual seamos siervos de la virtud que Tú tenías cuando el Señor fué en Ti".

5. El Bolsero reprendió fuertemente al Abad, diciéndole: "Que todo el monasterio quedaba envilecido y deshonorado por la honra que hacía al Pagez". Pero el Abad le respondió diciendo: "Que el Hijo de Dios hizo un acto de grande humildad cuando quiso ser todo en la Virgen María, Dios y Hombre, y en la cruz quiso ser atormentado, injuriado y muerto; por lo cual, las mejores armas del monje son la humildad, caridad, paciencia y oración". Tan humilde y devotamente oraba el Abad y decía DOMINUS TECUM, que Dios puso tan gran virtud en sus palabras y en la devoción que tenía, que el Pagez entró en conciencia de la injuria que hacía al monasterio, y por la conciencia

tuvo contrición, caridad y justicia; y así, prorrumpió en estas palabras:

6. “Señor Abad: ¿cuál debe ser la causa que así, de repente, mi corazón se haya mudado a contrición, caridad y justicia? Y ¿quién ha echado de mi corazón a la avaricia, ira e injuria?” Respondió el Abad, y dijo: “Por la voluntad de Dios sucedió que el ángel San Gabriel bajó a saludar a la Virgen Santa María, y entre otras palabras le dijo ésta: DOMINUS TECUM. Y por la virtud de estas palabras, la virtud me ha hecho confiar, como DOMINUS TECUM, te dé virtud, por la cual el Señor de cielo y tierra y de todo cuanto tiene ser sea en tí y contigo, para que las virtudes sean en tu corazón, por las cuales los vicios y pecados te sean abominables”.

7. Cuando el Abad hubo dado esta respuesta al Pagez, dijo éste: “Que vencido y superado le tenía el DOMINUS TECUM, y que por esto quería servir para siempre a DOMINUS TECUM; y rogó al señor Abad le concediese provisión del monasterio, para poder vivir en vida ermitaña en un lugar eminente junto a la Abadía”. Concedióle el Abad todo lo que pedía, y mandó se le fabricase una celda en aquella montaña cerca del monasterio en la cual él quería habitar, para contemplar todos los días a Nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen Santa María, y en DOMINUS TECUM; y el Abad puso nombre a aquella celda DOMINUS TECUM, y quiso también en aquel puesto edificar una capilla; pero el Pagez no lo consintió, por temor de que con motivo de romerías o vigiliass fuesen allí algunas personas y le embarazasen su oración y le amortiguasen su devoción.

8. Cuando el Pagez estuvo ya en la celda de DOMINUS TECUM el Abad le dió regla y modo cómo por DOMINUS TECUM pudiese contemplar en Dios y en la Virgen Santa María, según la fórmula de estas palabras: “El Señor de los ángeles y de todo cuanto tiene ser hizo en la Virgen Santa María la mejor obra que la criatura pueda recibir, cuando en ella quiso tomar naturaleza humana, porque obra más noble no pudo hacer Dios en la criatura. Señor es Dios de la naturaleza en la Virgen Santa

María y en todas las cosas donde sea la naturaleza naturada, pero más altamente exaltó Dios la naturaleza en la Virgen María que en ninguna otra criatura. Y, por tanto, el Señor de la naturaleza en mucho mejor y más noble modo fué en la Virgen, y con la Virgen Santa María, cuando el ángel la dijo DOMINUS TECUM, que no fué en otra criatura alguna; y por esta razón deben todos hacer honor y reverencia a DOMINUS TECUM". Por estas y otras consideraciones dió regla y doctrina el Abad al Pagez ermitaño, cómo contemplase en Dios y la Virgen Santa María con las palabras DOMINUS TECUM.

9. Por dilatado tiempo estuvo el ermitaño en aquel lugar haciendo penitencia y áspera vida, contemplando en Dios y la Virgen María. "Y la abundancia de su gran devoción exaltaba su entendimiento por ciencia infusa a mayor inteligencia, que no era el entendimiento de muchos monjes, que tienen ciencia adquirida, la cual por falta de devoción no puede llegar al alto conocimiento de la divina esencia y de su operación". Tan grande era la devoción del ermitaño, que muchos de los monjes iban a él para vivificar y fortificar su devoción y ciencia, en vista de la santa vida en que vivía y por las santas y altísimas palabras que decía de DOMINUS TECUM.

CAPITULO LXXI

De BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, y de la regla y apellido que tomó un caballero a inducción del Abad Blanquerna para servir entre los infieles a la Virgen Nuestra Señora Santa María, loándola y defendiendo, que Ella es digna de toda honra en virtud de aquellas palabras, por cuanto hasta entonces sólo había loado y defendido la honra de su dama con vanos amores. Y de las grandes victorias que consiguió hasta lograr la corona del martirio, honrada entre los Santos de la gloria.

DEVOTAS MEDITACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS: BENEDICTA
TU IN MULIERIBUS

1. El Abad Blanquerna tenía por costumbre ir a visitar con frecuencia aquel monje que había sido Abad, y al señor Obispo, que habitaba con el monje en aquella granja. Sucedió un día que yendo el Abad a visitar a los dos pasó por una dilatada selva, y en el camino había una bella fuente debajo un frondoso árbol, a cuya sombra estaba un caballero bien prevenido de todas armas, el cual iba buscando aventuras por amor de su amada. Aquel caballero, por el gran calor que hacía, se había quitado el yelmo de la cabeza, y su caballo se apacentaba por la fresca yerba que había junto a la fuente. Cantaba el caballero una nueva canción, con la cual maldecía de los trovadores que habían dicho mal del amor y no habían alabado sobre todas a aquella mujer, su enamorada, que él tanto amaba.

2. El Abad Blanquerna, que oyó la canción y entendió las palabras, llegó a aquel lugar donde el caballero cantaba, y apeándose se acercó junto a él, y le dijo estas palabras: "Naturaleza es del amor, que al hombre hace amar aquellas cosas que le son gustosas y agradables; y pareciéndome que vos estáis enamorado de alguna mujer, según vuestra canción me indica, pues la alabáis sobre todas las otras mujeres, os ruego que me digáis la verdad, ¿si por ventura hubiese otra mujer mejor y más

noble y más bella que vuestra dama, si la amariais más que a la que ahora amáis tanto?" El caballero dejó su canto y respondió al Abad, diciendo: "Si hubiese por ventura otra mujer más noble y más bella que aquella a quien el amor me ha rendido, injurioso sería el amor si no me hiciera amar la mejor más que a todas las otras mujeres; y el amante que no ama la mejor mujer, tiene defectuoso amor; y el amor comete gran falta contra la mejor mujer si no la hace ser amada con más vigor y por el mejor amante, que a cualquiera otra mujer que no sea de tanta belleza, valor, ni riqueza". Cuando el caballero hubo dado esta respuesta, el Abad le hizo las siguientes preguntas:

3. Señor caballero, os suplico me digáis, ¿por qué lleváis estas armas?" Respondió el caballero: "Para poder defender a mi cuerpo contra aquellos que quisieren ofenderme". Preguntó más el Abad al caballero: "Si tenía algunas armas con que poder defender a su amada contra aquella mujer que el Abad amaba mucho". Respondió el caballero: "Amor, belleza y valor me esfuerzan y animan a defender y probar que mi señora es la mejor y digna de mayor loor y honor sobre cualquiera otra mujer". "Señor, dijo el Abad, en más noble manera puede y debe ser loada mi Señora, que no la vuestra, en cuanto el amor, belleza y valor le son más favorables; y por eso es digna de mayor loor mi Señora, que no la vuestra; y, por tanto, yo soy más noble amante, servidor y loador de mi Señora, que no vos de la vuestra".

4. Muy disgustado quedó el caballero de lo que el Abad le dijo, y le respondió: "Que si el Abad fuese caballero, que bien presto le libraría a muerte o prisión y ultraje por aquellas palabras que decía; y que a fuerza de armas le haría otorgar que su señora era la mejor y más noble mujer de cuantas haya en el mundo". "Señor, respondió el Abad, conocimiento y razón son las armas espirituales con que el hombre vence a la maldad y error. Luego si vos con estas armas quisiéredes combatir conmigo, y que veamos cuál señora es mejor y más bella y digna de mayor honor, o la vuestra o la mía, de esta manera estoy contento; y no temo a vuestras razones; antes bien, me siento en

el corazón bastante fuerza, con que os haré otorgar que mi Señora es mejor y de mayor estimación y valor que no la vuestra”.

5. En gran contienda estuvieron el Abad el caballero sobre cuál señora era la mejor; y los dos acordaron en que cada uno alabara a su señora, para ver cuál de cuál podría decir mejores alabanzas. Quiso el Abad que fuese primero el caballero en decir las alabanzas de la que tanto amaba y apreciaba; y el caballero empezó a alabarla con las siguientes palabras: “Tan bella y galante es mi señora, que su amor me ha hecho vencer y sujetar a muchos caballeros, y para honrarla me he expuesto yo muchas veces a peligro de muerte, y por su amor he sufrido repetidas veces hambre, sed, calor, frío y otros muchos trabajos en mi persona para servirla. Luego como todas esas cosas sean mejores y de mayor trabajo que no lo que vos hacéis y sufrís por la que servís, por esto, señor monje, dijo el caballero, está significado que si vuestra Señora fuese mejor y más bella que la mía, vos haríais y hubiérais hecho mayores cosas, y pasado mayores trabajos para loarla y servirla que lo que yo he hecho y padecido para loar y servir a mi señora”. Otras muchas razones dijo el caballero en alabanza de su dama, que sería largo de contar.

6. “Señor caballero, dijo el Abad, muchas alabanzas pudiera yo referir, en verdad, de mi Señora; pero porque una sola basta para loarla cumplidamente, y probar que ella es mejor y más bella que la vuestra, por esto no la quiero loar contra todas vuestras alabanzas, sino con esta única y sola alabanza: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS”. El caballero quiso que el Abad le declarase la alabanza de BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, y el Abad le declaró las palabras que el ángel San Gabriel dijo a la Virgen María por estas razones.

7. “Voluntad fué del Hijo de Dios, que quiso elegir a la Virgen Santa María entre todas las otras mujeres; y quiso hacerla mayor gracia que toda la gracia que hay en todas las otras mujeres, en cuanto Dios tomó de la Virgen Santa María carne humana, cuando en ella se encarnó y cuando ella lo concibió Dios y Hombre en su vientre virginal por gracia del Espíritu Santo, quedando ella siempre Virgen y pura. Esta mujer es Madre de

Dios y Hombre. El Dios de quien ella es madre, es mayor que todas las criaturas. Y el Hijo Hombre de quien ella es Madre, es mejor que todas las criaturas, porque es una Persona con el Hijo de Dios, que es Creador de todas las criaturas. Esta mujer es mi Señora, la cual es Patrona y Cabeza de nuestra Orden. Y esta alabanza solamente es bastante para vencer cualquiera otra alabanza que se hubiese dicho de cualquiera otra mujer, sea quien fuere”.

8. Consideró mucho el caballero en la alabanza que el Abad había dicho de la Virgen Santa María; y por luz de gracia, y por los méritos del Abad, el caballero consideró en el vano y necio amor que tenía a la mujer que amaba, y cómo por aquel amor vivía en pecado mortal y en peligro de condenación, y cómo la dama a quien servía no tenía poder para defenderle del fuego infernal, ni de darle por premio la celestial gloria, ni tenía modo cómo poderle alargar la vida estando enfermo. Mientras el caballero pensaba y meditaba todo esto, rompió en suspiros y llantos, y dijo estas palabras:

9. “Tardado os habéis, amor, en hacer enamorar a este culpable pecador de la que es la mejor mujer. Si yo, amor, os hubiera conocido, os hubiera amado, y por vos hubiera sido todos los días de mi vida súbdito y servidor de la mejor mujer, de quien es siervo este monje, el cual ha hecho honor a su Señora, en cuanto me la ha dado a conocer por la mejor, la más noble y de mayor estimación sobre todas las mujeres. Si en vos, amor, hubiese piedad, perdón, paciencia, don, caridad y humildad, ¿pudiérais hacerme servidor de la mejor Señora? ¿Y, por ventura, la muerte quisiera detenerse hasta tanto que yo por su amor hubiese ejecutado muchas cosas?” Esas y otras muchas expresiones decía el caballero con gran contrición; tanto, que el Abad que lo estaba oyendo, se sintió movido a lágrimas y devoción.

10. “Señor monje, dijo el caballero, ¿pudiérais hacer que la Señora a quien vos amáis tanto fuese contenta de que yo la amaré? ¿Y que para honrarla me esforzara yo con todos mis poderes, todos los días de mi vida en batallas y guerras, en las

cuales yo me ejercitase siempre contra aquellos que la deshonran y le niegan su valor?" Respondióle el Abad: "Que en cuanto es mayor el valor de la mejor mujer, en tanto le es más agradable el hombre pecador que se arrepiente de sus pecados y se hace su siervo y amante; y por esto es ella tanto más digna de tener mayor honor sobre todas las demás mujeres". Muy grande gozo tuvo el caballero, y lloró dilatadamente, diciendo estas palabras: "No soy yo sabio ni entendido en las lenguas con que yo pudiese con palabras decir alabanzas de esa Virgen Santa María a los infieles; pero yo con armas quiero ir a honrarla y tenerla por mi Señora, pues la ha honrado Dios a ella sobre todas las otras mujeres. Un nuevo modo quiero emprender en honrar a la Virgen Santa María, y es de esta manera: que me vaya a tierra de moros a combatir contra todo caballero que no fuere servidor de la Virgen Santa María, y habiendo vencido a uno pase a vencer a otro". Habiendo dicho el caballero estas palabras se despidió del Abad, y éste le dió su bendición, y puso por nombre a aquella nueva regla que el caballero había tomado, BENEDICTA TU IN MULIERIBUS.

11. Por voluntad de Dios sucedió que el caballero servidor de BENEDICTA TU IN MULIERIBUS fué a una tierra de un rey moro, y cuando estuvo allí se fué armado con su caballo al palacio del Rey, y dijo que quería hablar con él. Mandó el Rey que entrara a su presencia; y cuando el caballero estuvo delante del Rey moro, le dijo estas palabras: "Yo soy servidor y amador de una Señora que es mejor y más noble que todas las mujeres del mundo, la cual es Madre de Dios y Hombre por gracia del Espíritu Santo, y se llama Santa María, y es Virgen y Madre. Y así, a cualquier hombre que negare este honor a esa Señora, yo, desde ahora, en vuestra corte le desafío a batalla, para hacerle confesar el honor que pertenece a la Virgen Santa María, mi Señora, de la cual me he hecho nuevamente caballero".

12. El Rey moro respondió al caballero: "Que él no creía que Santa María fuese Madre de Dios, aunque bien creía que era mujer Santa y Virgen, y Madre de un Profeta; y que sobre esto no quería que él se combatiese con ninguno de su tierra,

sino que le respondiese y se lo probase con razón a él mismo, que negaba a la Virgen María el honor que él le decía". Respondió el caballero al Rey diciendo: "*Que el mayor honor que tiene la Virgen Santa María es el ser Madre de Dios*; y que, por tanto, él se combatiría con cualquier hombre que quitase y negase aquel honor a la Virgen Santa María, el cual de ella sola conviene ser proclamado; y por cuanto él no tenía letras, ni sabía las Escrituras, no quería responder al Rey ni a ningún otro hombre de su reino con razones; pero que a fuerza de armas, él desafiaba sobre este punto a todos los caballeros de su corte, uno por uno.

13. Muy airado se puso el Rey contra el caballero cristiano, que así desafiaba a toda su corte, y mandó que le quitasen la vida a mala muerte. Pero un caballero moro dijo al Rey que si el caballero cristiano muriese sin batalla sería dar a entender que en su real corte habría falta de caballería, y pidió al Rey le concediese el permiso de combatirse con el caballero cristiano. Del agrado del Rey fué y de toda su corte que se tuviese la batalla entre los dos caballeros. Cuando los dos se hallaron en el campo, el caballero cristiano se acordó de su Señora la Virgen Santa María, y dijo: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, y haciendo sobre su cara la señal de la Cruz, picó fuertemente su caballo, y embistiendo al caballero moro le hirió, y a fuerza de cuchilladas le venció y mató.

14. A grande ira e indignación fué conmovido el Rey moro y todos sus caballeros contra el caballero cristiano por la victoria que había ganado. Y mandó entonces el Rey moro que tantos caballeros, uno después de otro, se combatiesen con el caballero cristiano, hasta haberlo vencido y muerto. Entró luego en el campo uno de aquellos caballeros contra el cristiano, y combatiéronse todo aquel día con grande esfuerzo y denuedo, sin que el uno pudiese vencer al otro; y aquella noche descansaron los dos caballeros de sus fatigas, habiendo tenido el Rey moro la justicia en el campo de batalla el día de la función, para precaver no se divulgase la fama que por exceso de voluntad y parcialidad hubiese sido en algo injuriado en la batalla aquel caballero cris-

tiano, y mandó saliesen los dos del campo. Al día siguiente volvieron otra vez los dos caballeros a entrar en el campo de batalla para combatirse; y al tiempo que el caballero cristiano iba ya con la espada en mano a descargar sobre el caballero moro, éste se dió por vencido y confesó que la Virgen María era digna de ser loada con aquella alabanza, por la cual la loaba el cristiano; y, en presencia de todos, dijo estas palabras: "Yo quiero ser cristiano de la regla y Orden de BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, y estoy pronto y aparejado a combatir con otro moro que negase su honor a la Virgen Santa María". Grande ira concibió el Rey moro, y mandó luego prender a los dos caballeros y que fuesen muertos degollados. Ellos fueron mártires por Nuestra Señora la Virgen Santa María, la cual los honra en la gloria de su Hijo bendito, porque por su honor habían recibido martirio, y está pronta en honrar a todos aquellos que del mismo modo la quisieren honrar.

CAPITULO LXXII

De BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI, y loable establecimiento que hizo para in perpetuum el muy sabio Rey D. Jaime de Aragón y de Mallorca en el monasterio de MIRAMAR de dicha isla, el cual edificó para que viviesen en él trece frailes de la Orden de San Francisco de los Menores para que aprendiesen la lengua para ir a los infieles a loar el bendito fruto del vientre virginal de Nuestra Señora Santa María que es Nuestro Señor Jesús, por la predicación y martirio; y de cierto Obispo que por el mismo fin renunció su Obispado.

ATAJO BREVE PARA PLANTEAR ENTRE LOS INFIELES LA FE CATOLICA

1. Habiendo llegado el Abad a la granja donde vivían en contemplación el Obispo y aquel monje que fué Abad, les refirió el Abad Blanquerna el suceso del caballero que había encontrado junto a la fuente cantando canciones de amor; y les refirió cuanto había dicho el caballero, y la regla a que se había

obligado. Consideró mucho el Obispo lo que el Abad les refirió obligado. Consideró mucho el Obispo lo que el Abad les refirió del caballero, y se acordó de las palabras que son en la AVE MARIA, después de BENEDICTA TU IN MULIERIBUS; y habiendo meditado gran rato sobre esto, dijo el Obispo al Abad estas palabras:

2. “Bendigo yo a la divina luz de piedad y de gracia, que ha iluminado a ese hombre pecador, que se ha sujetado para todos los días de su vida a ser servidor del *Bienaventurado Fruto que estuvo en el vientre de la humilde Virgen Nuestra Señora Santa María*. Aquel fruto precioso adoro y bendigo, y a loarlo me sujeto con todos los poderes corporales de mi cuerpo, y con todos los espirituales de mi alma. El Obispo después, con mucho agrado y gran devoción, se despidió del Abad, del Monje, de quien había sido compañero en honrar a la Virgen Santa María, y se volvió a su Obispado. Los Canónigos y Clero y todo el pueblo de aquella ciudad tuvieron muy grande regocijo por haber recuperado a su Obispo, el cual creían ya haber perdido.

3. Desde que el Obispo se hubo restituído a su Obispado se ocupaba todos los días su pensamiento cómo pudiese encontrar algún modo con el cual pudiese honrar mucho el bendito Fruto que la gloriosa Virgen María tuvo en su virginal vientre por gracia del Espíritu Santo. Aconteció un día, que celebrando Sínodo el Obispo predicaba al Clero, y le pedía consejo cómo pudiera honrar mucho el *Bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María*. Por casualidad y fortuna concurría en aquel Sínodo un eclesiástico que era natural de una isla sobre el mar, que se llama MALLORCA, y dió relación al Obispo en presencia de todos, cómo aquella isla es la de un Rey noble, muy sabio, que se llama Jaime, Rey de MALLORCA, el cual es un Rey condecorado con muchas y muy buenas costumbres, y tiene gran devoción cómo por la predicación sea honrado Jesucristo entre los infieles; y por esto ha ordenado que trece frailes Menores estudien y aprendan la lengua árábica en un monasterio llamado MIRAMAR, el cual está fundado y establecido en un paraje a propósito y conveniente, y les ha proveído para esto de todo lo

necesario, y cuando sepan bien la lengua árábica, con licencia de su general, vayan a predicar y honrar entre los infieles el **BENDITO FRUTO** del vientre virginal de la Virgen Santa María, por cuyo honor padezcan hambre, sed, calor, frío, pavor y la muerte. Cuyo estatuto está allí establecido para siempre.

4. Agradó mucho al Obispo y a todos los demás aquel establecimiento, y fué muy alabada la devoción del Rey y de los frailes, los cuales por el amor de Dios deseaban ser mártires; y por esto, pocos días después, el Obispo estableció y fundó en lugar conveniente y apartado de la población un monasterio muy bello, y por voluntad del Papa y del Cabildo de aquel Obispado fué dotado aquel monasterio de lo suficiente para poderse mantener cómodamente y estudiar en él trece personas que aprendiesen diversas ciencias y lenguas para que la Santa Madre Iglesia hiciese su deber en honrar el *Bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María*; y el Obispo intituló aquel monasterio con el nombre de **BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI**, y renunció el Obispado, y con algunos Canónigos y otros seglares se entró en aquel monasterio para honrar el *Bendito Fruto del vientre virginal de la Virgen Santa María*, según la regla y norma del monasterio de MIRAMAR que hay en la isla de **MAJORCA**.

CAPITULO LXXIII

De SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS, y del oficio y doctrina que dió el Abad Blanquerna al monje que antes fué Abad de predicar a los pastores y loar a la Virgen María con aquellas palabras.

UTILISIMO ES EL PREDICAR LA DEVOCION A MARIA SANTISIMA

1. Aquel monje que había sido Abad tenía grandes deseos de ver al Obispo que había estado en su compañía; y hallándose en estos pensamientos se acordó en la **AVE MARIA** de aquellas palabras **SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS**, y resolvió de por toda su vida ser predicador de estas palabras a honor de la Virgen Ma-

ría. Y considerando el monje cómo son muchos los predicadores que predicán la palabra de Dios en los lugares poblados y en las iglesias, pero para los pastores, que viven en las montañas y en las selvas y bosques, no hay predicadores destinados: por esto, él mismo dijo al Abad estas palabras:

2. Según mi conocimiento, gran necesidad tienen de predicadores las gentes que viven por las montañas y por los desiertos, y no vienen ni tienen disposición de venir a las iglesias; y por este motivo pido se me dé por regla y oficio cómo todos los días de mi vida sea yo predicador de los pastores, a los cuales predique SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS, por cuanto los pastores tienen grande oportunidad y disposición para considerarlo y meditarlo bien, porque están solos y no hay alguno que les embarace en pensar aquello que uno les puede significar del honor de la Virgen Santa María; y cuanto mayor y mejor es la consideración, tanto más puede en ellos multiplicar la devoción y amor en amar y honrar a la Virgen Santa María”.

3. Agradó mucho al Abad la devoción y el nuevo método que el monje quería tomar para honrar a la Virgen María, y se volvió a su monasterio para procurar establecer con aprobación de todo el Capítulo, para que siempre fuese en costumbre y por ordenación, que un monje de aquel monasterio fuese predicador de los pastores, y que aquel oficio tuviese por título y nombre: OFICIO DE SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS. A todo el convento pareció muy bien aquel establecimiento, y aquel monje que fué Abad tomó este oficio y pidió la regla y doctrina al Abad Blanquerna cómo había de predicar a los pastores SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS; y el Abad significó con estas palabras la regla y doctrina que el monje pedía:

4. “Es cosa natural, dijo el Abad, que entre el entendimiento y la voluntad haya concordancia cuando el entendimiento entiende aquello mismo que la voluntad ama, y la voluntad ama aquello mismo que el entendimiento entiende. Y por eso es muy provechoso aquel sermón, cuando por él son declaradas las razones necesarias probables por naturaleza del entendimiento. Luego como los pastores sean gente más dispuesta para entender por

razones que por autoridades, por tanto, amarán más fácilmente los honores de la Virgen María, si los entendiesen por razones naturales probables, que si los hubiesen de entender por autoridades.

5. "Cuando el entendimiento ha entendido una razón de las que predica el predicador, entonces el entendimiento la encomienda a la memoria, entendiendo otra razón que propone el predicador. Y cuando el sermón es muy prolijo, o de muy sutiles conceptos, la memoria no puede retornar todo aquello que el entendimiento le ha encomendado; y por esta causa se origina en los oyentes la ignorancia y falta de devoción. Luego como esto sea así, por tanto, será muy buena ordenación que el predicador haga breves los sermones.

6. "La voluntad tiene naturaleza de amar aquello que le es más agradable; luego en cuanto las razones son de mejor naturaleza, tanto más las debe guardar el hombre para la fin, para que la voluntad quede en ello con mayor deseo y que por el deseo entre la devoción a las palabras, y por la devoción se siga la obra. Y, por tanto, conviene que el hombre a la fin de su sermón diga las mejores razones que supiere". Estas y otras muchas cosas dijo el Abad Blanquerna que eran necesarias para saber predicar, y *con especialidad las buenas obras y devotas palabras.*

7. Cuando el Abad hubo enseñado al monje *Ora pro nobis* los modos referidos y otros muchos por los cuales supiese predicar, el Abad se puso a contemplar delante el monje a la Virgen Santa María, a fin que éste tomase en ello la regla y doctrina para predicar *Ora pro nobis*, y por esto el Abad dijo estas palabras: "Santa María, yo adoro y bendigo a tu hijo glorioso, a quien ruegues Tú por nosotros pecadores. Siendo Tú, Señora, más voluntariosa en rogar por nosotros pecadores, que lo somos nosotros, no hay necesidad de que te roguemos a que ruegues por nosotros; pero por cuanto no seríamos dignos de ser participantes en tus oraciones, si no te rogáramos y confiáramos en tus oraciones; por tanto, somos obligados a rogarte y contemplar en tus honores, y de hacerte reverencia y honor, para que

Tú nos recuerdes con tu piadoso recuerdo y nos mires con tus ojos misericordiosos en este tiempo tenebroso en que estamos por falta de devoción y caridad, por cuya falta olvidamos la Santísima Pasión de tu Hijo bendito, en cuanto no nos acordamos de El como debiéramos, ni menos para honrarte a Tí y a tu Hijo hacemos todo aquello que debiéramos y pudiéramos hacer; pero Tú, Señora, no ceses de rogar a Dios por nosotros con todos tus poderes. Luego siendo esto así, Tú, Reina de los Reyes y Reina de las Reinas, ayúdanos a que te honremos, honrando a tu Hijo en aquel lugar donde eres Tú deshonrada y tu Hijo desamado, deshonrado, descreído y blasfemado por aquellos hombres a quienes tu bendito Hijo espera que vayan a honrarle y a defenderle de los defectos que falsamente le son atribuidos por aquellos que viven en error y van caminando al fuego perdurable.

8. "Cuán presto Tú, Reina, fuiste llena de gracia y del Espíritu Santo y del Hijo de Dios, que concebiste, tan presto fuiste tenida y obligada a rogar por nosotros pecadores; porque en cuanto fueron mayores tus honores, en tanto conviene que se considerasen más en Tí los justos y los pecadores; y cuanto más fuertemente nos confiamos en Tí, tanto tu justicia te hace ser más cuidadosa en curar nuestras enfermedades y perdonar nuestras culpas.

9. "Inclina, Reina, tus ojos aquí abajo entre nosotros, y mira cuántos son los hombres que te ruegan y te honran, acordándote y cantando tus loores. ¿Dónde, pues, es tu justicia, tu piedad, tu caridad y nobleza, si no ruegas a tu Hijo glorioso por nosotros? Y si tu Hijo no oyere tus plegarias, ¿dónde está el amor que te tenía cuando en Tí se encarnó? ¿Y cuando estando crucificado en la cruz, próximo a la muerte, se acordó y se despidió de Tí, cuando te recomendo a San Juan?"

10. "Amable hijo, dijo el Abad al monje, según el modo que habéis oído, podéis ir a predicar y hacer contemplar a los pastores la Virgen María; y estaos allá con ellos, y algunas fiestas del año volveréis acá entre nosotros. La gracia y bendición de Dios y de la Virgen María sea en vos, a Dios y a la Vir-

gen María seáis encomendado. Y pues os habéis humillado para honrar a la Virgen María, seréis exaltado, como hagáis que ella sea acordada, rogada y amada; porque sus oraciones os subirán a la gloria, que no tiene fin". El monje se despidió del Abad y de sus compañeros, y se fué a aquellos parajes donde viven los pastores.

11. Andaba el monje de *Ora pro nobis* por los montes y por los llanos, y por los bosques a predicar a los pastores los honores de la Virgen María, y a rogarla por los justos y por los pecadores. Sucedió un día que el monje se hallaba en un espacioso valle, donde había gran número de ganado y una cueva muy grande, en la cual un pastor tenía escondida una mujer, que la había robado a su marido, y pecaba con ella todos los días. El monje por acaso llegó a aquella cueva, en la cual encontró al pastor que comía con aquella mujer, y fué agradablemente recibido y hospedado por los dos, y le convidaron a comer, diciendo: "Señor, dijo el pastor, nuestra comida es pan y agua y un poco de queso y cebolla; plegaos de comer de lo que Dios nos ha dado". El monje contentóse de comer con el pastor, y bebió del agua, como había acostumbrado cuando comía con los otros pastores a quienes predicaba.

12. Mientras estaban comiendo fué preciso que el pastor fuese a sacar las ovejas, que habían entrado en un campo de panes, y con este motivo se quedó el monje con la mujer en la cueva; y preguntándola de su estado, le refirió cómo era mujer de otro pastor, y que vivía con aquel en pecado, y que estaba muy arrepentida de la gran falta que había cometido contra su marido; pero que por el temor tan grande que tenía, no osaba volverse a su marido, ni el pastor con quien ella vivía la quería soltar, por el grande amor que la tenía. Cuando el pastor hubo enderezado su ganado se volvió a la cueva y comieron juntos; y cuando hubieron comido, el monje santiguó y bendijo la mesa, y les refirió este ejemplo: "En cierta ocasión sucedió que un pastor vivía con una mujer en pecado de lujuria en una montaña. Aquella mujer rogaba todos los días a la Virgen Santa María que la sacase del pecado en que estaba. Una noche, cuando el pas-

tor dormía, le pareció ver a la Virgen Santa María que escribía en un libro todos aquellos por quienes rogaba a su Hijo bendito; y escribiendo en el libro el nombre de aquella mujer que el pastor tenía. éste rogaba a la Virgen María que escribiese también en aquel libro su nombre; y la Virgen Santa María le respondió, diciendo: "Que por cuanto él no la rogaba todos los días, no era digno que su nombre fuera escrito en aquel libro". "Señor, dijo el pastor al monje, ¿sabéis vos si la Virgen María quisiera rogar a Dios por mí, si yo todos los días la rogara?" Respondióle el monje: "Que él le afianzaría, que la Virgen María rogaría por él a Dios, con tal que él no hiciese deshonor a su Hijo, a quien deshonran todos aquellos que viven en pecado, y a quien honran todos aquellos que salen de pecado". Mientras el monje decía estas palabras, el pastor tuvo conciencia del pecado en que estaba, y dijo al monje así:

13. "En pecado de lujuria estoy, y quisiera salir de él para que así honrara al Hijo de la Virgen Santa María, y que la Virgen María rogara por mí a su Hijo; pero por cuanto esta mujer no tendría quien la cuidara ni quien mirara por ella, si yo la dejase, ni tampoco se atrevería a volverse a estar con su marido, por eso me conviene estarme en pecado". El monje preguntó a la mujer: "Si ella se confiaba tanto en las oraciones de la Virgen Santa María, que quisiese irse con él para volverse a estar con su marido". Respondió la mujer: "Que ella volvería gustosamente a vivir con su marido, y que delante de él se acusaría a sí misma de sus faltas, para que de ellas tomase la venganza, esperando que la Virgen Santa María le ayudaría en la penitencia y castigo que su marido la hiciese padecer y sufrir, si él la quisiese acompañar".

14. Fuéronse el monje y la mujer a la casa del pastor su marido, y quedó el pastor en la cueva haciendo penitencia por toda su vida, adorando y rogando todos los días a la Virgen Santa María. Mientras el monje y la mujer iban a esto, encontraron al pastor, marido de la mujer que buscaba, que estaba durmiendo a la sombra de un árbol, el cual andaba buscando a su mujer e iba con armas para matar al otro pastor que se la había

robado. El monje y la mujer se arrodillaron delante del pastor su marido, que estaba durmiendo, y dijo el monje estas palabras: "SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS; Virgen Santa María, cumplida es tu oración en esta mujer pecadora que está arrepentida de su pecado; porque si Tú no rogaras por ella, no se arrepintiera. Pero aun te queda que cumplir y hacer otra cosa, y es que el pastor su marido reciba la gracia de tu Hijo, por la cual perdone a su mujer; y conviene que Tú remuneres a nuestra esperanza, que en Tí hemos puesto, con que nos ayudes". Cuando el monje hubo concluido estas palabras, la mujer con grandes lágrimas y contrición de su corazón empezó a decir: "Pecadora soy y culpable contra mi marido y mi señor, el cual puede usar en mí de justicia y de perdón, siendo yo contenta de todo aquello que en mí quisiese ejecutar. Mas si sucediese tal vez que mi marido quisiese perdonarme, deseosa estoy yo de vivir en vida ermitaña y estarme sola haciendo penitencia todos los días de mi vida por la falta que he cometido contra mi marido. Si acaso mi marido me hiriese, me atormentase y me pudiese en prisión, él obraría con justicia, y yo con justicia y paciencia sufriré mi tormento. Daré gracias a la Reina del cielo, y bendeciré a su Hijo bendito, porque dispondrá que yo en este mundo haga penitencia de mis pecados, por los cuales soy yo también culpable". Y mientras la mujer del pastor estaba diciendo esto, decía también muy a menudo SANCTA MARIA, ORA PRO NOBIS, porque le parecía que estas palabras le ayudaban en sus necesidades.

15. Estando el monje y la mujer arrodillados delante del pastor que dormía, éste soñaba que le prendían y lo ahorcaban por haber muerto a un hombre, y cuando estaba para expirar, un demonio de horrible figura quería apoderarse de su alma; pero la Virgen María la detenía en su cuerpo, para que el demonio no la agarrase. Y rogaba a su Hijo bendito que quisiese perdonar al pastor la muerte tan injusta que había cometido en aquel hombre, con grande injusticia. Cuando el pastor hubo hecho este sueño, se quedó con agonía y pesadilla, y oyó tendido aquellas palabras que decían el monje y su mujer, con las cuales

se despertó, y vió a su mujer y al monje, que arrodillados delante de él adoraban y regaban con lágrimas a la Virgen Santa María, diciendo las palabras referidas. Muy maravillado se quedó el pastor del monje y su mujer; y por la virtud de las palabras que decían, y por lo que había soñado, fué movido su corazón a llorar y perdonar, y, junto con ellos, con muchas lágrimas, alabó y rogó a la Virgen Santa María; y así llorando se estuvieron los tres largo rato en oración, y, después de ella, dijo el pastor estas palabras: "Si la lujuria mueve el cuerpo a pecar, ¿cuánto más la memoria de la Pasión del Hijo de Dios Jesucristo y de la nobleza de la Virgen Santa María debe mover la voluntad a tener piedad y a perdonar? Al que se arrepiente y se juzga a sí mismo, no quieras castigar dos veces. Y si yo no perdonare, injustamente pido yo perdón; y por esto, no sólo perdono yo, sí que aún daría cuanto pudiese dar a quien me pidiese perdón. Y pues la Virgen Santa María por mí está pidiendo perdón, mucha razón es que yo perdone también".

16. Habiendo el pastor dicho estas palabras, arrodillándose su mujer delante de él, le besó las manos y los pies y le pidió perdón. Su marido la perdonó y la dijo se fuese a su casa, y en ella estuviese con santa paz, como de antes habían estado por largo tiempo. "Señor, respondió la mujer, yo no soy digna de habitar en vuestra compañía; y así, no solamente os conviene perdonarme, pero aun os conviene que me déis permiso por el cual pueda yo estar sola y vivir pobremente en vida ermitaña, comiendo de las yerbas crudas y bebiendo agua fría, haciendo penitencia por mis grandes pecados y defectos, que he cometido contra Dios y contra vos". Después de este razonamiento fué ordenado entre los tres que la buena mujer hiciese penitencia en una alta montaña dentro de una cueva que había allí junto a una fuente, y que su marido alguna vez la trajese alguna pitanza con la cual pudiese mantener su cuerpo; y que de allí en adelante los dos no se conociesen carnalmente, sino que estuviesen y viviesen siempre en castidad. Muy grande fué la devoción y santa vida de los dos consortes; y cuando el marido iba a visitarla eran muy grandes las bendiciones que el uno daba al otro, y era tam-

bién grande la doctrina que recíprocamente se daban, cómo pudiesen honrar, servir y loar a Dios y a la Virgen Santa María.

17. En un hermoso prado, junto a una bella fuente, estaban muchos pastores guardando gran número de ganados; y vino allá el monje de *ORA PRO NOBIS* y saludó a los pastores, diciéndoles que él era predicador de los pastores, y les rogó que quisiesen oír su sermón, y el monje les predicó con ejemplos, para que así les moviese mejor a devoción. Tan agradables sermones hacía el monje a los pastores, que todos los días pensaban en aquello que les predicaba; y por aquello que pensaban y meditaban, se enamoraban de servir y loar a Dios, y de honrar y orar a la Virgen Santa María. Siete días estuvo allí el monje con ellos, y al octavo día se despidió, y se fué a predicar a otros pastores de aquellas comarcas. Los bienes y loores que se daban, por los cuales era Dios más loado por aquellos pastores a quien el monje predicaba, ¿quién os lo pudiera decir? Y la buena fama que tenía el monje por todas aquellas tierras, ¿quién os la pudiera referir? Y el número de los pastores que venían a oírle predicar, ¿quién os los pudiera nombrar?

Aquí ha finido el libro de Religión, donde por gracia de Dios se ha tratado con bellas invenciones y deliciosos ejemplos con mucha doctrina, todo lo esencial y bueno que los verdaderos religiosos deben saber practicar y tratar en sí y en los otros, para más cómodamente servir a Dios, como a ello están obligados por especial cargo y promesa que le tienen hecha.

INDICE

LIBRO PRIMERO

DEL ESTADO MATRIMONIAL

	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	1
Epístola proemial del Rdo. Mosén Juan Bonlabij.....	5
CAPÍTULO I. De cómo Evast deliberó de casarse y encargó a sus parientes y amigos de mayor confianza le buscasen consorte de calidades convenientes, y, por divina disposi- ción efectuó su boda con Aloma.....	13
CAP. II. Del buen ejemplo que Evast y Aloma dieron al mundo en el día de sus bodas, sirviendo a los pobres y tratando con santas y devotas personas. Del modo con que ordenaron su casa, su familia y a sí mismos, y cómo fueron de todos por esto muy aplaudidos.....	15
CAP. III. Se entristece Aloma de verse sin hijos; pídelos a Dios para que le sirvan. Razonamiento que sobre esto tuvo con su marido; y resignase en todo a la divina vo- luntad.....	17
CAP. IV. Nacimiento de Blanquerna y oblación que de él hi- cieron sus padres a Dios en el día de su bautismo. De la buena educación natural y moral que le dieron y cómo mandaron instruirle en virtudes y letras.....	19

	<u>Págs.</u>
CAP. V. Examina Evast a Blanquerna para ver si tenía discreción bastante para el régimen de la casa. Propónele una cuestión, a que responde con agudeza. Da el padre gracias a Dios por tal hijo, y desea entrar en Religión....	22
CAP. VI. Solicita Evast el consentimiento de Aloma para entrar entrambos en Religión; resistese ella, alegando que en el estado que tenían podían servir a Dios y hacer penitencia.....	26
CAP. VII. Determinan Evast y Aloma dar a su hijo Blanquerna el mando de la casa, consignándole todos sus bienes. Porfió éste en no aceptarlo, y retirarse al desierto a servir a Dios en vida eremítica.....	33
CAP. VIII. Procura Aloma enredar los designios de Blanquerna; trata de casarle con Cana; mas Blanquerna la induce a servir a Dios en Religión.....	39
CAP. IX. Cómo Evast congregó a sus deudos y amigos para honrar y acompañar al desierto a su hijo. Razonamiento que tuvieron todos con él, pesarosos de su ausencia, por verle ya tan adornado de perfecciones y virtudes.....	45
CAP. X. Pártese Blanquerna al desierto; motivos que para esto principalmente tuvo, y para no prometer a su madre, antes de su muerte, una visita.....	46
CAP. XI. Toma Blanquerna licencia y bendición de su padre. Ruega éste a Dios por su hijo, poniendo por intercesores a muchos Santos.....	48
CAP. XII. Despídese Blanquerna de su madre; ruega ésta a María Santísima le guarde en el servicio de su Hijo Jesucristo.....	50
CAP. XIII. Obtenida la bendición de sus padres, hace Blanquerna una piadosa y devota peroración sobre los catorce artículos de nuestra santa fe. Santiguasé, y marcha solo al desierto.....	52
CAP. XIV. Del modo con que Evast y Aloma arreglaron su vida después de la despedida de Blanquerna.....	54
CAP. XV. Enferma gravemente Evast y ordena su testamento, en que manda se funde un hospital a los pobres. Oración que hizo, habiendo de recibir el Sagrado Viático. Convalece y cumple desde luego sus mandas.....	56
CAP. XVI. Fundan Evast y Aloma el hospital, en donde sirven a Dios en los pobres. A vista de su ejemplo mejoran muchos de vida.....	58

	<u>Págs.</u>
CAP. XVII. Del pecado de la gula y de los daños que acarrea. Trátase de su remedio, con el singular ejemplo de un Obispo.....	59
CAP. XVIII. Del pecado de la torpeza, de que se enmendaron muchos a vista de los trabajos, buen ejemplo y santa vida de Evast y Aloma.....	60
CAP. XIX. Sale del pecado de la avaricia un miserable cambiador a vista de la caridad de un zapatero y de la santa vida de Evast y Aloma.....	61
CAP. XX. Por el ejemplo de humildad de Evast y Aloma, sale del pecado de soberbia un mercader de paños muy orgulloso.....	63
CAP. XXI. Por el buen ejemplo de Evast y Aloma, enmiéndase un perezoso que todo lo maldecía, y pasa a ser muy solícito	64
CAP. XXII. De cómo un envidioso se arrepintió de este vicio por el buen ejemplo de Evast y Aloma.....	66
CAP. XXIII. Por las exhortaciones de Evast y Aloma sana un enfermo del pecado de ira de que estaba poseído por ocasión de una úlcera fistulosa que de mucho tiempo padecía.....	68
CAP. XXIV. Por las buenas obras de Evast y de Aloma deja un predicador el pecado de vanagloria y pasa a ser verdaderamente humilde.....	70

LIBRO SEGUNDO

DEL ESTADO RELIGIOSO, DIVIDIDO EN DOS PARTES, EN QUE SE HALLARÁ
GRANDE ERUDICIÓN Y DOCTRINA

PARTE PRIMERA

DEL ESTADO RELIGIOSO EN LAS MUJERES

CAP. XXV. Acordándose Cana de los avisos de Blanquerna, solicita entrar en Religión; procura su madre impedirla, mas en vano, porque confirmada por un acaso en sus designios, huye a un monasterio.....	73
--	----

	<u>Págs.</u>
CAP. XXVI. Recibe el monasterio a Cana y vístele el hábito. Intentan sacarla por fuerza su madre y parientes; pero conocido el yerro, en virtud de las palabras de la hija, pide perdón a las monjas Anastasia, y ruega ser admitida en el monasterio.....	78
CAP. XXVII. De cómo Cana fué elegida sacristana, y de la solicitud y limpieza con que ejercía su oficio.....	86
CAP. XXVIII. De la muerte de la Abadesa, del consejo que dió a las monjas sobre la elección de su sucesora, y de las honras fúnebres que le hicieron en el monasterio y en la ciudad.	88
CAP. XXIX. De la oración consolatoria que sobre la muerte de su Abadesa dijo sor Cana para consolarse a sí misma y a las demás monjas, según éstas se lo habían rogado.....	89
CAP. XXX. De las calidades que debe tener aquel que ha de ser elegido por Superior o Prelado; trátase del arte de elección, según el cual fué Cana elegida Abadesa.....	91
CAP. XXXI. De cómo la Abadesa Cana ordenó que todas las monjas de su convento usasen bien y virtuosamente de los cinco sentidos corporales: y primeramente del oído, corrigiendo los abusos y mal uso de este sentido con mucha blandura y muy buenos ejemplos, y de cómo proveyó a las necesidades del monasterio dotándole con las riquezas y bienes que su padre le había dejado y de otras buenas ordenaciones que hizo.....	94
CAP. XXXII. Trata de la ordenación de la vista y de su buen régimen con muchas razones y bellas exhortaciones que hizo la Abadesa a todas las religiosas.....	97
CAP. XXXIII. De cómo la Abadesa Cana ordenó el sentido del olfato, y de su buen régimen, con muy buenas exhortaciones y doctrinas que dió a las monjas.....	99
CAP. XXXIV. De la buena ordenación y régimen del sentido del gusto, con muy bellas y santas exhortaciones que dió la Abadesa a las monjas para su observancia en provecho de sus almas.....	100
CAP. XXXV. De la buena ordenación y régimen en el sentir, con muchas exhortaciones admirables y bellas persuasiones y ejemplos.....	102
CAP. XXXVI. De cómo la Abadesa Cana ordenó y estableció que las monjas tuviesen en sí y guardasen debidamente	

	Págs.
las siete virtudes, y que debiesen en Capítulo confesar las faltas que contra ellas hubiesen cometido	104
CAP. XXVII. Trata de la tentación contra la fe, y de los remedios singulares que la Abadesa Cana dió a la monja que se le había confesado en Capítulo en presencia de las demás; y de las bellas razones con que la había corroborado en la fe, explicando los artículos en los cuales había dudado; de que sintieron particular placer y consuelo todas las religiosas.....	105
CAP. XXXVIII. Trata de las faltas que se cometen contra la esperanza, y del modo de remediarlas con muchos buenos documentos que la Abadesa Cana dió a las religiosas para confortarlas, y que manifestasen tener esperanza.....	108
CAP. XXXIX. De las faltas contra la caridad, y de su remedio, y cómo podemos tener tanta caridad, cuánta y cuando queremos, si procedemos debidamente en servir a Dios, y de los buenos efectos que causan en nosotros esta virtud, con muy buenas razones y ejemplos.....	110
CAP. XL. Trata de las faltas que se cometen contra la virtud de la justicia, y cómo la Abadesa enseñó y confirmó a las monjas en ejercicio de esta virtud con muchas razones, exhortaciones y buenos ejemplos	113
CAP. XLI. Trata de las faltas que se cometen contra la prudencia, y del remedio singular y a propósito para fortalecerla y destruir a la ignorancia con las razones y resumen del libro de <i>Doctrina pueril</i> , compuesta por el mismo Doctor	117
CAP. XLII. Trata de las faltas contra la virtud de fortaleza, y de su remedio y de la corroboración de dicha virtud por la concordancia que tiene con todas las demás, según la bella explicación que hizo la Abadesa Sor Cana, adoctrinando a sus monjas.....	119
CAP. XLIII. Trata de las faltas contra la templanza, y de la manifestación de esta virtud, según la concordancia que tiene con las otras virtudes, y oposición a los vicios.....	122
CAP. XLIV. De la ordenación de la memoria y de sus actos, con muy buenas y singulares exhortaciones para saber bien usar de ella en el servicio de Dios Nuestro Señor....	124
CAP. XLV. De la ordenación del entendimiento y de su arreglamiento hacia los objetos con las otras potencias; y de	

	Págs.
las utilidades y placeres que perciben los que saben enten- der y usar de su entendimiento	125
CAP. XLVI. De la ordenación de la voluntad y dirección de sus actos hacia su objeto, al cual se ha y refiere más libre- mente que cualquiera otra potencia	127
CAP. XLVII. De la oración y de la manera en que debemos orar, y por quiénes estamos obligados a orar, teniendo en primer lugar todas las potencias de nuestra alma bien re- guladas y habituadas de las virtudes de que arriba hemos tratado, según el ejemplo de la oración que hacían Evast y Aloma y su hijo Blanquerna	129
CAP. XLVIII. Trata de cómo la Abadesa Sor Cana ordenó se pudiese dentro y fuera del monasterio espía o escolta para mayor observancia de la regla	132

LIBRO SEGUNDO

DEL ESTADO DE RELIGION EN LOS HOMBRES. QUE TRATA DEL ORDEN
DE RELIGION EN LOS MONJES, FRAILES Y ECLESIASTICOS, SEGLARES
Y REGULARES, Y QUE ES PERFECCIÓN Y CUMPLIMIENTO DE LA PRI-
MERA, LA CUAL ES FUNDAMENTO Y PRINCIPIO DE ESTA SEGUNDA
PARTE

PARTE SEGUNDA

CAP. XLXIX. De los diez Mandamientos, y de la queja que cada uno de ellos explica por los defectos que contra ellos cometen los hombres mundanos, y de la obligación que tienen los Prelados y los principes de proveer de remedio oportuno	135
CAP. L. De la Fe y Verdad, que se compadecían, y diálogo entre la Fe y Blanquerna sobre la conversión de los infieles, que no conocen ni aman a Dios	142
CAP. LI. Del Entendimiento, y de las ciencias que enseña para ayudar a la Fe y a la Verdad, sus hermanas, las cua- les envió por embajadores a la Devoción, para que viniese	

	Págs.
a los corazones y obras de sus discípulos, y le hiciesen honor a él, y las favoreciese a ellas contra los infieles que están en error, para que estos salgan de él y alaben a Dios.	146
CAP. LII. De la Devoción y de la admiración y compadecimiento que manifestó delante de la Fe y Verdad, mensajeras del Entendimiento, quejándose de los hombres del mundo, porque no quieren haberla en su corazón y en sus obras por amor de Jesucristo cuando ella se comunica con mucho gusto a todos los que la quieran recibir.....	148
CAP. LIII. De la diligencia, en que se demuestra con muchos y deliciosos ejemplos cuán grande es en los hombres para las cosas temporales y transitorias, y cuán tacaña y perezosa en las espirituales y eternas.....	151
CAP. LIV. De los agüeros y de la vanidad que en ellos hay, y cómo la razón, procediendo por sus términos, prevalece en todos tiempos. Y de la ley que Dios ha dado a los hombres de guerra.....	154
CAP. LV. De la virtud de Valor (la cual es acto común, y muy compañera de las otras virtudes) y del llanto y desconsuelo en que estaba en su palacio desterrada del mundo, quejándose de los hombres en presencia de Blanquerna; y del razonamiento que éste tuvo sobre ella con el Emperador, quien propuso y prometió de ordenar su imperio con muy buenas ordenaciones, y hacer un libro de ellas, para restituir a Valor en este mundo, y restablecerla en la posesión que había perdido.....	157
CAP. LVI. De la consolación, y del nuevo modo que usó Blanquerna para consolar al pastor de la muerte de su hijo, y del loor y bendición que el pastor dió a Dios por el consuelo que recibió de Blanquerna, y modo para consolar a su mujer en el duelo que tendría.....	164
CAP. LVII. De la virtud de la fortaleza y de los grandes efectos que causa junto con la caridad, prudencia y las demás virtudes contra la maldad, engaño y demás vicios, con dos bellos ejemplos.....	170
CAP. LVIII. De la tentación y del modo cómo el hombre, cualquiera que sea, puede huir y escaparse de ella a imitación de Blanquerna.....	173
CAP. LIX. De la penitencia y del modo cómo debe hacerse para que no sea vana, como la de Narpan, y de las condi-	

	Págs.
ciones que ha de tener para ser buena y fructuosa, según doctrina y ejemplo de Blanquerna.....	178
CAP. LX. De la perseverancia, la cual es el cumplimiento y perfección de todas las demás virtudes. Cuál de estos estados es mayor y mejor, o la vida solitaria y eremítica o de religión por la sociedad de muchos.....	186
CAP. LXI. De la obediencia, y dónde es mayor virtud, ¿en Religión o fuera de ella? Y de los grandes motivos que hay de que en el Orden de Religión es bien que se busquen y conserven hombres doctos en todos tiempos.....	189
CAP. LXII. Del consejo y del modo cómo debe el hombre buscarle y tomarle, según el ejemplo de Blanquerna, y cómo éste y Narpan fueron recibidos por monjes en aquel monasterio.....	192
CAP. LXIII. De la ordenación de las escuelas y estudios, y de las cosas pertenecientes a él, de las personas que han de estudiar conforme la proporción de la edad, de la voluntad y de su natural entendimiento. Qué ciencias son las generales y más necesarias; del lugar a propósito y modo de estudiar los monjes y otros religiosos.....	195
CAP. LXIV. De la vana gloria, y cómo se halla algunas veces en los hombres doctos. Y de la malicia y ambición que suele reinar en los religiosos de menos letras y madurez. Y cómo pueden librarse de estos vicios por el buen ejemplo y doctrina de los mayores, cuando conocen y aman la virtud y la ciencia, y animan a la utilidad y a la honra que se adquieren por aquéllos.	198
CAP. LXV. De la acusación, con una digna reprensión contra Prelados en aquello que obran mal. Y de qué y dónde y en qué manera debe hacerse la acusación entre religiosos, a imitación de Blanquerna y del Abad y Bolsero de aquel monasterio, como aquí se refiere.....	202
CAP. LXVI. Cómo Blanquerna fué elegido sacristán y ordenado de Sacerdote después de haber utilizado al convento y a los monjes con las ciencias que enseñaba, y de la alta contemplación y santa vida en que vivía siendo sacristán.....	208
CAP. LXVII. Cómo Blanquerna fué elegido Abad, y del gran disgusto que le causó, y de la tristeza en que vivía, a causa de que las ocupaciones y negocios temporales de	

su ministerio no le daban lugar de contemplar a Dios tan
altamente como cuando era sacristán..... 212

COMIENZA EL LIBRO

DE

A V E M A R I A

EN ALABANZA

DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS, DIVIDIDO EN CAPÍTULOS
SEGÚN LA ORDENACIÓN Y NUEVA MANERA DE DEVOCIÓN
DEL ABAD BLANQUERNA

- CAP. LXVIII. Que trata de la manera en que el Abad Blan-
querna ordenó y estableció la celda del AVE MARÍA, para
con dichas palabras saludar en ella, loar y contemplar a
la Virgen María..... 217
- CAP. LVIX. De GRATIA PLENA, y de la celda que hizo el Abad
Blanquerna en el monasterio para loar en ella, por aque-
llas palabras, a la Virgen María..... 221
- CAP. LXX. De DOMINUS TECUM y de la celda que el Abad
Blanquerna mandó hacer para que el ermitaño Pagez en
ella contemplara a Dios y a la Virgen María por aquellas
palabras, habiendo ya venido de la viña..... 227
- CAP. LXXI. De BENEDICTA TU IN MULIERIBUS y de la regla y
apellido que tomó un caballero a inducción del Abad Blan-
querna para servir entre los fieles a la Virgen Nuestra
Señora Santa María, loándola y defendiendo que ella es
digna de toda honra en virtud de aquellas palabras, por
cuanto hasta entonces sólo había loado y defendido la hon-
ra de su dama con vanos amores. Y de las grandes victo-
rias que consiguió hasta lograr la corona del martirio,
honrada entre los Santos de la gloria..... 231
- CAP. LXXII. De BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI y loable
establecimiento que hizo para *in perpetuum* el muy sabio
Rey D. Jaime de Aragón y de Mallorca en el monasterio

	Págs.
de MIRAMAR de dicha isla, el cual edificó para que viviesen en él trece frailes de la Orden de San Francisco de los Menores, para que aprendiesen la lengua para ir a los infieles a loar el bendito fruto del vientre virginal de Nuestra Señora Santa María, que es Nuestro Señor Jesús, por la predicación y martirio, y de cierto Obispo que por el mismo fin renunció su Obispado.....	237
CAP. LXXIII. De SANCTA MARÍA, ORA PRO NOBIS, y del oficio y doctrina que dió el Abad Blanquerna al Monje, que antes fué Abad, de predicar a los pastores a loar a la Virgen María con aquellas palabras.....	239

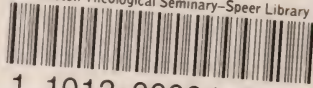
Date Due

JUN 15 1995			



PQ6412 .L88B6 v.1
Blanquerna, maestro de la perfeccion

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00004 4463

ESPASA-CALPE